Nicolás Márquez

# LA MÁQUINA DE MATAR

## Biografía definitiva del Che Guevara




GU

Grupo Unión

# La Máquina de Matar

## Biografía definitiva del Che Guevara

**Nicolás Márquez**

**Unión Editorial | Centro de Estudios LIBRE**

**http://www.prensarepublicana.com**

# Índice

# INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Hace casi diez años, publiqué en Argentina una biografía sobre Ernesto Guevara de la Serna, el Che[1], la cual tuvo tan resonante repercusión en mi país que se me solicitó escribir un trabajo más amplio para ser publicado en Chile[2]. Sendos libros, a su vez, me abrieron puertas a nuevas y complementarias documentaciones, biografías, filmes, archivos, testimonios y viajes de trabajo por gran parte de Latinoamérica (Cuba incluido) y los Estados Unidos, cuya experiencia y conocimiento acumulado, sumado a lo ya recogido en las publicaciones antedichas, me animaron a profundizar y elaborar un libro definitivo que ahora, al cumplirse el cincuentenario de la muerte del Che Guevara, ha llegado por fin el momento de publicar. En efecto, he aquí una biografía muchísimo más completa y concluyente, en la cual pude volcar todo el bagaje de investigación, compilación, lectura, experiencia y narración dedicadas durante tantísimas horas laboradas.

La realidad es que el grueso de los numerosos libros o filmes difundidos en torno a Ernesto Guevara apuntan a enfatizar, por sobre todo, tres aspectos distintivos del personaje de marras. Algunos ponen la lupa en las aventuras turísticas del mochilero post-adolescente. Otros, apuntan a su labor guerrillera en diferentes campos de batalla. Y un tercer parámetro, intenta rescatar no sólo su pensamiento político sino también su enfoque estratégico-militar, plasmado mediante sus múltiples escritos diseminados a través de folletines, cartas, discursos, apuntes y diarios personales. Pues nosotros en esta biografía definitiva trataremos no sólo estos tres parámetros, sino los muchos otros aspectos de la vida y obra de tan polifacético sujeto.

Ocurre que todas estas orientaciones en las que se ha difundido a Guevara tanto sea en versión fílmica, novelesca, biográfica y ahora

también en versión infantil, presentan un monotemático denominador común: glorifican y enaltecen sin mayores contrastes al personaje que aquí nos ocupa. O sea que toda esta abundante producción se ha encargado de canonizar al Che, ungiéndolo en una suerte de fetiche predilecto del progresismo internacional o de sacrosanto souvenir del periodismo de consorcio: mediocridad discursiva e informativa a la que se le suma la condescendencia de una clase política signada por su pequeñez intelectual, su cobardía ideológica o su deliberada sumisión a los dictados de la "corrección" y las encuestas de opinión.

En suma, salvo solitarias excepciones, no hay bibliografía crítica en torno a un protagonista que, según sostenemos, ostenta muchos más pergaminos para ser repudiado que venerado festivamente tal como hoy se lo hace, bien desde la cátedra universitaria o desde el banderín futbolístico en la tribuna dominical: pero una cosa es la edulcorada imagen que la historiografía de supermercado construyó del Che Guevara y otra bien distinta es la verdadera naturaleza que el personaje en cuestión encarnó.

A 50 años de su muerte, hoy su estampa recorre el mundo en postales, camisetas, adornos, amuletos, tatuajes y un sinfín de chucherías, las cuales son exhibidas como emblema representativo de valores magnánimos, cuando en verdad, dichos valores con los que se lo identifica a Guevara no reflejan en absoluto lo que él en vida encarnó: al Che se lo idolatra porque en el fondo no se lo conoce y ante esta ignorancia masificada, ofrecemos aquí una biografía procurando que ningún pasaje de su sórdida y violenta vida quede al margen.

# CAPÍTULO I: LOS GUEVARA DE LA SERNA

## El origen de una tradición

Una fiel tradición originada en el Siglo XIX, hizo de la familia Guevara un linaje signado por un profuso sentimiento “anti-norteamericano”, animadversión hereditaria a la que no escapó el protagonista del presente ensayo, Ernesto Guevara de la Serna. “El Che”, tal como mundialmente se lo conoce: “los Guevara se casaron en California (Estados Unidos) porque eran exiliados provenientes de la Argentina durante los tiempos de Juan Manuel de Rosas[3], en el año 1848, más precisamente en la zona del Río Sacramento, donde iba media Europa a buscar oro. Contrajeron nupcias con mujeres distinguidas, que eran los Castro y Figueroa, descendientes de un Virrey que gobernó en Nueva España, México. Había en mi familia una bronca especial contra los Estados Unidos, porque los yanquis aplicaron sus leyes y fueron invadiendo el famoso lejano oeste y tomaron California por la fuerza, degollando a un coronel de la familia de apellido Castro, al que le aplicaron leyes marciales. Esto creó un ambiente de rechazo familiar a todo lo que podía ser americano”[4] detalló el abogado argentino Fernando Guevara Lynch, primo hermano del Che, quien trató al personaje que nos ocupa muy fluidamente durante toda la niñez y adolescencia.

Durante su permanencia en los Estados Unidos, los Guevara frecuentaron trato con los Lynch, otra familia distinguida. Una vez producida la caída de Rosas en 1852[5], poco después ambas estirpes se trasladaron a la Argentina. Los Guevara se instalaron en la provincia de Mendoza, al límite con Chile, y los Lynch se afincaron en Buenos Aires, capital del país. A pesar de la lejanía geográfica (entre Mendoza y Buenos Aires hay una distancia de más de 1000 kilómetros), ambas familias retomaron el trato frecuente cuando las nuevas generaciones de los Guevara comenzaron a viajar a Buenos

Aires para estudiar en la universidad y allí se inaugura el apellido Guevara Lynch: Roberto Guevara (abuelo del Che) se casa con Ana Isabel Lynch y Guillermo Guevara se casa con Eloisa Lynch (dos hermanos con dos hermanas); los casamientos se produjeron aproximadamente entre 1888 y 1890. De la unión entre Roberto Guevara y Ana Lynch nació una extensa prole de doce hijos. El sexto hijo, Ernesto Guevara Lynch, fue el padre del Che Guevara.

Por vía materna, la notable prosapia del Che no se quedaba atrás. Su madre, Celia de la Serna y Llosa, hermosa mujer, culta, de vida social e impronta llamativamente transgresora, era descendiente del general José de la Serna e Hinojosa, último virrey del Perú, y su abuelo materno, Juan Martín de la Serna (padre de Celia), fue diputado provincial y nacional de la provincia de Buenos Aires, en tanto que su tío abuelo, Ezequiel de la Serna, llegó a ser gobernador de la citada provincia entre 1910 y 1913[6].

Celia había quedado huérfana desde muy jovencita y a pesar de provenir de una familia de siete hermanos, heredó una importante fortuna. El jurista e historiador argentino Enrique Díaz Araujo, autor de varias biografías y ensayos críticos dedicados al Che, señala que Celia "era tan aristocrática como su esposo y, al igual que él, no tenía antecedentes de pobreza o injusticia de qué quejarse; había nacido en medio de la opulencia y el prestigio, el último freno a su natural rebeldía desapareció poco después (de 1918), cuando, en rápida sucesión, murieron su padre y su madre y ella quedó en la más absoluta libertad y con mucho dinero para hacer lo que le viniera en gana"[7].

Celia era ferviente católica y comulgaba diariamente. Su devoción religiosa no era menor y conforme relata en su libro el apologista francés del Che Guevara, Pierre Kalfon, ella fue "graduada del decoroso colegio francés del Sagrado Corazón, de Buenos Aires, Celia era muy piadosa, hasta el punto de martirizarse colocando cuentas de vidrio en sus zapatos. Incluso pensaba tomar los hábitos"[8].

Pero, a poco de conocer a Ernesto Guevara Lynch, se produjo el enamoramiento y el proyecto de incorporarse a la vida religiosa quedó en el olvido.

## Una familia a los golpes

Ambos iniciaron una relación; a poco andar, Celia quedó embarazada (en pleno noviazgo). Para tratar de morigerar el escándalo que este episodio generaría en los ambientes católicos y aristocráticos de la elegante Buenos Aires de 1927, se forzó el casamiento prematuro de los novios (con casi tres meses de embarazo) para el 20 de diciembre de ese año. Este episodio relatado, el del embarazo prematrimonial, puede considerarse un aspecto de segundo rango según los informales y distendidos usos y costumbres del siglo XXI. Pero casi un Siglo atrás, ello constituía un motivo grave de vergüenza o escándalo. Muchos sacerdotes, amigos y personalidades de ambientes que Celia frecuentaba, bien reprobaron su conducta o directamente le dieron la espalda, episodio que le produjo a ella un furioso resentimiento contra la Iglesia, virulenta animosidad anti-cristiana que le fuera transmitida luego al niño, que por entonces yacía en su vientre, y luego al resto de la prole que no tardaría en llegar.

Lo cierto es que apenas producido el enlace, el flamante matrimonio se muda a la provincia norteña de Misiones (al límite con Brasil), en donde Ernesto Guevara Lynch acababa de comprar un yerbatal con unos ahorros de Celia.

Cuando el parto era inminente, la pareja viaja fugazmente a la ciudad de Rosario (provincia de Santa Fe) donde Celia da a luz a su primer hijo, Ernesto, el 14 de junio de 1928. Que el matrimonio haya viajado a Rosario ante la proximidad del parto no fue por un motivo extraño o azaroso sino en el afán de fraguar la fecha del nacimiento y disfrazar la situación: “Ernesto (padre) arregló con un primo médico para que pariera en Rosario, llegamos justo a tiempo. El 14 de mayo

de 1928 nació nuestro primer hijo y le pusimos el nombre del padre. Lo anotamos un mes después, siempre hablamos de un parto adelantado, cuestión de salvar las apariencias”[9] le confió Celia a su íntima amiga Julia Constenla.

Los hermanos del primogénito Ernestito no tardaron en llegar y el matrimonio tuvo luego cuatro hijos más: Celia (1929), Roberto (1932), Ana María (1934) y Juan Martín (1943): “No es que mis viejos tuvieran mucho ingenio para poner nombres. A Ernesto se lo pusieron por mi padre; a Celia, que era la que seguía, por mi madre. A Roberto le tocó el nombre de mi abuelo y a Ana el de mi abuela. Yo fui el último, quedaban dos abuelos y me tocó llamarme Juan Martín, por nacer varón”[10] aclaró el hermano menor del quinteto.

Cuenta el propio Ernesto Guevara Lynch padre que poco antes de que Ernestito cumpliera dos años, en 1930, estando el matrimonio a la sazón residiendo en Buenos Aires, su mujer Celia, nadadora de fuste, solía llevar a su hijo al Club Náutico de San Isidro, a orillas del río de La Plata: “una fría mañana del mes de mayo y además con mucho viento, mi mujer fue a bañarse al río con nuestro hijo Ernesto. Llegué al club en su busca para llevarlos a almorzar y encontré al pequeño en traje de baño, ya fuera del agua y tiritando. Celia no tenía experiencia y no advirtió que el cambio de tiempo era peligroso en esa época del año”[11]. Este incidente pareció dejar en Ernestito una dramática secuela que lo acompañaría toda su vida: un asma garrafal que sin dudas marcará a fuego parte de su personalidad: “Nunca pude acostumbrarme a oírlo respirar con ese ruido particularmente de maullidos de gato que tienen los asmáticos”[12] lamentará su padre.

Por un lado, su madre, sintiendo culpa por el asma de su hijo (contraído presuntamente por su descuido), lo sobreprotegía obsesivamente. Su padre, en cambio, lo sometería a riesgos irresponsables y a los tratos más descabellados, a efectos de que el niño a base de voluntad “se fortaleciera”. Cuenta el escritor argentino Hugo

Gambini (el primer biógrafo del Che) que Guevara padre "estaba decidido a dar a su hijo, prematuro y enfermizo, una crianza rígida, y lo hacía tomar sol envuelto en un pañal en pleno invierno. El Che soportó baños fríos de inmersión y duchas heladas"[13]. Pero es el propio Ernesto padre quien con naturalidad confiesa estos sometimientos riesgosos señalando que "Ernestito comenzaba a caminar. Como a nosotros nos gustaba tomar mate, lo mandábamos hasta la cocina, distante unos veinte metros de la casa, para que nos lo cebara. Entre la cocina y la casa cruzaba una pequeña zanjita que ocultaba un caño. Allí tropezaba el chico y caía con el mate entre sus manitos. Se levantaba enojado y cuando volvía con otra cebada, volvía a caerse. Empecinado, siguió trayendo y volcando el mate una y otra vez, hasta que aprendió a saltar la zanja"[14]. Revelación que pone de manifiesto el énfasis que ponía don Ernesto en inculcar a su hijo un insistente voluntarismo y la pérdida de todo miedo ante el infortunio o la adversidad: "Puedo confesar que en cierta medida le tenía envidia a Ernesto por su decisión, audacia y seguridad en sí mismo y por sobre todo por la temeridad que yo recuerdo como una de las expresiones más genuinas de su carácter (…), una falta total de miedo ante el peligro, y si lo tenía no se le notaba"[15] contará Fernando Barral, otro amigo de su niñez.

A pesar de los métodos poco ortodoxos que su padre utilizaba para que Ernestito se sobreponga a su enfermedad, el asma no mermaba y en búsqueda desesperada de médicos y tratamientos infructuosos, por recomendación de su pediatra, la familia decidió marcharse de Buenos Aires a la ciudad de Alta Gracia, provincia de Córdoba, lugar donde abundan la sierra y el clima seco, lo cual prometía ser un alivio parcial para la enfermedad del niño: allí permanecerá desde los cuatro años y medio (en 1933) y recién se marchará a los diecinueve años (1947), para estudiar medicina en la Universidad de Buenos Aires.

Pero como fuera adelantado, los hábitos agresivos e irresponsables de su padre se habían generalizado y formaban parte

de la convivencia corriente y doméstica de la familia. Por ejemplo, sus hermanos, aprovechando el asma de Ernesto, cuando se peleaban con él, llenaban una jarra con agua para volcársele encima y así provocarle un espasmo bronquial que lo diezmaba[16]. Su primo, el precitado Fernando Guevara Lynch nos detalló que entre los hermanos "se vivían agarrando a piñas. Ernesto tenía los ojos como un puma en cautiverio, una mirada penetrante y agresiva. Era una familia muy violenta, éramos todos muy educados, pero ante el primer problema se arreglaba el asunto con violencia. Él tenía esa actitud para demostrar que el asma no lo limitaba en nada. No le tenía miedo a la muerte, a nada. Te desafiaba a caminar por una cuerda de una casa a otra a diez metros de altura. Cierta vez ató un cable y fue y vino! Tenía tanta altanería y autosuficiencia, que quería pelear de igual a igual con Jesucristo"[17].

Estas peligrosas formas fueron forjando un *modus vivendi* signado por la brusquedad, el desafío permanente y la asunción de riesgos absurdos. Recuerda un entrañable amigo de Ernestito, el conocido José González Aguilar, que los Guevara "eran muy audaces en los juegos, en los deportes, en todas esas cosas; nos tenían un poco atemorizados, a nosotros. A Ernesto le gustaban mucho los juegos de riesgos y recuerdo también la imagen de su hermano Roberto, en nuestra casa, saltando de un tercer piso a la casa de al lado, sobre el vacío. Lo hacía por gusto, riéndose de nosotros porque no lo seguíamos"[18]. El sociólogo de origen marxista Juan José Sebreli, en su breve ensayos dedicado al Che, rescata además que "a los cinco años su padre le enseñó a tirar al blanco; desde entonces el revólver sería su juguete preferido"[19]. En cuanto al vínculo de Ernestito con sus compañeros del colegio, el biógrafo alemán Frank Niess, en su obra idolátrica reconoce que en la infancia "no eran pocos los vecinos, compañeros de colegio y profesores que no le brindaban su simpatía. Lo consideraban un niño rebelde, temerario, díscolo, irrespetuoso y terco"[20].

Y el padre, Ernesto Guevara Lynch, confiesa una vez más cómo

fue instigando a toda su prole a la temeridad: “Los fui iniciando a mis hijos en los secretos y peligros de la vida, desde muy temprano. Yo tenía la firme convicción de que debían ser libres, criarse en absoluta libertad”[21].

## Digno de los Guevara

La casa de los Guevara de la Serna se caracterizó por ser un permanente desorden, signado por la anarquía además de por la suciedad. Recuerda Carmen de la Serna (hermana mayor de Celia, la madre del Che): “Aquella era una casa de dos pisos, tan mal construida que presentaba grietas por todas partes. Había goteras, y cuando la perrita orinaba arriba, el pis caía a la planta baja…El desorden gobernaba a todos y sólo hacían grandes limpiezas cuando se festejaba algo”[22]. Dolores Moyano Martín, amiga de la familia que escribió mucho sobre los Guevara con admiración anotó “No había hora de comer; cada quien comía cuando tenía hambre”[23]. Añade la empleada doméstica de los Guevara, Rosario González, que “el horario de la comida nunca era el mismo. Como el señor y la señora frecuentaban el Sierras Hotel (club exclusivo de Alta Gracia), casi siempre volvían de madrugada. Al otro día se levantaban a cualquier hora…En realidad, la cocina la dirigía yo porque la señora dormía hasta tarde y no podía esperar que se levantara y me ordenara qué hacer”[24].

El caos era tal que en casa de los primos Córdova se conservó el siguiente uso humorístico para designar un completo caos: “Es digno de los Guevara”[25].

## Una pareja despareja

El grueso de los testimonios sobre los padres del Che apunta a

una madre de gran personalidad y a un padre desdibujado.

En efecto, Celia portaba rasgos transgresores para una época en donde la mujer estaba acotada a un papel delimitado y conforme una sobrina suya, Carmen Córdova de la Serna, la madre del Che: "Fue la primera mujer (según mi mamá) que se cortó el pelo a lo garcón, es decir cortito por la nuca, fumaba y cruzaba la pierna en público, que ya era el colmo de la independencia" agregando con burdo lenguaje que Celia "tenía un carácter de mierda, un temple muy fuerte, muy ´leche hervida´, muy segura de ella misma"[26]. Y Calica Ferrer, íntimo amigo de Ernesto detallará que: "Era lindísima, alta, delgada, temperamental, vital, siempre con algún libro, hablaba perfectamente francés (…) Nunca se quedaba callada ante nada"[27].

Su padre en cambio no gozará de tan buenos recuerdos por parte de quienes lo conocieron y trataron: "Era un ´pituco´, es una palabra que ya no se usa, es decir que era un tipo de la oligarquía, el que dice ´sentate ahí nomás, yo me pongo en este rincón porque donde yo esté, ahí está la cabecera´ (esa anécdota de no sé qué rey de Francia que dijo algo así). El pituco se sentía un poco de sangre azul, entonces así estuviera en alpargatas no dejaba de ser el dueño de la estancia. Esa era la actitud de los Guevara, de Celia y de mi padre"[28] recuerda Fernando Córdova de la Serna (primo hermano del Che). Tatiana Quiroga, amiga de la infancia de los niños Guevara, dirá que Don Ernesto era "un mujeriego crónico. El padre tenía pretensiones de playboy…Pero era un playboy escandaloso, porque cuando trabajaba y ganaba dinero, lo gastaba todo…En salidas con jovencitas, ropa, estupideces, nada concreto…y su familia no recibía nada"[29]. La falta de autoridad de Ernesto padre es también testimoniada por la citada Dolores Moyano: "El padre era un hombre simpático, bastante distraído, que hablaba con voz tonante y daba órdenes que olvidaba enseguida; por otra parte, casi nadie las obedecía"[30]. Y conforme los testimonios expuestos, nos recuerda Fernando Guevara Lynch que "Ernesto, el padre del Che, como papá era ´ni chicha ni limonada´, un verdadero cero a la izquierda"

agregando: “había un gran desorden en su casa, pero Celia comandaba bastante bien. Pegaba tres gritos y ordenaba todo. Hasta Ernesto padre se acobardaba”[31]. El escriba guevarista Paco Ignacio Taibo II en su kilométrica hagiografía al Che define a Ernesto padre como “Buen bailarín de tango, un tanto holgazán, bien parecido”[32] y el californiano Jon Lee Anderson, otro fan del Che, en su macizo panegírico concluye que “Guevara Lynch jamás pudo imponer disciplina a su hijo mayor; Celia jamás lo intentó. Así fue como Ernesto se volvió más osado y desobediente”[33]. Y lo expuesto por éste último resultaría tan cierto, que hasta el mismísimo Ernesto padre reconocerá que su vínculo con su hijo no era propio de una relación vertical del tipo paterno-filial: “Con Ernesto nos tratábamos mano a mano. Nos hacíamos bromas como si fuéramos de la misma edad”[34].

No sería descabellado suponer entonces que el frecuente abandono del padre, predispuso a Ernesto Guevara a la rebeldía pero a la vez a la búsqueda de una autoridad sustituta, contradicción psicológica que marcaría luego su derrotero político.

¿Habrá inconscientemente buscado y reemplazado Guevara el vacío de esa diluida autoridad paterna por la del prepotente Fidel Castro a cuyo mando se sometió años después?

## Las hormigas de Ernestito…

Todo el frondoso anecdotario del Ernesto Guevara niño que estamos aquí compilando no pretende conformar un mero rejunte de notas de color. Saben mejor que nadie los psicólogos que los primeros años de vida marcan personalidades para siempre. Veremos luego que el protagonista de este libro, a poco de convertirse en estudiante universitario, se graduaría de trotamundos y aventurero, llevando una vida nómada y errática que lo acompañará hasta su muerte. Ese espíritu inestable no será casual. Habrá antecedentes sobrados de

inconstancia geográfica en su niñez. Tal como hemos visto, tras casarse los Guevara Lynch-de la Serna, por vocación o por obligación, el matrimonio llevó una vida trashumante: Misiones, Rosario, San Isidro, Palermo, Alta Gracia, Córdoba capital y finalmente Buenos Aires otra vez. Pero durante la estada en Alta Gracia la familia cambiará de casa constantemente debido a que por insolvencias económicas dejaban de pagar los alquileres y sus propietarios reclamaban la devolución respectiva de sus inmuebles: en un principio se alojaron en el hotel La Gruta; en 1933 ocupan Villa Chichita; en 1934 Villa Nydia; en 1937 el chalet de Fuentes; en 1939 el de Ripamonte y en 1940 otra vez Villa Nydia[35].

Vale adelantar entonces que el Che nació en Rosario, vivió en Misiones, seguidamente en Buenos Aires, luego en Córdoba, a continuación en Alta Gracia (donde se mudó constantemente). Más tarde en Buenos Aires y posteriormente, ya adulto, Ernesto Guevara tras corretear por Latinoamérica en calidad de mochilero se hizo ciudadano cubano, pero luego se fue a deambular fusil en mano hacia el Congo aunque acabó muriendo en Bolivia.

Lo cierto es que esta inestabilidad personal no sólo no era ocultada sino asumida por el propio Guevara desde temprana edad: “Yo mismo no sé dónde dejaré los huesos”[36] anotó en una carta personal. Pero fue Fernando Córdova de la Serna quien con lenguaje escatológico y burlón definió el talante de su primo con esta precisión: “tenía hormigas en el culo”[37].

## Las ideas de izquierda: ¿convicción ideológica o refugio psicológico?

No son pocas ni desautorizadas las voces que alegan que esa doble condición de aristócrata “venido a menos” iría forjando en el joven Ernesto, a lo largo de su infancia y adolescencia, la identidad

de ser el “pariente pobre” en un mundo de ricos, no sin forjar rencor para con éstos últimos. Es justo decir que el empobrecimiento paulatino de la familia no solo obedeció a la prodigalidad y falta de tacto comercial de don Ernesto, sino que como causa concomitante aparece la crisis mundial de 1930. Fue entonces cuando la familia se vio obligada a vender campos y propiedades, entre ellas la estancia *La Celia* en Río Quinto (tierras famosas y costosas ubicadas en la Provincia de San Luis).

Según tradición familiar oral, de los Guevara Lynch, Ernesto Guevara hijo heredó el odio a Estados Unidos (dada las tierras que sus ancestros habrían perdido allí tal como vimos antes) y de los De la Serna, heredaría su rechazo a toda manifestación religiosa inculcada por su madre. En cuanto a la primera herencia, recuerda el barman de Sierras Hotel (ubicado en Alta Gracia, Córdoba) que solía frecuentar Ernesto hijo con sus amigos en algunas ocasiones que “nunca pedía Coca-Cola y que cuando se la ofrecía, la rechazaba de manera vehemente: Se ponía frenético”[38]. Y, desde siempre propenso a frases extravagantes agregaba: “Prefiero ser indio analfabeto a millonario norteamericano”. Respecto de lo segundo, la antirreligiosidad infundida por la madre a todos sus hijos fue tan aguda que los niños Guevara de la Serna hacían del deporte y el juego infantil no una sana distracción sino una cruzada del ateísmo militante. El hermano menor del Che, Roberto Guevara, precisa que “los partidos de fútbol adquirían a veces su carácter ´ideológico´: La formación que tuvimos fue de un anticlericalismo total… En el verano, se hacían los equipos de fútbol de los que creían en Dios contra los que no creían en Dios. Famosos partidos de fútbol. Los católicos nos llenaban de goles y se solazaban con la derrota de los infieles”[39], anécdota a la que su amiga de la infancia Dolores Moyano Martín agrega: “Nunca olvidaré cuando, siendo adolescentes, conversábamos sobre Nietzsche y la significación de Cristo como salvador de los pobres…Ernesto perdió la paciencia y dijo, alterado: ´Les aseguro que si Cristo se cruzara en mi camino haría lo mismo que Nietzsche: no dudaría en pisotearlo como a un gusano

baboso´… Nunca olvidaré esa escena porque prefiguraba lo que Ernesto sería más adelante”[40]. Nuevamente, encontramos elementos que impulsarían en el futuro guerrillero un refugio ideológico de connotación izquierdista para canalizar estas fobias, las cuales además se hallaban muy enraizadas en su madre y la familia de ésta tal como nos lo confirma Fernando Guevara Lynch: “el tío ´Polícho´ del Che, Cayetano Córdova Iturburu, tenía gran influencia ideológica sobre él. Fue corresponsal de guerra en la Guerra Civil española, era rojo y republicano y después fue presidente del Partido Comunista. Era un izquierdista ´paquete´”[41]. Este influjo habría sido de tal intensidad, que otro primo suyo, Fernando Córdova de la Serna señaló que “Ernestito, con su clásica rebeldía, cuando oyó a sus padres argumentar a favor de la República Española, decidió declararse partidario de los nacionalistas y de Franco…hasta que el influjo de las cartas, las fotografías, las revistas, los discos y otros souvenirs enviados desde Madrid por Cayetano Córdova Iturburu, lo hizo cambiar de posición”[42].

Pero además de la ascendencia familiar, Ernestito se veía empapado de influencias izquierdistas en el plano de sus amistades, puesto que entre los elementos detectables en el Guevara infantil y adolescente, además de las familiares se destacan la de tres amigos: Pepe González Aguilar, Fernando Barral y Alberto Granados. Que fueran sus tres amigos favoritos lo prueba, aparte de otras cosas, el hecho de que los tres se fueron a vivir a Cuba años después al ser invitados por Ernesto cuando éste ya era “el Che”. Pues bien, Pepe y Fernando eran hijos de españoles republicanos exiliados que se instalaron en Alta Gracia y que naturalmente entraron a formar parte de un círculo en el que había comunistas españoles y también argentinos[43].

Como alumno primario, Ernestito con frecuencia estudiaría en su casa con la ayuda de su omnipresente madre, puesto que el asma muchas veces le impedía salir de su hogar: “Sólo cursó regularmente segundo y tercero; cuarto quinto y sexto los hizo yendo como podía.

Sus hermanos copiaban los deberes y él estudiaba en casa”[44] recuerda su madre. No era un alumno destacado, pero obtenía las notas indispensables para aprobar.

Costumbre característica de las aristocracias de la época era el riguroso estudio del idioma francés, que Ernestito aprendía a pie juntillas gracias a las enseñanzas de su omnipresente progenitora, quien lo hablaba con destaque. Julia Constenla recuerda a Celia en los actos públicos “entonando fervorosamente La Marsellesa y también cantaba fragmentos de La Internacional, pero en francés”[45] (y aquí vemos nuevamente las influencias ideológicas revolucionarias). Pero lo cierto es que Ernestito incorporaría esta elegante lengua, aunque manejándola con precaria fluidez.

Ya entrando en la pubertad, el joven Ernesto saciaría sus pulsiones sexuales utilizando los oficios genitales de las mucamas y la servidumbre. Para más datos: su hermano Roberto confesará a su primo Fernando Córdova que Ernestito había gozado de los favores de todas las criadas que habían pasado por su casa[46]. Incluso, en reunión entre primos y amigos, cuando Ernesto rondaba los 20 años, uno de los contertulios le reprochó escandalizado que mientras toda la familia comía en el hall de la casa (situada en Arenales 2208, en Buenos Aires), éste mantenía habitualmente relaciones sexuales en la cocina con la mucama Jacinta (que tenía 72 años de edad). Ernesto, sin inmutarse, disparó: “¿y si no quién que me va a lavar la ropa?”[47], en alusión al favor sexual que él le brindaba a la anciana, a cambio de que ésta le solucionara sus asuntos de vestuario.

Nos relata su primo Fernando Guevara Lynch que si bien el Che “no era un ´Don Juan´, tenía éxito con las mujeres. Sabía quiromancia, grafología, todos esos ´chiches´ que a las mujeres las vuelven locas. Les tomaba las manos y les decía ´acá en esta línea veo tal cosa´…era un tipo de buen aspecto…cuando estaba prolijo”[48]. Su única novia de la época fue María del Carmen Chichina Ferreyra, joven bella y distinguida, que pertenecía a las familias destacadas de Alta Gracia. Y

según prosigue testimoniando su primo "Chichina coqueteaba con todos, y luego se puso de novia con Ernesto y creo que fue el cariño más fuerte que él tuvo dentro del mundo social que frecuentaba, porque después nada, andaba con mucamas y gente de otro nivel"[49]. Ya veremos que Guevara, a lo largo de toda su vida, tanto en su faz afectiva, como guerrillero o como funcionario público en Cuba, permanentemente se rodeará de gente de menor estrato social o intelectual que él. ¿Una reacción o "revancha" tras haber pasado su infancia y adolescencia siendo el "pobretón" de su ambiente? No descartamos que el hecho de que el tener que frecuentar un clima de familiares y amigos de la más alta sociedad en calidad de pariente venido a menos haya generado en Ernesto Guevara una serie de resentimientos conscientes o inconscientes, los cuales ayudaron a radicalizar su futura ideología política.

## El chancho Guevara

¿Cómo era entonces la vida de adolescencia y primera juventud del Che Guevara? El sociólogo argentino Juan José Sebreli realiza una buena síntesis: "fue la de un niño bien; frecuentaba los grupos de chicos ricos que eran sus familiares y amigos. En tanto pariente pobre, disfrutaba de muchas de las ventajas de sus familiares en clubes exclusivos -como el Lawn Tennis de Córdoba o el San Isidro Club, dirigido por su tío-, invitaciones a fiestas exclusivas, partidas de bridge, práctica de deportes -tenis, golf, esgrima, equitación- privativos de la clase alta. En esa despreocupada vida entre paseos, juegos, bailes, noviazgos castos y sexo con sirvientas, el Che sólo se destacaba de los otros niños bien por sus salidas sarcásticas, por el escándalo que provocaba su suciedad y desaliño bohemio, a manera de espantar a los burgueses. Al no poder ser un príncipe, le quedaba jugar al mendigo romántico"[50]. Respecto a la calificación de "mendigo" endilgada por Sebreli, probablemente el autor refiere a otro elemento que caracterizó a Guevara desde siempre: su desapego manifiesto a la higiene personal. En efecto, para nadie es un secreto

que Ernesto Guevara fue un roñoso al revés y al derecho, lo que le valió el sobrenombre de “El Chancho”. Su amigo Figueroa cuenta: “A lo mejor íbamos a salir con alguna chica y era tal su aspecto que yo le decía ´no podés salir así, sos un chancho´”[51]. Él mismo se ufanaba de portar una infaltable camisa de nailon originariamente blanca que con el uso se había vuelto gris, y a la que Ernesto llamaba “la semanal”, pues declamaba lavarla sólo una vez por semana[52]. Su gran amigo, Alberto Granado, revela que Ernesto “alardeaba de no lavarse a menudo…Tenía varios nombres: le decían el loco y también el chancho (el cerdo). Le gustaba ser un poco el *enfant terrible* y se jactaba de las pocas veces que se bañaba. Decía, por ejemplo: ´Esta camiseta de rugby hace veinticinco semanas que no la lavo´”[53]. Incluso, otro de sus conocidos amigos de viaje, Ricardo Rojo, cuenta que, durante los tiempos universitarios y estando de paso por Guatemala, Guevara andaba con “un pantalón deformado por el uso, una camisa que algún día había sido blanca, y un saco sport con los bolsillos reventados de cargar objetos diversos, desde el inhalador contra el asma hasta los grandes plátanos que muchas veces eran su único alimento”, fue entonces cuando “aseguró que el calzoncillo que llevaba puesto, y que era el único desde hacía dos meses, estaba tan impregnado de tierra del camino que podía quedarse parado sin necesidad de sostenerlo. No lo creímos. Guevara se quitó los pantalones y tuvimos que resignarnos…había ganado la apuesta, en medio de nuestras carcajadas”[54].

Su amor de entonces, la citada Chichina Ferreyra, evoca: “su desparpajo en la vestimenta nos daba risa y, al mismo tiempo, un poco de vergüenza. No se sacaba de encima una camisa de nylon transparente que ya estaba tirando al gris, del uso. Se compraba los zapatos en los remates, de modo que sus pies nunca parecían iguales. Éramos tan sofisticados que Ernesto nos parecía un oprobio. El aceptaba nuestras bromas sin inmutarse”[55]. Y su padre, rememorará que su hijo llegó a usar “botines de distinto color y distinta forma”[56].

Si la fama de Guevara como un sujeto enemigo de la higiene personal era famosa cuando éste vivía en el marco de las comodidades urbanas de la aristocracia argentina, mucho más se acrecentaría como guerrillero en los ambientes rurales naturalmente antihigiénicos, pero eso es algo que veremos mucho más adelante. Su primo Fernando Guevara Lynch nos enseña una anécdota desopilante, por cuya rareza dejamos para el final de este pasaje: “En la pileta de la facultad de derecho de Buenos Aires un individuo peruano desafía batir el récord de permanencia en el agua en la pileta. Estuvo en la pileta sin salir unos 26 días, aguantando y batió el récord mundial. Nosotros, que éramos estudiantes, íbamos a verlo. Los primeros días algunos se tiraban al agua para charlar y acompañarlo. A medida que corrían los días, el agua de la pileta se tornaba un asco porque el peruano orinaba y defecaba allí dentro y eso se iba acumulando. El agua estaba cada vez más hedionda y sucia. Obviamente ya nadie se metía en la pileta y ni siquiera se acercaba del olor que expedía. Y el Che dijo: ´a que yo me animo a acompañarlo´ y se tiró de cabeza! Estuvo como dos horas en la pileta junto al tipo. Obviamente que todo el mundo comentaba el suceso”[57]. Este episodio, además de mostrar en Guevara el perfil propio de un esmerado provocador que buscaba a toda costa llamar la atención, nuevamente ponía de manifiesto que no se sentía incómodo ante la mugre y la podredumbre. En este caso, sumergido alegremente en la reconcentrada y acumulada mezcolanza de orín y estiércol ajeno: “el chancho”, no parecía ser un apodo puesto con exageración.

## El profeta de sí mismo

Otro aspecto que veremos de manera permanente en Ernesto Guevara, a lo largo del presente trabajo, será su obsesión por la muerte. Su voluntarismo y su infancia siempre sometida y expuesta a riesgos desmedidos, sumándose a los ataques de asma que lo atormentaban, parecieran haberle quitado por completo el miedo a

morir. Para los adolescentes, la muerte suele presentarse como algo muy lejano y ajeno. Lo raro en el joven Guevara era que la muerte no sólo era un tema al que recurría a menudo, sino que parecía que consciente o inconscientemente él esperaba encontrarse con ella cuanto antes. ¿Una impaciente actitud de tinte suicida?

A los diecinueve años escribirá un extraño poema, impropio para su corta edad, el cual, entre otras cosas, rezaba:

"Morir, sí, pero acribillado por las balas, destruido por las bayonetas, si no, no…un recuerdo más perdurable que mi nombre es luchar, morir luchando"[58].

Cotejando el texto con su muerte acaecida 20 años después, en octubre de 1967, haciendo la guerrilla en Bolivia, da la impresión de que su vida fue siempre en busca de esa muerte: "acribillado por las balas", "destruido por las bayonetas" y "luchando", tal como reza la letra de su sórdido poema, cuyo citado verso su autor tanto se esforzó en materializar durante su temeraria e intensa vida.

En 1947, el joven Guevara es citado para la revisión previa al servicio militar y, por su condición de asmático, de inmediato le sellaron en su libreta de enrolamiento la sigla D.A.F. (disminuido en aptitudes físicas), con lo cual quedaba exento de cumplir dicha carga pública: "¡Por fin estos pulmones de mierda me sirvieron para algo!"[59] Exclamó exultante.

Cierto verano, había conseguido un trabajo que, según él creía, le permitiría recorrer el mundo, constituyéndose así en una suerte de turista rentado. Se embarcó en un vapor de la flota mercante del Estado y salió a conocer otros países. Retornó decepcionado: "Me pasé un mes viajando, quince días de ida y quince de vuelta, para estar cuatro horas en una isla inmunda descargando petróleo"[60] lamentó.

Como fuera visto, de los numerosos escritos autorreferenciales de

Ernesto, de manera constante aparece explícitamente la palabra “muerte”, aunque en otros momentos de su anecdotario también surge la muerte pero de manera colateral. Ernesto, que de música no sabía nada y sus amigos siempre se mofaron de él por su carencia total de oído musical, solía decir que su tango preferido era aquel cuya letra rezaba: “Yo quiero morir conmigo,/ sin confesión y sin Dios,/ crucificao en mis penas,/ como abrazao a un rencor”[61]. No conocía la melodía, ni el nombre del tango ni mucho menos al autor, pero su letra apologética del suicidio, del rencor y del ateísmo, le despertaba una curiosa fascinación o identificación.

En materia deportiva, vale mencionar el paso de Ernesto por el rugby, deporte que lo apasionaba. Tanto es así, que además de practicarlo ofició de periodista improvisado, escribiendo crónicas para la revista especializada *Tackle*. Jocoso con su merecida fama de roñoso, firmaba sus notículas con un seudónimo con sonido achinado: “Chang-Chong”.

Su pasión por el rugby la atribuimos a dos elementos concretos. Por un lado, era natural entre los jóvenes de clases acomodadas practicar este tipo de deportes. Por el otro, encontramos siempre su obsesivo afán de probarse a sí mismo sus capacidades físicas. Ernesto Guevara, tratando de doblegarle la apuesta a su asma, casi de manera masoquista se sometía a actividades que requerían de notable esfuerzo o desgaste físico, como practicar rugby nada menos, en donde naturalmente por sus problemas pulmonares no podía llevar las de ganar y no logró el caro sueño de alcanzar la primera división: “a veces lo traían en brazos sus amigos, porque el asma no lo dejaba caminar o le ponían el tubo de oxígeno cuando se ahogaba” cuenta Julia Constenla[62]. Pero nada lo detenía y su avidez por someterse a esfuerzos desaforados es confirmada una vez más por su primo Fernando Guevara Lynch: “Todo lo que decía era desatinado, todas exageraciones, todos extremismos. Quería jugar al rugby con el asma espantosa que tenía y terminaba tirado a un costado. Tenía un afán desesperado por competir a todo. Íbamos a una pileta, por ejemplo,

corremos una carrera entre primos de la misma edad, en la que todos nadábamos con destaque y él dice:

-Quiero participar.

-Qué vas a participar vos, si te morís ahogado como un chancho (le digo).

-Calláte vos, pituco de mierda (siempre decía eso).

Entonces éramos cuatro en carrera. Todos muy parejos y Ernesto venía 10 metros atrás. Volvemos cabeza a cabeza y ahí nomás llegó Ernestito. Había remontado 10 metros!!!… se estaba muriendo!; al llegar, se tiró a un costado de la pileta en un solárium. Estaba azul…

-¿Pero para qué haces este esfuerzo? -le digo.

-Porque a mí no me van a ganar así nomás”[63].

Sin embargo, en deportes de bajo esfuerzo físico se desempeñaba con excelentes resultados. De su mismo primo Fernando también rescatamos el dato de que en el golf Ernesto “tenía 8 o 9 puntos de hándicap. Portaba rasgos rarísimos, geniales, por ejemplo en juegos de cartas donde las pones dadas vuelta y hay que hacer parejas, él hacía 80 parejas y nosotros hacíamos 40” y en su otra gran pasión, el ajedrez, “jugaba de tal manera que empató dos veces con Mieczyslaw Najdorf (eso me lo dijo Najdorf en persona). Éste último era un gran ajedrecista que jugó en las Olimpíadas de Münich y que venía a la Argentina, ya murió. Me dijo, que Ernesto no sabía absolutamente nada de ajedrez, era un intuitivo…tenía alguna noción de defensas u otras jugadas, pero no sabía nada. Pero el tipo te planteaba problemas que no eran fáciles de resolver. Una vez empató con él en 10 simultáneas en el casino de Mar del Plata y otra vez empató en La Habana en el torneo Capablanca. Mi primo era un tipo con una mentalidad extrañamente lúcida. Así como sus sarcasmos. No era fácil polemizar con él”[64].

Por el fútbol, deporte por antonomasia en la Argentina, Guevara nunca sintió una pasión especial. Cuando jugaba, lo hacía de arquero; y si bien River Plate y Boca Juniors eran los clubes que dividían al grueso de los hinchas argentinos, aun habiendo importantes clubes de fútbol

en Córdoba (donde Ernesto residía), en su ansia por diferenciarse de los demás encontró en este popular deporte otro motivo para llamar la atención. Como vimos, por azar nació en la ciudad Argentina de Rosario (situada a 270 kilómetros de Buenos Aires y a la cual rara vez regresaría) pero en su juventud se sintió cordobés. A pesar de que en la actualidad rosarina le fabrican monumentos y museos para entretenimiento de faranduleros y turistas de izquierda. Ernesto entonces advirtió que esta casualidad natal le brindaba el marco para elegir ser hincha de un club no de Córdoba sino de Rosario y así, diferenciarse una vez más entre sus amigos de Alta Gracia. En Rosario, ciudad fervientemente futbolera, hay dos equipos destacados que rivalizan acaloradamente: Newell's Old Boys y Rosario Central. A los primeros se los apoda popularmente como "los leprosos"; a los segundos, "los canallas". Y Guevara se sintió seducido e identificado por este último sobrenombre: "persona despreciable y de malos procederes"[65] es la definición de "canalla" según la Real Academia Española.

Pero su verdadero placer no lo encontraba Ernesto en el deporte sino en viajar. Y su primera experiencia como trotamundos la llevó adelante recorriendo gran parte de la Argentina en una motocicleta, modo precario de locomoción no exento de riesgos que le permitió darse confianza a sí mismo de que podía, a pesar de su asma, transitar miles de kilómetros sin mayores inconvenientes. Recorrió así las provincias de Salta, Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero, Chaco, Formosa, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza, San Luis y Córdoba. Sus ansias no pasaban solo por demostrarse proezas a sí mismo, sino a sus semejantes. Para este último fin, recuerda su amigo Carlos Figueroa que Ernesto "hacía registrar su paso en todos los Automóvil Club de los lugares por donde pasaba"[66].

Es en las anotaciones de ese primer viaje cuando Guevara en su diario personal revela una confesión llamativamente oscura: "ha madurado en mí algo que hace tiempo crecía del bullicio ciudadano: el odio a la civilización"[67]. No es una confesión menor. Ese odio (al

que tantas veces aludirá en sus permanentes escritos autorreferenciales) pone de manifiesto el resentimiento que yacía en la atormentada alma del conflictuado vagabundo.

También en esas primigenias notas de viaje aparece, otra vez, la muerte. Tras tener un inconveniente con su motocicleta, un motociclista que pasaba por el lugar en una ostentosa Harley Davidson se ofrece para remolcarlo. Ernesto se niega y algunos kilómetros más adelante, en Rosario de la Frontera, se entera que el piloto de la impactante moto había muerto en un accidente. Su comentario es desopilante: "El saber que un hombre va buscando el peligro, sin tener siquiera ese vago aspecto heroico que entraña la hazaña pública, y a la vuelta de una curva muere sin testigos, hace aparecer a este aventurero desconocido como provisto de un vago fervor suicida"[68]. De su escrito surge que el problema para Guevara no era morir, sino morir "sin testigos" y desprovisto de contenido "heroico". Nótese que la temprana muerte de Guevara en 1967 fue conocida por el mundo entero (testigos tuvo por millones), sus partidarios la consideran "heroica" y fue "acribillado por las balas" (tal como reza textualmente su poema citado más arriba). Nuevamente sus narraciones ponen de relieve a un Guevara que va preanunciando su muerte desde edad muy temprana y que… ¿siempre fue en busca de ella?

Pero en todo caso no de una muerte gris, opaca o inadvertida, sino con las quijotescas características señaladas: la muerte que Ernesto Guevara de la Serna buscaría para sí tenía que ser "fuera de serie".

# CAPÍTULO II: DE PEREGRINO A REVOLUCIONARIO

## El mochilero despreocupado

Al llegar la edad universitaria (1947), el joven Ernesto pasó fugazmente por la Facultad de Ingeniería pero a la postre se decidió a estudiar medicina, carrera que jamás lo había inquietado pero, todo indica que su asma y la confianza en sí mismo lo habían hecho fantasear en que si él estudiaba en profundidad dicha ciencia y patología, quizás podría "auto-curarse" de tan molesta enfermedad, hipótesis nada descabellada teniendo en cuenta que luego, él mismo se habría especializado en alergias.

Cursó entonces en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, teniendo Ernesto que mudar de Alta Gracia a la Capital de la Argentina y empezar una nueva vida, en la cual además para costear sus estudios incurrió en la tediosa novedad de tener que trabajar, hábito del que Ernesto Guevara hasta entonces no era muy afecto. La desagradable experiencia duró muy poco; en verdad él rara vez tuvo un empleo de paga estable, hasta que prestó sus servicios al régimen cubano. Y gracias a su amistad con el intendente de Buenos Aires, su padre le consiguió un trabajo: "Ernesto Guevara Lynch no dudó en hacer lo que él y su familia condenaron tan enérgicamente en los demás: recurrir a la influencia política para obtener puesto en la nómina del odiado gobierno (presidido por Juan Perón). Y el incorruptible hijo no dudó en aceptar el empleo así obtenido, a pesar de admitir sin tapujos que era una sinecura"[69] detalló punzantemente el biógrafo británico Daniel James.

Pero fue durante las vacaciones de verano de 1952 en donde el lozano Ernesto Guevara llevó adelante la que fue, hasta ese

momento, su más ambiciosa aventura turística: partiendo de la ciudad balnearia de Miramar con su amigo Alberto Granado (apodado Mial, apócope de "mi Alberto"), estudiante de medicina y farmacología, se dispusieron a recorrer parte de Latinoamérica en una precaria motocicleta (dicha correría, décadas después, fue llevada al cine en un grotesco filme de tinte apologético y sentimental[70]).

Al llegar a Chile, la comida y las provisiones se habían terminado. Guevara, a quien por entonces sus amigos apodaban el ´Pelao´ (a la sazón, lucía un corte de pelo al ras) se ufanaría desde entonces en su diario personal de vivir y comer a costa de los demás (hábito que siempre lo caracterizó), autodefiniendo al errático dúo como "mangueros motorizados"[71] hasta que se rompió definitivamente la precaria moto y ambos se quedaron pie: "Hasta cierto punto éramos los caballeros del camino. Pertenecíamos a la rancia aristocracia ´vagueril´" pero tras el infortunio, se vieron obligados a viajar a dedo por Valparaíso "ya no éramos más que dos linyeras"[72] escribió el ambulante Guevara.

En el país trasandino los viajeros tomaron un baño con jabón en las aguas tibias del lago Esmeralda: "hasta el pelao se bañó"[73] anotó con asombro Granado en su respectivo diario personal.

Durante este viaje aparece en escena un escrito de Guevara que pone de manifiesto nuevamente una suerte de violencia latente y ausencia de paz en su espíritu: "teñiré en sangre mi arma y, loco de furia, degollaré a cuanto vencido caiga entre mis manos. Ya siento mis narices dilatadas saboreando el acre olor de pólvora y de sangre, d e muerte enemiga"[74]. ¿A qué enemigo le dedicaba semejante párrafo si él no era más que un improvisado cultor del turismo informal cuya única pelea era contra su asma? ¿Acaso Ernesto tuvo posteriormente que fabricar tales rivales para poder tener con quien "teñir de sangre su arma" y así descomprimir catárticamente su tormento interior?

Pero lo cierto es que mientras el dúo peregrinaba a la deriva por

América Latina, Guevara no manifestó la menor inquietud o preocupación por asuntos políticos. Más aun, ratificando su condición de excursionista errático le escribe a su padre desde Venezuela lo siguiente: “Verdaderamente tengo espíritu de trotamundos y no sería nada raro que después de este viaje me dé una vuelta por la India y otra por Europa”[75]. Y durante este deambular turístico, lejos de esa consternación por la situación de vida de los “pueblos precolombinos” o por “las minorías postergadas” que pretenden endilgarles sus amables apologistas, el propio Guevara calificó a los indios como “una masa informe de seres adormecidos, embrutecida con la coca y el alcohol”[76] y durante su estada en Venezuela anotará: “Los negros, los mismos magníficos ejemplares de la raza africana que han mantenido su pureza racial gracias al poco apego que le tienen al baño, han visto invadidos sus reales por un nuevo ejemplar de esclavo: el portugués. Y las dos viejas razas han iniciado una dura vida en común poblada de rencillas y pequeñeces de toda índole. El desprecio y la pobreza los une en la lucha cotidiana, pero el diferente modo de encarar la vida los separa completamente; el negro indolente y soñador, se gasta sus pesitos en cualquier frivolidad o en "pegar unos palos" (emborracharse), el europeo tiene una tradición de trabajo y de ahorro que lo persigue hasta este rincón de América y lo impulsa a progresar, aun independientemente de sus propias aspiraciones individuales”[77]. Y es en ese mismo viaje y en ese mismo diario (durante la estancia en el Perú) cuando Guevara refiere su opinión respecto a la homosexualidad: “Por la noche hubo una fiesta familiar que trajo como consecuencia una seria pelea con el señor Lezama Beltrán, espíritu aniñado e introvertido que probablemente era un invertido. El pobre hombre estaba borracho y desesperado porque no lo invitaban a la fiesta, de modo que empezó a insultar y a vociferar hasta que le hincharon un ojo y le dieron una paliza. El episodio nos dolía porque el pobre hombre, a pesar de ser un pervertido sexual y un latero de primera, se portó bien con nosotros y nos regaló 10 soles a cada uno”, situación que más adelante dio pie para referir su opinión respecto a los judíos: “El primer golpeado fue el alcalde, un

tal Cohen, de quien nos habían dicho que era judío pero buen tipo; que era judío no cabía duda, lo problemático es que fuera buen tipo”[78].

Si bien Guevara no era escritor y tan solo tomaba apuntes aficionados de naturaleza autorreferencial, sin dudas sus notas denotan agudeza y elegante ironía casi permanente. Sostiene Sebreli que “Los aventureros suelen ser escritores que utilizan sus vivencias como materia prima de sus obras: Lord Byron y la revolución italiana o la emancipación de Grecia; Thomas Edward Lawrence y la guerra de los árabes; André Malraux y la guerra civil española o la Segunda Guerra Mundial. El Che puede agregarse a esta nómina. Aunque no tuvo tiempo para ser un escritor cabal, fue un ávido lector; ocasionalmente escribía poemas y cuentos y, sin descanso, un diario personal desde sus primeros viajes juveniles hasta sus dramáticas aventuras africana y boliviana”[79]. Resulta evidente que Guevara sentía la necesidad de anotar en detalle lo que vivía, o lo que es más probable: de vivir aquello que merecía ser escrito.

En resumidas cuentas, el extenso trajín parte desde la balnearia ciudad de Miramar en la Provincia de Buenos Aires y va de Chile hasta Perú, recorriendo sus principales ciudades, prosiguiendo luego por Brasil, Venezuela e incluso las peripecias del viaje hicieron que Guevara pasara casi veinte días en Miami. La aventura finalizó en agosto de 1952, cuando regresó a la Argentina con el propósito de culminar sus avanzados estudios de medicina.

Ernesto regresará solo, puesto que Granado quedará trabajando en un leprosario en Perú, y Guevara retornará a la Argentina con la promesa de recibirse de médico cuanto antes y volver al leprosario para acoplarse a trabajar con su amigo.

El retorno de Ernesto a la Argentina se dio en el marco de un enrarecido clima político, con motivo del “luto obligatorio” impuesto por la dictadura de Juan Domingo Perón para glorificar en

inacabables homenajes gubernamentales a su mujer, Eva Duarte, que acababa de morir a los 33 años de edad, el 26 de julio de 1952.

Resulta notable que un sujeto presumiblemente apasionado por la lucha política (que es la imagen que se vende popularmente de Guevara), en uno de los momentos más tensos de la trajinada vida política argentina -cuando el peronismo y el antiperonismo dividían con odio a la sociedad-, no tomara la menor participación, aun desenvolviéndose en uno de los ambientes de mayor resistencia a la dictadura de Perón, tal como lo era la universidad. Jamás haría una pintada, repartiría un panfleto ni tendría la menor militancia. Y no escribiría un solo renglón al respecto: "Cuando empecé a estudiar medicina la mayoría de los conceptos que tengo como revolucionario estaban ausentes en el almacén de mis ideas"[80] reconoció años después. En efecto, a la sazón sus inclinaciones eran el aventurerismo, la pereza o el desinterés por los asuntos políticos. Rasgos por demás extraños en alguien que luego tendría protagonismo político a escala mundial. El biógrafo mexicano Jorge Castañeda rescata que "En las decenas de cartas escritas a sus padres a partir de su primer viaje al extranjero…descuella la omisión radical de comentarios o apreciaciones de cualquier signo frente a la coyuntura (política) del momento"[81]. Su novia de la época, la mencionad a *Chichina*, recuerda: "Por lo menos a mí no me comentaba nada de política"[82]. Su hermana, Ana María Guevara de la Serna, respecto a la postura ante el peronismo, confirma que Ernesto "no tomó partido a favor ni en contra. Se mantiene como al margen"[83]. Su amigo José María Roque recuerda que "A todos no gustaba discutir de política, pero nunca vi a Guevara (asumir un compromiso) en ningún sentido"[84]. Y como si faltaren registros respecto del desinterés de Ernesto en estos menesteres, vale exponer su propia confesión: "No tuve preocupaciones sociales en mi adolescencia, ni participé en las luchas políticas o estudiantiles en Argentina"[85].

En esos tiempos, el despolitizado Guevara era por sobre todo un alborotador cuyo mayor propósito en las discusiones políticas era

sembrar discordia, y así lo caracteriza hasta su biógrafo y devoto Jon Lee Anderson: “Cuando Ernesto expresaba una posición política, generalmente era una provocación destinada a escandalizar a sus padres o amigos”[86].

A Ernesto no se lo reconoció como antiperonista, muchos menos como peronista y si se pretendía encontrarle vínculos con las ideas de izquierda, más allá de esas vagas influencias sentimentales que encontramos en su niñez, tampoco se le hallará la menor inquietud concreta en la etapa universitaria: su amiga Tita Infante (integrante de la Juventud Comunista) trató de interesarlo en la militancia y no tuvo ningún éxito. Vale decir que el Guevara estudiantil no participó de ninguna agitación y jamás se acercó al centro de estudiantes manteniéndose ausente de las discusiones en boga: permaneció ajeno a los debates en torno al marxismo, no se enteró del surgimiento de una nueva izquierda no estalinista, ni tampoco se interesó en los pensadores posmarxistas de moda en la época como Lukács, Gramsci, Sartre, Merleau-Ponty o los referentes emblemáticos de la escuela de Frankfurt como Adorno, Horkheimer o Marcuse. Recién en la lista de las últimas lecturas de su vida aparecieron algunos pocos de estos nuevos autores, pero siempre descubriéndolos de modo tardío, apurado, fragmentario y a destiempo.

## La incipiente politización

Supuestamente, en abril de 1953, Ernesto se recibió de médico en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Decimos supuestamente porque no son pocos quienes alegan que Guevara jamás se diplomó o que al menos nunca hizo la residencia de medicina en Buenos Aires (requisito indispensable para su ejercicio), tal el caso del biógrafo cubano Enrique Ros, quien para documentar esta polémica en su libro[87], solicitó mediante insistentes cartas documento copia del título a la Universidad de Buenos Aires sin ningún éxito en la respuesta. En sentido contrario, el más

ferviente devoto de Guevara, el biógrafo mexicano Paco Ignacio Taibo II (suerte de presidente del "Guevara Fans Club") menciona en su idolátrica hagiografía la fecha, hora, legajo, folio, diploma y todos los detalles de la expedición del título presunto, pero sin exhibir ni mostrar ningún dato que acredite tal cosa y sin siquiera mencionar fuente alguna.

No intervendremos en esta discusión. Pero lo cierto es que con o sin título, el aparente médico recién recibido lejos de entusiasmarse con su flamante profesión, resuelve lanzarse otra vez a las correrías turísticas por América Latina, aunque con la excusa inicial de ir a trabajar al leprosario en Perú (ya visitado en su viaje anterior), en donde se había instalado y se encontraba trabajando su amigo Granado.

Previamente, Guevara tuvo que resolver un dilema que lo tenía a maltraer. Por aquellos tiempos, él se hallaba tironeado entre su noviazgo con Chichina y su afición por las excursiones. La especulación no se podía dilatar mucho más y Ernesto tenía que tomar una determinación. El espíritu de aventura pudo más que cualquier otra cosa y meses antes de partir le definió tajantemente su posición a su prometida mediante la siguiente epístola: "Sé lo que te quiero y cuánto te quiero, pero no puedo sacrificar mi libertad interior por vos; es sacrificarme a mí, y yo soy lo más importante que hay en el mundo, ya te lo he dicho"[88]. Más allá de su decisión personal, hay un rasgo en la nota que contradice totalmente ese espíritu altruista y abnegado que le pretenden atribuir sus apologistas, al espetar un concepto más propio de los mantras superficiales de autoayuda del tipo de los obrantes en las novelas playeras de Ayn Rand o Depaak Chopra que del colectivismo socialista: "yo soy lo más importante que hay en el mundo".

Ya plenamente liberado de sus estudios en la facultad y de su relación afectiva, Ernesto partiría en tren hacia Bolivia, con apenas 700 dólares y desde la estación de Retiro de la ciudad de Buenos

Aires, esta vez con un nuevo compañero de viaje, Calica Ferrer: “El nombre del ladero ha cambiado, ahora Alberto (Granado) se llama Calica; pero el viaje es el mismo: dos voluntades dispersas extendiéndose por América sin saber precisamente qué buscan ni cuál es el norte”[89]. Con estas palabras Ernesto Guevara de la Serna inauguraba su diario en su segundo viaje por América latina. Una nota de color en esta partida resultó el hecho de que los familiares de sendos viajeros fueran a despedirlos con sus habituales vestimentas elegantes, y allí en la estación se vivió un evidente contraste social en un ambiente sumamente humilde de otra gente que iba a despedir al resto de los viajeros del vagón (conformado mayormente por aborígenes bolivianos) y así lo anotó Guevara en su diario señalando “la mirada extraña de gente de segunda que veía una profusión de ropa buena, de tapados de piel, etc., para despedir a dos snobs de apariencia extraña y cargados de bultos”[90]. Ocurrió que los pasajes sacados por Ernesto y su amigo Calica eran los más barato del tren, y Guevara no pudo ocultar su malestar al tener que compartir el vagón con gente de tan precario tenor: “En este tipo de trenes hay una tercera clase destinada a los indios de la región; el vagón de que se valen es uno simple de transportar ganado de la Argentina, sólo que es mucho más agradable el olor a excremento de vaca que el de su similar humano, y el concepto, un tanto animal, que del pudor y la higiene tienen los indígenas hace que éstos hagan sus necesidades (sin consideración de sexos o edades) al lado del camino, se limpien con las polleras las mujeres y con nada los hombres y sigan como si tal cosa. Las combinaciones de las indias con criaturitas son verdaderos almacenes de sustancia excrementicia, producto de la limpieza que sobre el chico ejercen cada vez que éste mueve el vientre” y en otro pasaje referido a los indígenas también se lamentó de que esa “grey hedionda y piojosa lanzara un tufo potente pero calentito”[91]. Menos cruel fue su compañero Calica, quien en su diario minimizó el espanto que estaban padeciendo al compensar: “Íbamos en asientos de segunda pero en compañía de gente más divertida”[92].

Lo cierto es que el novel doctor Ernesto Guevara de la Serna, de veinticinco años, especialista en piel, presumía dirigirse a Bolivia para desde allí proseguir a Perú; pero, en el fondo, sabía que no tenía destino previsible ni rumbo fijo.

Efectivamente, por un motivo u otro, Guevara no se afianzó en Lima y de allí viajó a Ecuador prosiguiendo por Caracas, Panamá y Costa Rica. Las peripecias de los viajes, la falta de metodología, las contingencias, el afán bohemio y la naturaleza trashumante lo llevarán al viajero a desembocar sin un centavo en Managua. Su padre, enterado de la indigencia de su hijo y de que había vendido su único traje para subsistir, le envió una misiva ofreciéndole dinero. Pero Ernesto, ya médico y al borde de la adultez, esta vez se resistió a vivir a costa de sus padres y contestó: "Supongo que a esta altura te darás cuenta de que no te voy a pedir plata aunque me esté muriendo, y si no llega una carta mía en el momento esperado tendrás que ser paciente y esperar, a veces ni siquiera tengo para estampillas, pero siempre me las arreglo perfectamente para sobrevivir…de ahora en adelante no voy a contestar un telegrama como ése"[93]. Pero Ernesto padre insistió y mandó a confeccionar un elegante conjunto de traje, saco y corbata y se lo envió. La respuesta de su hijo será implacable: "¡Qué poco valor tiene la ropa argentina: me dieron solo cien dólares por lo que me enviaste!"[94].

Por entonces las necesidades no estuvieron ausentes y no faltaron los días en que el dúo no tenía un centavo y no fueron pocas las dificultades para comer: "Cuando no tenía asma, era capaz de engullir cualquier cantidad de comida y entonces se convertía en un troglodita. Ernesto era como los camellos, llevaba puesta la reserva"[95] recuerda Calica.

Tras vagabundear insolventemente por Centroamérica y vincularse con otros contingentes de aventureros que pululaban a la deriva, finalmente el 24 de diciembre de 1953 Ernesto es incentivado a viajar a Guatemala, país al que viaja de "prestado" gracias a unos pasajes

que le consiguieron en un carguero de la United Fruit, embarcación que fue parando en diferentes puertos[96] y en donde a pesar del mar picado, no la pasó tan mal durante el viaje: "Casi todos los pasajeros comenzaron a vomitar. Yo me mantuve afuera, con una negrita, Socorro, que yo había levantado, más puta que una gallina y sólo tenía 16 años"[97].

Y si bien la hagiografía oficial intenta sugerir que Guevara se fue hasta Guatemala atraído por "el aura de una revolución social en ciernes" (que estaría gestando el presidente izquierdista Jacobo Arbenz en dicho país), la verdad es que viajó allí por aburrimiento y porque no tenía otra cosa que hacer: "Planes deshechos y rehechos, angustias económicas" anotó en su diario y agregó: "Todo esto es el resultado de una broma hecha al pasar por García ´¿Muchachos, por qué no se van con nosotros a Guatemala?´ La idea estaba latente, faltaba ese empujoncito para que yo me decidiera"[98].

Fue ese país cuando Ernesto se encontró con su amigo Ricardo Rojo, quien a su vez le presentó a Hilda Gadea, una peruana activista del ala ultraizquierdista del APRA. Hilda tenía muchos contactos con agentes marxistas de Latinoamérica y estaba allí en Guatemala apoyando al citado régimen filo-comunista del coronel Arbenz, bravamente enemistado con sus opositores en medio de una guerra civil. La primera impresión que la joven agitadora tuvo del dúo argentino fue la siguiente: "Eran como de 25 a 26 años, delgados y altos, entre 1,76 y 1,78 para la estatura común en nuestros países. Guevara muy blanco y pálido, de cabellos castaños, ojos grandes expresivos, nariz corta, de facciones regulares, en conjunto muy bien parecido (…) noté que tenía la mirada inteligente y observadora y sus comentarios eran muy agudos (…) me dio la sensación de ser un poco suficiente y vanidoso (…) Como muchos latinoamericanos, yo tenía desconfianza de los argentinos"[99]. La muchacha no tardará en insinuársele a Ernesto. Éste acusa recibo y con nula caballerosidad escribió: "Hilda Gadea me declaró su amor en forma epistolar y en forma práctica. Yo estaba con bastante asma, si no tal vez la hubiese

cogido. Le advertí que todo lo que podía ofrecerle era un contacto casual, nada definitivo. Pareció muy avergonzada. La cartita que me dejó al irse es muy buena, lástima que sea tan fea. Tiene veintisiete años”[100].

Sin embargo, Ernesto, carente de afecto, sin plata, con frecuentes ataques de asma, encuentra como único refugio a Hilda, quien siempre solucionaba sus problemas crematísticos y lo aliviaba genitalmente. Luego, el radicalismo ideológico de Hilda irá influyendo y forjando en él una peligrosa y acelerada politización hacia el marxismo.

Como fuera dicho páginas atrás, desde pequeño Guevara tuvo influencias familiares o de amistades de cuño izquierdista, pero en verdad, en sus años de juventud y facultad, la política le era indiferente y su adhesión e inclinación a las posiciones marxistas le llegarán apresuradamente de grande y es tras conocer a esta muchacha, cuando comenzará a definir su ideología de una manera más seria y detectable.

Ocurrió que en Guatemala Ernesto fue vinculado por medio de Hilda con agentes de izquierda y todo indica que además él se sentía cómodo en ese lugar: “El único país que vale la pena de Centroamérica es éste, aunque su capital no es más grande que Bahía Blanca y tan dormida como ella”[101] anotó en carta a su madre (diciembre de 1953), a lo que se sumó el hecho de que a pesar de la vida muy ahorrativa que llevaba, Guevara le buscaba la vuelta para una supervivencia aceptable: “Un peso diario por dar clases de inglés (castellano, digo) a un gringo, y 30 pesos al mes por ayudar en un libro de geografía que está haciendo un economista aquí. Ayudar quiere decir escribir a máquina y pasar datos. Total 50; si se considera que la pensión vale 45, que no voy al cine y que no necesito remedios, es un sueldazo”[102] escribió en febrero de 1954, aunque con ese “sueldazo” acabará huyendo de la pensión en la que se alojaba tras varios meses de atraso en el alquiler.

A pesar de la austeridad en la que vivía y de la tensa situación política imperante, nada lo detuvo a Ernesto para recorrer en sus ratos libres zonas y países aledaños tales como El Salvador o Puerto Rico y visitar ruinas arqueológicas en donde resultaba evidente que su afán de turista en tránsito se encontraba más vivo que nunca: “América será el teatro de mis aventuras”[103] le escribió a su madre, y es en esa misma carta en la que menciona por vez primera su relación con Hilda Gadea: “Tiene un corazón de platino, su ayuda se siente en todos los actos de mi vida diaria (empezando por la pensión)”[104] sinceró.

Es en ese escenario de una convulsionada Guatemala donde Guevara fuera testigo azaroso de la guerra civil que allí se estaba viviendo, en la cual intervino Estados Unidos, pues Arbenz acababa de robarle al país del norte, a través del eufemismo de la “expropiación”, 84.000 hectáreas (tasadas en 15 millones de dólares) de la compañía norteamericana United Fruit. Y para defenderse de sus opositores, el polémico presidente le había comprado además armamentos a Europa Oriental[105], los cuales fueron utilizados sin reparos: solamente en el último mes del régimen de Arbenz fueron más de mil los asesinados por la cheka comunista policial[106].

Pero el 18 de junio de 1954 (Ernesto acababa de cumplir 27 años), el general Castillo Armas, al frente del Ejército de Liberación Nacional y en medio de un bombardeo aéreo, entró a Guatemala con el propósito deliberado de derrocar a Arbenz. Guevara lo presenció todo y lejos de acongojarse por la “reacción imperialista”, describió festivamente lo atestiguado en carta a su madre: “Me divertí como un mono durante esos días. Esa sensación mágica de invulnerabilidad… me hacía relamer de gusto cuando veía a la gente correr como loca apenas venían los aviones…Aquí todo estuvo muy divertido, con tiros, bombardeos, discursos y otros matices”[107]. En medio de las muertes, las bombas, los mutilados, niños masacrados y toda la infelicidad inherente a la guerra, Guevara se sentía el hombre más

feliz y jocoso. Estos extraños placeres y divertimentos confesados por el protagonista de este libro nos permiten catalogarlo como un sujeto que, en la hipótesis de mínima, rayaría en la anormalidad.

Pero más allá de los aspectos "divertidos" del bombardeo, sí es cierto que Guevara estaba decididamente del lado gubernamental y definió a Arbenz como "un tipo con agallas"[108]. Además, es en ese contexto en donde comienza a reconocer abiertamente su desconfianza para con la libertad de prensa: "En Guatemala hay cada diario…que si yo fuera Arbenz lo cierro en cinco minutos, porque son una vergüenza y sin embargo dicen lo que se les da la gana"[109].

Pero Arbenz finalmente fue derrocado y fueron famosos los regaños de Guevara hacia el presiente depuesto por haber matado de manera insuficiente: "Debió haber unos cuantos fusilamientos a tiempo"[110], lamentó Ernesto. Y si bien las biografías de Guevara siempre se encargan de otorgarle al derrocamiento de Arbenz una connotación impopular y "oligárquica", es el propio Ernesto quien reconoció que el gobierno no contaba con apoyo popular: "casi nadie peleó…casi nadie quiso hacerlo"[111] añadiendo que el día en que Castillo Armas entró en la ciudad "la gente lo aplaudió mucho"[112], subrayando así el apoyo de la población a la rebelión anticomunista. En conclusión, a Guevara la imagen que tenía de Arbenz se le desplomó: "no supo estar a la altura de las circunstancias, los militares se cagaron en las patas"[113] (carta a su madre, 4 de julio de 1954). Pero más allá de estos comentarios colaterales, lo cierto es que nada de lo sucedido conmovió a Guevara: "dos días densos de acontecimientos políticos, aunque personalmente no hayan significado gran cosa para mí"[114] confesó sin angustia. Para colmo, a él le habían prometido un pequeño nombramiento burocrático en ese país, pero el derrocamiento de Arbenz entorpeció el conchabo y ese fue el motivo central por el cual Guevara lamentó el golpe: "yo ya tenía mi puestito, pero lo perdí inmediatamente, de modo que

estoy como al principio”[115] le escribió Ernesto a su madre en la aludida carta del 4 de julio.

Finalmente, el depuesto coronel huyó y se refugió en la Checoslovaquia comunista, hasta que en 1960 se mudó a la Cuba castrista, en donde se instaló definitivamente: por los lugares de residencia escogidos, resulta evidente que Arbenz no se sentía muy cómodo en los países con libertad.

Tras las turbulencias en Guatemala, Guevara viajó de paseo a El Salvador de esta manera: “medio a pata, medio a dedo y medio (que vergüenza) pagando”[116]. Regresó luego a Guatemala y lejos de pretender enrolarse en alguna causa ideológica y mucho menos revolucionaria, insistió en sus escritos sobre sus pasiones erráticas: “Persiste en mí el aroma de pasos vagabundos”[117].

El aflojado deambular del inquieto transeúnte estaba a la orden del día y de la atribulada Guatemala (donde padeció algunos contratiempos administrativos menores), partió a México, y es aquí en donde su biografía sí comienza a marcar un punto de inflexión: en las tierras Aztecas Ernesto se relacionará por primera vez con activistas cubanos exiliados, muchos de los cuales habían participado del famoso asalto al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, en la ciudad de Santiago de Cuba, sitio en que residía la jefatura del Primer Distrito Militar de ese país, con el intento de derrocar a Fulgencio Batista, un presidente militar de cuño populista que se encontraba ejerciendo en Cuba un poder desacreditado.

Y mientras estos contactos con los cubanos se iban afianzando, entre otras actividades informales para subsistir, Ernesto se dedicaba a sacar fotografías en los parques junto a un nuevo amigo (Cáceres Valle) apodado como El Patojo: “Conocimos toda la ciudad de México, caminándola de una punta a otra para entregar las malas fotos que sacábamos, luchamos con toda clase de clientes para convencerlos de que realmente el niñito fotografiado lucía muy lindo

y que valía la pena pagar un peso mexicano por esa maravilla”[118] anotará. Y en carta a su madre en noviembre de 1954, detalló otros aspectos de su *modus vivendi*: “No hago nada nuevo. La fotografía sigue dando para vivir y no hay esperanzas demasiado sólidas de que deje eso en poco tiempo, a pesar de que trabajo todas las mañanas en investigación en dos hospitales de aquí (…) y por las tardes y el domingo me dedico a la fotografía y por las noches a estudiar un poco…creo que te conté que estoy en un buen departamento y me hago la comida y todo yo” y agrega un dato positivamente novedoso de su vida personal: “además de bañarme todos los días gracias al agua caliente a discreción que hay. Como ves, estoy transformado en ese aspecto, en lo demás sigo igual porque la ropa la lavo poco y mal y no me alcanza todavía para pagar la lavandera”[119]. En otra carta fechada el 29 de noviembre, Guevara le escribía a su amiga Tita Infante lo siguiente: “Cuando llega el fin de mes tengo que hacer malabarismos y ayuno para quedar a mano” y brinda una confesión personal muy curiosa: “yo lo único que hice fue huir de todo lo que me molestaba” (¿acaso su insistente vagabundeo era un escapismo psicológico?) y en el mismo mensaje agrega “sigo tranquilamente mi peregrinación por donde me lleven los acontecimientos”, e insiste en su deseo de conocer Europa: “Me gano los garbanzos retratando mocosos en la plaza y haciendo reportajes a los ches que caen por estos lares (…) La buena acogida científica me dio optimismo médico y me puse a trabajar como enano en alergia, gratis, para un hospital”[120].

¿Y por qué Guevara no se dedicaba de lleno a consolidar su profesión en vez de “picotear” en múltiples pasatiempos intrascendentes en medio de una vida floja y distendida? Él mismo se responde anotando lo siguiente: “no me decido a tomar la actitud decidida que hace mucho debía haber tomado, porque en el fondo (y en la superficie) soy un vago rematado (…) Ni siquiera sé si seré un actor o un espectador interesado en la acción”[121].

Su vida afectiva en México también estaba signada por la

intrascendencia y en su diario anota: “En relaciones públicas sigo más o menos igual. Sin haber hecho ninguna amistad intelectual o sexual que valga la pena”[122]. Pero a pesar de esta falta de entusiasmo y motivación, a comienzos de 1955 la relación con Hilda Gadea se iría afianzando, no tanto por genuino sentimiento sino por cálculo y utilidad. Ernesto la necesitaba como instrumento de manutención y fue entonces cuando él le regala a su novia y financista un ejemplar de la célebre obra argentina Martín Fierro (de José Hernández) con una dedicatoria particularmente despiadada: “A Hilda, para que en el día de nuestra separación conserves un sentido de mi ambición de nuevos horizontes y mi fatalismo militante. Ernesto. 20/01/55”[123]. Guevara sabía que esa relación no tendría mayor futuro dado que Hilda Gadea era una muchacha que no lucía por su belleza física y hasta él mismo se mofaba en sus anotaciones acerca de la fealdad de su compañera. Recuerda su primo Fernando Guevara Lynch que “él se casa con la peruana porque necesitaba una enfermera para el asma. Y esta mujer sabía algo de enfermería y Ernesto la tomó. Cuando cierta vez la veo entrar en una estancia de la familia (en Argentina), yo creí que era una mucama y la hice pasar por la puerta de servicio. Era como una especie de momia caminante”[124].

Efectivamente, la relación tenía rasgos de inestabilidad y tras una de esas bravas peleas por celos, Guevara detalló en su diario: “Con Hilda creo que rompí definitivamente luego de una escena de melodramas. Me gusta una chica que es química; no es muy inteligente y es bastante ignorante, pero tiene una frescura agradabilísima y unos ojos bárbaros”[125]. Sin embargo, la situación económica de Ernesto seguía siendo muy precaria y entonces el interesado noviazgo con Hilda prosiguió: “El trataba muy mal a su mujer, no se cuidaba para hacerlo, sin embargo ella lo adoraba tremendamente”[126] recuerda Miguel Sánchez (El Coreano), futuro instructor militar de Fidel Castro.

Y lo que una vez más se torna evidente, es que Guevara no había salido de Guatemala hacia México convertido en un “revolucionario

empedernido” (tal como resaltan sus santificadores) y su pretensión no era otra que seguir vagando despreocupadamente por el mundo: “Mi norte inmediato es Europa y el mediato Asia. ¿Cómo? Ese es otro cantar”[127] anotó en carta remitida a sus padres. Pero esta no fue una frase aislada extraída de una epístola perdida. Hasta tal punto su anhelo era no hacer revolución alguna sino marcharse a cualquier parte en calidad de explorador autodidacta, que en las cartas escritas a sus familiares y amigos durante los dos años vividos en México, se registran ciento sesenta y una referencias a viajes posibles o hipotéticos[128]. Tampoco se ve en Guevara el menor entusiasmo por la medicina y sus pasantías ad honorem no le despertaban la menor seducción: “Me paso las 24 horas diarias hablando de enfermedades y cómo curarlas -no curo nada por supuesto” le escribió a su padre y en otra carta remitida a su amiga Tita Infante reconoció: “Científicamente soy un fracaso”[129].

Y ese afán peregrino por sobre cualquier proyecto medicinal o andanza insurreccional era tan preponderante, que para conseguir dinero a fin de cumplir con sus reanimados programas vacacionales, elaboró un desmedido esfuerzo interior y tomó la decisión de trabajar en algo un poco más serio, al menos por un puñado de días cubriendo un evento deportivo. Fue entones cuando consiguió empleo como fotógrafo para la Agencia Latina, un “engendro peroneano”[130] según anotó, financiado justamente por la dictadura de Perón desde Argentina, la cual estaba registrando los Juegos Panamericanos: “Todo ese trabajo debía tener su pequeña compensación monetaria en forma de unos $4000 que me corresponderían luego de tanto trajín”[131] escribió. La paga tarda en hacerse. Pero cuando al fin llegan los honorarios atrasados, ni lerdo ni perezoso Guevara corrió a la primera agencia de viajes para reservar un pasaje para España. Lamentablemente sólo le abonaron la mitad de lo que él esperaba y con eso no le alcanzó para cruzar el Atlántico[132].

Su frustrado viaje a las tierras del Generalísimo Franco lo

obligaron a permanecer en México. Y fue en ese aburrido ínterin en el cual Guevara se hallaba ávido de reemplazar su malogrado éxodo a Europa por un nuevo pasatiempo, cuando en el mes de junio le es presentado otro grupo de cubanos recién llegados, entre los que se encontraba Raúl Castro: un líder estudiantil cubano que acababa de salir de la prisión en La Habana.

Pocos días después, llegó también a México su enigmático hermano Fidel, y entonces Raúl lo llevó a Ernesto a una cena en casa de amigos comunes para presentárselo. Sucedió entonces, en una memorable noche de julio de 1955 cuando durante una cena Ernesto Guevara conocerá a Fidel Castro.

Hasta ese momento, Ernesto Guevara de la Serna, más que un guerrillero en construcción era esencialmente un fotógrafo ambulante, un médico malo y mal pago, un exiliado de ningún lugar, un novio sin entusiasmo y en síntesis: un peatón de fin de semana.

## Un guerrillero en construcción

El abogado cubano Fidel Castro Ruz (nacido en 1926), siendo muy joven había participado en 1948 de los hechos vandálicos en Colombia conocidos como "El Bogotazo" y no fueron pocos quienes en ese momento lo vincularon con la muerte del legendario sindicalista Jorge Gaitán[133]. Fidel contaba además el antecedente menos violento de haber sido actor frustrado, y obró primeramente como extra en dos películas rodadas en México. La primera, Holliday Inn Mexico, de George Sidney (comedia musical de 1946); la segunda, del mismo año, la comedia Easy to Wed, con Lucille Ball. Sus dotes no le alcanzaron para triunfar en el exigente universo actoral, pero sí le sobraba juego para embaucar gente en el mundo político caribeño, en donde se movía con notable astucia: era un histriónico charlatán de rasgos prepotentes, audaces y seductores, con pocos escrúpulos y formación ideológica difusa y confusa.

Por los años 50´, Fidel ya era un ascendente militante del "Partido Ortodoxo" de Cuba, el cual nada tenía que ver con el comunismo. De hecho, el Partido Comunista en la isla (el PSP) simpatizaba con Batista y gracias a ello, había llegado a colocar ministros y funcionarios en el gabinete gubernamental.

El antecedente político más próximo y relevante de Fidel hasta ese momento había sido justamente en 1953 (el 26 de julio), cuando se produjo el aludido asalto al cuartel Moncada, el cual fue un frustrado golpe comando dirigido por el propio Castro. La embestida fracasó y Fidel fue detenido y condenado a 15 años de prisión. Pero a los pocos meses, el 15 de mayo de 1955, Batista se apiadó de quienes fueron sus conspiradores e indultó a Castro y los suyos. De su condena a 15 años, Fidel apenas cumplió solo uno y medio. Los indultados marcharon a Estados Unidos y luego a México. Por entonces, la fama de valentía por asaltar el cuartel y los meses de cárcel padecidos, le habían hecho ganar a Fidel un sentido respeto en varios círculos anti-bastistianos que operaban dentro y fuera de Cuba.

Finalmente, Fidel Castro llegó a México el 7 de julio de 1955. El casi año y medio de prisión que había cumplido no lo amilanó ni a él ni a los suyos y se dispusieron de inmediato a reorganizar desde allí la lucha para redoblarle la apuesta al indulgente régimen de Fulgencio Batista, que acababa de beneficiar con la libertad a los mismos guerrilleros que habían atentado contra su gobierno.

En la noche en que Fidel y Ernesto se conocieron (en una cena en la casa de María Antonia González[134], otra cubana exiliada), la simpatía entre ambos fue mutua e instantánea, o al menos así lo anotó en su cuaderno el propio Guevara: "Un acontecimiento político es haber conocido a Fidel Castro, el revolucionario cubano, muchacho joven, inteligente, muy seguro de sí mismo y de extraordinaria audacia; creo que simpatizaríamos mutuamente"[135].

Sin embargo, otros testigos directos de aquellos tiempos sostienen que la amistad en el dúo no fue horizontal, sino que existía un vínculo de obsecuencia y sumisión de Ernesto hacia Fidel. Según cuenta Lázaro Guerra (militante en los movimientos revolucionarios en Cuba, quien también estuvo exiliado en México por entonces): "Yo conocí a Guevara a mediados de 1956 en México, ahí en una cafetería donde iban muchos revolucionarios…a mí me lo presenta Nico López, pero al otro día Nico López viene y me dice: ´este tipo al que te presenté no es como tú ni como yo, este tipo es maquiavélico y es el que le lleva y trae a Fidel todo el trajín nuestro. Es un tipo repugnante: Fidel llega y salía corriendo a donde estaba él y a Castro le gusta que lo adulen´"[136]. Anécdota similar recuerda José L. Rasco, abogado que fuera llamado por Castro para colaborar con la revolución cubana en 1959: "le tenía pánico…Podían discutir mucho, pero al final el Che siempre agachaba la cabeza"[137].

No sabemos si Ernesto le era necesariamente servil a Fidel tal como algunos atestiguan, pero sí podemos confirmar que al menos en los primeros tiempos, le tuvo una rara devoción, tal como lo acreditan los pasajes de la almidonada poesía que el argentino le dedicó al cubano en México: "Vámonos, ardiente profeta de la aurora, por recónditos senderos inalámbricos a liberar el verde caimán que tanto amas"[138].

El plan de Castro y sus adláteres consistía en volver a Cuba y dar guerra a las tropas de Batista y derrocarlo. El grupo rebelde que conspiraba desde el exilio se autodenominó Movimiento 26 de Julio, en honor al 26 de julio de 1953, fecha del asalto al citado cuartel Moncada. Pero lo singular del caso, es que como hemos visto, Guevara horas atrás añoraba pasear por Europa (cosa que no pudo hacer por falta de recursos) y momentos después de conocer y conversar animadamente con Fidel, éste lo persuadió en un rato de que se alistara en las filas guerrilleras rebeldes como médico de la expedición. Su arrebatada decisión consistente en ir a pelear por una causa ajena a un país desconocido producto de una azarosa

conversación nocturna con quien no era más que un extraño, es confesada por el propio Ernesto: "Lo conocí en una de esas noches frías de México y recuerdo que nuestra primera discusión versó sobre política internacional. A pocas horas de la misma noche -en la madrugada era yo uno de los expedicionarios"[139].

Aburrido con su fotografía dominical y su desapasionado noviazgo, Ernesto Guevara no tardó en sumarse a una empresa guerrillera con un grupo de gente que acababa de conocer, por una ideología que manejaba superficialmente y contra un régimen (el de Batista) del que nada sabía, en un país en el que nunca había estado.

A pesar del irreflexivo compromiso asumido, en las anotaciones de Ernesto sigue la idea de vagar por el mundo, aunque ahora se incorpora Cuba entre sus posibilidades turísticas (como si dicha isla fuese, no un teatro de operaciones militares, sino otro paisaje alternativo para visitar y tomar fotografías): "El paso siguiente puede ser EEUU (muy difícil), Venezuela (factible) o Cuba (probable). Pero mi meta irrenunciable sigue siendo París y llegará aunque sea nadando todo el Atlántico"[140]. Y tan así era el espíritu de Guevara, que en medio de los "preparativos revolucionarios" llega a México su entrañable amigo Ricardo Rojo (el 30 de abril de 1955) y describe a su coterráneo de este modo: "conservaba el inconfundible aspecto del estudiante universitario en vacaciones"[141]. No exageraba Rojo. En esos días Ernesto, siempre presto al recreo de campamento, se dedicó a escalar el volcán Popocatélpetl: "Hicimos derroche de heroísmo sin poder llegar a la cima"[142] anotó.

Y si bien por esas tardes mexicanas Fidel Castro diagramaba su expedición y Guevara efectuaba turismo arqueológico, también es cierto que la decisión de Ernesto de ser de la partida en Cuba seguía intacta aunque en el fondo, él mismo no creía en el triunfo que Castro prometía, así como tampoco se enroló en el ejército rebelde por cuestiones principistas, sino por la posibilidad cierta de conocer un nuevo país, aunque el costo podría ser morir de manera absurda,

aunque “romántica y justiciera”: “La veía (la posibilidad de triunfo) muy dudosa al enrolarme con el comandante rebelde, al cual me ligaba, desde el principio, un lazo de romántica simpatía aventurera y la consideración de que valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro”[143] alegó. El guerrillero Miguel Sánchez (El Coreano), reclutado por Fidel Castro como instructor militar, lo recuerda a Guevara en México detallando que “la verdad es que era un hombre muy disciplinado. A la persona que me diga que era un cobarde le digo que no” y añade “El problema de Ernesto Guevara era que en el fondo no era más que un atorrante, aunque también era simpático. Era dogmático, creía que se lo sabía todo, que era el más ´leído y escribido´ como decimos los cubanos y por supuesto se creía que sabia más que Fidel” y dispara: “Guevara era racista, no solo se percibía que no le gustaban los mejicanos porque los creía inferiores, sino que tampoco apreciaba a los negros”[144]. Testimonio similar lo brindó Lázaro Guerra, cubano que también estaba exiliado en México y se alistó luego en la guerrilla de Fidel: “Era un tipo raro. Muy reservado, distante de las personas” y recuerda que “En una ocasión estábamos tomándonos un café en un lugar de Ciudad de México” e ingresó “una mujer con un niño cargado en los brazos que se nos acercó para pedir limosnas y saqué, como es lógico, unas monedas, nosotros tampoco teníamos mucho y el hombre que después se destapó como humanista, el tipo que quería resolver los problemas y que sentía pena por los que sufrían, me ha dicho a cara destemplada: ´que se joda, ¿para qué tiene hijos?´”[145]

¿Qué cuernos le pasaba por la cabeza al médico Ernesto Guevara por entonces? Cabe tomar nota de la siguiente reflexión de Juan José Sebreli al respecto: “a diferencia del político que subordina su personalidad a la causa, el aventurero toma la causa a la que se adhiere como un medio para justificar su existencia, expresar su personalidad, vivir más intensamente, forjar su propio mito. Lawrence hablaba de la ´elección voluntaria del mal ajeno para perfeccionar el propio yo´”[146]: Ernesto Guevara de la Serna parecería encuadrar muy bien en esta caracterización.

**Igual a Mao…**

En el fragor de estos exóticos emprendimientos en ciernes, Hilda Gadea le confiesa a Ernesto la ingrata noticia de que está embarazada. Éste no puede ocultar su pesar y anota: “Para otro tipo la cosa sería trascendental, para mí es un episodio incómodo. Voy a tener un hijo y me casaré con Hilda en estos días. La cosa tuvo momentos dramáticos para ella y pesados para mí, al final se sale con la suya, según yo por poco tiempo, ella tiene la esperanza de que sea para toda la vida”[147]. Recuerda su ex compañero Jaime Costa (asaltante del cuartel Moncada en 1953, y luego comandante de la guerrilla castrista) que “Hilda Gadea Era una mujer muy dulce, muy buena persona, pero también tengo que decir que era fea. Tenía el cuerpo de una diosa pero una cara, vaya a mi me recordaba a Rosario la de Popeye. Nosotros en confianza le preguntábamos al Che, ´oye que le encontraste a esta mujer?´ También le decíamos que de seguro cuando se despertaba en la media noche y la veía, le darían ganas de salir corriendo. A todo esto Guevara respondía: ´bueno, aparte de que es muy cariñosa y muy dulce, acuérdate de que cuando tengo un problema (económico) llamamos a Perú y al otro día está resuelto”[148].

Lo cierto es que al igual que su padre, Ernesto Guevara se casará de apuro. El matrimonio se oficializó el 18 de agosto de 1955 en el registro de Tepotzotlán. Meses después nacerá una niña que se llamará Hilda Guevara. Ernesto le da la noticia a su madre por medio de una carta fechada el 25 de febrero, en unos términos fríos a través de los cuales no manifiesta el menor signo de ternura para con la bebé: “La descendiente es realmente fea y no hace falta más que mirarla para darse cuenta de que no es distinta de todas las niñas de su edad, llora cuando tiene hambre, hace pis con frecuencia, la luz le molesta y duerme todo el tiempo; así y todo hay una cosa que la diferencia inmediatamente de cualquier otro bebé: su papá se llama Ernesto

Guevara”[149]. En otro escrito suyo, anota que el nacimiento de la niña le causa satisfacción pero no justamente por la aparición de su bebé en el mundo, sino porque dicha circunstancia le permitiría deshacer su infeliz matrimonio: “Tiene el nombre de Hilda Beatriz y es motivo de una doble alegría para mí. Primero, la de la llegada que puso un freno a una situación conyugal desastrosa, y segundo, el que ahora tengo la total certidumbre de que me podré ir, a pesar de todo. Que mi incapacidad para vivir junto a su madre es superior al cariño con que la miro (…) seguiré con mi vida bohemia hasta quien sabe cuando” y respecto a su hija, sólo agregará: “es un pedazo de carne que mama cada cuatro horas con la puntualidad de un Omega”[150], rematando con dudoso gusto que la niña “ha salido igualita a Mao Tse Tung”[151].

# CAPÍTULO III: LA CUBA DE FULGENCIO BATISTA

## Situación institucional

Tras años de sobresaltos, recién en 1940 se sanciona en Cuba una nueva Constitución que, aunque con sesgos dirigistas en lo económico, logra brindar estabilidad a la isla en un marco más o menos institucionalizado. Los períodos presidenciales duraban cuatro años, sin reelección, y los mandatarios eran elegidos por medio del sufragio popular. De este modo, surgieron tres presidentes electos. El primero de ellos fue precisamente Fulgencio Batista (1940-1944), quien entregó el poder al doctor Ramón Grau San Martín (1944-1948) y éste, a su vez, al doctor Prío Socarrás (del partido de los "Auténticos"). Faltaban menos de tres meses para las nuevas elecciones en Cuba (previstas para junio de 1952) y Batista, quien otra vez se presentaba como candidato, temeroso porque el clima político no le aseguraba una victoria (el favorito parecía ser el candidato del Partido "Ortodoxo" en el cual militaba Fidel Castro), pegó el zarpazo con un golpe de Estado que no tuvo apoyo popular, pero tampoco defensa alguna del presidente depuesto ni de sus acólitos.

Al año del golpe de Batista, en 1953, se produjo el aludido asalto al cuartel Moncada, el cual fue una suerte de golpe comando dirigido por el joven abogado Fidel Castro. El asalto a la postre fracasó y como hemos visto, Castro fue detenido y condenado a 15 años de prisión. Su alegato durante el juicio que se le efectuó fue popularmente conocido y luego publicado bajo el título de "La historia me absolverá", cuyo contenido fue una férrea defensa de la Constitución de 1940. Estos y otros episodios que iremos viendo forjarán en la opinión pública la imagen de un Fidel Castro rebelde que luchaba contra Batista en pro de una pretendida democracia republicana y por ende, anticomunista. Es más, el ubicuo Partido Socialista Popular –PSP (nombre que tenía el Partido Comunista

cubano dependiente de la URSS) repudió el asalto al cuartel Moncada y Castro, por entonces, aclaró: “Todo el país sabe quién organizó, inspiró y dirigió la acción contra los cuarteles y sabe que los comunistas no tienen nada que ver”[152].

Si bien Batista muy lejos estaba de ser un estadista digno de elogio, también es verdad que fue demonizado exageradamente por la historiografía comunista, dado que su nivel de autoritarismo fue por lejos inferior al que vino después de su gestión. Un ejemplo: a los pocos meses del asalto al Moncada, el 15 de mayo de 1955 el vilipendiado “dictador” indultó a su enemigo Fidel Castro y sus compañeros. De su condena a 15 años, Castro apenas cumplió solo uno y medio. Los indultados marcharon a Estados Unidos y luego a México, donde Fidel anunció públicamente que continuaría la lucha hasta alcanzar el derrocamiento del satanizado caudillo que lo acababa de beneficiar con la libertad.

Exceptuando el golpe de 1952 (en donde Batista gobernó ilegítimamente hasta 1954), el propio Batista siendo presidente de facto convocó a elecciones presidenciales a los fines de normalizar su poder y se consagró como tal el 24 de febrero de 1955 (por ende su mandato vencería en febrero de 1959 conforme los cuatro años otorgados por la constitución vigente). Durante estas últimas elecciones (las de 1955 que legitimaron el poder de Batista), surgió una polémica, puesto que Grau San Martín, el candidato de la oposición, al advertir que no ganaba, se retiró de los comicios antes de que estos se celebrasen, pretextando (no sin ciertas razones) que Batista no brindaba garantías en cuanto a la pureza del acto electoral. O sea que allí Batista participó de elecciones sin contrincantes.

Pero lo cierto es que en resumidas cuentas, Batista gobernó legítimamente entre 1940 y 1944 e ilegítimamente dos años (entre 1952 y 1954). Luego, sobre las elecciones de 1955, la ausencia de candidato opositor ensombreció la elección y despertó polémicas acerca del carácter genuino de este último período gubernamental

que vencería en 4 años. Pero en cumplimiento de los plazos constitucionalmente establecidos, en noviembre de 1958 se llamó nuevamente elecciones, sin la participación de Batista (ya que la reelección era impedida por la Constitución cubana), y el Dr. Andrés Rivero Agüero resultó entonces el ganador de los comicios, aunque no llegaría a asumir la presidencia precisamente por la revolución castro-guevarista que se daría el 1 de enero de 1959 tal como veremos más adelante.

Si bien es cierto que Batista fue un gobernante ilegítimo al menos durante los primeros dos años de su segunda presidencia, luego llamó a elecciones y certificó su gobierno. Y aunque polémicas, eran elecciones al fin, con mandato limitado a 4 años y sin posibilidad de reelección.

Sin embargo, los detractores de Batista alegarán que el asunto era más grave, puesto que desde 1933 (año en que Batista se consagraba jefe militar), él en verdad ya ejercía una suerte de poder real que condicionaba en mucho al poder formal que tenía el presidente civil de turno. Puede ser que esto último haya sido cierto y no resulta algo muy distinto del desprolijo panorama político e institucional que por entonces vivía el grueso de la inestable América latina.

## Situación económica

¿Y cuál era el panorama económico de Cuba a fines de los años 50´? Esta pregunta resulta más que interesante, puesto que el mito promovido por los agentes de propaganda castrista y sus intelectuales asociados pretendió hacer creer que en 1959 Cuba era una región compuesta por una paupérrima aldea habitada por menesterosos desdentados, cuyas miserables chozas solo contrastaban con suntuosos casinos y hoteles para que los norteamericanos ricos disfrutaran del juego y la prostitución.

Sin embargo, el Atlas de Economía Mundial de Ginsburg, al finalizar la década de los cincuenta, colocaba a Cuba en el lugar 22 entre las 122 naciones escrutadas[153], constituyéndose en el tercer país con mayor ingreso per cápita de Latinoamérica (después de Argentina y de Uruguay). Y según lo señalaba el economista H. T. Oshima, de la Universidad de Stanford, en 1953 el ingreso per cápita de los cubanos era semejante al de Italia[154], aunque las oportunidades personales parecían ser más generosas en la isla del Caribe que en la península europea. ¿Cómo demostrarlo?, pues en 1959 en la embajada cubana en Roma había doce mil solicitudes de italianos deseosos de instalarse en Cuba[155], situación que tras la revolución se tornó inimaginable. Hasta el propio hagiógrafo de Guevara, el mexicano Jorge Castañeda, nos agrega que a fines de los años 50´ "la cubana era una sociedad con una clase media urbana relativamente amplia…y, en términos latinoamericanos, más bien próspera"[156]. Y esto es tan cierto, que la capacidad de importación per cápita de los cubanos en 1958 era un 66% más elevada de lo que fue en 1994[157], agregando el dato que el sistema de transportes y los mercados nacionales de Cuba eran los más desarrollados de Hispanoamérica. Ya por 1956, Cuba ostentaba tres veces más líneas de ferrocarriles por kilómetro cuadrado que los Estados Unidos[158]. Asimismo, cabe citar las estadísticas publicadas por la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra, la cual informaba que en la Cuba de 1958 el salario medio por jornada de ocho horas era de 3 dólares, en tanto que era de 2,70 en Bélgica, 2,86 en Dinamarca, 1,74 en Francia, 1,73 en Alemania Occidental y 4,06 en los Estados Unidos. Las mismas estadísticas de la OIT mostraban que los trabajadores cubanos percibían un 66,6% del producto nacional bruto, comparado con el 57,2% en la Argentina, el 47,9% en el Brasil y el 70,1% en los Estados Unidos[159].

En cuanto al divulgado mito de que antes de 1959 Cuba era un mero "satélite financiero de EE.UU." y que la isla estaba "asfixiada por inversiones americanas" (como si dichas inversiones fuesen algo negativo), basta con enunciar que en 1958 sólo el 5% del capital

invertido en Cuba era norteamericano y, que de una fuerza de trabajo de aproximadamente dos millones de individuos, apenas setenta mil eran obreros y empleados permanentes de empresas norteamericanas[160]. Incluso, la tendencia hegemónica que iban teniendo los capitales autóctonos venía creciendo a toda marcha desde antaño: El control estadounidense de la industria azucarera cubana descendió de un 70% en 1928, al 35% en 1958[161]. Con idéntica directriz, cabe anotar que en 1935, de 161 centrales azucareras sólo 40 eran de propiedad cubana. En 1958, 121 ya estaban en poder de los criollos. En ese mismo año apenas el 14% del capital (y con síntomas de reducirse paulatinamente) estaba en manos norteamericanas. En 1939 los bancos cubanos sólo manejaban el 23% de los depósitos privados. En 1958 ese porcentaje había aumentando al 61[162]. En 1957, el conjunto de la pequeña burguesía se amplió hasta pasar a ser uno de los mayores de Hispanoamérica y entre mediados de 1952 y 1957, el ahorro y depósitos a plazo fijo de los bancos se elevaron de 140 a 385,5 millones de dólares[163]. El crecimiento era tan alentador, que en 1952 la construcción privada sumaba 53 millones de dólares anuales y la pública 76 millones. En 1957 las cifras correspondientes eran 77 y 195 millones[164].

En materia alimentaria los números también eran prometedores: antes de 1959 la ingestión de calorías en Cuba, de acuerdo con el citado libro de Ginsburg, sobrepasaba en un 10% los límites mínimos que marcaba la FAO: 2.500 calorías *per cápita* al día[165].

## Situación sanitaria y educacional

"La gran victoria de la revolución cubana fue en los sectores de educación y salud"[166], arengó Fidel Castro durante su estada en Río de Janeiro, en marzo de 1990. Sin duda, este último es el mito más exitoso que todavía se animan a defender los apologistas del castro-guevarismo. Sin embargo, es un aforismo absolutamente falso.

En 1959 los números en ambas materias eran descollantes: del porcentaje de personas que sabían leer y escribir, Cuba figuraba en el primer lugar de los países hispanoamericanos y era el primero en cuanto al porcentaje del ingreso nacional invertido en instrucción[167], dato al que cabe agregar que el 80% de su población estaba alfabetizada (índice envidiable para entonces)[168]. En otras áreas de gran importancia relacionadas con la educación, entre ellas las letras, el citado Anuario Estadístico de América Latina en 1984 nos informa que "Cuba en el año 1959 estaba entre los cinco primeros países de Iberoamérica en publicaciones de prensa, con una circulación diaria de 101 ejemplares por cada mil habitantes"[169]. En materia de comunicaciones y tecnología la situación también era sobresaliente: Había un aparato de radio por cada cinco habitantes, un televisor por cada veinte, un automóvil por cada veintisiete y un teléfono por cada veintiocho. Ninguna otra nación, a excepción de los Estados Unidos, tenía tantos televisores per cápita como Cuba. En comparación, la Rusia Soviética tenía uno por cada mil habitantes y China sólo uno por cada diez mil[170]. En el campo de la sanidad pública, Cuba contaba con el doble de médicos y cirujanos en relación con la población (y el doble de maestros) y una tasa de mortalidad infantil general inferior a la de los Estados Unidos. La tasa de mortalidad anual, de sólo el 15 por 1.000, era excepcionalmente baja. Cuba tenía una proporción de médicos y dentistas más elevada que la de ningún otro país de la zona del Caribe[171], a la vez que por 1953 países como Holanda, Francia, Reino Unido y Finlandia contaban proporcionalmente con menos médicos y dentistas que Cuba, circunstancia que en gran medida explica la alta longevidad de los cubanos de entonces y el bajísimo promedio de niños muertos durante el parto o los primeros treinta días de vida[172]. Más aún: según un informe de las Naciones Unidas, la cantidad de médicos por habitantes en la Cuba de 1958 (con una población de 6,6 millones) duplicaba el número de médicos existentes en el conjunto de las demás naciones del Caribe, con notable escala ascendente, aumentando de 3.100 en 1948 a 6.400 en 1958, más del doble en diez años. Otro dato: la esperanza de vida en

Cuba, antes de Castro, era de 62 años[173], superando a principios de la década del 50´ a España, Portugal, Grecia, Japón y al de la mayoría de las naciones latinoamericanas[174]. A modo de parangón, la expectativa de vida en Brasil era entonces de 55 años[175].

¿Qué demuestra todo esto que hemos repasado con mucha rapidez en este ítem? Que la salud y la educación en Cuba eran dos institutos que ya antes de 1959 destacaban por su excelencia y no fue la revolución de 1959 artífice de esos logros.

Por de pronto, queda más que claro que el problema de la Cuba batistiana no era de orden económico, educacional, tecnológico o de sanidad, sino fundamentalmente de tinte institucional.

En suma, Cuba era un pequeño país que gozaba de gran prosperidad y calidad de vida, aunque su administración estaba manejada por un gobierno con rasgos corruptos y autoritarios (sobre todo en la segunda administración de Batista), los cuales irritaban, con razón, a gran parte de la población.

Es cierto que Batista no fue bueno para Cuba: pero siempre se puede estar peor...

# CAPÍTULO IV: RUMBO A LA SIERRA MAESTRA

## Los preparativos en México

En México, en medio de los preparativos y reuniones conspirativas para llevar adelante la embestida, Castro, a fin de conseguir fondos para financiar su guerrilla, partió de las tierras aztecas en octubre no hacia la URSS, sino al demonizado "imperialismo" estadounidense, en donde la colonia de cubanos cumplió un papel muy importante para llevar a cabo una colecta de fondos de casi dos meses de duración. El 80 por ciento de las sumas obtenidas servirán para comprar armas; el resto se destinará a fines de organización y propaganda. Filadelfia, Nueva Jersey, Connecticut y, antes de Florida, Nueva York. Allí, el 30 de octubre de 1955, Fidel Castro se comprometió públicamente ante sus mecenas desembarcar en Cuba antes de que finalice 1956[176].

Una vez obtenido el financiamiento suficiente en el país del norte, Fidel se encargó de organizar durante meses los entrenamientos de las milicias rebeldes en México, cuya instrucción estuvo a cargo del coronel Alberto Bayo (militar retirado a quien le faltaba un ojo), quien gozaba de un extenso currículum. Bayo -residente en México-, había nacido en Cuba pero criado en España y fue graduado en la Academia de Infantería primero y en la Escuela Militar de Aviación después; además, había sido capitán de la Legión Extranjera en la lucha española contra los moros africanos y durante la Guerra Civil formó parte de las milicias republicanas. Este trajinado personaje fue el instructor de la improvisada "Academia Militar" castrista montada en Guadalajara.

Para llevar adelante el adoctrinamiento, se alquiló una finca en el distrito de Chalco, con una extensión de nueve kilómetros de largo por quince de ancho, sobre las montañas cubiertas de espesa

vegetación, alejada de la urbanidad y la civilización para despejar sospechas y avistamientos. Allí fueron a instalarse cerca de cien guerrilleros para recibir rígidas clases teórico-prácticas por el lapso de tres intensivos meses, en donde se enseñaron y practicaron los principales dogmas de la guerra de guerrillas. Las armas compradas n o eran malas. Los alumnos aprendieron a usar pistolas, rifles, ametralladoras. También se los instruyó en el arte de fabricar bombas para volar barricadas, aviones o tanques. El ánimo de las milicias era de euforia y excitación. Guevara, a pesar del asma, marchaba y se entrenaba destacadamente, a la par de sus camaradas o incluso de un modo más aguerrido. Según el jefe instructor, el citado coronel Bayo, Guevara era el que más empeño ponía.

La incomodidad, el ascetismo, las ambientaciones rústicas, eran para Ernesto, más que un sacrificio o un fastidio, una motivación. ¿A qué obedece esta simpatía por la falta de confort? Por un lado, a ese mencionado afán de probarse y desafiarse a sí mismo; por otro, quizás debamos buscar antecedentes en su niñez, dado que parte de su infancia transcurrió en la selva de Misiones, luego vivió en las sierras de Córdoba (donde pasó el grueso de su adolescencia) y durante las temporadas de vacaciones acudía a las estancias de los abuelos, ambientes agrestes que lo habituaron al contacto con la naturaleza: ¿en las ciudades se sentiría un extraño?

La incipiente instrucción de los futuros guerrilleros en México consistía básicamente en largas caminatas, prácticas de remo en el lago de Chapultepec y en ejercicio bajo la conducción del cubano Arsacio Vanegas, un ex practicante de lucha libre. Promediando enero, el Movimiento 26 de Julio alquila seis pequeñas casas donde se impuso un régimen cuartelario, tan monástico como compartimentado. Progresivamente, el entrenamiento se tornaba más rígido y militarizado: “Al principio (Ernesto) llegaba todo dolorido y tenía que darle masajes con linimento”[177] recordará Hilda. Toque de diana a las cinco de la mañana. Entrenamiento físico exhaustivo. Estudios de temas militares o revolucionarios, salidas vigiladas, siempre en pareja,

comidas a horas fijas. Nada de alcohol y estaban prohibidas las llamadas telefónicas[178].

El 24 de junio Guevara y varios de sus camaradas, acusados de pergeñar una conspiración comunista para llevar adelante en Cuba, caerían presos en una redada policial en la cual permanecerá detenido por un puñado de días y desde esa breve estada en la cárcel, se permitió efectuar anotaciones y escribir una carta a sus padres fechada el 6 de julio anoticiándolos de las buenas nuevas: “Los futuros se dividen en dos, los mediatos y los inmediatos. De los mediatos les diré que mi futuro está ligado a la liberación cubana. O triunfo con ella o muero allá (…) del futuro inmediato tengo poco que decir porque no sé qué será de mí. Estoy a disposición del juez y será fácil que me deporte a la Argentina, a menos que consiga asilo en un país intermedio”[179]. Pero pocos días después Guevara y sus camaradas recuperaron la libertad sin mayores contratiempos.

Castro por su parte contestaría la infamante imputación de “comunistas” que sobre ellos recaía alegando que era una “acusación absurda” y envía al semanario Bohemia (de mayor tirada en la Cuba de entonces), publicado el 15 de julio de 1956, un largo artículo donde recuerda que, por el contrario, “fue Batista quien en las elecciones de 1940 fue candidato oficial del partido comunista y que su gobierno actual incluye numerosos comunistas”[180]. Como vemos, Fidel hace uso de la libertad de prensa imperante en Cuba y en todo momento intenta despegarse de la etiqueta marxista que algunos desconfiados osaban endilgarle. Esta será una conducta reiterada en él, no solo durante la lucha contra Batista sino durante los primeros meses de su futuro gobierno, una vez triunfante la revolución.

En cuanto a Batista, como todo gobernante populista de perfil heterodoxo, portaba una ideología signada por el oportunismo y la ambivalencia. Y si bien algunos lo sindican como un militar “de derecha”, lo cierto es que como bien lo denunciara Castro, en su estructura de poder colaboraban muchos comunistas. En verdad,

Batista era un mandatario populista con rasgos autoritarios sin demasiada carga ideológica y en su desprolijo gobierno cabía gente de las más diversas tendencias. En cambio, los rebeldes comandados por Castro que habían intentado derrocarlo en 1953 (en el asalto al cuartel Moncada) y ahora renovaban la apuesta, se presentaban públicamente como “demócratas antimarxistas” que pretendían reinstaurar el funcionamiento de Constitución de 1940, el mecanismo republicano y un sistema electoral sin sospechas de fraude.

En cuanto a Guevara, ahora sí podríamos decir que estábamos en una suerte de reinvención de sí mismo, es decir en una etapa clave en la cual el aventurero errante ya se estaba formando en marxismo con mayor intensidad de lo habitual y entrenando a toda marcha. El periodista cubano Carlos Franqui, aliado al movimiento 26 de julio y que por esos días estuvo en México para entrevistarse con Castro, comenzó a tratar a Ernesto y lo describe de esta manera: “Guevara tenía entonces un aire bohemio, un humor suficiente, provocador y argentino, andaba sin camisa, era algo narcisista, trigueño de estatura mediana y fuerte musculatura, con su pipa y su mate; entre atlético y asmático alternaba a Stalin con Boudelaire, la poesía con el marxismo”[181].

¿Cuál era entonces el perfil de este guerrillero comunista en gestación? Todo indica que a la sazón Guevara era una suerte de “Pre-Che”. Incluso, fue por esos días cuando Ernesto fue bautizado con el apodo con el que hoy se lo reconoce mundialmente. Al respecto, el periodista cubano Orlando de Cárdenas, quien fuera amigo de Fidel y uno de los principales colaboradores del Movimiento 26 de Julio en México, cuenta el origen de tan iconográfico apodo: “A él al principio se le decía doctor Guevara o Ernesto Guevara, pero cuando vimos que él hacía burla de nuestra manera de hablar, entonces en represalia ya no le dijimos nunca más Guevara ni Ernesto, le decíamos el ´Che´… se lo decíamos muchas veces con un poco de sorna, para refregarle en la cara lo que él nos había hecho a nosotros. Nunca nos vio

completamente como compañeros”[182].

Pero más allá del singular sobrenombre adquirido que Ernesto “Che” Guevara luciría desde entonces y hasta su muerte, vale señalar que roces como los señalados en la convivencia con los cubanos no parecían ser datos aislados, puesto que al parecer él nunca terminaba de adaptarse a la idiosincrasia de sus conmilitones: “¡Estos tipos no tienen cura!...Estos fanfarrones son inaguantables. ¿No podrían hablar más despacio? ¡Cómo aturden!”[183] Refunfuñaba, mientras le admitía al Patojo (su amigo guatemalteco Cáceres Valle): “Mirá, hermano, los cubanos…además de hablar fuerte y ligero, tienen también otro defecto: no pueden ver las cosas en orden, tienen una especial devoción por el quilombo”[184].

Pero en cuanto a que a la afirmación de que el Che Guevara además de estrenar sobrenombre estaba viviendo una profunda radicalización o fanatismo, lo confirma el tono sumamente agresivo y destemplado de sus cartas, dato que alarmó a su madre quien al advertir esta desmesura, le recriminó por vía epistolar la preocupante intransigencia ideológica que venía notando en su primogénito. Pero éste último el 15 de julio le respondió mediante otra carta en la cual brindó una escalofriante autodefinición de su persona, preanunciando aspectos peligrosos de su personalidad: “No soy Cristo ni un filántropo, vieja, soy todo lo contrario de un Cristo…Lucho por las cosas en las que creo, con todas las armas de que dispongo, y trato de dejar muerto al otro…Lo que más me aterra es tu falta de comprensión de todo esto y tus consejos de moderación…es decir, las cualidades más execrables que puede tener un individuo. No sólo no soy moderado sino que trataré de no serlo nunca, y cuando reconozca que la llama sagrada en mi interior se ha convertido en una tímida lucecita votiva, lo menos que puedo hacer es vomitar sobre mi propia mierda”[185].

Por ahora, esta creciente violencia exteriorizada por el Che, sólo se limitaba a las anotaciones.

**Naufragio en Cuba**

Tras 16 agitados meses de entrenamiento y preparativos en México (obrantes entre julio de 1955 a noviembre de 1956), Fidel, Raúl, el Che y 79 hombres más (eran 82 en total), en la madrugada del 25 de noviembre de 1956, parten desde el muelle de Tuxpan hacia Cuba. Lo hacen en un pequeño yate llamado Granma ("abuela" en francés), comprado con dinero proveniente de la CIA -que ya por entonces simpatizaba con la oposición a Batista través de un intermediario, el ex presidente de Cuba Carlos Prío Socarrás (exiliado en Miami). Unos cincuenta guerrilleros más quedarán en México (no cabían en el yate) y llegarán más adelante.

Durante el trayecto, además de varios problemas técnicos, se debieron pasar mil y una peripecias. Tormentas, descomposturas, motores del navío que se rompían y navegación por debajo de la línea de flotación. Guevara describió imágenes del viaje en estos términos: "La ruta elegida comprendía una vuelta grande por el sur de Cuba, bordeando Jamaica, las islas del Gran Caimán, hasta el desembarco en algún lugar cercano al pueblo Niquero, en la provincia de Oriente"[186]. Y en otro pasaje narra el clima humano: "El barco entero presentaba un aspecto ridículamente trágico; hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y con las ropas sucias por el vómito"[187]. El expedicionario Jaime Costa recuerda que en el Granma "Guevara supo escoger un espacio donde le daba el aire y eso lo favorecía. Estaba mareado pero muy poco y por eso se reía de nosotros, nos ridiculizaba, decía, ´mirá los cubanos como se marean´ y los compañeros le miraban y decían enfadados, ´sí, los cubanos nos mareamos, pero tu ni te bañas´ (…) Era su carácter prepotente y despectivo el que generaba que la gente le cogiera antipatía"[188].

El motor del navío andaba mal, patinaba el embrague y la embarcación era cuatro veces más pequeña de lo necesario para semejante contingente: “Probamos el Granma en aguas tranquilas y además con poca tripulación, nadie sabía lo suficiente como para darse cuenta de que al montar 82 hombres en aquel barco, que eran unas cuantas toneladas de hombres, más las armas, agua, combustible, alimentos (…), iba a disminuir mucho la velocidad. No sólo disminuyó su velocidad, sino que por poco se hunde (…); aquella era una cáscara de nuez bailando en el golfo de México”[189] recordará Fidel Castro.

Estos y otros reveses provocaron que se llegara a destino dos días después de lo previsto y en vez de desembarcar en Niquero (provincia de Oriente) tuvieron que desviar el rumbo a playa Las Coloradas, a varios kilómetros del destino prefijado en un extenuante viaje que duró 172 horas: “Más que un desembarco, fue un naufragio”[190] anotó el Che.

Los guerrilleros debían llegar a destino el 30 de noviembre para unirse a Crescencio Pérez, un campesino que los esperaba con cien hombres y algunos camiones para marchar hasta Manzanillo. Narra el biógrafo argentino Hubo Gambini que el plan previsto tras desembarcar incluía unirse “a otros contingentes rebeldes y juntos atacarían por primera vez al ejército regular cubano. Simultáneamente, los sublevados escondidos en otras zonas harían estallar bombas en Holguín, Matanzas y Santiago, para despistar a los soldados de Batista. Una vez concluida la operación y requisados los pertrechos del destacamento de Manzanillo, Pérez guiaría a los rebeldes hasta un escondite en la Sierra Maestra, la cadena montañosa que crece en dirección paralela a la costa cubana, en la provincia de Oriente. La huelga general que los grupos opositores desatarían en La Habana y extenderían a toda la isla iba a conducir, creía Castro, a la caída inevitable de Batista”[191]. A primera vista, la empresa parecía absurda desde el punto de vista militar, puesto que dos o tres centenas de guerrilleros precariamente preparados jamás podrían vencer a

Batista, quien contaba con más de 40 mil hombres, centenares de tanques, diez navíos de guerra, quince guardacostas y setenta y ocho aviones de combate y transporte[192].

Ocurre que tal como lo veremos luego, lo ocurrido en Cuba ha tenido un sinfín de connotaciones excepcionales que hoy se silencian por completo, pero que de no haber existido, Castro y su puñado de hombres (por audaces que fueran) jamás podrían haber resistido más que un par de escaramuzas. El mito del manojo de guerrilleros que con solo aferrarse a la voluntad le pueden ganar a un ejército profesional (que será analizado más adelante), ha sido la cabal versión historietística que se ha exportado desde La Habana tras la revolución y que luego, compraron a ojos cerrados las guerrillas de toda Latinoamérica en los fatídicos años 60´y 70´, con resultados catastróficos.

Volviendo al punto que nos ocupa, en Santiago de Cuba (segunda ciudad del país), se encontraba a la espera el líder rebelde que operaba en El Llano (zona urbana), el joven maestro Frank País y sus hombres, quienes no imaginaron que Castro arribaría con dos días de demora y, tal como estaba pactado, al amanecer del 30 de noviembre de 1956, centenares de jóvenes vestidos con uniforme verde olivo y portando un brazalete que los identifica como miembros del Movimiento 26 de Julio, se lanzaron a tomar la ciudad atacando distintas posiciones de la fuerza pública[193], poniendo en marcha un levantamiento que debía coincidir con el desembarco.

Los guerrilleros urbanos incendiaron el cuartel de la policía nacional, se apoderaron de armas de la sede de la policía marítima y llevaron adelante una prosecución de combates callejeros que obligaron a Batista a decretar el Estado de Sitio en Oriente. En esa fecha, lista para recibir a los combatientes del Granma en las playas de Niquero, la activista rebelde Celia Sánchez (quien más adelante sería una de las amantes de Fidel) movilizó camiones, guías, expertos y milicias rurales formadas por el citado líder campesino Crescencio

Pérez. De haber llegado en tiempo y forma, Castro y sus hombres hubiesen podido coordinar las acciones previstas con la organización urbana que los apoyaba y esperaba con una buena red de logística.

En tanto, Batista ya estaba alertado desde hacía varios días del eventual desembarco del yate. Tanto fue así, que cuando al fin tocan tierra los rebeldes al mando de Castro, un feroz ataque de las fuerzas batistianas genera un caos en las tropas insurgentes. El desbande fue generalizado, los guerrilleros caían como moscas. El Che recuerda este revés en su diario, apelando otra vez a la muerte (de la cual estuvo realmente cerca): "Quedé tendido; disparé un tiro hacia el monte siguiendo el oscuro impulso del herido. Inmediatamente me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol, se dispone a acabar con dignidad su vida al saberse condenado a muerte por congelación en las zonas heladas de Alaska. Es la única imagen que recuerdo"[194].

Las columnas rebeldes se habían perdido en el desordenado repliegue, tratando de ocultarse entre los cañaverales. El Che, en condiciones físicas lastimosas, emprende marcha hacia la Sierra Maestra con cuatro compañeros, a los cuales se unirán tres más al día siguiente. Sin agua, prácticamente sin comida y mal equipados, se dirigen hacia las montañas para reunirse con los demás -si existían todavía y procurando además esquivar una nueva ofensiva del ejército. Entre los camaradas del Che figuraban Ramiro Valdez, Camilo Cienfuegos y Juan Almeida, todos destinados a cumplir funciones cruciales en los meses y años por venir: "Veníamos extenuados después de una caminata no tan larga como penosa (…) perdiendo casi todo nuestro equipo y caminando durante interminables horas por ciénagas de agua de mar, con botas nuevas; esto había provocado ulceraciones en los pies de casi toda la tropa (…) Ya no quedaba de nuestros equipos de guerra nada más que el fusil, la canana y algunas balas mojadas. Nuestro arsenal médico había desaparecido, nuestras mochilas se habían quedado en los

pantanos (…) Debido a nuestra inexperiencia, saciábamos nuestra hambre y nuestra sed comiendo cañas a la orilla del camino”[195] anotó Guevara en su diario.

Días después, bajo el yugo de tormentas inenarrables, sed, hambre y cansancio, arriban a la finca de un campesino de nombre Mongo Pérez, en las inmediaciones de la cordillera del oriente cubano, donde se reencuentran con los demás sobrevivientes. Registra Guevara que “en la madrugada del día 5 (de diciembre de 1956), eran pocos los que podían dar un paso más…después de una marcha nocturna interrumpida por los desmayos y las fatigas y los descansos de la tropa, alcanzamos un punto conocido paradójicamente por el nombre de Alegría del Pío”[196].

Distintos grupos de expedicionarios dispersos iban peregrinando a la deriva intentando alcanzar un lugar de encuentro común para reorganizarse: “Íbamos caminando con desgano, sin rumbo fijo; de vez en cuando un avión pasaba por el mar. Caminar entre los arrecifes era muy fatigoso y algunos proponían ir pegados a los acantilados de la costa, pero había allí un inconveniente grave: nos podían ver. En definitiva nos quedamos tirados a la sombra de algunos arbustos esperando que bajara el sol. Al anochecer encontramos una playita y nos bañamos” y el 8 de diciembre el diario del Che culminó con una frase angustiosa: “no comimos nada”[197].

Las penurias de los primeros días habían fatigado por completo las energías de los pocos guerrilleros que había quedado en pie. Un campesino de nombre Juan Piña retrata al Che Guevara recién llegado de este modo: “Por aquellos tiempos el Che lucía joven (…), aunque los agobios del desembarco lo traían pálido, huesudo. El asma, la comida escasa, la fuga por aquellas ciénagas y más tarde la loma eran para agotar a cualquiera”[198].

El desconcierto de las primeras horas fue tal, que recién el 21

diciembre lograron reunirse con Fidel y advirtieron que las fuerzas de Batista les habían dado una paliza demoledora: del total de ochenta y dos tripulantes del Granma, habrían sobrevivido solo doce[199] y pudieron recuperarse apenas nueve fusiles. Entre los pocos guerrilleros que formaban lo que quedaba de la tropa, había vacilaciones, dudas y desánimo. El golpe había sido fulminante. Pero Castro debutó en Sierra Maestra con sus dotes de conductor, de motivador, pero también de dictador: "¡Quiero disciplina!…porque sin disciplina no vamos a ninguna parte. El primero que sea sorprendido en estado de insubordinación, deserción o derrotismo, será fusilado inmediatamente. ¿Entendido?"[200].

## El doctor Ernesto Guevara

Los alicaídos castristas se reorganizaron, incorporaron cinco lugareños, se distribuyeron los cargos y montaron campamento en Sierra Maestra: "Fueron pasando los días y, de a poco, reclutando gente. Los primeros campesinos llegaban, a veces desarmados, a veces trayendo armas que nuestros compañeros habían abandonado en casas amigas o en cañaverales, al huir"[201] glosó el Che.

Como fuera dicho, el pequeño grupo guerrillero se afincó en la Sierra Maestra, es decir en la zona más pobre de toda Cuba y ello dio lugar a que luego muchos apologistas del castro-guevarismo se hayan encargado de concentrar la descripción de las carencias imperantes en esa región marginal y periférica, tratando de inducir al lector a creer que Cuba era una suerte de Sierra Maestra gigante. Pero en contraste, el abogado y escritor cubano Mario Lazo en su memorable obra *Daga en el corazón, Cuba traicionada*, anota lo siguiente: "en la zona de la Sierra Maestra, que abarca una superficie de poco menos de 10.000 kilómetros cuadrados, vivían unos cincuenta mil campesinos, sin duda los más pobres de Cuba…Para nadie era un secreto que constituían la colectividad guajira más ignorante y

atrasada del país, ajena a los adelantos de la sociedad. No tenían radios, ni periódicos, ni electricidad, ni medios de transporte, a excepción de mulas. No había más caminos que aquellos que pasaban por las primeras estribaciones de la sierra, donde vivía la mayoría”[202]. Recordemos que Cuba tenía más de 6 millones de habitantes y conformaba el tercer ingreso per cápita del continente. Sierra Maestra componía una triste y despoblada aldea a la que había que asistir, sin dudas, pero ese no era el sentir ni el modo de vivir del cubano promedio. Con tomar la decisión política de emplear una acción social concreta, hubiese sido más que suficiente para mejorar la calidad de vida de ese sector minoritario de una población cubana que, por entonces, en su mayoría, gozaba de envidiable prosperidad y movilidad social ascendente.

Mientras tanto, la minúscula guerrilla rural no cesaba en poner manos a la obra para su reconstrucción. El guerrillero Faustino López fue el encargado de reanudar contactos con las milicias rebeldes que estaban en El Llano (zonas urbanas) para recibir abastecimiento. Guevara, por su parte, para ganar simpatía entre los campesinos, oficiaba de médico y revisaba eventuales dolencias de los pobladores: “En aquella época tenía que cumplir mis deberes de médico y en cada pequeño poblado o lugar donde llegábamos realizaba mi consulta. Era monótona pues no tenía muchos medicamentos que ofrecer y no presentaban una gran diferencia los casos clínicos de la sierra”, asimismo anotó: “Mis conocimientos no daban para mucho más”[203]. Y pesar de reconocer no tener una formación sólida, la presencia de un “doctor” en aldeas pobres ocasionaba adhesión entre los baquianos.

Si bien la mutación de Guevara en los últimos meses había sido absoluta (de turista insolvente a guerrillero comunista), había algo en su haber que para su desgracia no variaba: el asma y su roña personal. Uno de los principales combatientes del ejército rebelde en Cuba, Enrique Oltuski (quien tras la revolución cubana se convertiría en su mano derecha en el ministerio que luego presidiría), recuerda que

en Sierra Maestra el Che “mientras comía, tomaba la carne con dedos sucios…Terminó de comer y salimos. El Che repartió cigarros. Eran toscos, sin duda fabricados por un guajiro de la zona. A mi lado el Che fumaba y tosía una tos húmeda como si estuviera mojado por dentro. Olía mal. Hedía a transpiración putrefacta. Era un olor penetrante, y lo combatí con humo de tabaco”[204]. Interesante es también el testimonio de Miguel Sánchez (apodado El Coreano), combatiente reclutado por Fidel Castro como instructor militar del grupo de guerrilleros que se preparaba en México, quien registra una anécdota conteste con lo expuesto: “le decíamos el chancho porque tenía poca afición a bañarse y siempre tenía un olorcito a riñón hervido” y acusándolo de racista agrega que Guevara “despreciaba a los negros, muchísimas veces tenía problemas con Juan Almeida Bosques, que le decía ´el negrito´; con Juan Almeida se insultaban, entonces yo le dije: ´mira, Juan, cuando te diga negrito, dile: ´chancho´ porque tú no te bañas´”[205]. La realidad es que la fama de mugriento no favorecía la reputación del médico de la expedición, quien por su condición de tal debía dar el ejemplo a la hora de atender pacientes: “Ni siquiera se lavaba las manos”[206], recuerda un guerrillero de la Sierra. Ratificando lo expuesto, en el año 2009 el propio Raúl Castro le confesó a Cristina Kirchner (por entonces Presidente de Argentina) que “a Ernesto, como guerrillero, no hay quien lo discuta. Pero como médico, yo no me dejaba poner ni una inyección por él”[207].

En definitiva, fue el propio Che Guevara quien reconoció: “Mis conocimientos de medicina nunca fueron demasiado grandes”[208].

## La sed de sangre del doctor

Y al fin, promediando enero, la pequeña guerrilla llevó adelante su primer combate al tomar por asalto a un desprevenido cuartel de La Plata, el cual es atacado por Castro con 32 combatientes, en tanto que los sorprendidos militares de Batista no opusieron ninguna

resistencia: “Los soldados, casi sin defensa, eran inmisericordemente heridos por nuestras balas” anotó el Che, concluyendo que “Ellos tenían dos muertos y cinco heridos, además de tres prisioneros: Por nuestra parte, ni un rasguño”[209].

Días después, el azar llevó a los guerrilleros a mantener otra escaramuza al atacar por sorpresa una choza en la que habían divisado algunos soldados adentro. Se dio entonces un atraco que el Che en su diario dio en llamar “Combate de Arroyo del Infierno” y fue cuando por primera vez Guevara experimentaría matar a alguien: “Tiré a rumbo la primera vez y fallé: el segundo disparo dio de lleno en el pecho del hombre que cayó dejando su fusil clavado en la tierra por la bayoneta (…) El hombre había recibido un balazo en medio del pecho que debió haber partido el corazón y su muerte fue instantánea”[210].

Además de médico precario y guerrillero incipiente, el Che nunca abandonaba sus escritos y en carta a Hilda Gadea, su mujer, fechada el 28 de enero de 1957, le expone: “Querida vieja: aquí en la selva vivo sediento de sangre”[211] ¿Qué motivos llevarían a un flamante médico a vivir “sediento de sangre”? ¿Qué retorcidos conflictos internos arrastrarían a un argentino a tomar las armas en un país ajeno y lejano al suyo en pro de una repentina y difusa causa? Estos interrogantes se tornan más complicados si tenemos en cuenta que el Che estaba allí de casualidad; es decir, por no haber podido comprar los anhelados boletos a España por razones económicas, lo que retrasó su estada en México y casi concomitantemente conoció a Fidel, quien lo embarcó de inmediato en esta aventura.

Los enigmas son difíciles de resolver. Según la óptica de Castañeda, el amor por la guerra y la intransigencia ideológica del Che son atribuibles a su tortuosa asma: “La vinculación entre la dilatación de los bronquios contraídos y la adrenalina implica que situaciones que generan descargas endógenas de adrenalina -como el combate, por ejemplo pueden disuadir ataques…pueden desatar episodios justamente por la ausencia de descargas endógenas de

adrenalina. De resultar acertada esta disquisición, coadyuvaría en gran medida a dilucidar la futura inhabilitación del Che para aceptar la coexistencia simultánea de contrarios en su vida”[212]. Lo cierto es que Guevara nunca aceptó posiciones intermedias de ninguna naturaleza: “No sólo no soy moderado sino que trataré de no serlo nunca”[213] (15 de julio de 1956); o su otra confesión: “mis amigos son amigos mientras piensen políticamente como yo”[214] (julio de 1959). Y según el biógrafo guevarista Jon Lee Anderson, “para él, la realidad se aparecía en blanco y negro…consideraba a la mayoría de las personas como amigos o enemigos. Cualquiera que ocupase una posición intermedia merecía su desconfianza”[215].

Para Guevara la ideología sería un pretexto para ir al combate. Lo que imperaba en el Che era el deseo de “dejar muerto al otro”, tal como rezaban sus notas. La guerra no era un lamentable medio para un fin noble ulterior, sino que la guerra era un agradable fin en sí mismo: “Todos esperábamos el combate como una liberación…todo el mundo ansía ya de una vez la llegada de ese momento estelar de la guerra que es el combate. Lo que lleva al paroxismo de la alegría es el combate, clímax de la vida guerrillera”[216] escribió. Vale decir que de sus notas no surge que la guerra sea una lamentable circunstancia aunque forzosamente necesaria ante situaciones límites, sino “el paroxismo de la alegría”. Confesión que el Che ratificó en carta dirigida al escritor argentino Ernesto Sábato (fechada el 12 de abril de 1960): “No hay experiencia más profunda para un revolucionario que el acto de guerra”[217].

Notamos por sus notas que la relación del Che con la guerra pareciera tener una extraña y morbosa connotación erótica: habla de “clímax”, de “experiencia profunda”, de “paroxismo”, de “alegría”. Incluso, en carta a su segunda esposa, Aleida March, llegará a elaborar una insólita alusión “romántica” al narrar que la recuerda “bajo la renovada caricia de las balas”[218]. Sostiene Juan José Sebreli que “la embriaguez por el olor a pólvora, por las armas, por los

uniformes y el combate lo acercaban a aquellos intelectuales fascistas. La reducción de los hombres a amigos y enemigos respondía, por otra parte, al modelo nacionalsocialista de Carl Schmit”[219]. Esta última reflexión del sociólogo argentino no puede suscribirse a libro cerrado, porque hay un sinfín de detalles en la atormentada psicología del Che, que obviamente desconocemos. Empero, hay un dato que sí rescatamos y que nos resulta inobjetable: Guevara era un sujeto entristecido, torturado, doliente, notablemente resentido. Sus escritos siempre remiten al odio, a la muerte, al éxtasis por la pólvora, a la sed de sangre, a exterminar al prójimo. Las únicas notas de alegría y distención que podemos rescatar de sus inacabables epístolas datan de cuando él se ve envuelto en un combate o cuando en calidad de testigo se hallaba en medio de un bombardeo. Tal es el caso de su carta en Guatemala, fragmento que ya expusimos pero que vale la pena reiterar: “Me divertí como mono durante esos días. Esa sensación mágica de invulnerabilidad…me hacía relamer de gusto cuando veía a la gente correr como loca apenas venían los aviones…Aquí todo estuvo muy divertido con tiros, bombardeos, discursos y otros matices”.

Por lo hasta aquí expuesto, todo indica que el Che era una suerte de temerario que iba deliberadamente en busca del riesgo y… ¿de la muerte? Incluso, en un tiroteo en Sierra Maestra, en el cual Guevara se vio acorralado por sus enemigos, relató el episodio del siguiente modo: “La posición era mala y nos venían rodeando…Personalmente noté algo que nunca había sentido: la necesidad de vivir. Eso debe corregirse para la próxima oportunidad”[220]. Guevara no se inmolaba gratuitamente ni se pegaba un tiro a secas para escapar del mundo, pero incurría en aventuras imprudentes o absurdas en donde morir sería más que probable.

Y si bien queda claro que el Che quizás buscaba inconscientemente la muerte, también es cierto que esta debería tener un velo romántico, estoico y heroico: “La aventura podrá ser loca, pero el aventurero ha de ser cuerdo” decía Gilbert Chesterton.

¿Cuán cuerdo estaba el aventurero Guevara?

## Fusilador debutante

Con el correr de los trajinados días en la Sierra Maestra, se produjo un macabro episodio que marcará el bautismo del Che Guevara como fusilador habitual: "La situación no estaba muy alegre en esos días; la columna, sin su espíritu forjado en la lucha todavía y sin una clara conciencia ideológica, no acababa de consolidarse" lamentará el Che, agregando "Un día uno, un día otro se ausentaban compañeros" y para evitar las crecientes deserciones, la insubordinación o el derrotismo, se impuso como norma interna del grupo la pena de muerte[221]. Es en ese estresante contexto de convivencia interna, cuando el guerrillero Eutimio Guerra no terminaba de resultarle del todo fiable al Che, quien lo acusaba de ser informante del ejército. Sin más, basándose solamente en su falible intuición, Guevara le destrozó la cabeza de un disparo.

¿Acaso eso fue un acto de legítima "justicia revolucionaria"? Su ex compañero Jaime Costa (asaltante del cuartel Moncada en 1953, expedicionario del yate Granma y luego comandante del Ejército Rebelde), respecto del guerrillero asesinado por Guevara, afirma: "no había una seguridad concreta…entonces se forma el tribunal y acordamos que no había una seguridad de que él haya sido un delator; por lo tanto, no se podía quitarle la vida. Entonces, el Che dice: ´bueno si no se la quitan ustedes, se la quito yo´. Entonces todo el mundo le dice: ´ ¿por qué tú le vas a matar? Si tú no eres cubano. Él es un cubano y no ha confesado que es delator´. Y Ramiro dice que no se puede fusilar, como presidente de ese tribunal, y en ese momento es el que más grado tiene, y el Che sacó la pistola y lo mató ahí"[222]. Otro testigo privilegiado, el guerrillero Universo Sánchez recuerda el homicidio de este modo: "Yo traía un rifle y entonces el Che saca una pistola 22, PAC, y le da un tiro por aquí. ¡Coño, Che. Lo mataste! Se cayó boca arriba ahí, boqueando. Y los

relámpagos. Aquello era del diablo, horroroso”[223]. Pero el Che brindó una versión menos dramática y más técnica sobre el asunto: “la situación era incómoda para la gente y para él, de modo que acabé el problema dándole en la sien derecha un tiro de pistola, con orificio de salida en el temporal derecho. Boqueó un rato y quedó muerto”[224] anotó el médico argentino, haciendo gala de su formación en anatomía no para salvar una vida sino para arrancarla. Seguidamente, Guevara procedió a apropiarse de las pertenencias de su víctima. Le interesaba sobremanera el reloj. El objeto estaba fuertemente amarrado a la cadena del cinturón del sacrificado. Según el propio Che relató, el moribundo, “con una voz sin temblar, muy lejos del miedo”, le dijo: “´Arráncala, chico, total´…eso hice y sus pertenencias pasaron a mi poder”[225].

Este estremecedor episodio no formó parte de un hecho aislado. A partir de entonces fueron constantes los indiscriminados fusilamientos de Guevara a gente de su propia tropa por el solo hecho de no caerles en gracia, incurrir en indisciplina o resultarles desconfiables.

# CAPÍTULO V: EL MITO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

## La guerrilla rural como factor decorativo de la revolución

Inversamente a lo propagado por la leyenda castrocomunista, Fidel, por entonces, no solo no se manifestaba comunista sino que alegaba luchar para reinstalar “la democracia y la Constitución de 1940”. Esta mesurada proclama de impronta institucionalista les valió a los rebeldes el apoyo del grueso de la población cubana y la comunidad internacional, y fundamentalmente el del gobierno de los Estados Unidos.

Incluso desde los más importantes medios de prensa norteamericanos se llevó adelante una profusa campaña a favor de los “demócratas de Sierra Maestra”, que pretendían derrocar a la gastada gestión de Batista. Tanto es así, que los rebeldes que actuaban en el Llano consiguieron que el conocido periodista norteamericano Herbert Matthews, del influyente New York Times, se trasladara a la Sierra para entrevistar a Fidel. La impactante nota apareció a fines de marzo de 1957 y fue un duro golpe para Batista. Con el título “Fidel está vivo”, el diario informó al mundo que el presidente de Cuba mentía cuando hablaba del exterminio rebelde. Pero no fue el único en mentir: cuando el periodista indagó acerca del número de tropas rebeldes, Fidel señaló a los que lo rodeaban y dijo: “Éste es mi Estado Mayor”[226], sin aclarar que, además, ése era también todo su ejército. No fue la única artimaña para simular un mayor número de combatientes: soldados iban y venían fingiendo agitación, para entregarle a Fidel “mensajes urgentes” de una inexistente Segunda Columna. La puesta de teatro dirigida por Castro resultó exitosísima y el cronista norteamericano creyó y compró el sobreactuado panorama belicista. La crónica periodística fue redactada de un modo apologético para con los insurgentes y obtuvo un éxito de resonancia

mundial. El consenso internacional comenzaba a girar sin disimulos en favor de los “rebeldes de la libertad”.

Países de la región comenzaron a enviar armas, dinero y provisiones a toda marcha para respaldar a las fuerzas guerrilleras. A tal punto las potencias anticomunistas apoyaron a Castro y su presunto plan de restauración republicana, que el escritor marxista y agente de prensa del terrorismo montonero Pablo Giusiani remarcó que “la primera propuesta de enviar armas a esos valientes jóvenes que se batían en la Sierra Maestra contra la dictadura de Batista no provino de grupo alguno que pudiera calificarse de revolucionario, izquierdista o siquiera popular, sino del almirante (argentino) Isaac Rojas, un conservador considerado arquetípico del ´gorilismo´”[227].

Y en marzo de 1957, el emblemático comandante rebelde Huber Matos emprendió un viaje clave a Costa Rica, precisamente con el propósito de reunirse con el presidente de ese país, el Dr. José Figueres Ferrer, quien ya le había prometido armamentos a gran escala (nótese la envergadura del apoyo externo). Matos recuerda en sus memorias la reunión y el diálogo con Figueres del siguiente modo: “Matos -me dice Figueres-, voy a entregarles las armas, pero recuérdele a sus hombres que esas armas son parte del pequeño arsenal de Costa Rica y que yo se las cedo a ustedes porque quiero al pueblo de Cuba.

No puede haber infidencia alguna sobre mi actitud porque me pondría a mí como un irresponsable ante los costarricenses y podría costarme hasta la misma presidencia (…) las armas esperan por usted, las tenemos en un depósito que está justamente debajo de nuestros pies. Cuanto antes se las lleve, mejor será -Confíe en nosotros, señor presidente”[228]. Seguidamente, en la noche del 29 al 30 de marzo fueron transportadas las prometidas armas y municiones, siendo la logística del traslado tan sofisticada que los pilotos del avión que llevaron las provisiones desde Costa Rica hacia Cuba (donde los rebeldes improvisaron una pista de aterrizaje en zonas

rurales) vinieron desde México por orden de Castro. Pero este apoyo no sería el único que los rebeldes cubanos recibirán por parte de Costa Rica. El destacado dirigente sindical Luis Alberto Monge (futuro presidente de Costa Rica entre 1982 y 1986) financió además la revista Cuba Libre, órgano de difusión del Movimiento 26 de Julio en Centroamérica. Por último, refiere Matos que además, el costarricense Frank Marshall les facilitó generosamente un buen número de fusiles con sus municiones[229].

En tanto, el 13 de marzo de 1957 los grupos de El Llano atacaron el palacio presidencial en La Habana, donde vivía Batista, con el fin de fusilarlo. La embestida fue llevada a cabo por un grupo de jóvenes del Directorio Revolucionario, agrupación en alianza con un sector del Partido Auténtico. El país estaba en expectativa por las grescas que continuamente se daban en las ciudades mientras que en ese ínterin, Fidel y los suyos obraban de espectadores en la sierra.

Resulta interesante poner de manifiesto la acción insurgente de los que peleaban en El Llano (el ala urbana e ideológicamente más moderada de la reacción antibatistiana), puesto que el futuro mito vendido por el Estado castro-comunista, ha reducido toda la historia de la revolución cubana a la ecuación rural y sus exóticos barbudos, con prescindencia de todo otro elemento cuando en verdad, el cúmulo de episodios ajenos a la Sierra Maestra que formaron parte del proceso revolucionario fue muchísimo más importante y determinante que las esporádicas escaramuzas que se presentaban en la periférica selva cubana, aunque ésta última fuera estéticamente más romántica o novelesca a los fines mitológicos y propagandísticos.

Promediando mayo, los guerrilleros recibieron otras dos noticias auspiciosas. Una proveniente del mundo del marketing estadounidense y la otra relativa al tema estrictamente militar: la difusión de la película filmada por Bob Taber en Sierra Maestra a través de los canales de televisión norteamericanos en cuanto a lo primero, y el inminente arribo de un reforzado cargamento

armamentístico en cuanto a lo segundo. De dicho cargamento el Che recibió una ametralladora Madsen: “la alegría se le dibujó en el rostro”[230] anotó su hagiógrafo Hugo Gambini.

En tanto, el coronel Bayo enviaba mensajes a Castro desde Nueva York (nótese el lugar de residencia y conspiración del principal instructor militar de Fidel). Por entonces Batista observaba con gran preocupación que los norteamericanos comenzaban a encariñarse con la figura del jefe barbudo y dos episodios concomitantes parecían ser más que sintomáticos de este idilio: el número de la revista *Visión* del 5 de julio traía en su tapa la fotografía del líder rebelde. Al mismo tiempo, *The New York Times* afirmaba que “el desenlace cubano se acercaba a su fin”[231].

En mayo de 1957, los rebeldes descendieron de las montañas y atacaron un pequeño y aislado aserrío próximo a la costa, consistente en dos edificios de madera y tres pequeños puestos de guardia. En total, había cincuenta y tres hombres en el campamento, varios trabajadores desarmados y algunos soldados de Batista. Castro dio la señal de ataque disparando su fusil de mirilla telescópica desde una loma distante. En la lucha que se entabló, los pocos soldados combatieron encarnizadamente, matando a seis de los rebeldes e hiriendo a nueve. Del grupo del campamento hubo catorce muertos, diecinueve heridos, seis huyeron y catorce fueron hechos prisioneros[232]. Y si bien la escaramuza fue de envergadura relativa, la propaganda castrista vendió el tiroteo como una de las más grandes epopeyas rurales de la revolución: “Este combate nos probaba la poca preparación combativa de nuestra tropa, que era incapaz de hacer fuego con certeza sobre enemigos que se movían a una tan corta distancia como la que existió en este combate”, confesó el Che. Aunque la falta de preparación militar no le impidió al argentino dar en el blanco: “uno de los soldados levantó la cabeza como sorprendido; abrí fuego inmediatamente y el sexto hombre cayó”[233].

Otro dato inobjetable que pone de manifiesto una vez más lo

minusválida que era esa guerrilla, es abonada en el mismo diario de Guevara, cuando éste anota (el 23 de mayo de 1957) que en ese momento estaba "reducida a 127 hombres, la mayoría armados y unos 80 de éstos con buenas armas"[234].

Pero Batista no podía seguir inactivo ante las malas noticias. Lanzó una ofensiva urbana en la que cayó muerto Frank País, el reputado líder opositor de El Llano. La muerte del popular dirigente produjo gran indignación en las ciudades y se reaccionó con una huelga espontánea que paralizó el comercio. El funeral de Frank País arrastró a una impresionante muchedumbre, hecho que constituyó un fuerte llamado de atención a un gobierno cuyos sinsabores pasaban a formar parte de la preocupante habitualidad. Pero ahí no terminan los contratiempos para Batista: El flamante Embajador americano Earl Smith, dejó a un lado toda formalidad diplomática y acudió al velorio a depositar una ofrenda floral en la tumba del difunto dirigente, en acto de inequívoca solidaridad para con la rebelión y de desprecio para con la actitud del gobierno.

En cuanto a Castro vale reseñar que él veía en Frank País a un competidor, de modo que vivió su muerte sin congoja alguna, dado que si bien tanto El Llano como el Movimiento 26 de Julio luchaban contra Batista, eran más que evidentes las profundas diferencias ideológicas y políticas entre ambas facciones revolucionarias (El Llano era de tendencia moderada y Fidel Castro escondía en su seno una intencionalidad comunista todavía no exteriorizada). Menos especulativa y más noble fue la reacción de Guevara, quien en su diario anotó: "Con Frank País perdimos uno de los más valiosos luchadores, pero la reacción ante su asesinato demostró que nuevas fuerzas se incorporaban a la lucha y que crecía el espíritu combativo del pueblo"[235].

Al día siguiente de la muerte de Frank País, el Che se topó conduciendo otro tiroteo contra una docena de guardias de las fuerzas de Batista, ocasión en que se vio obligado a efectuar una "retirada

estratégica”: “corrí con velocidad que nunca he vuelto a alcanzar” y agregó, “mi participación en el combate fue escasa y nada heroica”[236].

Nos resulta de interés la presente digresión, consistente en la opinión de un espía de Batista (Richard Tullis), quien en ese entonces se había infiltrado en Sierra Maestra y trazó el siguiente informe parangonando las personalidades del Che y Fidel: “(El Che) Elegante, brillante, mucho más inteligente que Fidel. Che es un comunista o en mis dos años de estudio de personalidades comunistas, yo nunca he visto una. Su comandancia tiene todos los lujos de la ciudad. Un refrigerador de kerosene, una cocina de kerosene, comidas especiales, tabacos Uhpman, Coca-Colas, vinos y un amplio surtido de mate. Duerme en una cama confortable (…). Che ama la autoridad (…) en contraste con Fidel, Che es un hombre débil. Castro camina millas cada día. Che nunca camina, usa jeep o mulo. Castro es un hombre de gran coraje. Che tiene poco coraje pero es un gran actor y ha estudiado la bravuconería. Pretende leer mientras la aviación ametralla su casa”[237].

Retomando al estado de situación, la realidad es que la soledad de Batista se tornaba inversamente proporcional al creciente apoyo a una guerrilla que, desde un principio, fue vendida por Castro como una firme insurgencia anticomunista y republicana. Basta con agregar que *The New York Times*, por medio de su periodista Tad Szulc, aseguró que el entonces agente de la CIA, Robert Wiecha, le proporcionó a partir de octubre de 1957, cincuenta mil dólares al Movimiento 26 de Julio[238] para fortalecer la financiación de la revolución. Y fue también por esos días cuando el comandante Huber Matos registró el hecho no menor de que marinos estadounidenses procedentes de la Base Naval de Guantánamo se unieron a su grupo en ayuda y solidaridad con la causa antibatistiana[239].

En efecto, aunque la historiografía castrista de exportación con posterioridad haya enfatizado lo contrario, esa pequeña guerrilla selvática capitaneada por Fidel Castro nunca dejó de ser un aspecto subalterno o decorativo en toda esta historia revolucionaria. Y hasta tal

punto ello fue así, que el propio Matos nuevamente ilustra que el "5 de septiembre de 1957, una semana después del asesinato de Frank, la radio informa de una sublevación contra Batista en la base naval de la marina, en Cienfuegos, provincia central de Las Villas. Según la información, los marinos de la base, actuando en coordinación con elementos civiles del 26 de Julio y de otro grupo revolucionario de origen auténtico, han tomado el control de la instalación militar y de algunas otras posiciones dentro del perímetro de la ciudad"[240]. Incluso, hasta un devoto de la revolución, como Jon Lee Anderson, señala que el grueso de los oficiales del gobierno "no se proponían un mero ´cuartelazo´ sino una insurrección total para derrocar a Batista"[241], agregando que "altos oficiales de la camarilla de Batista tramaban conspiraciones para echarlo y asegurar sus propios puestos"[242].

Vale decir: Batista no sólo no lograba que sus fuerzas armadas dieran batalla al enemigo sino que incluso, éstas se revelaban y sublevaban contra él mismo. Para más datos acerca de la indiferencia de las fuerzas del gobierno respecto de la guerrilla rural, el Che Guevara anotó "A fines del año (1957), las tropas enemigas se retiraban una vez más de la sierra y quedábamos dueños del territorio existente"[243].

¿Y a qué obedecía que las fuerzas de Batista padecieran tamaña ausencia de moral, lealtad, organicidad y profesionalismo? Aquí vale una brevísima digresión relativa a un antecedente determinante en la historia militar de Cuba. Y para tal fin abrevaremos en la pluma de Vicente Massot, quien en su análisis sobre la revolución cubana desarrollado en la obra *El Cielo Por Asalto,* recuerda y enfatiza que "El 4 de septiembre de 1933, (Batista) siendo un joven sargento taquígrafo encabezó un golpe de Estado que lo depositó en el poder y cambió la estructura jerárquica del ejército de una forma inédita en América Latina", puesto que ese golpe interno en la institución militar forjó "el ascenso fulminante de un conjunto de suboficiales –cabos y sargentos- a generales, con todas las prerrogativas del caso, aunque sin la

formación que les faltaba en razón de su rango subalterno" y con ello "se barrió al generalato y se lo reemplazó por el cuerpo de sargentos", motivo por el cual "Batista insistió en todo momento en que la guerrilla estaba en retirada y sería vencida a corto plazo. Por eso no les prestó atención a los pocos oficiales capaces con los cuales contaba y confió el manejo de las operaciones a ex sargentos adocenados que se llevaban mal entre ellos y tenían la misma avidez crematística del presidente que los había transformado, de la noche a la mañana. En generales llenos de entorchados ridículos y medallas de latón". Y concluye Massot: "De los datos únicos que registra el caso cubano, este es uno de los más notables"[244].

Vale decir, que el personal militar subalterno, que compartía la dudosa moral del caudillo que en su momento los sublevó, que portaba escasa disciplina y que además no contaba con la preparación profesional propia de la oficialidad, fue la que reemplazó de facto a los altos mandos y pasó a conducir a las Fuerzas Armadas de Cuba, las cuales a su vez estaban subordinadas a un Sargento.

¿Las consecuencias de semejante enroque? Estaban a la vista y el costo lo estaba pagando el principal responsable y mentor de esta jugada: Fulgencio Batista.

## La revolución multimediática

Ya habían pasado varios meses desde el desembarco del *Granma* y la guerrilla contaba con el abrumador respaldo de la prensa internacional. Corresponsales y cronistas de todo el mundo alababan al Che, a Castro y a su presunta causa noble. Tanto el *New York Times*, *Le Monde*, *Il Corriere Della Sera* como los principales diarios de América Latina los apoyaban, en tanto que la *CBS* les hacía propaganda a través de un documental emitido en EE.UU. en horario central: "Esperamos la oportunidad en que nuestro pueblo pueda rendirles un gran homenaje nacional a todos los bravos periodistas que, con sus

plumas generosas y nobles, le están ayudando a recobrar su libertad”[245] anotó Fidel Castro en agradecida carta remitida a su inefable publicista Herbert Matthews. Pero además de la bondadosa cobertura comunicacional de la que gozaban los barbudos selváticos, los dirigentes que operaban en El Llano, si bien no contaban con la misma espectacularidad mediática que sus colegas de la sierra, si tenían aceitados contactos en la CIA, la cual no sólo les brindaba toda la información necesaria sino también constantes desembolsos en dólares para sostener la rebelión.

## El comandante Guevara

El 21 de julio de 1957 fue un día de júbilo para el médico Ernesto Guevara, puesto que fue nombrado por Fidel Castro con el cargo de comandante de la Segunda Columna -la cual tenía asignada como territorio de combate la parte oriental de la Sierra Maestra (unos 20 km)-, dándole carta blanca: “quedé nombrado comandante de la segunda columna del ejército guerrillero” anotó, añadiendo que “la dosis de vanidad que todos tenemos dentro hizo que me sintiera el hombre más orgulloso de la Tierra ese día”[246].

Pero el nuevo grado jerárquico del Che no hizo más que acentuar los aspectos más negativos de su personalidad a expensas de los miembros de su tropa, muchos de los cuales empezaron a contemplar la posibilidad de abandonar: “¡Que salgan los pendejos, los rajáos, los culos de vaca!”[247], espetó Guevara a un grupo que buscaba pretextos para desertar. Incluso, en esos días se produjo la primera deserción efectiva en la columna, y el Che envió a dos emisarios (Baldo e Ibrahim) a perseguir al desertor con la orden de que lo fusilaran donde lo encontraran. Poco después regresó Baldo y relató que Ibrahim también había querido desertar y por eso lo había matado de tres tiros. En su diario el Che anotó su reacción: “Reuní toda la tropa en la loma anterior al teatro del suceso macabro, explicándole a nuestra guerrilla lo que iba a ver y lo que significaba aquello, el porqué se

castigaría con la muerte la deserción y el porqué de la condena contra todo aquel que traicionara a la revolución”[248].

Seguidamente, cuando otro de sus hombres (el guerrillero chino Wong) osó desertar, Guevara lo mandó a secuestrar por dos subalternos; pero uno de ellos fue fusilado de inmediato al negarse atrapar a su amigo. Fue entonces cuando el Che hizo desfilar nuevamente a su tropa en fila india ante el cadáver: “un campesino humilde…naturalmente los tiempos eran duros y se dictaminó como ejemplar la sanción”[249], escribió.

Todos los sospechados de cobardía o posible deserción eran sometidos a humillaciones denigrantes o riesgos tremendos por parte de Guevara. En esos tiempos se produjo el caso de un campesino de nombre Aristidio, quien se había incorporado a la guerrilla pero que al parecer se había arrepentido, puesto que presumía de su intención de desertar en cuanto se desplazaran las fuerzas insurrectas. Sin más, Guevara lo mandó a fusilar: “En mi carácter de jefe del sector realizamos una investigación muy sumaria y Aristidio fue ejecutado”[250]. Sin embargo, sobre este último homicidio el propio Che pareciera dudar o tener algún ligero remordimiento según consta en su diario: “Hoy nos preguntamos si era realmente tan culpable como para merecer la muerte y si no se podía haber salvado una vida para la etapa de la construcción revolucionaria”[251].

Para Guevara, la práctica del fusilamiento comenzaba a transformarse en una suerte de hobby de connotaciones sombrías. De hecho, son escasísimos los registros en su diario en Sierra Maestra de haber matado a enemigos en combate y, por el contrario, él confiesa haber fusilado o mandado a fusilar a más de una docena que peleaban en su grupo, pero que por alguna razón a él no le inspiraban confianza o simpatía[252]. Al respecto cuenta otro de sus ex compañeros, Roberto Bismark (capitán del Ejército Rebelde): “Guevara llega a Las Villas…a hablar con nosotros…fuimos a la reunión aquella…no tenía ninguna intención idealista ni remotamente…un hecho que me

provocó mucho rechazo, hubo una pequeña operación militar en la cual se logró apresar a algunas personas, algunos de ellos guajiros que supuestamente habían estado colaborando (a mí no me constaba pero eso era lo que se les adjudicaba), con el régimen de Batista. En forma arbitraria, yo fui testigo de que el Che Guevara…sin juicio previo (incluso contra el juicio nuestro de que no debía acelerarse ningún tipo de acción contra la persona porque no había garantías para quienes supuestamente estaban acusados), el Che Guevara dijo que no, que a esos había que matarlos. Y a dos de ellos, fui testigo visual de que con su pistola los mató”[253].

Otro testimonio penoso es entregado por Luciano Medina, capitán del Ejército Rebelde, quien estuvo bajo las órdenes del comandante Camilo Cienfuegos: “Llevábamos tres días sin comer y acampamos en la finca La Otilia y el Che nos mandó a buscar un puerco y yo fui a lo de Carlos Socolombo que tenía una finquita cerca, y compré un puerco que me costó 70 pesos. Entonces toda la tropa estaba comiendo y llega un señor y le dice al Che Guevara que tenía un chivato, que hay que ver cómo se saca de ese hombre que se llama Juan Pérez, dueño de la finca Rancho Claro, cosechero de café. Entonces fueron a buscar al hombre, y lo fusilaron. Recuerdo que tenía tres hijos chiquitos de 4, 5 y 6 años. Eso nos cayó mal a toda la tropa”[254].

En cambio, cuando el encono para con el eventual desdichado no era muy significativo, el Che entretenía su morbo efectuando simulacros de fusilamiento: “Podrá parecer ahora un sistema bárbaro éste empleado por primera vez en la sierra, sólo que no había ninguna sanción posible para aquellos hombres a los que se les podía salvar la vida, pero que tenían una serie de faltas bastante graves en su haber”[255] justificó.

La realidad es que Guevara no veía en los individuos nada dignificante, y estos solo valían en cuanto servían al todo, observando al sujeto particular como “la más insignificante pieza del

mecanismo”[256]. De hecho, a los trabajadores cubanos los consideró “dientes de una rueda” y calificó a sus guerrilleros como “abejas de un colmenar”, sosteniendo que “Importa poco que el guerrillero individuo salga vivo o no”[257]. Y a tal punto este era su verdadero pensar, que él mismo narró episodios en los cuales si bien no mandó a matar a un subalterno, sí lo exponía gratuitamente a situaciones de riesgo en las cuales finalmente moría. Cuenta el Che que después de la batalla de Santa Clara, recorre un hospital y un moribundo le toca el brazo y le pregunta si lo recuerda. Era un combatiente de su propia tropa al que Guevara había desarmado algunos días antes, en castigo por habérsele disparado accidentalmente su arma. Fue entonces cuando en represalia el Che le ordenó conseguirse otro fusil quitándoselo a un soldado enemigo. El joven guerrillero se había animado a cumplir la riesgosa orden, pero en el intento fue herido de gravedad. “Murió unos minutos después” anotó Guevara y agregó “Creo que estaba contento por haber demostrado su coraje”[258]. Otra vez, en sus escritos, aparece la aparente “alegría” que él le adjudica a su víctima por morir con valentía, en este caso por culpa de una orden absurda que el propio Guevara le dio a un subalterno.

Otro dato bastante ocultado de la personalidad del médico Ernesto Guevara, es que él se mostraba particularmente fascinado con las armas, fascinación que en principio no tiene nada de malo, excepto por el hecho de que contrasta radicalmente con el talante pacifista que le atribuyen muchos de sus feligreses y filmes lisonjeros. En mayo de 1957, al llegar a la Sierra Maestra un cargamento con armamentos que reforzaban a las milicias rurales, Guevara escribió: “A la noche llegaron las armas; para nosotros aquello era el espectáculo más maravilloso del mundo; estaban como en exposición, ante los ojos codiciosos de todos los combatientes, los instrumentos de muerte”[259].

Pero del uso “del espectáculo más maravilloso del mundo” no se salvaron ni los animalitos domésticos. Por entonces el Che le ordenó a su subordinado Félix que matara a un perrito que merodeaba por la zona y cuyos alaridos podían despertar sospechas de su presencia ante

el enemigo: “Félix me miró con ojos que no decían nada. Lentamente sacó una soga, la enroscó en el cuello del animal y empezó a ajustarla. Los movimientos simpáticos de la cola del perro bruscamente se volvieron convulsivos antes de morir gradualmente, acompañados por un lamento sostenido que salía de su garganta a pesar del apretón firme…Tras un último espasmo nervioso, el cachorro dejó de agitarse. Ahí quedó tendido con la cabeza sobre las ramas”. Pero lo realmente curioso del caso, es que quien jamás mostró la menor congoja o remordimiento ante cada homicidio suyo practicado u ordenado a un ser humano, sí manifestó esos sentimientos ante la muerte del perro: “Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible”[260].

Otro desdichado ejemplo de “justicia revolucionaria” presenciado por los hombres de la columna del Che es testimoniado por el guerrillero Enrique Acevedo: “Al amanecer traen a un hombre grandote vestido de verde, la cabeza tapada como los militares, con bigotes grandes: es (René) Cuervo, que está causando problemas en la zona de San Pablo de Yao y Vega la Yua. Ha cometido abusos contra los campesinos diciendo que pertenece al Movimiento 26 de Julio…El Che lo recibe en su hamaca…Al final el Che lo aleja con un gesto desdeñoso de la mano. Lo llevan a una hondonada y lo ejecutan con un rifle 22, por lo cual tienen que darle tres tiros. El lugar sería bautizado como el Hoyo del Cuervo”[261].

Al cúmulo de episodios truculentos que estamos repasando para ilustrar al amigo lector, cabe sumar el protagonizado por el joven guerrillero de apellido Echevarría, cuyo hermano zarpó con el Che en el *Granma*. Al serle adjudicado un presunto delito, Guevara ordenó su inmediata ejecución y anotó: “Echevarría pudo haber sido un héroe de la revolución…pero le tocó la mala suerte de delinquir en esa época y debió pagar en esa forma su delito…Sirvió de ejemplo, trágico, es verdad, pero valioso para que se comprendiera la necesidad de hacer de nuestra Revolución un hecho puro y no contaminarlo”[262].

Por las características poco amables de su Comandante, los guerrilleros vivían en un clima de permanente tensión psíquica. Aunque también es cierto que esa atmósfera hostil era alimentada por la vida dura en la selva y por el enorme esfuerzo físico que debía llevar adelante la pequeña guerrilla: "Las marchas eran fatigosas e increíblemente cortas; los heridos tienen que ser transportados uno a uno, porque había que llevarlos en hamacas colgadas de un tronco fuerte que literalmente destroza los hombros de los porteadores, que tienen que turnarse cada diez o quince minutos, de tal manera que se necesitan de seis a ocho hombres para llevar un herido en esas condiciones" anotó Guevara, lamentando además que ante un ritmo de vida tan poco atractivo, las defecciones estaban a la orden del día: "las deserciones eran continuas" dado que "Era muy difícil mantener la moral de la tropa, sin armas, sin el contacto directo con el jefe de la revolución, caminando prácticamente a tientas, sin ninguna experiencia", situación que se agravaba ante "la poca disposición de los nuevos incorporados", lo cual "iba provocando continuas crisis en el espíritu de la guerrilla"[263].

Y de esas "continuas crisis en el espíritu de la guerrilla" hay una que particularmente vale reseñar. Por las consecuencia del trato y personalidad del Che se convivía con tal grado de nerviosismo, que en los diferentes escalafones de la columna empezaron a adoptarse medidas de gran severidad, emulando o mimetizándose con las praxis de su comandante. Todos comenzaron a interactuar en exacerbado estado de ansiedad y violencia apenas contenida. Resultó entonces que el guerrillero Lalo Sardiñas (considerado un combatiente de elite), amenazó con su revólver a un hombre indisciplinado y le disparó, matándolo. Los amigos de la víctima se indignaron y reclamaron la inmediata ejecución del oficial. La revuelta fue tal que Guevara no consiguió controlar el motín y Fidel acudió en su ayuda, proponiendo que se ponga a votación el eventual fusilamiento de Sardiñas.

Los doscientos cuarenta y seis guerrilleros amotinados

depositaron sus hojas de papel en un casco. Se vivió un tenso empate de votos a favor de la muerte y en contra (123 a 123). A la luz de las antorchas, el verborrágico Castro lanzó una arenga en forma de alegato de más de una hora a favor de conservar la vida de Sardiñas, y obtuvo una segunda votación, muy ajustada, que salvó al cuestionado guerrillero[264].

Cuentan las malas lenguas que esta fue la primera y única vez en su vida que Fidel Castro llamó a elecciones consultando la voluntad popular.

## La naturaleza ideológica de la guerrilla rebelde

La guerrilla antibatistiana, es decir, el Ejército Rebelde, como fuera dicho, se dividía fundamentalmente en dos: El Llano (de ideología moderada que operaba en zonas urbanas) y la guerrilla rural (cuyo máximo exponente era el *Movimiento 26 de Julio* al mando de Castro). De estos últimos, los comunistas de envergadura eran Raúl y Fidel Castro, además del Che Guevara. Pero Fidel, quien normalmente efectuaba las declaraciones a la prensa, no se cansaba de aclarar que él no tenía nada que ver con el comunismo, a efectos de seguir conservando el apoyo de la comunidad internacional y del pueblo cubano. Según la observación de Castañeda, por entonces el desideologizado discurso de Castro "apenas alcanzaba el grado de radicalidad del populismo clásico latinoamericano de Perón, Cárdenas o Vargas, o del propio Batista en 1940"[265]. Y el resto de los hombres de Castro, salvo las mencionadas excepciones del Che y Raúl, o no tenían la menor idea sobre comunismo o (si la tenían) no la compartían en absoluto. La estrategia castro-guevarista consistía en engañar a todos y, una vez tomado el poder, llevar adelante su proyecto totalitario.

¿Fidel ya era un comunista convencido en aquel entonces? ¿O padeció un marxismo sobreviviente? La fecha de su "conversión"

hacia el marxismo ha sido motivo de disputa entre biógrafos e investigadores. Una novia de Fidel, que también fue amiga del Che y de su esposa, sostiene que “sin Ernesto Guevara, Fidel Castro tal vez jamás se hubiera vuelto comunista. Sin Fidel Castro, Ernesto Guevara quizás nunca hubiera sido más que un teórico marxista”[266].

Sin embargo, ensayistas como Mario Lazo extraen unos antecedentes del joven Castro que confirmarían un marxismo preexistente a la revolución de 1959; pues si bien en la época del asalto al Moncada Fidel pertenecía al Partido Ortodoxo (ajeno al comunismo), poco tiempo atrás, cuando contaba con tan solo 21 años de edad, Castro perteneció a la organización terrorista de corte trotskista Unión Insurreccional Revolucionaria. Inclusive permaneció durante un tiempo detenido por su vinculación con un asesinato perpetrado por el grupo. Asimismo, Fidel fue agitador y partícipe de la matanza en el famoso “Bogotazo” en la Colombia de 1948[267]: “A mí me han preguntado algunas personas si yo pensaba, cuando lo del Moncada (1953), cómo pienso hoy. Yo les he dicho que pensaba muy parecido a como pienso hoy. Ésa es la verdad…Lo digo aquí con entera satisfacción y con entera confianza: soy marxista-leninista y seré marxista-leninista hasta el último día de mi vida”[268] declaró Castro el 2 de diciembre de 1961 con la revolución totalmente consumada. ¿Dijo la verdad ese día Fidel? Imposible saberlo, máxime viniendo dicha confesión de alguien caracterizado por haber sido toda su vida un mentiroso crónico. Lo que sí podemos sostener es que la formación marxista de Castro nunca fue académicamente sólida, insuficiencia ideológica que además siempre se notó, aunque ello no quita que no haya sido un comunista convencido.

Los antecedentes de Castro aquí mencionados no son menores. En plena guerra fría, la CIA no podía darse el lujo de soslayar tamaños “detalles”, pero el lujo se lo dio y luego se pagaron carísimas las consecuencias de tamaña desaprensión (sea ésta culposa o dolosa). Recordemos que en esos tiempos los Estados Unidos eran gobernados por las administraciones de Eisenhower primero y Kennedy después, a cuyas responsabilidades en el tema de

marras nos referiremos más adelante.

En cuanto al Che Guevara, es dable señalar que, aunque sí era un marxista entusiasta, no se caracterizaba precisamente por ser un pensador del marxismo, sino un lector apurado que manejaba conceptos asistemáticos -cuando no panfletarios- los cuales fue radicalizando al extremo y cuyos cerrados dogmas le brindaron un rumbo o fundamento psicológico a la guerra que él llevaba consigo contra el mundo. En carta a su madre, reconocerá: “Antes, me dedicaba mal que bien a la medicina y el tiempo libre lo dedicaba al estudio en forma informal de San Carlos (Marx). La nueva etapa de mi vida exige también el cambio de ordenación; ahora San Carlos es primordial, es el eje”[269]. Nos resulta imposible no tomar nota de que el Che al hablar de “ordenación” (¿sacerdotal?) y referirse a Marx como “San Carlos”, consciente o inconscientemente estaba viendo en el marxismo no un conjunto de ideas atendibles sino el sucedáneo de una religión, a la cual habría que dedicarle una vida de entrega catequística signada por la mortificación y el martirologio de ser necesario. Es más, en cuanto a que las lecturas de Marx le dieron a Guevara sentido a una vida que hasta entonces vagaba a la deriva, él mismo le confió a su madre (en carta fechada en julio de 1959) lo siguiente: “Soy siempre el mismo solitario que va buscando su camino sin ayuda personal, pero tengo ahora el sentido de mi deber histórico…me siento algo en la vida, no sólo una fuerza interior poderosa, que siempre la sentí, sino también una capacidad de inyección a los demás y un absoluto sentido fatalista de mi misión me quita todo miedo”[270]. O sea que Guevara no solo habría localizado en el marxismo elemental un puñado de consignas que le daban sentido a su existencia, sino también “su misión fatalista” que tanto lo preocupaba: “Fidel, como todo político, aspiraba a perdurar; el Che, como todo aventurero, elegía extinguirse en su momento más glorioso, consumarse en el acto absoluto de la lucha hasta la muerte…Esta intransigencia de los ideales ocultaba la búsqueda existencial del ´ser uno mismo´, la construcción de su propia estatua”[271] observó Juan José Sebreli, en otra de esas agudas

interpretaciones suyas sobre Guevara, de las que siempre hay que tener en cuenta.

Y a pesar del indefinido discurso de Fidel y del secretismo táctico con que Raúl y el Che ocultaban su marxismo (señálese que Guevara no era muy hábil para simularlo), los que peleaban en El Llano desconfiaban de las tendencias ideológicas del argentino. Tanto fue así que esto le valió una encendida polémica con René Latour, alto dirigente de El Llano. Ocurre que el Che trataba con desdén y vilipendio a los que peleaban en la ciudad, minimizando o desvalorizando su actuar y atribuyendo toda la bizarría a los que estaban en Sierra Maestra. Ramos Latour, por su parte, le reprochó al Che mediante una carta el injusto desprecio con el que éste se refería al material que se le enviaba, subrayando que "si bien la ciudad carece de las condiciones de heroicidad que imperan en la sierra, quienes reúnen el dinero, compran las armas y víveres y los transportan a la montaña no son menos revolucionarios o valientes que los combatientes encumbrados" y agregó "los que tienen tu preparación ideológica piensan que la solución a nuestros males está en liberarnos del nocivo dominio yanqui por medio del no menos nocivo dominio soviético"[272]. Por ahora Guevara se mordía los labios, a fin de evitar proseguir despertando desconfianzas ideológicas.

Cabe agregar que Guevara desvalorizaba el papel de la guerrilla urbana no sólo por su total falta de realismo y pericia como guerrillero, sino porque además él no tenía la menor idea acerca de cuáles eran las condiciones en que se operaba en el Llano, dado que hasta el momento nunca había bajado de la Sierra y no conocía ninguna ciudad de Cuba, de modo que su menosprecio respecto de la resistencia urbana no se fundaba en un juicio sino en un prejuicio agravado por su ignorancia.

Pero más allá de la puja entre El Llano y el Movimiento 26 de Julio, párrafo aparte merecen las guerrillas antibatistianas que operaban en *El Escambray*, una sierra más pequeña que Sierra

Maestra, de 80 kilómetros de largo y unos mil metros de altura, compuesta por anticomunistas que si bien no dependían de Castro, peleaban coyunturalmente junto a él. Allí se encontraba batallando el Directorio Revolucionario, comandado por De Faure Chomón y De Cubela. Ambos líderes también sentían cierta desconfianza hacia Fidel, y hasta un segmento de este mismo Frente, bajo la dirección de un furibundo español anti-comunista (Eloy Gutiérrez Menoyo) recibía subsidios desde Miami del antiguo presidente cubano Prío Socarrás[273]. Como vemos, si algo caracterizaba al grueso de la subversión antibatistiana era su marcada tendencia despojada de todo marxismo.

Pero más allá de que Batista era el enemigo común que tenían las insurgencias cubanas, los conflictos políticos e ideológicos entre Guevara, El Llano y todos los sectores revolucionarios no comunistas, se fueron acentuando a medida que la posibilidad de triunfo se avecinaba. Uno de los puntos en discordia antes del triunfo de la revolución fue el proyecto de lo que sería la reforma agraria. El Che había pergeñado un borrador, de inequívoca inspiración marxista, en el que planeaba la estatización de empresas cubanas y extranjeras sin indemnización alguna a sus propietarios. Pero para apaciguar los ánimos, Fidel siempre haciendo uso de sus dotes de malabarista, se encargaba de recortar y moderar el extremismo de Guevara. Es por ello que en primera instancia Castro hizo esfuerzos por contemporizar mucho con el ala moderada del 26 de Julio, encabezada por Humberto Sori Marín, un abogado conservador que un par de años después sería fusilado por el castrismo[274], cuando la revolución mostrara su verdadero rostro y masacrara cuanto disidente fuese identificado.

El Che aceptaba a modo de medicina amarga estas decisiones de Castro, aunque advertía que se constituían en pasos tácticos de naturaleza pasajera, para luego ir paulatinamente arrastrando el objetivo hacia el comunismo. En definitiva, por ahora había que sumar a todos para ganar la revolución. Pero lo que sí queda absolutamente claro y probado (y esto incluso lo confesó años

después el Comandante Rebelde Huber Matos[275]) es que más del 90% de todos los que componían el ejército rebelde contra Batista eran anticomunistas, al igual que los inmensos sectores (tanto en Cuba como en el orden internacional) que los apoyaban con generosos recursos dinerarios y materiales.

## El macartismo de Fidel

Las declaraciones públicas formuladas por Fidel Castro entre 1956 y 1958 se caracterizaron por su moderación e insistente apoyo en la Constitución de 1940. Y para consolidar los respaldos cosechados en el mundo libre, el 12 de julio de 1957 emitió el difundido "*Manifiesto de la Sierra Maestra*", el cual entre otras cosas declaraba que "los rebeldes luchaban por el establecimiento de un régimen que garantizara la celebración de elecciones verdaderamente libres, democráticas e imparciales", y "que creara las condiciones propicias para conducir al país por la vía de la legalidad democrática y constitucional", agregando que "el gran ideal de los rebeldes era el de una Cuba libre, democrática y justa"[276]. El propio Guevara, analizando el texto, anotó con resignación en su diario: "No estábamos satisfechos con el compromiso pero era necesario; era progresista en aquel momento (…), pero también sabíamos que no era posible establecer nuestra voluntad desde Sierra Maestra y que debíamos contar durante un largo período con toda una serie de ´amigos´"[277].

Este tipo de discursos de barniz institucionalista permitía que la prensa internacional de occidente siguiera fascinada con los atractivos guerrilleros que se suponía portaban ideales relativos de libertad. Incluso *The New York Times* en 1958 llegó a titular "¿Podrá el Che cambiar el destino de América?", mientras que el embaucador Castro aprovechaba cada reportaje para alejar toda suspicacia de comunismo que enturbiara sus ambiciones: en un artículo publicado en la revista *Coronet* con su firma, el futuro dictador comunista se

declaró refractario a las estatizaciones y partidario de las inversiones extranjeras[278] .

Para más datos, en marzo de 1958 el periodista Agustín Alles Soberón subió unos días a la Sierra Maestra y logró entrevistar extensamente al Che Guevara y a Fidel Castro (notas publicadas luego en la revista *Bohemia*). De su reportaje al Che, cabe destacar el siguiente fragmento:

"P-¿Son ciertas las simpatías por el comunismo que a usted se le atribuyen?

"CH-En lo absoluto. No tenemos vinculación con el comunismo. Soy militar nada más. Sigo la línea del Movimiento 26 de Julio".

"P- ¿Lee usted?

"CH-Infatigable. Menos de los de medicina…todos los libros"[279].

En cuanto a lo expresado por Fidel en el mismo reportaje, aparecen afirmaciones suyas que no tienen desperdicio:

"Nuestro movimiento sostiene el criterio de que el gobierno provisional debe ser lo más breve posible. El tiempo estrictamente necesario para normalizar el país…y convocar a elecciones para todos los cargos del estado, las provincias y los municipios… debemos hacer todo lo posible porque ese período de provisionalidad no rebase de dos años de duración" y añadió que "ese gobierno debe ajustarse a un programa de diez puntos" cuyos tres primeros son los siguientes: "1) Libertad para todos los presos políticos y militares. 2) Absoluta libertad de información de la prensa radial y escrita. 3) Respeto de todos los derechos individuales y políticos establecidos por la constitución"[280].

Siguiendo con estos trucos discursivos, en mayo de 1958, en reportaje concedido a Jules Dubois, Castro insistió con el siguiente embuste: "Jamás estuve ni estoy por el comunismo…Jamás el Movimiento 26 de Julio ha hablado de socializar o nacionalizar las industrias. Este miedo a nuestra revolución es sencillamente

estúpido…Personalmente, no aspiro a ningún cargo y considero que existen suficientes pruebas de que lucho por el bienestar de mi pueblo, sin que ninguna ambición personal o egoísta empañe mi conducta”[281].

Y por si faltara alguna redundante ratificación del espíritu antimarxista que vendía Fidel, en Venezuela, el 20 de julio de 1958, tanto Castro (representando al Movimiento 26 de Julio) como el resto de las principales organizaciones opositoras a Batista firmaron “El Pacto de Caracas”: un compromiso detallado para el regreso de la democracia a Cuba. Como nota humorística, los comunistas fueron excluidos de participar del acuerdo, dadas las vinculaciones históricas de estos con Batista.

Pero Castro no sólo era un “macartista” cuando le hablaba a la prensa local e internacional, sino que también en el seno mismo de sus filas sobreactuaba de anticomunista empedernido: “Los comunistas me preocupan mucho. Debes tener cuidado a la hora de elegir los oficiales que te secunden en la columna. Cuídate mucho de esto”[282] le ordenó al comandante Huber Matos.

En tanto, la prensa americana seguía haciendo apología de los rebeldes. Ese año, un corresponsal del *New York Times* (Homer Bigart) fue también enviado a la Sierra para promocionar a los insurgentes y sus constantes artículos incitaron a un equipo de televisión del *Columbia Broadcasting System* a filmar a diario a la guerrilla, y de este modo la televisión americana registrará y compartirá en tono laudatorio la vida de los guerrilleros durante casi dos meses.

Fidel Castro, ya convertido en un divo hollywoodense, en reiterativo reportaje concedido a su complaciente reportero Herbert Matthews declaró: “Puede tener la certidumbre de que no abrigamos la menor animosidad contra los Estados Unidos o contra el pueblo norteamericano”. Y Matthews se dio el gusto de caracterizar a su

promocionado Fidel como “un idealista, animado de firmes convicciones acerca de la libertad, la democracia, la injusticia social y la necesidad de restablecer la Constitución y celebrar elecciones”. En otra columna suya del mismo diario, el reiterativo adulador no vaciló en celebrar que el programa castrista traería en Cuba una reforma “democrática y por lo tanto anticomunista”[283].

Mejor agente de marketing no se podía tener: “Los artículos sobre Fidel Castro y la situación cubana que escribí en febrero literalmente cambiaron el curso de la historia del país”[284] se jactó con orgullo Matthews, y tenía razón.

## La conjura continúa

Al finalizar el verano de 1958, las acciones contra Batista se multiplicaron por todo el país: La Habana se vio sacudida el 15 de marzo por lo que se conoció como “la noche de las cien bombas”, pero el golpe de efecto más espectacular fue el secuestro del campeón mundial de automovilismo, el argentino Juan Manuel Fangio. Raptado a punta de pistola el 23 de febrero de 1958 en el hotel Lincoln y desde allí trasladado a una guarida, fue liberado 27 horas después[285]. El episodio tuvo resonancia mundial y constituyó otro rutilante logro publicitario para la guerrilla.

Para fortificar el apoyo de los antibatistianos que operaban en Estados Unidos, Haydée Santamaría (veterana del Moncada) es enviada al aliado país del norte (que después de 1959 pasaría a llamarse “el imperialismo”), en donde fue recibida con todos los honores para coordinar y organizar una colecta a fin de obtener fondos de la colonia cubana y diversas organizaciones norteamericanas que conspiraban contra Batista desde distintas ciudades del vecino país amigo. Y tan amigo era, que Washington determinó darle el golpe de gracia a Batista en marzo de 1958, decretando un embargo de armas a Cuba con el fin de desabastecerlo

por completo y dejarlo sin municiones a corto plazo.

A finales de junio, en medio de un bombardeo aéreo de las fuerzas de Batista por sobre las tropas rebeldes al mando de Raúl Castro (en el Segundo Frente de la Sierra de Cristal), Raúl ejecutó un ingenioso ardid deteniendo amablemente a cuarenta y nueve ciudadanos norteamericanos. ¿Con qué objetivo? Que Estados Unidos presionara a Batista por el cese de los bombardeos a cambio de liberar a los americanos confortablemente secuestrados. Conclusión: Estados Unidos exigió inmediatamente a Batista (quien obedeció sin mayores reparos) que cesen los bombardeos hasta la total liberación de los rehenes.

Nótese la absurda situación: el agente comunista Raúl Castro llevó adelante una acción injuriante hacia ciudadanos norteamericanos y Estados Unidos, en lugar de tomar represalias contra los agresores, tomó medidas contra Batista. Esta y no otra fue la posición del "imperialismo yanqui" y la comunidad internacional contra el cada vez más solitario Presidente cubano.

Es más, con honestidad intelectual, hasta un autor socialista como Kalfon reconoció en su gorda biografía sobre el Che que las tropas "represivas" del general Cantilo (el hombre "más temido" en las milicias de Batista) se encontraban en el siguiente estado: "La moral de sus tropas es desastrosa. La mayoría, antes de combatir, se manda una volada con marihuana, tan fácil de encontrar en la sierra. Algunos desertan, uniéndose a la causa fidelista. Otros, hechos prisioneros, sólo se marchan con la Cruz Roja tras haber obtenido…un autógrafo de Fidel Castro, cuyo carisma hace estragos. Por lo demás, un antiguo oficial de Batista, de nombre muy francés, Coroneaux, tras haberse unido a la rebelión en tiempos de Frank País, realiza una jugarreta utilizando la frecuencia de radio de un tanque enemigo, inmovilizado por los guerrilleros, para que la aviación bombardee a los soldados de Batista"[286].

Mientras corrían turbulentos meses tanto en la Cuba urbana como en la Sierra Maestra, a diferencia de los relatos del grueso de los combatientes de esta y cualquier otra contienda militar prolongada, el Che Guevara jamás recordaba ni se preocupaba por su mujer ni su bebé. Además de ser un marido ausente, como padre también obraba con desapego y absoluto desinterés. Desde su llegada a la Sierra, el propio Che había recibido varias cartas de su esposa que rara vez respondía. El 15 de febrero de 1958, el mismo día que su hija Hildita cumplía dos años, su mujer volvió a escribirle una vez más para pedirle autorización a fin de trasladarse a Cuba y acompañarlo. Pero Guevara se tomó su tiempo. Tardó cuatro meses en contestarle y su respuesta tuvo un tono tan inexpresivo como breve: "No"[287]. Cuenta Agustín Alles Soberón (citado periodista de la revista Bohemia), que tras pasar dos meses en la Sierra Maestra como corresponsal y reportear a Guevara en su campamento (marzo del 58): "entre las cosas que observé es que tenía una personalidad despótica, dura, cruel. Por ejemplo, le pregunto por su primera esposa Gadea y me dice ´bueno, no sé de ella ni me interesa´"[288]. Apatía e indiferencia marital a la que le cabe agregar un dato clave recogido por el biógrafo Jon Lee Anderson, el cual explicaba por qué la presencia de Hilda no sería bien vista por su esquivo marido: El Che tenía una amante, la joven Zoila Rodríguez[289].

El 5 de mayo de ese año, el presidente cubano anunció un plan de ataque para erradicar definitivamente la guerrilla. Anota Gambini que esta acción era para Batista "una victoria segura, según se calculó, porque se descontaba que trescientos guerrilleros jamás podían ofrecer resistencia a un ejército"[290]. Parece que el solitario Batista todavía no se había percatado de que su ejército no lo apoyaba, se le sublevaba anexándose a los rebeldes o en el mejor de los casos se rendía ante la posibilidad de cualquier tiroteo; además, su guerra no era contra 300 guerrilleros sino contra toda la comunidad internacional: ese mismo mes (el día 28) Carlos Franqui arribaba, proveniente de Miami, con una avioneta portadora de 20 mil balas, fulminantes eléctricos para las minas y carabinas italianas[291]. El problema de Batista no era militar sino

político: los “combates” de la guerrilla cubana con las fuerzas regulares tenían mucho de escaramuzas esporádicas y por sobre todo, más que combates lo que había eran espectaculares campañas de relaciones públicas internacionales de prensa. Las entrevistas de *The New York Times*, *Time*, *Life*, *Paris Match*, *Le Monde*, *Corriere della Sera* y hasta el apologético documental de la *CBS* habían masificado la notoriedad de los guerrilleros, quienes contaban con la distendida simpatía de las familias del mundo occidental y capitalista que los miraban por televisión como quien mira un ameno y motivador thriller vespertino.

Y que la “guerra revolucionaria” en Cuba tuvo mucho más de paródico que de real, lo confirma el hecho de que cuando Castro tomó el poder, el semanario *Bohemia*, órgano marcadamente antibatistiano, publicó una lista del total de muertos padecidos entre ambos bandos durante los más de dos años de conflicto armado: sumaban 869[292], dato al que cabe agregar que de las bajas de la guerrilla, el 80% pertenecían a la guerrilla urbana (olvidadas de la historiografía oficial castrista) y apenas el 20%[293] a la guerrilla rural de la Sierra: “La dictadura (de Batista) cae no tanto por una derrota militar como por una derrota política, pues el ejército, miles y miles de soldados, se rinden sin pelear”[294] concluyó el precitado Carlos Franqui, escriba de Castro y director de la nombrada publicación opositora al tambaleante gobierno.

Volviendo al desamparado Batista, a modo de esfuerzo desesperado, éste trató de persuadir a los Estados Unidos de que los guerrilleros eran comunistas y solicitó de modo urgente apoyo del Pentágono. Los norteamericanos no le creyeron y seguían ayudando a los “libertarios de Sierra Maestra”. Desde hacía rato que Batista era el menos indicado para estimular acusaciones “macartistas”: tanto en la actual como durante su anterior presidencia había contado con el apoyo explícito del partido comunista de Cuba. Y los Estados Unidos no sólo desde hacía rato que simpatizaba con los mitológicos guerrilleros sino que ya había tomado la irrevocable decisión de

dejar al caudillo populista librado a su suerte.

Al mismo tiempo, las acusaciones de marxismo que Batista le endilgaba a los guerrilleros contrastaban con las permanentes declaraciones anticomunistas de Fidel. Y en cuanto al marxismo de Guevara (quien a diferencias de su jefe no lograba disimularlo), la CIA de todos modos no lo tomaba en serio y en un informe del 13 de febrero de 1958 expresó que el Che, más que un agente marxista, “es un aventurero, no un político profesional…Ha estado buscando siempre algo con que darle sentido y significación a su vida y por el momento la ha encontrado en Castro, no Castro el político sino Castro el perseguido, un Castro luchando contra la tiranía”[295]. Las solitarias advertencias de Batista caían en abstracto y su prédica era desoída incluso por los militares cubanos, quienes desatendían sus órdenes y su autoridad.

En tanto, Guevara a fin de junio se enfrentó a una nueva escaramuza y otra vez, incurrió en una de sus “retiradas estratégicas”: “Frente a una casa nos dieron el alto y cuando nos dimos cuenta allí estaba el ejército, que comenzó a disparar, nosotros a correr, ellos a tirarnos y nosotros a correr más rápido, hasta que logramos salir. Yo creo que ésa fue la vez que más corrió el Che en su vida, porque aquello parecía una competencia de campo y pista”[296] detalló el guerrillero Villegas.

Estas “retiradas” del Che no implican que desde estas líneas lo consideremos un cobarde. Más aún, sostenemos que Guevara más que valiente fue un temerario, que incurría con frecuencia en riesgos irreflexivos e innecesarios. Y justamente por sus arrebatos y falta de inteligencia estratégica, se veía obligado a retroceder de manera abrupta en no pocas ocasiones.

Mientras tanto, los días pasaban y la situación política de Batista seguía complicándose por la pérdida progresiva de apoyos. En agosto, el Che se encontró falto de municiones y estuvo a la espera de que las mismas llegasen desde Miami: “pasan ya de 100 las armas sin uso por

falta de balas”[297] lamentó. Pero en verdad, la falta o no de armamento no era algo determinante para que la insurgencia pudiera ganar “la guerra” contra la guardia Batistiana: “Todo indica que los guardias no quieren guerra y nosotros tampoco”[298] escribió Guevara el 7 de septiembre. Es notable la insistencia en las anotaciones del Che en advertir por un lado la reticencia de los soldados enemigos a pelear y por otro, la desconfianza campesina que existía respecto de los guerrilleros: “En cada campesino veíamos al presunto chivato”[299].

El golpe de Estado contra Batista se encontraba en su etapa final y las guerrillas avanzaban crecientemente hacia las zonas urbanas con mucho voluntarismo, pero luchando mucho más contra las inclemencias geográficas o logísticas antes que contra un ejército enemigo: “Día a día empeoraban las condiciones físicas de nuestra tropa y las comidas, un día sí, otro no, otro tal vez, en nada contribuía a mejorar ese nivel de miseria que estábamos soportando” se quejaba el Che a fines de septiembre, y a las 11 de la noche del 2 de octubre tras cruzar ruidosamente con su tropa una laguna con el agua hasta el cuello agregó: “El chapaleo, imposible de evitar totalmente, y la luna clara, me hacen pensar con visos de certeza que el enemigo se dio cuenta de nuestra presencia, pero el bajo nivel combativo que en todo momento han demostrado los soldados de la dictadura los hicieron sordos a todo rumor sospechoso”[300]: ¿Contra quién luchaba la guerrilla entonces?

Pero independientemente del rol protagónico o no de la guerrilla en la revolución cubana, lo que sí era constitucionalmente cierto es que Batista tenía los días contados, dado que su mandato estaba por vencer y él mismo había decretado elecciones presidenciales para el 3 de noviembre de 1958, en las que no participaría como candidato, puesto que la legislación no permitía la reelección. Sin embargo, este contexto sufragista fue desoído por los rebeldes y las consignas de la guerrilla no fueron otras que sabotear el proceso electoral, acusándolo de “farsa”. Pero si la guerrilla luchaba contra “una dictadura” y esa “dictadura” llamaba a elecciones porque así lo definía la misma constitución que ellos querían “restaurar”:

¿entonces por qué se oponían a los comicios?

El propio Guevara cuenta en su diario que “los días anteriores al 3 de noviembre fueron de extraordinaria actividad: nuestras columnas se movilizaron en todas direcciones, impidiendo casi totalmente la afluencia a las urnas de los votantes en esas zonas”[301]. La embestida anti-electoral se forjó en un ambicioso plan muy bien detallado por Kalfón, el cual consistía en “atacar tres puntos: cada extremo de la isla y el centro. Castro mismo, con su hermano Raúl y Almeida, se encarga de la provincia de Oriente y de Santiago de Cuba. Camilo Cienfuegos debe llegar hasta la provincia de Pinar del Río, en el extremo oeste. Y se encarga al Che que divida en dos la isla, atacando la región central de Las Villas, donde hay ya, en la Sierra del Escambray, diversos focos de resistencia y no sólo el del M 26… El objetivo final es hacer caer la dictadura, pero de momento se trata de impedir las elecciones presidenciales de noviembre”[302].

Insistimos y seguimos preguntando: ¿cómo es eso de la existencia de una insurgencia “democrática” que tiene por ambición tomar el poder para llamar a elecciones cuando en Cuba se estaban celebrando elecciones y esta misma las saboteaba con violencia? La realidad es que más allá de los objetivos de Castro (que nada tenían que ver con instaurar un sistema democrático-electoral), muchos de los cubanos no confiaba en la transparencia de los comicios, puesto que Batista se hallaba muy desacreditado por sus mañas arbitrarias y por el golpe que él impartió en 1952. Los logros económicos de que gozaba Cuba no alcanzaban para calmar a una sociedad que solicitaba una reforma institucional modernizada, acorde con el perfil de las acreditadas potencias del hemisferio occidental.

A pesar de la intentona del boicot, los comicios se llevaron a cabo, aunque con discreta repercusión, puesto que el enrarecido ambiente imperante morigeró en mucho la afluencia de votantes: los dos candidatos de las fuerzas opositoras eran el ex presidente Grau San Martín y el Dr. Márquez Sterling. En cambio, el candidato apoyado

por el gobierno era el Dr. Andrés Rivero Agüero.

Antes de la medianoche el oficialismo anunció que había obtenido una contundente victoria. Pero el plan saboteador de las elecciones tuvo su cuota de éxito. Si bien ellas se llevaron a cabo, los rebeldes lograron paralizar parte de la circulación, dinamitar los puentes, dividir la isla en dos y con ello mantener asustada a la población en sus casas. Un 30% del padrón acudió a votar y por lo pronto, aunque con discreto consenso electoral, Rivero Agüero (el candidato ganador), debía sustituir a Batista en febrero de 1959.

## El Intendente conservador

Tanto el Movimiento 26 de Julio como las citadas guerrillas no castristas iban avanzando posiciones y empezaron a tomar los pueblos. En una de las ocupaciones, Guevara se autonombró intendente *ad hoc* del poblado de Sancti Spiritus. Fue allí cuando presurosamente intentó imponer códigos de convivencia que reglaban, incluso, la vida sexual de los habitantes. A esta ascética medida, el Che le anexó la prohibición de tomar alcohol y canceló la lotería. Las resistencias en el poblado ante la nueva moral impuesta no se hizo esperar y el Che se vio obligado a recular; el argentino cayó en la cuenta de que, hasta que no tomara el poder de manera absoluta, debería seguir fabricando (en la medida en que su frontal personalidad se lo permitía), una imagen simpática y tolerante para con los pobladores.

Y si bien Guevara recapacita y autoriza las relaciones que cada quien considere conveniente, sacerdotalmente elaboró un sermón exhortando a los lugareños “evitar toda clase de desmanes que puedan ir minando la moral”[303]. Consejos de vida un tanto “reaccionarios” para el progresismo del Siglo XXI, siempre dispuesto a levantar el estandarte de la “diversidad sexual” o la legalización de las drogas de manera conjunta con la fotogénica remerita del Che.

## El último apaga la luz

Si bien las semanas previas a que termine el año 1958 se habían producido algunas batallas de cierta importancia, el grueso de las tropas de Batista solían mantener inalterable la renuencia al combate: "Los soldados se rinden aun en condiciones de superioridad militar"[304] describe Castañeda. En consonancia, el comandante rebelde Huber Matos en sus memorias recuerda que el día 2 de noviembre de 1958: "tenemos cercado el cuartel del central Algodonal…y mediante conversaciones, logramos un acuerdo: los once entregaron el cuartel y las armas, con derecho a marcharse a Santiago o incorporarse a nuestra tropa el que así lo deseara. Su jefe -un sargento insistió en que no estaba pactando una derrota porque ellos entendían que la Revolución podía ser beneficiosa para Cuba y nos pidió que militares y rebeldes cantáramos el Himno Nacional. Así lo hicimos"[305].

En esas horas, sin el menor cuidado de las formas, desde los aeródromos y puertos de los Estados Unidos, más precisamente de la ciudad de Florida, salían numerosos aviones y barcos cargados de armas para los guerrilleros de Castro[306] y no otro que Jon Lee Anderson agrega que "el Departamento de Estado deseaba la caída de Batista y por eso apoyaba de manera activa, aunque encubierta, los esfuerzos de Castro para tomar el poder. Tanto el Subsecretario para Asuntos Latinoamericanos, Roy Rubottom, como el flamante titular de la oficina del Caribe, William Wieland, se oponían a Batista, al igual que el especialista de la CIA en asuntos cubanos, J.C. King. La CIA ya buscaba contactos con el movimiento rebelde de Fidel a través de sus agentes en Santiago y la Habana" y pormenoriza que la guerrilla que operaba en El Llano obtuvo de la CIA "fondos y acaso otro tipo de ayudas"[307].

Finalizando el mes con algunas escaramuzas que hirieron a varios hombres de la guerrilla castrista, prosigue relatando Huber Matos que “cuando visito a los heridos en nuestro hospital de campaña, recientemente instalado en Dos Bocas, un oficial me informa: -Comandante, algo raro está pasando en las posiciones fortificadas del cuartel de El Cristo. Hay un movimiento extraño al anochecer. No espero más y salgo en esa dirección… ¿Qué encuentro? Una verdadera desbandada…Los soldados están abandonando sus posiciones, incluyendo el cuartel. Huyen escondiéndose en cañaverales y malezas” y remata comentando que los prisioneros tomados al ejército “están en actitud de cooperación y trabajan como auxiliares de nuestra tropa”[308].

Al optimista clima imperante, Matos le agrega otra buena noticia, en este caso proveniente del extranjero: “El 9 de diciembre, después de varias horas en jeep, me encuentro a nuestro jefe…Fidel está eufórico…Me muestra, por otra parte, las armas que acaba de recibir de Venezuela. Un buen cargamento traído en avión por Díaz Lanz, el mismo piloto que nos trajo desde Costa Rica. Al parecer, el presidente venezolano Wolfgang Larrazábal, con el respaldo del ex mandatario Rómulo Betancourt, es el que ha proporcionado los pertrechos. Fidel me hace un buen regalo de ese armamento: un fusil ametralladora brasileño”[309].

Pero el apoyo militar proveniente del exterior estaba demás, ya que no había mucha necesidad de usar armas ante un enemigo que se mostraba renuente a todo combate: “En la noche del 14 de diciembre el ejército, derrotado y en retirada, acampó junto a un cuartel ubicado en Melgarejo, a la entrada de El Cobre, donde se encuentra el santuario de la Virgen de la Caridad, patrona de Cuba. Oficiales de la Columna 10 persuadieron a los soldados a entregar sus armas y retirarse a Santiago. Así lo hicieron…el enemigo está atrincherado, sin el menor indicio de planes ofensivos”[310] anotó nuevamente Matos.

En otras latitudes de la isla, los pocos soldados de Batista que

parodiaban “presentar batalla”, ni siquiera revisaban el desvencijado armamento: arrojaban bombas que no explotaban. Otros soldados batistianos, además, aprovechaban la ocasión para vender sus pistolas al ejército rebelde a cambio de unas monedas (nótese la saña de “los represores”): “Es increíble que muchas bombas no hagan explosión y que esto se repita sin que la fuerza aérea de Batista tome medidas” se asombra Matos, agregando que en esta caricatura bélica “Se dan situaciones curiosas: hay marinos que roban pertrechos, como las codiciadas balas de la calibre 50, y los venden por poco dinero. Ese mercado negro también existe en el ejército y lo aprovechamos negociando con algunos cabos y sargentos”[311]: daba la impresión de que las fuerzas rebeldes peleaban contra un fantasma imaginario.

Pero quien sí tenía que pelear contra varios frentes era Batista: debía lidiar contra Estados Unidos (que le había bloqueado el apoyo armamentístico y financiaba a los rebeldes); contra las sublevaciones de sus propios hombres; contra el entreguismo del resto de sus soldados; contra la prensa internacional y contra el apoyo militar recibido por los rebeldes de países tales como México, Costa Rica, Venezuela o de las zonas latinas de Estados Unidos. Sus posibilidades de salir airoso eran nulas.

El 12 de diciembre, Guevara ocupó la región de Las Villas (zona colindante a las grandes ciudades) y brindó una entrevista radial para la *6VF* que retransmitía el audio para *Radio Rebelde* desde la Sierra Maestra, y allí se produjo el siguiente diálogo: “-¿Qué nos puede decir en relación con la gran ofensiva del gobierno valientemente rechazada por ustedes?

-Bueno, no sólo fue rechazada por los hombres a mi mando, fue además humillantemente perdida por el Ejército de la Dictadura que no luchó, que se retiró dejando en nuestro poder armas y demás equipos”[312].

El 14 de diciembre de 1958, la Secretaría de Estado

norteamericana decidió tomar el toro por las astas e intervino oficialmente para eliminar políticamente a Batista y colocar a Castro en su reemplazo. Cursó instrucciones al embajador en Cuba Earl Smith de que comunicara al presidente que debía abandonar la isla. Acto seguido, el embajador norteamericano mantuvo una reunión con Batista, en la que deliberadamente lo "invitó" a renunciar: "Batista aún rezumaba un aire de pujanza mientras permanecía sentado en un extremo de su despacho sin dar la menor muestra de emoción…Preguntó si podía trasladarse con su familia a su casa de Daytona Beach y se le dijo que primero debía pasar algún tiempo en España o cualquier otro país extranjero. Preguntó de cuánto tiempo disponía y se le respondió que no debía retrasar su marcha innecesariamente"[313] pormenorizó Smith.

El 22 de diciembre, en el territorio destinado a Huber Matos, quedaba aún por atacar el cuartel de La Microonda. Las tropas rebeldes se acercaron al lugar y se produjeron algunos intercambios de disparos, pero desde el cuartel "Gritan reclamándonos una tregua para volver a conversar…Cuando los nuestros dejan de disparar, vemos que los soldados se tiran por la ladera, abandonando las trincheras en racimos humanos. Es una fuga espectacular. Buscan irse por el lado de Santiago de Cuba. Lo de la tregua era una treta para iniciar la huida. Otra desbandada, como la de El Cristo, al caer la noche"[314] narró Matos.

Al último batistiano en irse se le habría encomendado apagar la luz.

## El "imperialismo" derroca a Batista

La entrega de Cuba al comunismo promovida por las administraciones norteamericanas en manos de Dwight David Eisenhower (1953-1961), primero, y John F. Kennedy (1961-63), después, no es una mera teoría, sino una realidad concreta y

confesada de manera taxativa por quien fuera el Embajador en Cuba encargado de comunicar a Batista su expulsión. Incluso, una vez pasada la revolución, el mencionado Earl E. T. Smith expuso ante el Subcomité del Senado sobre Seguridad Interior, revelando datos extraordinarios que ratificaron por completo el papel determinante de los Estados Unidos para la llegada de Castro al poder. Entre lo expuesto, Smith confirmó que: “El régimen del presidente Eisenhower se empeñó en que Castro Ruz llegara al poder…Es difícil de entender esta política desde un punto de vista norteamericano…He demostrado que varias veces, cuando la ocasión era propicia y había oportunidades de encontrar una solución sin Batista ni Castro, nuestro Departamento de Estado se negó a dar su apoyo… Concediendo que Batista ya no fuera útil, la alternativa, desde luego, no tenía que haber sido Castro, nuestro enemigo. Y es necesario advertir que Castro no se habría encontrado en la situación de alcanzar el poder y no hubiera podido crear el medio para tomarlo sin la buena voluntad del Cuarto Piso (en donde funcionaban las oficinas de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado Americano)…era imposible que el subsecretario de Estado Roy Rubottom, su compañero William Wieland y el Cuarto Piso no estuvieran enterados de las aficiones comunistas de Fidel Castro. No existe la posibilidad de que la CIA no lo supiera” y Smith completa su argumento recordando que “desde Florida salían soldados, municiones y armas y corriente incesante, y se entregaban a los revolucionarios que se hallaban en las montañas de la Sierra Maestra”[315].

Incluso, esta decisión política no fue una especulación de último momento del gobierno norteamericano sino que era algo ya pensado desde bastante tiempo antes. Más aun, el antecesor de Earl Smith en la Embajada norteamericana en Cuba, Robert C. Hill (quien culminó su mandato diplomático en julio de 1957), al traspasar su cargo a Smith le vaticinó su pesar espetando: “Earl lamento que vayas a Cuba…Te envían a Cuba para presidir la caída de Batista. Se ha tomado la decisión de que Batista tiene que desaparecer. Necesitas andar con mucho cuidado” (declaración del embajador Robert C. Hill en el

Senado, 12 de junio de 1961)[316].

Si la CIA tenía expreso conocimiento sobre la filiación comunista de Castro pero no reparó ni se alarmó por el "detalle", eso sería un dato que nosotros no lo podemos suscribir ni rechazar. Tampoco podemos saber si por inoperancia o impericia investigativa, la CIA fue efectivamente engañada por Castro y sus declamaciones "macartistas". Empero, lo que sí es una verdad de a puño, es que el derrocamiento a Batista lo hizo Estados Unidos y no un puñado de campesinos analfabetos.

Va de suyo que no es esto lo que se enseña en los colegios cubanos desde 1959 a la fecha. Caso contrario, deberían cambiar la efigie de los idolatrados íconos de la revolución (Cienfuegos, Guevara, Castro y algunos otros barbudos más) por la de los presidentes norteamericanos Eisenhower y Kennedy, respectivamente. Pero eso le quitaría épica a la engañosa mitología revolucionaria, tan frecuentemente apañada por la progresía trasnacional y la prensa bienpensante.

## El último paseo

Mientras los norteamericanos expulsaban al Presidente cubano, una de las "gestas" guerrilleras más espectaculares que la leyenda castrista vendió sobre la revolución fue la toma de Santiago de Cuba, la segunda ciudad del país en importancia estructural y la primera en importancia militar.

Pero muy lejos de la "batalla heroica", la toma de Santiago no distó mucho de asemejarse a una alegre caminata deportiva. La policía y las Fuerzas Armadas batistianas no solo no pelearon, sino que acordaron con los rebeldes sublevarse contra Batista. Así lo relató Matos, quien era justamente el Comandante encargado de tomar la ciudad: "El comandante Bonifacio Haza, jefe de la policía de la ciudad, me ha enviado un mensaje…garantizando que sus fuerzas se

pondrán a nuestras órdenes con todos los carros patrulleros tan pronto yo le indique…La base naval de la marina en Punta Blanca tiene gran capacidad defensiva, pero no nos preocupa. Tenemos informes de que la marina se unirá a nosotros cuando las acciones alcancen intensidad…En la bahía operan dos fragatas, la Antonio Maceo y la Máximo Gómez. La mayoría de la oficialidad de esta última simpatiza con nosotros. Entre ellos hay una conspiración bien extendida. Uno de estos oficiales, el capitán Trujillo, se ha incorporado a la Columna 9. También tenemos varios de sus marinos. Estoy impulsando la sublevación, contando con la inteligente intervención de dirigentes del 26 de Julio en Santiago. Ellos están al tanto de las garantías que Fidel les ha dado. Los oficiales de la Máximo Gómez pueden comenzar a trabajar en la deserción de los oficiales de la Antonio Maceo. Hemos estado acumulando grandes cantidades de gasolina que nos entrega la refinería Texaco durante la noche”[317]. ¡Hasta las petroleras multinacionales conspiraban a favor del proyecto castro-guevarista!

Ni siquiera el paseo por Santiago podría ser obstaculizado por la infantería de marina de Cuba (probablemente el sector militar más profesional con el que contaba Batista), puesto que, tal como anota Matos, “sus integrantes siempre han tratado de demostrar que la hostilidad hacia las fuerzas revolucionarias es forzada por las circunstancias y que existe una corriente de coincidencia entre ellos y los barbudos”[318].

Toda la coyuntura para la toma de la ciudad portadora del Distrito Militar más importante de la isla se presentaba de manera más semejante a un distendido paseo que a una batalla decisiva. El amable desfile sería encabezado por el comandante Huber Matos. Sin embargo, la peregrinación se dilató unos días. Ocurrió que las cosas fueron más fáciles aún. Cuenta el propio Matos que el 28 de diciembre “habrá una reunión muy seria y secreta entre Fidel y el general Eulogio Cantillo, jefe de operaciones del ejército (de Batista) …Con la más absoluta reserva él y Fidel han intercambiado recados,

notas y cortesías… La reunión se celebra en el Central Oriente. Los pocos que lo saben viven momentos de tensión. El resultado es un pacto para poner fin a la guerra el primero de enero, con un reconocimiento del triunfo de la Revolución y una alianza entre los militares y los rebeldes.

Tres horas después de concertado el acuerdo, llega Raúl Castro a la comandancia de la Columna 9. Viene contento, con un mensaje verbal de Fidel: -Huber, vengo a buscarte -me dice entusiasmado-. Se ha logrado hoy un acuerdo con Cantillo por el cual el primero de enero de 1959 termina definitivamente la guerra. En la ejecución del plan tienes una importante participación. Fidel necesita conversar contigo, te espera cerca de Palma Soriano…Fidel, Raúl y yo conversamos en privado.

-Huber, como tú ya sabes, hemos llegado a un arreglo con Cantillo…El primero de enero, a las tres de la tarde, tú estarás en el Cuartel Moncada representándome a mí y al Ejército Rebelde. Irás con trescientos hombres escogidos de tu columna…Allí se hará un pronunciamiento conjunto del Ejército Rebelde y del Ejército Nacional, poniendo fin a la dictadura y a la guerra y proclamando el triunfo de la Revolución, la unificación del ejército y la instauración de un gobierno civil…Desde Santiago se le dirá a la nación que el Ejército Rebelde y el Ejército Nacional se han convertido en una sola fuerza. Además, daremos lectura a los puntos principales sobre los que se basa el acuerdo”[319].

Finalmente Cantilo dilató el evento cinco días más. ¿Por qué razón?, pues para dar tiempo suficiente a que Batista preparase los detalles de la retirada prevista para el 1 de enero que Estados Unidos le había ordenado.

En cuanto al citado comandante Bonifacio Haza Grasso (jefe de la Policía de Santiago de Cuba, quien ofreció sus hombres al servicio de los rebeldes), éste fue fusilado tras la revolución en 1959,

cuando se advirtió que no simpatizaba con las ideas comunistas[320].

## La masacre de Santa Clara

Y a todo esto: ¿qué era de la vida del Che Guevara? Según la leyenda castrista, el Che encabezó “el golpe final”, que fue “la batalla” de Santa Clara, entre el 29 y 31 de diciembre de 1958. Otro cuento que vale la pena revisar.

La realidad fue que los guerrilleros del Segundo Frente Nacional del Escambray (sector rebelde, pero no castrista, que peleaba en las Sierras del Escambray) ya habían conversado con los soldados de Batista y éstos habían manifestado (al igual que en la mayoría de las unidades y cuarteles militares) la total voluntad de no pelear en Santa Clara. Tan baja era la moral de combate de las fuerzas de Batista, que un sumario de la inteligencia militar del gobierno fechado el 27 de diciembre notificaba lo siguiente: “Las tropas en general en aquella provincia (Santa Clara) se observan con mucho pesimismo, y se quejan de que en ningún caso, donde se han batido con los alzados, siendo éstos más numerosos y haber pedido refuerzos de hombres y parque, se les ha enviado”[321].

Entonces los soldados de Batista avisaron previamente a los rebeldes que llegarían en tren a Santa Clara y entregarían sus armas en el acto. Los laureles se los llevaría el Segundo Frente Nacional del Escambray y no las tropas de Guevara, que tenían la misma zona de operaciones. Por añadidura, aquellos quedarían con mejor imagen y posicionamiento político para gestionar o influir hacia una transición en consonancia con lo prometido: normalizar la institucionalidad de Cuba en clave republicana. Pero esta pretensión cívica entorpecía los herméticos planes castro-guevaristas de alzarse con el poder e imponer el comunismo.

Ante esto, Guevara fue más allá y les ofreció dinero a los ya rendidos militares de Batista, quienes aceptaron de buena gana (entre

rendirse gratis y rendirse con una paga no tuvieron mucho para pensar). Tras el pacto de rendición y soborno, el Che, a sabiendas de que los soldados no iban a tirar una sola bala ni estarían en posición d e combate, al llegar el tren con las tropas adentro, ordenó a sus guerrilleros tirarles a mansalva, aprovechando que los oponentes estaban totalmente desprevenidos.

Recuerda Lázaro Asencio (quien fuera comandante del Ejército Rebelde) que "el tren blindado fue una acción de traición del Che Guevara…el famoso tren blindado estaba dispuesto a entregarse al Segundo Frente Nacional de Escambray, las condiciones eran muy sencillas: los soldados del tren blindado iban a entrar por la zona del acueducto de Santa Clara y allí nos iban a entregar las armas, con el compromiso de que ellos se quedaban ahí sin pelear…pero por filtraciones que sucedieron, el Che se entera de esa posibilidad y entonces ¿qué es lo que hacen ellos?: atacan al tren blindado, antes de que se entregara a nosotros"[322].

Aunque las películas hollywoodenses pretendan hacer pasar dicho episodio como una epopeya bien propia de los filmes de Sylvester Stallone[323], lo sucedido fue un incidente vergonzoso. Primeramente, el Segundo Frente del Escambray había pactado con los batistianos la rendición: no habría derramamiento de sangre ni tampoco dinero en juego. Guevara efectúa el innecesario soborno y, acto seguido, a traición, asesina a diestra y siniestra a los rendidos soldados de Batista quienes conforme lo pactado no estaban siquiera en posición de combate, sino distraídos y solamente mentalizados para la acordada entrega de armas.

El episodio del tren blindado no es un asunto menor en esta historia, ya que con el armamento recuperado del ferrocarril, la columna de Guevara entraría en La Habana días después con un poder de fuego muy superior al de cualquier otro grupo opositor, poder de fuego que serviría para presionar en favor de las pretensiones escondidas de Fidel Castro.

En verdad, quien había hecho las primeras negociaciones para la rendición del tren fue Eloy Gutiérrez Menoyo (Comandante del Segundo Frente del Escambray). El tren se encontraba bajo el mando del teniente Florentino Rossel. Menoyo recuerda que los militares se entrevistaron con él para contemplar la posibilidad de rendirse. Entonces Menoyo ofreció garantías para la tropa y un ascenso para el teniente Rossel, de este modo el triunfo político (más las armas obtenidas) quedaría a merced de un ala rebelde no castrista. Pero ocurrió que seguidamente, según refiere Menoyo, "el hermano del Teniente Rossel habló con el Che Guevara, yo no sé qué le ofreció Guevara que yo no le ofrecí, pero el hecho es que el tren se lo entregaron a ellos. Siempre lo conmemoran como el heroico asalto al tren blindado, pero ése fue un tren entregado…en dos o tres oportunidades lo comenté con Guevara y le dije: ´Guevara, ¿qué tú le ofreciste que yo no le ofrecí?´. Él se echaba a reír y nunca me lo confesó"[324].

Más adelante en el tiempo, el propio Fulgencio Batista reconoció que el tren efectivamente fue cedido por el coronel Rosell, quien "desertó, después de haber recibido 350 mil dólares, o un millón de dólares del Che Guevara"[325], pacto que también confirmó luego Ramón Barquín, el único alto oficial de Batista encarcelado por conspirar contra el propio Batista.

Por su parte, Jaime Costa (asaltante del cuartel Moncada, expedicionario del yate *Granma* y comandante del Ejército Rebelde), recuerda que "el primero que entra en Santa Clara ciudad, es el Che, y Félix Torres, un comunista de Las Villas, le dice ´Che, tienen a los chivatos de Batista´; y el Che, sin más ni menos, los va matando sin interrogar. En eso el segundo que entra en Santa Clara es Camilo y entonces él tiene una expresión: ´¡pero coño, aquí se han bañado en vez de con agua con sangre, porque donde quiera hay un muerto tirado en la esquina, han acabado con este pueblo!´"[326].

O sea que el Che cometió una traición doble: a sus camaradas del Ejército Rebelde (del Segundo Frente Nacional del Escambray) y a los soldados batistianos que ya habían pactado la entrega pero igual fueron asesinados. Conclusión: en un pacto de paz y rendición en donde no habría derramamiento de sangre alguno, la “gesta” de Guevara consistió en intervenir para efectuar un soborno seguido de una traición, en la cual se atacó a sangre y fuego de modo sorpresivo. Ello explica por qué entonces la columna de Guevara padeció apenas un saldo de seis bajas, en contraste con los más de 300 muertos del bando oponente[327] y de cuya gigantesca masacre Guevara participó con entusiasmo personal en el fusilamiento de 23 soldados[328].

Y detallando aspectos de su masacre a traición, Guevara relató que para tal fin arrojaron “botellas con gasolina encendidas” y que “el tren se convirtió en un auténtico horno para los soldados”[329]. Y de las muy pocas cosas que el Che anota en su diario relativas a Santa Clara, destaca una anécdota por cuya innecesaria crueldad disfrazada de arrojo revolucionario vale la pena transcribir: “Recuerdo un episodio que era demostrativo del espíritu de nuestras fuerzas en esos días finales. Yo había amonestado a un soldado, por estar durmiendo en pleno combate y me contestó que lo habían desarmado por habérsele escapado un tiro. Le respondí con mi sequedad habitual: ´Gánate otro fusil yendo desarmado a la primera línea... Si eres capaz de hacerlo´. En Santa Clara, alentando a los heridos en el hospital de sangre, un moribundo me tocó la mano y me dijo: ´ ¿Recuerda, Comandante? Me mandó a buscar el arma en Remedios...y me la gané aquí´. Era el combatiente del tiro escapado, quien minutos después moría, y me lució contento por haber demostrado su valor”[330]. Se trataba de un adolescente llamado Miguel Arguin, a quien Guevara había mandado inútilmente al matadero, y encima anotaba el asunto con orgullo adjudicándole a su víctima y subordinado una “muerte feliz”.

Esta y no otra fue la “hazaña” final del Che en la revolución

cubana, tan novelescamente retratada por partidarios y hagiógrafos. Y dentro de estos últimos aplaudidores, el que lidera el podio es el escriba español/mexicano Paco Ignacio Taibo II, quien además de cantarle loas desde el primer renglón al último de su biografía apologética, se queja de que colegas suyos también guevaristas, en sus respectivas obras no hayan destacado el papel del Che en Santa Clara: Pierre Kalfón dedica “dos páginas y media” y Castañeda apenas “tres páginas”[331] se enfurece don Paco, quien por su parte dedica 40 de las 918 páginas que componen su kilométrico libro, a fin de detallar las proezas imaginarias de su venerado varón con el tren blindado, aunque es el propio Guevara quien pareciera contradecir a su esforzado adulón, dado que alguien como el Che que se pasó la vida escribiendo sobre sí mismo, respecto de su “hazaña” en Santa Clara no dedicó ni un solo renglón en su diario de campaña, omisión en la que el dicente incurrió ex profeso ante la probable vergüenza de saberse carente de toda grandeza en tan oscuro contubernio: hay sujetos que son más guevarista que Guevara y el oficioso Taibo II pareciera ser el arquetipo más representativo dentro de este nutrido fans club.

Pero lo cierto es que con o sin traición, con o sin épica y con o sin soborno, la revolución ya estaba prácticamente triunfante y consumada.

# CAPÍTULO VI: LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA

## La foto de la revolución

Además de la “hazaña” del tren, en Santa Clara había un cuartel batistiano con 1.300 hombres. Tal como fue habitual a lo largo de todas las escaramuzas en Cuba, el cuartel se entregó sin mayores problemas y solo se manifestó una pálida y fugaz resistencia en la estación de policía de la ciudad, cuyos efectivos se rindieron momentos después. Y mientras Guevara traicionaba a los soldados sobornados, Huber Matos, sin el disparo de una sola bala, paseaba turísticamente con sus hombres por Santiago de Cuba.

En tanto se producía el avance a La Habana, los militares del ya exiliado Batista formaron una Junta Militar declarando que dispondrían sus tropas para apoyar a los rebeldes. El jefe del Distrito Militar de Santiago de Cuba era el coronel José Rego Rubido. Éste, sin vacilar, también se plegó a favor de los rebeldes. Recuerda Matos: “Le pido al coronel Rego poner en libertad inmediatamente a todos los presos políticos. -Hoy mismo van para la calle todos los de mi jurisdicción me dice”[332].

Los oficiales del ejército que simulaban pelear a favor del emigrante Batista, llenos de júbilo se reunieron con Fidel y éste último los llamó “a una franca unión de los militares, con o sin mando, para integrar con los rebeldes un solo ejército al servicio del país y no de intereses mezquinos” y alentado por las expresiones de afecto de sus interlocutores, exclamó: “Ustedes estarán a nuestro lado, codo con codo, industrializando el país y terminando con el monocultivo”[333]. Agregó promesas y finalizó su alocución dando vivas a la Revolución, a la democracia y a la libertad de Cuba. Del citado mitin surgió el acuerdo de que Rego asumiera la nueva jefatura del

Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, y éste a su vez reconocería a Fidel como Comandante en Jefe: todos contentos.

En Santiago de Cuba, una multitud abarrotó las calles y se preparó un acto político con varios oradores. El principal de ellos, obviamente, sería Castro. En la eufórica arenga, su frase más aplaudida fue justamente una de sus mentiras más recordadas: "¡no se trata de sustituir a un dictador por otro!"[334].

Mientras los rebeldes se alzaban con la gloria, Estados Unidos, a efectos de reorganizar y consolidar relaciones carnales con la nueva gestión que había apoyado e impulsado a tomar el poder, sustituyó al embajador Earl Smith por Philip W. Bonsal, quien según celebró el *New York Times* era "un diplomático de carrera distinguida" con "todas las calificaciones que se le puede pedir para la tarea difícil y gratificante que está asumiendo"[335].

Los pro-hombres más conocidos o significativos de la guerrilla rural fueron cinco: Huber Matos, Camilo Cienfuegos y, por supuesto, el Che, Fidel y Raúl. Sin embargo, Fidel, al impulsar el teatral avance hacia la capital, ordenó al Che y a Raúl no entrar triunfantes en La Habana. Solo ingresarían él, Huber Matos y Camilo Cienfuegos. ¿Por qué no Guevara ni Raúl Castro? Sencillo: tanto sobre su hermano Raúl como sobre Guevara pesaba la sospecha de que eran comunistas. En cambio, Camilo Cienfuegos y Huber Matos eran conocidos por su anticomunismo. De esta manera, Fidel, entrando a La Habana escoltado por dos emblemáticos Comandantes insospechados de marxismo, presentaría ante el mundo la imagen de estar encabezando una revolución con propósitos antagónicos respecto de sus verdaderas intenciones.

Esa fue la engañosa foto de la revolución que supo ser tapa de todos los diarios en enero de 1959.

## Historieta y revolución

La leyenda de los 300 valientes que le ganaron a un ejército de 40.000 soldados profesionales fue promovida (tanto para adentro como para afuera) por varios irresponsables. Pero, indudablemente, fue el Che Guevara el promotor más influyente de esta ficción a través de sus notas: "Hemos demostrado que un pequeño grupo de hombres armados, apoyado por el pueblo y sin miedo a morir si fuera necesario, puede enfrentar a un ejército regular disciplinado y derrotarlo. Ésta es lección fundamental"[336]. Asimismo, en su conocido cuadernillo titulado *Guerra de Guerrillas*, la quimera más reproducida consistía en la siguiente afirmación: "Primero, las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército; segundo, no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, pues el foco insurreccional puede crearlas; tercero, en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo"[337]. Tamaño disparate no fue defendido ni por Pierre Kalfon, quien despegándose de la delirante afirmación de su biografiado espetó: "El Che basa su teoría revolucionaria en el modelo matricial de una guerrilla de campesinos que prevalece sobre un ejército profesional. Pero si no fueron los guerrilleros quienes ganaron sino el régimen carcomido de Batista el que se hundió, entonces el malentendido es inmenso y la pasmosa hazaña de trescientos campesinos analfabetos venciendo a un ejército de cincuenta mil hombres se reduce a un accidente de la historia"[338].

Incluso, a poco de acaecida la revolución, no fueron pocos los intelectuales marxistas del mundo que comenzaron a cuestionar las simplificaciones guevarianas, puesto que advertían que la tesis del Che constituía un voluntarismo alegre que reñía con la realidad. Fue entonces cuando Guevara acusó el golpe, publicando en abril de 1961 una cartilla titulada *Cuba: ¿Caso excepcional o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?*, en donde arremetía: "algunos sectores, interesadamente o de buena fe, han pretendido ver en ella (la revolución cubana) una serie de raíces y características

excepcionales cuya importancia relativa frente al profundo fenómeno histórico social elevan artificialmente hasta constituirla en determinante”. Y agrega que siempre existen condiciones objetivas para hacer una revolución y que tan solo “faltaron en América condiciones subjetivas, de las cuales una de las más importantes es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta”. Y auto-proponiéndose como ejemplo, prosigue: “ahora se sabe perfectamente la capacidad de coronar con el éxito una empresa como la acometida por aquel grupo de ilusos expedicionarios del ´Granma ´”.

Seguidamente se aferra al determinismo histórico y añade: “las masas no sólo saben la posibilidad de triunfo: ya conocen su destino…cualesquiera que sean las tribulaciones de la historia”[339]. Pero no sólo la historia sino la propia experiencia personal le demostraron luego a Guevara que estaba equivocado de punta a punta: error que de todos modos nunca tuvo el don de gente de reconocer.

Cuando el Che tuvo que comandar la guerrilla en otras latitudes, sin el apoyo del pueblo (porque ya conocían su filiación comunista), sin los requiebros de su virtual agente de prensa Herbert Matthews y sus multimedios asociados, sin los desembolsos monetarios de la CIA y el apoyo político del Departamento de Estado y sin el cálido favor de numerosos países de la región que le brindaron logística, retaguardia, armamentos y dinero, su suerte fue bien distinta: tanto en Salta como en el Congo y en Bolivia, se ratifica la insensatez de su teoría, reducida de un todo a un imaginario voluntarismo campesino que, dicho sea de paso, fue justamente el sector social que no solo jamás apoyó a Guevara en sus aventuras, sino que acabó denunciándolo. Pero todo esto último lo veremos más adelante.

## El chantaje ideológico

Sea tanto sea por el progresivo desgaste y descrédito de Batista como por el halo mítico y carismático que habían sabido ganar los rebeldes, la mayor parte de Cuba estaba de fiesta. La gente pensaba que estos jóvenes irreverentes venían a llevar adelante un gobierno de transición, seguido de un inmediato llamado a elecciones, con un consiguiente recambio generacional en la conducción política del país.

En medio de la algarabía popular, Castro llega a La Habana el ocho de enero, acompañado de Huber Matos y Camilo Cienfuegos. Por la noche, Fidel pronunció un discurso por televisión en el que enfatizó que la revolución era nacionalista, desterrando por completo cualquier sospecha de comunismo y evitando poner a la población en contra (además se le brindó un guiño a los Estados Unidos, que tanto los había apoyado).

Es más, en procura de consolidar el ardid, el 22 de enero, Fidel Castro brindó una masiva conferencia ante cuatrocientos periodistas de todas partes del mundo. Allí no dejó mentira por propagar, explicando que él se disponía a "Asegurar al pueblo un régimen de justicia social, basado en la democracia popular y en la soberanía política y económica". Adelantó además que "se iban a dar elecciones libres" y que uno de los objetivos era también "custodiar la democracia y evitar los golpes de Estado"[340].

Mientras el carismático trío se alzaba con la gloria, Guevara, forzosamente relegado, firmó la orden de fusilar una docena policías a los que él acusaba de no adherir a la revolución: "No hice ni más ni menos que lo que exigía la situación, la sentencia de muerte de esos doce"[341] anotó.

Una nota de color de esta historia lo conforma el hecho de que cuando el Che llegó a la Habana (ciudad que no conocía hasta ese momento), quedó impresionado: "no se había imaginado la Habana como una ciudad tan moderna"[342] escribió Paco Ignacio Taibo II. ¿Pero no era Cuba una aldea indigente explotada por el pulpo

capitalista? ¿O acaso esa imagen sólo representaba a los sectores campesinos marginales que constituían lo único que hasta el momento Guevara conocía de Cuba y que encima representaban a un sector poblacional muy minoritario?

Mientras el Che se deslumbraba con el confort de la Capital cubana, Fidel Castro nombró a un presidente títere, Manuel Urrutia, y para despejar cualquier temor acerca de un giro al comunismo, el político más pro norteamericano de la isla, José Miró Cardona, fue nombrado Primer Ministro. El biógrafo guevarista Jon Lee Anderson refiere que "los títulos oficiales eran engañosos. Mientras Fidel se dedicaba a crearle una fachada moderada a la revolución -rechazando con indignación cualquier acusación de ´influencia comunista´-, con la esperanza de evitar un enfrentamiento prematuro con los Estados Unidos, Raúl y el Che se dedicaban en secreto a cimentar vínculos con el PSP"[343]. En tanto, el burlado pueblo cubano desbordaba de alegría: "¿Qué significaba hacer la revolución? Para muchos era simplemente sacar a Batista, establecer un régimen provisional y convocar a elecciones libres... ¿No era eso, acaso, lo que había prometido Fidel desde la Sierra?"[344] Preguntó con buen tino el primer biógrafo argentino de Guevara, el socialista Hugo Gambini.

Apenas un minúsculo puñado de guerrilleros peleó secretamente contra Batista por la instauración del comunismo. Más del 90% de los rebeldes tan solo pretendía una vida normal al estilo occidental: "Por conversaciones aisladas me enteré de la evidente filiación anticomunista de la mayoría de ellos"[345] acotó el Che, en referencia a sus compañeros del Movimiento 26 de Julio.

Esta política de engaño, en donde inicialmente los comunistas estaban ausentes, no era solo una táctica para atraer la simpatía internacional sino que evidenciaba que en Cuba los marxistas eran una ínfima minoría. Esto lo explica muy bien Kalfon: "Castro, que hasta ahora no tiene más cargo que el de comandante en jefe de un ejército al que está reestructurando, ha cedido al presidente Urrutia la

tarea de constituir un gobierno competente y moderado. Los miembros del 26 de Julio son minoría en el seno de una mayoría de notables liberales, reformistas, capaces de tranquilizar a una población llena de desconfianza con respecto a los comunistas”[346].

Sin embargo, es sabido que muchas veces coexisten un poder real y un poder formal. En el caso de marras, el poder formal estaba encabezado por liberales y moderados jubilosamente aceptados por el pueblo cubano. El real era el que estaba compuesto por Castro y su agazapada pandilla de agentes comunistas. Pero eran estos los que en verdad tomaban decisiones. Y este desdoblamiento en el ejercicio del poder se comenzaba a tornar tan evidente, que el 13 de febrero, Miró Cardona, Primer Ministro en ejercicio, escogió dimitir antes que seguir haciendo la parodia. Fidel Castro fue puesto entonces de manera formal al frente del gabinete blanqueando así el poder que él ya ejercía fácticamente desde el primer minuto de la revolución y Urrutia, por su parte seguiría siendo el “Presidente” sumiso y decorativo del nuevo gobierno.

El primer objetivo de engañar a propios y extraños ya había sido logrado. Y en esta nueva etapa, Fidel le ordenó a Urrutia, más que sugerirle, que preparara un decreto para declarar al comandante Ernesto Guevara de la Serna cubano de nacimiento, y con ello, el argentino quedaba habilitado para ejercer cualquier función pública que se le encomendase.

En la repartija de cargos, Fidel le confió a Guevara dirigir “*La Cabaña*”, una fortaleza militar (que a la sazón albergaba a tres mil soldados del régimen de Batista que se habían rendido sin combatir) que ahora, bajo el yugo del Che, se transformaría en un campo de exterminio: fue a partir de entonces cuando a instancias de Ernesto Guevara se ejecutaría a disidentes en cantidades industriales durante dramáticas jornadas de stalinismo caribeño.

Sin embargo, antes que comenzaran a trascender las noticias de que en Cuba se estaba instaurando un sistema exterminador, la CIA

analizó el triunfo de la revolución en términos todavía cautelosos e imprecisos: "Cuba sigue disfrutando una prosperidad económica relativa y una buena parte de la población, probablemente atemorizada de que la revolución pondría en tela de juicio su bienestar, parece esperar que se produzca una transición pacífica del autoritarismo a un gobierno constitucional"[347].

Ahora que se tenía el poder, venía por delante una tarea no menos difícil: consolidarlo. Si bien el marxismo puede imponerse a base de tiros y represión, la realidad es que se necesita cierta base de consenso ideológico, y Fidel tan solo tenía consenso político, es por eso que no explicitaba sus verdaderas pretensiones. Para compensar esta carencia doctrinaria no menor, el *Che* pretendía llevar a cabo una ideologización en masa, pero no contaba con cuadros académicos para tan ambicioso proyecto. Entonces fue cuando recurrió al PSP (el Partido Comunista cubano dependiente de la URSS). Cuenta el biógrafo Enrique Díaz Araujo que "El Che estaba ya preocupado por la falta de contenido ideológico (es decir, marxista-leninista) de la revolución y había concluido que era necesario atraerse al PSP para que fuera él quien lo diera, a pesar de que su historia era tan corrupta y maloliente como la de cualquiera de los demás partidos burgueses… no le importó que este mismo hubiera sido el partido que durante años había colaborado con Fulgencio Batista y de cuyas filas habían salido dos miembros de su gabinete. Lo que le importaba al Che fue que adoctrinaran en la dialéctica del marxismo-leninismo, que era la suya, a sus barbudos y, posteriormente…que prestaran su experiencia en organización y administración al nuevo Estado"[348].

Si bien la CIA y la comunidad internacional aún no advertían con claridad el proceso comunista incipiente, uno de los organismos que más tempranamente comenzó a manifestar preocupación al respecto fue la embajada norteamericana en Cuba, la cual en marzo de 1959 elevó el siguiente documento: "La embajada ha estado recibiendo informes cada vez más frecuentes durante las últimas semanas sobre la penetración comunista en La Cabaña. Dichos informes se refieren al

personal que ha incorporado el comandante Ernesto Che Guevara, a la orientación de los cursos de educación que se imparten y al funcionamiento de los tribunales revolucionarios”[349].

De manera similar, al mes siguiente, el 14 de abril, la embajada estadounidense insistió y advirtió sobre el lavado de cerebro e infiltración marxista en ciernes: “Buena parte del esfuerzo comunista en Cuba se dirige hacia la infiltración de las Fuerzas Armadas. La Cabaña parece ser el principal bastión comunista, y su hombre, Che Guevara, es la figura principal cuyo nombre aparece vinculado al comunismo. Cursos de adoctrinamiento político se han establecido entre la tropa bajo su mando en La Cabaña”[350].

Ante la alarma sobre el giro comunista y el consiguiente cúmulo de denuncias por violaciones a los derechos humanos que comenzaban a caer en plañidero, Castro acusó el golpe y para suavizar las imputaciones se expuso a un moderado reportaje en televisión el 2 de abril de 1959, en donde expresó: “Ese miedo que parece tienen las minorías a que en Cuba se desarrolle el comunismo no responde a nada real -enfatizó-, ese miedo yo, sinceramente, no lo entiendo”[351].

La consigna de Castro era que en los primeros tramos había que seguir apaciguando los ánimos y tranquilizando sospechas. Con ese propósito, inició en el mes de abril una memorable gira por Estados Unidos, la cual tenía la meta de persuadir a la opinión pública y al *establishment* norteamericano de sus “buenas intenciones”.

Allí Fidel mantuvo múltiples reuniones. Entre ellas, se dio cita con la Sociedad de Directores de Periódicos de Norteamérica. El 15 de abril, se reunió además con Diputados y Senadores y enfatizó su oposición al comunismo. El domingo siguiente, en el programa de televisión *Meet the Press*, aseguró: “No estoy de acuerdo con el comunismo”. Un día después se apersonó en el almuerzo del Círculo Nacional de Periodistas y nuevamente denunció al comunismo. Refiriéndose a Kruschev, afirmó: “Cualquiera que sea la índole de la dictadura -ya sea clasista, militarista u oligárquica-, nos oponemos a

ella. Por eso estamos en contra del comunismo”[352]. Dentro de su extravagante espectáculo “macartista”, incluyó en su periplo una conferencia ofrecida el 23 de abril en Nueva York. En ella, Castro, haciendo uso y abuso de sus facultades actorales afirmó: “Queremos establecer en Cuba una verdadera democracia, sin ningún rastro de fascismo, peronismo o comunismo. Estamos contra cualquier forma de totalitarismo”[353]. Y por si su anticomunismo no hubiera quedado del todo claro, el 28 de abril disparó: “El comunismo mata al hombre al privarle de su libertad”[354]. Días después, atacó otra vez al comunismo, exponiendo que “es un sistema que anula las libertades públicas y sacrifica al hombre”[355].

Desterrando el futuro mito popular de que Estados Unidos “empujó a Cuba al comunismo”, para recibir a Fidel en esa etapa de su gira, los norteamericanos habían preparado el mejor de los recibimientos, que incluía la oferta de blandos empréstitos para impulsar al nuevo gobierno: pero lo curioso es que Castro no pidió nada. Los círculos oficiales y financieros de los Estados Unidos quedaron desconcertados. No podían o no querían imaginar que el aplaudido peregrino abrigaba la intención de recurrir a medios alternativos para obtener bienes y propiedades norteamericanas de manera mucho más ventajosas que la que le hubieran reportado los procedimientos bilaterales.

En el seno del distendido periplo en las tierras “imperialistas”, mucho menos cómodo se sintió Fidel en áspera reunión mantenida en el Capitolio el día 19 de abril con el Vice Presidente Richard Nixon (el Presidente Eisenhower quiso evitar recibir a Castro puesto que ya estaban trascendiendo los fusilamientos que en Cuba se venían llevando contra disidentes), y en la tertulia surgió el siguiente intercambio:

“FC- No comprendo por qué en este país me critican por fusilar a los criminales de guerra.

RN- Oiga, si usted detiene a gente a las once de la mañana, la juzga al mediodía y la fusila a las dos de la tarde, tiene que esperar forzosamente que lo critiquen.

FC- La opinión cubana aprueba estas ejecuciones (replicó nerviosamente Fidel).

RN- La opinión pública alemana apoyó a Hitler casi hasta el último instante, y eso no significa que los actos de Hitler queden así justificados. Hay que pensar en la justicia.

FC- Me acusan de genocidio, cuando en realidad estoy fusilando a miserables fascistas. Es absurdo.

RN- Recientemente usted procesó a un grupo de aviadores que habían servido en las fuerzas armadas de Batista, acusándolos de genocidio debido a que habían bombardeado a sus fuerzas en la Sierra Maestra. El tribunal los absolvió. Usted anuló la sentencia, convocó otro tribunal que los condenó a muerte, y usted los fusiló. Mientras usted haga cosas de este tipo, debe esperar que lo critiquen, sino en Cuba, por lo menos en nuestro país”[356] le espetó Nixon sin perder la compostura.

Pero fuera de ese mal momento en el que Castro no supo salir airoso, lo cierto es que la gira en Estados Unidos puede considerarse exitosa y seguidamente, el caudillo cubano continuó su gira “anticomunista” por América Latina y fue en Montevideo, cuando se valió de otro de sus artificios orales, al vociferar que lo que Cuba quiere es “Pan y libertad, pan sin terror. Ni dictadura de derechas, ni dictaduras de izquierdas: una revolución humanista”[357].

Muchos defensores del castro-comunismo justificaron siempre estas mentiras de Fidel, alegando que en todo caso, eran burlas o trampas cometidas a expensas del “imperialismo”. Sin embargo, el problema no es que el engaño haya burlado a los Estados Unidos, sino que la estafa fue dirigida contra el pueblo cubano, que siempre fue anticomunista. Es por esa razón que la sociedad de ese país apoyó desde el inicio a Castro y su camarilla. De haber sido estos bandoleros sinceros acerca de sus verdaderos propósitos ideológicos, no habrían contado con la adhesión de un solo campesino: “si nosotros nos paramos en el pico turquino (el más alto de Cuba enclavado en la Sierra Maestra) cuando éramos ´cuatro gatos´ y

decimos: somos marxistas-leninistas, desde el pico Turquino, posiblemente no hubiéramos podido bajar al llano. Así que nosotros nos denominábamos de otra manera”[358] reconoció Fidel en diciembre de 1961. Vale decir, que de haberse reconocidos como comunistas desde el inicio, Castro y los suyos solamente hubiesen contado con el apoyo de algunos militantes del PSP, el cual era tan insignificante en votos, que tanto en 1940 (que llevó en la boleta a Batista) como en las elecciones de 1944, 1948 y en las que se avecinaban en 1952, ni siquiera presentaron candidatura propia (nótese el nulo caudal electoral), sino que se anexaron en alianza con candidatos moderados a cambio de alguna mísera concejalía o puestito burocrático marginal.

Luego, la estafa comunista no debe verse como “una burla a la CIA”, sino al pueblo cubano (en definitiva, fueron los afectados directos). Por supuesto, Cuba se constituyó además en una grave amenaza para la región (desde allí se entrenaba a los terroristas que en los años 70 ensangrentaron y desestabilizaron a América Latina y parte de África), además de haber sido una intimidación mundial al portar misiles soviéticos apuntando a Washington, episodio al que luego nos referiremos.

Pero la política de engaños no era privativa de Castro. Hasta Guevara, quien siempre ocasionaba problemas con sus declaraciones radicales y su ausencia de ubicación, ante la pregunta concreta acerca de si era comunista, el 4 de enero de 1959, le miente al diario *La Nación* de Buenos Aires al responder: “Creo ser una víctima de la campaña internacional que siempre se desata contra quienes defienden la libertad de América”[359].

Mientras la sobreactuación democrática se imponía, Castro acumulaba cargos en el poder político. Ya era primer ministro, jefe del Ejército, máxima autoridad del INRA (Instituto Nacional de la Reforma Agraria), a la vez que proclamaba a los cuatro vientos que su revolución era “verde olivo como las palmas cubanas”. Guevara,

al ser consultado por esta definición, en sus círculos íntimos agregaba que la revolución se parecía a una sandía: "verde en la superficie y roja en su verdad profunda".

Pero más allá de engaños, anécdotas, fusilamientos y entretelones múltiples, la revolución cubana constituía la derrota más contundente para occidente y el mundo libre en toda la Guerra Fría: por primera vez se convertía en comunista a un país no contiguo a Rusia ni a China (encima en las narices de Estados Unidos) ante lo cual, la revolución castrista le abría al marxismo las puertas de un continente de inapreciable valor.

**Divorcio sencillo y sin publicidad**

En el fragor de la revolución y la aventura Guevara ya había roto relaciones con Hilda Gadea, puesto que hacía tiempo convivía con la docente Aleida March, joven maestra de rasgos europeos, relacionada con el Movimiento 26 de Julio en El Llano, de postura política moderada en sus orígenes. A fin de de darle un corte "formal" a su matrimonio en extinción y oficializar su flamante vinculo, el mismísimo 8 de enero de 1959 (día de la entrada triunfal de Castro a la capital cubana), el Che escribió una fría y rotunda carta dirigida a Hilda (quien se encontraba en Perú aguardando ansiosamente novedades de su triunfante esposo), expulsándola de su vida sentimental en estos crudos términos: "Querida Hilda: La magnitud de cosas que había que resolver me impidió escribirte antes y lo hago hoy, día de la entrada de Fidel que ha volcado sobre él la Habana entera", añadiendo que "Tú siempre ignoraste mi resolución de acabar nuestras relaciones pero eso estaba firme en mi espíritu y nunca me consideré ligado a ti después de la salida del Granma" y sin eufemismos le arroja a la destinataria la ingrata novedad: "Ahora llegamos al punto: considerándome libre establecí relaciones con una muchacha cubana y vivo con ella a la espera de poder formalizar nuestra situación". Luego, intentando amortiguar cualquier eventual intento de Hilda de apersonarse en la

isla, Guevara agregó: “Tu presencia aquí no traerá más que conflictos y problemas personales para mí”. Seguidamente, clamó por “un divorcio sencillo, sin publicidad” y manifestó un único y escueto renglón afectuoso al anotar “lo que más quiero en este momento es ver a Hildita”. Finalmente, no sin fastidio culminó expresando: “Hilda. No quiero escribir más, las palabras huelgan. Te abraza con todo el cariño de compañero y padre de nuestra hija. Ernesto”[360].

Vale aclarar que la nueva relación entre Ernesto y Aleida no se caracterizó por ser un encantamiento instantáneo. Recuerda Aleida que la primera vez que lo vio al Che de cerca no lo consideró particularmente atractivo. Su impresión fue la de un hombre con aspecto de “viejo” además de “flaco y sucio”[361]. Pero, evidentemente, esta parca impresión fue mejorando y el 2 de junio de 1959, Ernesto legalizó el nuevo vínculo amoroso contrayendo matrimonio. Aleida, para la ocasión, estrenó un vestido blanco. El Che, no pudiendo con su genio, se presentó en su boda con su infaltable disfraz de guerrillero. Eso sí, dada la importancia del acontecimiento, llevó a cabo un valorable esfuerzo personal y se encargó de que su uniforme luciera limpio y planchado.

Si bien su flamante mujer, de refinadas facciones, no padecerá el tono despectivo que el Che dirigió para con su anterior esposa, Hilda, peruana de fisonomía aborigen, Aleida no se salvará del maltrato: al menos así lo revela el guerrillero cubano Dariel Alarcón (nombre de guerra Benigno) que “cuando ella daba una opinión que a él no le gustaba, delante de todo el mundo la mandaba a callar con brusquedad, humillándola” y agrega que para Guevara las mujeres “eran como un objeto del cual se servía”[362].

Destratos conyugales al margen, de la nueva unión saldrán cuatro hijos: Aleida, Camilo, Celia y Ernesto.

## Regreso al turismo

Mientras Fidel proseguía con sus exhaustivas acrobacias tratando de amortiguar el impacto de las primeras medidas gubernamentales de inspiración marxista, Guevara entorpecía esta cuidadosa cautela en un reportaje durante el cual se generó el siguiente diálogo:

"-¿Usted es comunista?

Los hechos hablan por sí solos. Nuestra forma de pensar es clara, nuestra conducta es diáfana. El hecho de que yo no sea un comunista afiliado al PC, y yo no lo estoy, no tiene importancia. Se nos acusa de comunistas por lo que hacemos, no por lo que somos o decimos. Si usted cree que lo que hacemos es comunismo, entonces somos comunistas"[363].

La radicalidad de Guevara respecto de Castro no solo obedecía a que el Che era anti-político y fanático, sino también a una cuestión de índole doctrinal, pues Guevara tenía un bagaje ideológico desordenado pero mucho más sólido que su jefe. Fidel, en cambio, reconocería no haber podido pasar de la página 370 de *El Capital*[364] de Karl Marx.

Castro no podía evitar sus ataques de ira ante las declaraciones imprudentes de su camarada, porque luego debía gastar gran cantidad de energía brindando aclaraciones sobre lo que el Che afirmaba públicamente. El biógrafo argentino Pacho O'Donnell, rescata en su obra un sonoro arranque de furia de Fidel en el cual disparó: "¿Sabes lo que voy a hacer con el Che Guevara? Lo voy a mandar a Santo Domingo, a ver si lo mata Trujillo"[365].

Harto ya de explicar, desmentir o suavizar las declaraciones escandalosas lanzadas por la incontinencia verbal del Che, Fidel decidió tomar el toro por las astas y, conociendo la pasión de su conmilitón argentino por los viajes, lo mandó a una interminable gira por Medio Oriente, decretada el 5 de junio, con el insólito propósito de "afianzar relaciones diplomáticas" (siendo que Guevara no era

funcionario diplomático ni tampoco tenía talento para ello). Este recurso, el de encomendarle a Guevara viajes interminables al exterior, será utilizado con frecuencia por Castro. Era una forma elegante de mantener al Che alejado de afirmaciones peligrosas. Y éste, aventurero hormonal y turista vocacional, siempre aceptó gustoso sus eternas "misiones" trasnacionales. Para más datos, en sus seis años como funcionario público en Cuba, el Che estaría destinado casi un año (una sexta parte del tiempo) en largos itinerarios de turismo revolucionario. Cual niño inquieto al que había que entretener para calmar su ansiedad, Castro le regalaba al Che un sonajero excursionista para que se entretuviera peregrinando por el planeta y no perturbara con sus dichos presurosos esa notable estafa (política e ideológica) que con dedicación artística venía pergeñando Fidel desde los tiempos del Granma y Sierra Maestra.

Destaca Sebreli que esta notable diferencia de caracteres entre Fidel y el Che (y que los llenará de conflictos durante toda su convivencia política) se explica a partir de que "la tarea del político es lenta, discreta y paciente, se realiza cada día y a través de los años, requiere esfuerzo, obstinación, perseverancia; además, necesita la capacidad de transigir, negociar, consensuar, saber replegarse, establecer alianzas. Fidel poseía esas cualidades; el Che, a la inversa, consideraba toda transigencia como traición al ideal revolucionario, encarnaba al sectario izquierdista infantil ridiculizado por Lenin, que negaba por principio todo acuerdo"[366], agregando que si bien a Guevara le repugnaba corromperse en impuras transacciones políticas: "no le temblaba la mano con el fusil, ajusticiando a sus propios allegados u ordenando cientos de ejecuciones en masa de sus adversarios. No quería ensuciarse las manos, pero no le importaba mancharse de sangre"[367].

En el marco del paseo transatlántico que Castro le había preparado al Che, éste escribió una significativa epístola a su madre (fechada el 2 de julio de 1959): "Querida Vieja: Un viejo sueño de visitar todos los países se produce hoy… Además, sin Aleida, a quien

no pude traer por un complicado esquema mental de esos que tengo yo…Se ha desarrollado mucho en mí el sentido de lo masivo en contraposición a lo personal: soy siempre el mismo solitario que va buscando su camino sin ayuda personal, pero tengo ahora el sentido de mi deber histórico. No tengo casa, ni mujer, hijos, ni hermanos; mis amigos son amigos mientras piensen políticamente como yo y sin embargo estoy contento, me siento algo en la vida, no sólo una fuerza interior poderosa, que siempre la sentí, sino también una capacidad de inyección a los demás y un absoluto sentido fatalista de mi misión me quita todo miedo”[368].

Nuevamente, aparece en esta imperdible nota su inocultable mentalidad totalista (“mis amigos son amigos mientras piensen políticamente como yo”). Su desinterés absoluto por su nueva mujer (“No tengo casa, ni mujer” expuso, siendo que estaba recién casado y se negó a llevarla de viaje pese a que ni siquiera fueron de luna de miel). Su esencia de vagabundo incurable (manifestaba alegría por recorrer el mundo pero no mencionaba nada de sus obligaciones diplomáticas). Su obsesión por la muerte (aludiendo al “sentido fatalista de su misión”). Y es en esa misma carta cuando Guevara lamenta que su excursión se vea opacada por fatídicas obligaciones diplomáticas: “Mi sueño de visitar todos estos países se produce hoy en una forma que coarta toda mi alegría. Hablando de problemas económicos y políticos, dando fiestas donde lo único que me falta es ponerme frac y dejando de lado uno de mis placeres más puros, que es ponerme a soñar a la sombra de una pirámide o sobre el sarcófago de Tutankamón”[369].

La prioridad turística del viaje “diplomático” del Che ni siquiera era disimulada por los diarios cubanos (ya subordinados al despotismo naciente), tal como lo demuestra la cobertura que de sus distendidos paseos hizo el periódico oficial *Revolución*: “ayer visitó las pirámides y el museo egipcio, y pasó el día de hoy viendo varias mezquitas y sitios de interés en la capital…mañana irán por vía aérea a la franja de Gaza y, al día siguiente volarán a Damasco. El

sábado visitarán Alejandría y el domingo el Área del Canal de Suez”[370].

Fue en este peculiar peregrinar, cuando Guevara se reunió con Gamal Abdel Nasser, el mítico mandatario egipcio. En la tertulia, el Che lo provocó con la siguiente pregunta: “¿Cuántos refugiados tuvieron que irse del país?” Cuando el presidente Nasser le respondió que muy pocos, el Che se molestó: “Eso significa, que no ha pasado mucho en su revolución. Yo mido la profundidad de la transformación por el número de gente afectada por ella y que sienten que no caben en la nueva sociedad”. Nasser le explicó que pretendía “liquidar los privilegios de una clase pero no a los individuos de esa clase´”[371].

Nótese que del diálogo surge otra vez la composición mental de Guevara: “esa gente no cabe en la nueva sociedad”. El Che propiciaba posturas extremistas, en parte por su inherente prepotencia y en parte porque adoraba los conflictos y se sentía muy incómodo en tiempos de paz o concordia: “La presencia de un enemigo estimula la euforia revolucionaria”[372], era una de sus frases de cabecera.

## La foto agujereada

A su regreso a Cuba, el Che se encuentra, para su deleite, con un gobierno acentuando rápidamente el giro a la izquierda. Castro acababa de expulsar al presidente Urrutia, quien si bien obraba de marioneta, era de tendencia moderada. A su reemplazo acudiría Dorticós Torrado, servil a Castro, al igual que el anterior, pero con la ventaja de ser un antiguo militante del Partido Comunista (PSP) y por ende, de ideología coincidente con el rumbo en marcha.

En medio del casamiento, el solitario viaje turístico y la euforia revolucionaria, el inefable Matthews, en un despacho fechado el 16 de julio en La Habana y publicado por *The New York Times*, afirmará: “En

ningún sentido de la palabra puede afirmarse que esta sea una revolución comunista y no hay comunistas en los puestos de mando… Castro no sólo no es un comunista, sino que es decididamente anticomunista”[373]. Y a pesar de las constantes advertencias de la embajada norteamericana, el 5 de noviembre de 1959 el subdirector de la CIA, general C. P. Cabell, tras efectuar un profuso análisis refiriéndose a Castro sentenció: “Nuestra conclusión, por lo tanto, es que Fidel Castro no es comunista”[374].

Sin embargo, el clima comunista que se respiraba en la isla era tan ostensible, que comenzó a ser resistido no solo por los propios funcionarios que habían sido nombrados por Castro, sino fundamentalmente por quienes habían integrado el ejército rebelde: los guerrilleros antibatistianos no habían peleado junto a Castro ni arriesgado sus vidas para imponer el comunismo.

A mediados de octubre de 1959, el comandante Huber Matos (ícono tan significativo de la revolución que fue escogido por Castro para la famosa entrada a La Habana en enero de 1959), quien por entonces obraba como gobernador de la provincia de Camagüey, se opuso a las confiscaciones a expensas de los propietarios pequeños y medianos, a la vez que reaccionó negativamente cuando Raúl Castro fue designado ministro de Guerra (ambos episodios significaban un importante avance hacia el totalitarismo marxista). Entonces Matos, al advertir la estafa ideológica en ciernes, le envió a Castro una carta de renuncia.

Pero el ego de Fidel no podía aceptar que lo dejaran plantado públicamente y rechazó la dimisión. Matos insistió al respecto y Castro redobló la apuesta: le ordenó al Comandante Camilo Cienfuegos (el otro líder revolucionario escogido por Fidel para encabezar la entrada en La Habana) que lo encarcelara. Camilo, quien tampoco era marxista y compartía el enfoque de Matos, vaciló ante semejante directiva y se la cuestionó a Fidel. Este último insistió y a Camilo no le quedó más chance que subordinarse y viajar a

Camagüey. Al llegar y no encontrar cargos para encarcelar a Matos, Cienfuegos le comunicó su apreciación a Castro. Fidel no atendió explicaciones y le ordenó tajantemente a Cienfuegos que lo encarcele sin mayores trámites. Con gran conflicto interno, Cienfuegos detuvo a Matos.

El Comandante Huber Matos fue condenado a 20 años de prisión en condiciones paupérrimas (que cumplió hasta el último día), por el delito de disentir con Castro. Cienfuegos, por vacilante y cuestionador, días después fue asesinado (se le fabricó un misterioso accidente aéreo) y se convirtió en uno de los primeros desaparecidos del gobierno castrista.

Pero Cienfuegos no fue asesinado solo por cuestionar la orden de Castro. Numerosos testimonios apuntan a señalar que Camilo le hacía sombra en popularidad a Fidel y este fue otro ingrediente que se sumó para tomar la decisión de matarlo. Recuerda Agustín Alles (corresponsal de guerra para la revista Bohemia) que a Cienfuegos "lo aplaudían tanto, que cierta vez le dije: ´Camilo: tú eres tan popular como Fidel´ -se paró, se detuvo y me dijo: ´Sí, ese es un problema grande que yo tengo´"[375].

Recuerda Matos el terrible episodio, relatando que al llegar Camilo para detenerlo, éste "deja a sus hombres afuera y nos vamos a hablar a solas…Lo primero que hace es pedirme disculpas porque tiene la orden de arrestarme, para eso lo han enviado. Su rostro refleja preocupación y confusión:

-Huber, comprende que esto no es para mí nada agradable. Sabes que nosotros mantenemos la misma posición respecto al comunismo. Creo que Fidel está actuando equivocadamente, pero quiero que tú me comprendas.

Luego, agrega:

-… Me siento abochornado en este momento, pero tengo que cumplir la orden. Vuelve a hacerse el silencio. Camilo está tenso, desconcertado. De pronto exclama:

-Oye, ¿no se puede tomar un poco de café?

…Fidel llama por teléfono a Camilo, quien está sentado en la

silla de mi despacho, a poco más de un metro de donde estoy. Al parecer, Fidel le pregunta cómo están las cosas y Camilo le responde:

-En el cuartel todo está en orden, pero los oficiales están muy disgustados. Nosotros hemos creado el malestar…Aquí no hay traición ni sedición, ni nada de lo que se dice. Deberíamos haberlo manejado de otra manera. Los capitanes estaban molestos pero tranquilos; ahora están indignados y quieren renunciar. Lo que se ha hecho es una metedura de pata.

Fidel seguramente lo interrumpe con algún reproche insolente, por la cara que pone Camilo…Por lo visto y después de los insultos, Fidel le ordena seguir adelante cumpliendo estrictamente sus instrucciones…

-Se hará como tú dices, pero lo que hemos hecho es una metedura de pata”[376].

Treinta y cuatro de los oficiales bajo el mando de Matos se solidarizaron con su encarcelado jefe. Pero éste les pidió que no dimitieran. No lo hicieron, pero de todos modos los 34 fueron detenidos junto con él. Acto seguido, el 30 de octubre el gobierno da a conocer oficialmente la noticia de que Camilo Cienfuegos ha desaparecido cuando viajaba en su avión.

Corrían días de gloria para Raúl y el Che. Entre la encarcelación de Matos y el asesinato de Cienfuegos, habían logrado erradicar a dos populares íconos anticomunistas de la revolución.

Respecto de Matos, Fidel ordenó llevar adelante una campaña de prensa acusándolo de “contrarrevolucionario” y, por tal motivo, se lo mantuvo secuestrado 20 años en los campos de concentración de la isla. En cuanto a Camilo Cienfuegos, Fidel montó un sentimental teatro de glorias y honores, “lamentando” que Camilo “hubiera muerto en un accidente aeronáutico”: jamás se encontró nave alguna de ninguna naturaleza ni mucho menos el cuerpo de Camilo.

Según el guerrillero Dariel Alarcón, (Benigno), quien será el

compañero del Che hasta sus últimas horas en Bolivia: "la desaparición de Camilo había sido planificada por Fidel y Raúl, porque Camilo ya sonaba más en Cuba que el propio Fidel"[377]. Juan Vives (agente secreto del castrismo), por su parte, agrega que "el nombramiento de Raúl Castro para Defensa fue muy mal recibido por el ejército, que deseaba a Camilo Cienfuegos como ministro… aprovechando el asunto Huber Matos, eliminaron a Camilo, matando así dos pájaros de un tiro"[378].

El Che muy rara vez mencionará en sus escritos a Matos y con su silencio, no hizo más que convalidar los 20 años de encierro impuestos por Fidel. En cuanto al desaparecido Camilo Cienfuegos, si bien mucho sindican a Guevara como alguien muy cercano o amigo del comandante caído en desgracia[379], no queda tan clara esa presunta amistad: "Chocábamos por cuestiones de disciplina, por problemas de concepción de una serie de actitudes dentro de la guerrilla. Camilo en aquella época era un guerrillero muy indisciplinado"[380] sentenció el Che en su diario. El guerrillero Enrique Acevedo a su vez testimonia que lo del Che y Camilo "Eran relaciones deliciosas. Pienso que a veces llegaban a ser incómodas para el Che (…) Cuando veíamos cómo Camilo lo trataba nos quedábamos espantados. Recuerdo que en una ocasión éste se puso a fastidiarlo. El Che se le quedó mirando y le dijo: Camilo, recuerda que están mis hombres presentes. Entonces se retiraron abrazados"[381].

Horas antes de que Matos fuera encerrado y Cienfuegos desaparecido, para no correr suerte similar el comandante y aviador Díaz Lanz (quien había arriesgado su pellejo en los tiempos de Batista piloteando aviones que traían armas para Castro provenientes de Costa Rica y Venezuela), al advertir el tenebroso giro que estaba adquiriendo la revolución, huyó en avión a toda velocidad rumbo a Miami: la fuerza aérea cubana envió aviones a interceptarlo y el campo de concentración de *La Cabaña* abrió fuego con sus baterías antiaéreas, pero Díaz Lanz escapó ileso[382].

A estas alturas, por más lealtades y arrojo revolucionario que se haya exhibido y demostrado apenas semanas atrás en la Sierra, salvo Fidel Castro y un par de adláteres más, nadie podía sentirse a salvo ni seguro en la enrarecida Cuba de 1959.

La foto de la revolución triunfante entrando a La Habana, con Castro, Matos y Cienfuegos, un puñado de meses después quedó agujereada en sus dos terceras partes (Matos encarcelado y Cienfuegos accidentado/desaparecido). Solo quedaba Castro con el protagonismo absoluto. Pero los agujeros de dicha foto serían emparchados con las imágenes de Guevara y Raúl como flamantes lugartenientes. La estafa ya estaba consumada y una retocada foto se imponía en Cuba.

# CAPÍTULO VII: LA MÁQUINA DE MATAR

## Las aspirinas del Dr. Guevara

Como flamante comandante a cargo del campo de exterminio de La Cabaña, el Che inauguró una maquinaria homicida como nunca antes se tuvo memoria en Cuba. Hasta un apologista del Che, como lo es su biógrafo argentino Pacho O'Donnell, reconoció en su complaciente libro que "en La Cabaña se establecieron los Tribunales Revolucionarios…como comandante de la guarnición (el Che) revisaba las apelaciones y tenía la palabra final… Ese hombre a quien horrorizaban las defecciones humanas, implacable con las debilidades, codicias y vulgaridades de sí mismo y de los demás, que fue un incapacitado para los tejes y manejes de la política por razones éticas, no tuvo inconveniente en convertirse en un ángel exterminador que disponía sobre vidas y muertes ajenas"[383].

Los "juicios" guevaristas resultaron ser una verdadera parodia, no más que un expeditivo protocolo para maquillar con legalidad masivas ejecuciones a disidentes: los procesos contra los ex colaboradores (o no) del régimen batistiano duraban 5 o 10 minutos, y así se enviaba gente al paredón de fusilamientos siendo Guevara presidente del tribunal, fiscal, presidente de la comisión depuradora, presidente del tribunal de apelación y comandante en jefe del cuartel. Vale decir: la única garantía de vida del acusado era la buena o mala gana del mismísimo Ernesto Guevara de la Serna. El citado periodista Agustín Alles Soberón recuerda que la máxima que hizo correr en La Cabaña fue: "Ante la duda, mata, y dale aspirinas (balas)"[384].

Recordemos que el Che ya no estaba en guerra, contexto en el cual esta consigna podría ser cruenta pero quizás entendible, sino que estamos hablando de detenidos sin juicio y sin ninguna certeza ni

indicio de culpabilidad alguna; pero, “ante la duda”, había orden de fusilar y así se lo decretó Guevara a los verdugos que mataban bajo su mando: “No demoren las causas, esta es una revolución, no usen métodos legales burgueses…Hay que proceder por convicción”[385]. Este retorcido hábito consistente en matar acríticamente fue también repetido por el Che a comienzos de 1959: “Tenemos que crear la pedagogía de los paredones de fusilamiento y no necesitamos pruebas para matar a un hombre”[386]. Y en epístola privada suya, el riguroso médico aspirinero también justificó las matanzas pero ahora con democrática argumentación: “Los fusilamientos son, no tan sólo una necesidad del pueblo de Cuba, sino también una imposición de este pueblo”[387].

Este innoble rol de homicida en serie le valió a Guevara el ajustado apodo de “El Carnicero de La Cabaña”. Allí, quien hoy es presentado por la progresía mundial como un pacífico emblema del “ecumenismo multiculturalista”, pudo hacer catarsis desplegando su confesado “odio a la civilización” y mal no le fue: solo durante los primeros días de “trabajo”, los fusilamientos dirigidos por el carnicero argentino alcanzarían la incipiente cifra de 550 ejecutados[388].

¿Cuál era el parámetro guevariano para decidir quién vivía y quién no? Es difícil responder el enigma con suma precisión, pero vale la pena recordar el sincero fragmento de una de sus epístolas aludidas: “mis amigos son amigos mientras piensen políticamente como yo”. Quizás ahí tengamos alguna pauta sobre el basamento criteriológico al que el Che acudía para disponer sobre la vida y muerte de los demás.

En tanto, con fiel asistencia, el propagandista oficial del castro-guevarismo en los Estados Unidos, Herbert Matthews, desde las páginas del New York Times, reconocía la existencia de seiscientos fusilados; pero, el solícito amanuense angloparlante de la revolución justificaba el exterminio de este modo: “No conozco ningún ejemplo de un inocente ejecutado”[389]. ¿Cómo sabe Matthews que no eran

inocentes los ejecutados si hasta el mismo Che dispuso explícitamente que se fusilara sin pruebas?

Lo cierto es que las ejecuciones a disidentes se tornaron cuantitativamente tan escandalosas, que el entonces presidente paródico Urrutia procuró despegarse de la masacre intentando poner fin a esos diligentes procedimientos mortuorios. Pero Castro se opuso y ordenó publicar un decreto que instauró oficialmente la pena de muerte (prohibida en los tiempos de Batista), a los fines de darle un adorno legal a las eliminaciones. Guevara, por su parte, defendió el exterminio que dirigía alegando que “la justicia revolucionaria es de verdad justicia”, añadiendo que “Cuando aplicamos la pena de muerte, lo hacemos correctamente”[390]. Y el 5 de febrero de 1959, volvió a la carga con otro argumento pero fundado en la “soberanía popular” que él decía representar: “Las ejecuciones por los pelotones de fusilamiento no son sólo una necesidad del pueblo de Cuba sino también una imposición del pueblo”[391].

Buscando “colectivizar” hábitos y responsabilidades, el Che le exigió a todo el personal de La Cabaña rotar en la ingrata praxis de las ejecuciones: “En varias oportunidades el Che venía, sutilmente. Se subía a aquel muro. No era difícil subirlo porque tenía una escalera. Se acostaba boca arriba allí a fumar un habano y a ver los fusilamientos. Eso se comentaba en toda la soldadesca de La Cabaña. Los soldados míos me decían: ´Cuando estábamos en el pelotón de fusilamiento, veíamos al Che fumándose un tabaco arriba en el muro´. Les daba fuerza a los que iban a disparar. Para aquellos soldados que nunca antes habían visto al Che, era una cosa importante. Les daba valor”[392] testimonió Dariel Alarcón (Benigno).

Según el sacerdote Bustos Argañaraz (quien se encargaba de brindar alivio espiritual a las víctimas antes de la ejecución), la crueldad del Che “llega hasta el punto de obligar a los familiares que iban a recoger los cadáveres de los fusilados a pasar por el famoso paredón manchado con la sangre fresca de las víctimas”[393].

Como si se tratase de una comedia de humor negro, mientras dirigía los fusilamientos el 13 de enero de 1959, Guevara, quien confesó repetidas veces no tener conocimientos suficientes sobre medicina (y cuyo título ha sido siempre puesto en duda entre sus biógrafos), fue nombrado "Médico Cubano Honorario" y así cubrió el diario *Revolución* la académica condecoración: "Reunidos en sesión solemne, el ejecutivo del Colegio Médico Nacional, recibió ayer al comandante Ernesto Guevara, prestigioso médico argentino que hizo suya la causa de la Revolución"[394].

La cerrazón ideológica de Guevara comenzaba a alcanzar tan elevada magnitud, que afirmó en difundido escrito suyo que los padres, mujeres, hijos y amigos debían ser tenidos en cuenta en tanto y en cuanto se hallaran al servicio de la revolución: "No hay vida fuera de ella", escribió; y en su librito *Guerra de Guerrillas* definió al revolucionario como "verdadero sacerdote" y "asceta". Poco se diferenciaba el Che de un terrorista religioso, siempre dispuesto a matar y matarse para imponer su arbitraria y maniquea visión del mundo. Aunque con una diferencia que no es menor: el terrorista religioso sostiene que por medio del ajusticiamiento a "los infieles" o con la mera inmolación se pasa a la vida eterna; en cambio, Guevara, profundamente ateo, creía que con la muerte se terminaba la vida. ¿Para qué inmolarse, entonces (tal como lo hizo en Bolivia)? ¿Cuál era el rédito de asesinar a diestra y siniestra en pos de una superstición revolucionaria de suyo falible y con la cual el *Che* solo se había familiarizado precariamente en los últimos años?

Es dable repetir lo siguiente: Guevara se volvió hacia la política siendo adulto y tras culminar su carrera de medicina, pues durante su época de estudiante no tuvo participación alguna y tan solo había recibido una vaga influencia familiar de niño. Además, de las tres grandes corrientes del pensamiento político moderno, la marxista, la nacionalista y la liberal (con sus respectivos derivados y matices), él solo leyó presurosa y fragmentariamente a los de tendencia marxista,

de modo que jamás pudo confrontar ni contrastar sus lecturas con autores opuestos. Vale decir, se fanatizó, fusil en mano, con el primer dogma que encontró y lo incorporó como fundamento mortífero, dando sentido a su infeliz existencia.

Pero más allá de las especulaciones en torno a las causas psicológicas y emocionales que pudieran haber llevado a Guevara hacia estos extremos, lo cierto es que las víctimas de los fusilamientos que él dirigió se cuentan por varias centenas, así como los testimonios de testigos directos.

Recuerda el ex miembro del Movimiento 26 de Julio Napoleón Vilaboa: "estuve trabajando en la fortaleza de La Cabaña a las órdenes del Che Guevara (que era el jefe militar de esa fortaleza), en la "Comisión depuradora", la cual era un organismo que crea el gobierno de Fidel Castro…el fin era implantar el terror revolucionario en Cuba mediante los fusilamientos. Esos fusilamientos eran arbitrarios, porque los infelices que llevaban ahí ya estaban previamente sentenciados a muerte, como es el caso por ejemplo del primer teniente José Castaño, que había sido jefe del Brac[395] y que fue asesinado personalmente por el Che Guevara en su propia oficina. Y contra el cual no había ningún tipo de pretexto legal para fusilarlo, porque este señor ni había matado, ni había torturado a nadie durante el régimen de Fulgencio Batista"[396]. Complementariamente, cuenta Rolando Castaño (hijo del citado teniente ejecutado): "Mi padre fue asesinado por Ernesto Guevara el 7 de marzo de 1959…Y él en su despacho primeramente lo interrogó, lo maltrataron físicamente y como no se ponían de acuerdo, el Che Guevara, dándole una vuelta a su oficina con su pistola, le dio dos balazos en la cabeza"[397].

No menos estremecedor es este otro relato brindado también por Vilaboa, quien se refiere a otro preso que estaba en La Cabaña, pero que contaba apenas con 15 años de edad: "Lo habían atrapado mientras pintaba una pared con consignas contra Fidel. El ex asesor

del Che recuerda que el comandante estaba muy preocupado porque la madre del menor se veía desesperada y asegura que cuando un soldado se acercó a informarle que el joven iba a ser fusilado en unos días, Guevara le ordenó que lo hiciera de inmediato para que la madre no pase por la angustia de una espera larga”[398].

La prontitud de los “juicios” era tal, que José Vilasuso, abogado que trabajó a partir de enero de 1959 bajo las órdenes del Che como instructor de expedientes de la tenebrosa “Comisión depuradora”, explica cómo funcionaba internamente el plan sistemático de exterminio: “El Che tenía solamente una divisa: ´ustedes están aquí para pasar los expedientes rápidos, la comisión está trabajando muy lentamente y tenemos que juzgar a estos criminales lo más rápido posible´… me dice: ´mira, este es un tribunal muy sencillo, todo lo que tienen que hacer es instruir los expedientes, el oficial investigador siempre tiene la razón, siempre dice la verdad. O sea no tenemos más que aceptar, acogernos a lo que él dice en el informe. Y tú tienes que instruir, organizar los expedientes y después los pasas al ministerio fiscal´…esas fueron más o menos sus palabras. Y me dice: ´desde luego que vas a ver cosas muy sabrosas´. Guardé silencio y al día siguiente comencé a trabajar…Yo preparando las sentencias y él, pues, dirigiendo el paredón. Fui al paredón, me acerqué al lugar, me paré junto a los postes, me fijé bien en el lugar donde se situaba a los reos, el paredón estaba a las espaldas y más o menos lo que era la altura del pecho o la cabeza, pues se veían los impactos de las balas. Era más o menos una línea recta. La sangre coagulaba, porque se sacaba el cuerpo inmediatamente después de la ejecución, pero la sangre quedaba”[399].

Ante la escandalosa carnicería desatada, numerosos camaradas y funcionarios le sugerían al Che moderación a la hora de ordenar las ejecuciones, presión a la que éste no accedió y respondió: “La ´moderación´ es otra de las palabras que les gusta usar a los agentes de la colonia: son moderados todos los que tienen miedo o todos los que piensan traicionar en alguna forma”[400].

En La Cabaña, el que obraba de “Presidente Judicial” era el veinteañero Orlando Borrego, quien revela que “había fiscales que eran de extrema izquierda” y “no debía imponer moderación a los que siempre pedían la pena de muerte”[401]. La alevosía de estos crímenes fue tal, que hasta Frank Niess, en su hagiografía reconoce que “se trataba siempre de procesos muy cortos que decidían en poco tiempo sobre la vida y la muerte de los seres humanos…los juicios rápidos y las numerosas ejecuciones pesan sobre las espaldas de los revolucionarios y del propio Guevara”[402].

Para mayores detalles acerca de las “garantías” de las que gozaban los ejecutados, explica Eduardo Pérez (primer teniente del Ejército Rebelde) quien estuvo bajo las órdenes del Che: “Estoy en el despacho del jefe de regimiento de Santa Clara, que era Ramiro. Pero Ramiro no estaba ahí…el que estaba era Olo Pantoja, con quien tenía buena relación…entonces entra un soldado y le da un papel y le dice: ´esos de las crucecitas son los que van a fusilarse mañana´. Y yo voy y me pongo detrás de él, porque había amistad, y le digo: ´¿a esa gente ya la juzgaron?´ y me dice: ´no a esa gente la van a juzgar esta noche´. Y le pregunto ´¿Pero cómo los van a juzgar si ya saben que los van a fusilar mañana? ´, y me responde ´bueno, esto es así´”[403].

Otro testimonio turbador lo ofrece Sergio García Muñiz, hermano de Rafael García, fusilado también por el Che Guevara: “En las gestiones que estábamos haciendo para tratar de salvar a mi hermano, antes del juicio final, yo había ido a La Cabaña con el ingeniero Viamonte, que trabajaba conmigo en la compañía de electricidad a ver a Ernesto Guevara, ya que él había estado alzado en la Sierra. Entonces Guevara nos recibió…sin zapatos, con las patas arriba del escritorio, rascándose los chicotes…A mí me causó muy mala impresión. Vi la cara de hipócrita, de sinvergüenza que tenía, entonces el ingeniero le empezó a explicar y él le dijo: ´no, aquí no hay toalla para nadie´”[404].

Pero ante casos dudosos, de faltas improbables o de difusa

imputación, el Che también aplicó en La Cabaña el simulacro de fusilamiento, tenebrosa técnica que como vimos, ya ejercía en la Sierra Maestra: “Me ataron a un poste, me vendaron los ojos y luego hubo una descarga de fusiles. Entonces vinieron a darme lo que yo creía ser el tiro de gracia. Sentí un ruido monstruoso en la sien. En realidad era un golpe dado a la culata del fusil. Me desmayé. Creí que estaba muerto hasta que, una vez que me habían vuelto a llevar dentro de la celda, oí el cantío de un gallo. Allí me di cuenta de que estaba vivo”[405] recuerda Fausto Menocal, quien acabó exilándose a España (murió en Madrid en el 2007).

Pero si el Che quería perdonar la vida de alguien por algún atenuante de amiguismo o cualquier elemento subjetivo, va de suyo que también lo hacía. Tal es el caso de Roberto Martín Pérez, que en la infancia había sido amigo de Aleida March (la segunda esposa de Guevara) y quien nos cuenta: “Estando yo preso desde hacía unos quince días en La Cabaña, me llaman por los altavoces del penal a la oficina. Me encuentro ahí con Aleida March y con Ernesto Guevara. Ernesto Guevara caminando por todo aquel pasillo con las manos en la espalda y yo sentado con Aleida March. Y de buenas a primeras, ese individuo se me para enfrente y me dice ´a ti hay que fusilarte´. Yo tenía antecedentes de que en muchas ocasiones Ernesto Guevara había sacado hombres presos y los había fusilado sin un previo juicio. Así que no me extrañó nada esta bravuconada”[406]. Finalmente, habiendo sido Roberto Pérez amigo de su esposa, el Che, en compasivo gesto revolucionario, dimitió de la decisión de asesinarlo, privilegiando al reo a cumplir una “condena” de 28 años de cárcel.

Sin eufemismos ni evasivas, Guevara defendía y argumentaba su sanguinaria depuración en conferencias de prensa, tal como la brindada el 27 de enero de 1959 en la sociedad Nuestro Tiempo, en donde, textualmente, expuso: “esta liquidación no se hace por venganza ni sólo por espíritu de justicia, sino por necesidad de asegurar que todas esas conquistas del pueblo puedan lograrse en un plazo mínimo”[407].

Muchas veces los juicios se convirtieron en escandalosos espectáculos públicos al estilo de los antiguos circos romanos. El más publicitado de ellos fue el del mayor Jesús Sosa Blanco, sentenciado en el Palacio de los Deportes construido por Batista, ante una multitud de 17.000 personas. La obscenidad del stalinismo tropical llegó a tanto, que una testigo presencial de esos asesinatos, la periodista norteamericana Hart Phillips (corresponsal del complaciente *New York Times*) anotó: "Todo procedimiento daba asco"[408].

## Número estimado de víctimas del Che Guevara

La revolución cubana lleva casi 60 años y el Che estuvo en Cuba desde 1956 hasta 1959 en calidad de guerrillero, y desde 1959 hasta 1965 como funcionario público. Los dos últimos años de vida (1966 y 1967) prácticamente repartió su tiempo entre el Congo, Praga y Bolivia (permaneciendo en Cuba en breves y esporádicos intervalos). Asimismo, de los seis años en que se mantuvo en la isla de manera estable, cinco años obró como burócrata y en este rol se la pasó viajando un año entero por el exterior[409] (tal como luego veremos).

Luego, tenemos que hacer la siguiente disquisición: por un lado, están los asesinatos del Che Guevara de manera directa (autor material del homicidio) y, por otro, los asesinatos producidos por orden de Guevara (autor intelectual o instigador del crimen). Dentro de los primeros, tenemos el siguiente cúmulo (ordenados en formato de fechas usado en idioma inglés: mes, día y año) que transcribimos a continuación, no sin agregar la reflexión de que los muchos hombres que él fusiló no han gozado de la misma gloria póstuma de la que sí gozó el popular verdugo en cuestión.

## Ejecutados por el Che en Sierra Maestra:

Aristidio 10-57; Manuel Capitán 1957; Juan Chang 9-57; Bisco Echevarría Martínez 8-57; Eutimio Guerra 2-18-57; Dionisio Lebrigio 9-57; Juan Lebrigio 9-57; El Negro Nápoles 2-18-57; Chicho Osorio 1-17-57; Un maestro no identificado (El Maestro) 9-57; 11-12. Dos hermanos, espías del grupo de Masferrer 9-57; Dos campesinos no identificados 4-57.

**Ejecutados por el Che en Santa Clara:**

Ramón Alba 1-3-59; José Barroso 1-59; Joaquín Casillas Lumpuy 1-2-59; Félix Cruz 1-1-59; Alejandro García Olayón 1-31-59; Héctor Mirabal 1-59; J. Mirabal 1-59; Félix Montano 1-59; Cornelio Rojas 1-7-59; Vilalla 1-59; Domingo Álvarez Martínez 1-4-59; Cano del Prieto 1-7-59; José Fernández Martínez 1-2-59; José Grizel Segura (Manacas) 1-7-59; Arturo Pérez Pérez 1-24-59; Ricardo Rodríguez Pérez 1-11-59; Francisco Rosell 1-11-59; Ignacio Rosell Leyva 1-11-59; Antonio Ruíz Beltrán 1-11-59; Ramón Santos García 1-12-59; Pedro Socarrás 1-12-59; Manuel Valdés 1-59; Tace José Velásquez 12-59.

**Ejecutados por el Che en La Cabaña:**

Vilau Abreu 7-3-59; Humberto Aguiar 1959; Germán Aguirre 1959; Pelayo Alayón 2-59; José Luis Alfaro Sierra 7-1-59; Pedro Alfaro 7-25-59; Mariano Alonso 7-1-59; José Alvaro 3-1-59; Alvaro Anguieira Suárez 1-4-59; Aniella 1959; Mario Ares Polo 1-2-59; José Ramón Bacallao 12-23-59; Severino Barrios 12-959; Eugenio Bécquer 9-29-59; Francisco Bécquer 7-2-59; Ramón Biscet 7-5-59; Roberto Calzadilla 1959; Eufemio Cano 4-59; Juan Capote Fiallo 5-1-59; Antonio Carralero 2-4-59; Gertrudis Castellanos 5-7-59; José Castaño Quevedo 3-6-59; Raúl Castaño 5-30-59; Eufemio Chala 12-16-59; José Chamace 10-15-59; José Chamizo 3-59; Raúl Clausell 1-28-59; Angel Clausell 1-18-59; Demetrio Clausell 1-2-59; José Clausell 1-29-59; Eloy Contreras 1-18-59; Alberto Corbo 12-7-59;

Emilio Cruz Pérez 12-7-59; Orestes Cruz 1959; Adalberto Cuevas 7-2-59; Cuni 1959; Antonio de Beche 1-5-59; Mateo Delgado 12-4-59; Armando Delgado 1-29-59; Ramón Despaigne 1959; José Díaz Cabezas 7-30-59; Fidel Díaz Marquina 4-9-59; Antonio Duarte 7-2-59; Ramón Fernández Ojeda 5-29-59; Rudy Fernández 7-30-59; Ferrán Alfonso 1-12-59; Salvador Ferrero 6-29-59; Víctor Figueredo 1-59; Eduardo Forte 3-20-59; Ugarde Galán 1959; Rafael García Muñiz 1-20-59; Adalberto García 6-6-59; Alberto García 6-6-59; Jacinto García 9-8-59; Evelio Gaspar 12-4-59; Armada Gil y Diez y Diez Cabezas 12-4-59; José González Malagón 7-2-59; Evaristo Benerio González 11-14-59; Ezequiel González 59; Secundino González 1959; Ricardo Luis Grao 2-3-59; Ricardo José Grau 7-59; Óscar Guerra 3-9-59; Julián Hernández 2-9-59; Francisco Hernández Leyva 4-15-59; Antonio Hernández 2-14-59; Gerardo Hernández 7-26-59; Olegario Hernández 4-23-59; Secundino Hernández 1-59; Rodolfo Hernández Falcón 1-9-59; Raúl Herrera 2-18-59; Jesús Insúa 7-30-59; Enrique Izquierdo 7-3-59; Silvino Junco 11-15-59; Enrique La Rosa 1959; Bonifacio Lasaparla 1959; Jesús Lazo Otaño 1959; Ariel Lima Lago 8-1-59 (menor de edad); René López Vidal 7-3-59; Armando Mas 2-17-59; Ornelio Mata 1-30-59; Evelio Mata Rodríguez 2-8-59; Elpidio Mederos 1-9-59; José Medina 5-17-59; José Mesa 7-23-59; Fidel Mesquía Díaz 7-11-59; Juan Manuel Milián 1959; José Milián Pérez 4-3-59; Francisco Mirabal 5-29-59; Luis Mirabal 1959; Ernesto Morales 1959; Pedro Morejón 3-59; Carlos Muñoz M.D. 1959; César Nicolardes Rojas 1-7-59; Víctor Nicolardes Rojas 1-7-59; José Núñez 3-59; Viterbo O'Reilly 2-27-59; Félix Oviedo 7-21-59; Manuel Paneque 8-16-59; Pedro Pedroso 12-1-59; Diego Pérez Cuesta 1959; Juan Pérez Hernández 5-29-59; Diego Pérez Crela 4-3-59; José Pozo 1-59; Emilio Puebla 4-30-59; Alfredo Pupo 5-29-59; Secundino Ramírez 4-2-59; Ramón Ramos 4-23-59; Pablo Ravelo Jr. 9-15-59; Rubén Rey Alberola 2-27-59; Mario Riquelme 1-29-59; Fernando Rivera 10-8-59; Pablo Rivero 5-59; Manuel Rodríguez 3-1-59; Marcos Rodríguez 7-31-59; Nemesio Rodríguez 7-30-59; Pablo Rodríguez 10-1-59; Ricardo Rodríguez 5-29-59; Olegario Rodríguez Fernández 4-23-59; José Saldara 11-9-59; Pedro Santana 2-59; Sergio Sierra 1-9-59; Juan

Silva 8-59; Fausto Silva 1-29-59; Elpidio Soler 11-8-59; Jesús Sosa Blanco 2-8-59; Renato Sosa 6-28-59; Sergio Sosa 8-20-59; Pedro Soto 3-20-59; Oscar Suárez 4-30-59; Rafael Tarragó 2-18-59; Teodoro Téllez Cisne-ros 1-3-59; Francisco Téllez 1-3-59. The New York Times reportó además 15 ejecuciones de Guevara (ejemplares del 2-6-59, 2-8-59, 3-16-59 y 4-2-59).[148]

Sintetizando, encontraríamos 14 asesinatos del Che en Sierra Maestra (Guevara confiesa las ejecuciones en sus diarios); 23 homicidios cometidos en la traición de Santa Clara, y 175 en el campo de concentración de La Cabaña. Estos crímenes se habrían cometido en el lapso de tres años (entre 1957 y 1959) y la cifra final ascendería a 216. Cabe destacar que estos homicidios no formaron parte de enfrentamientos armados, sino que estamos hablando de ejecuciones a sangre fría, muchas de ellas llevadas a cabo sin el trámite protocolar del juicio sumarísimo y otras tantas contra víctimas de su propia tropa. Vale aclarar que la lista expuesta está incompleta, es aproximada y en cuanto a la nómina de fusilados en La Cabaña, hay algunos casos mencionados en donde no se tiene certeza plena acerca de si Guevara disparó en persona o si impartió la orden de disparar. No obstante, este formidable compendio desnuda una vez más la gran distorsión existente en torno a la imagen popular que se tiene respecto del personaje al que le hemos dedicado este trabajo.

A estos datos expuestos se deben agregar el grueso de los fusilamientos llevados a cabo no por Guevara en persona sino por orden de él, de los cuales tampoco hay una cifra definitiva (muchos biógrafos amables con Guevara afirman la cifra de 600), aunque según el Che le habría reconocido al agente Félix Rodríguez en Bolivia, el guarismo ascendería a 1.500 fusilados bajo su gestión[410].

Téngase en cuenta que este cúmulo de homicidios se dio en un país que en 1959 tenía apenas seis millones y medio de habitantes y que al momento de escribir estas líneas llega aproximadamente a los

12 millones.

Cabe agregar el agravante de que esos asesinatos no formaron parte del contexto naturalmente cruel de una guerra, en cuyo caso, obviamente, existiría algún tipo de disculpa o atenuante. Pero… no es el caso. Tanto es así, que hasta la mismísima Juanita Castro Ruz (hermana de Fidel y Raúl), quien conoció y compartió los entretelones más íntimos del castrismo y del ajetreo del propio Che Guevara, al ser reporteada por la prensa mexicana en el año 2009, declaró lo siguiente: "Es una pena que el Che no se les haya quedado aquí en México en vez de haber hecho todo el daño que nos hizo a nosotros en Cuba…era un tipo detestable que lo han puesto en un pedestal y no sé por qué no quieren ver al verdadero Che en su verdadera dimensión…el Che llegó a la Habana el dos de enero de 1959 (...) tomó posesión de la fortaleza esa (La Cabaña) y entonces inmediatamente empezó a fusilar gente; allí no existían juicios, sumarios, allí no existía nada. Lo único que existía era la voz del Che, la orden del Che, para pasar por las armas a supuestos enemigos, porque había mucha gente inocente que no tenía que haber sido fusilada, como lo fue, por orden del Che. El terror lo empezó a establecer en Cuba el propio Che"[411].

A confesión de parte relevo de pruebas: antes de abandonar la función pública en Cuba y partir al Congo a seguir exportando su revolución, el 11 de diciembre de 1964, ante la Asamblea de la ONU y siendo todavía ministro de Industrias, el figurón de cabecera de las remeras del buen progresista occidental confesó ante las cámaras del mundo la siguiente jactancia:

"Fusilamientos, sí, hemos fusilado, fusilamos y seguiremos fusilando"[412].

# CAPÍTULO VIII: EL HOMBRE NUEVO SOCIALISTA

## El Hombre Nuevo según Guevara

Si bien una de las obsesiones del régimen castrista era acallar, fuese por medio del encarcelamiento o del fusilamiento, toda manifestación escrita u oral que no fuera complaciente para con este, también sabían los comandantes que las balas y las torturas eran instrumentos necesarios, pero no suficientes, para disciplinar a la estafada y desdichada comunidad cubana. Se tornaba imprescindible llevar adelante una profusa tarea de lavado de cerebro vía estatal, a efectos de domesticar y amansar psicológicamente a los cubanos por medio de la persuasión propagandística, con el consiguiente hostigamiento de consignas y mantras revolucionarios.

Una de las alternativas previstas para alcanzar tal homogeneidad era estructurar ese gran mazazo unificador graciosamente llamado "partido único" y de esta forma, aplastar de cuajo cualquier pensamiento alternativo o colateral. Y fue Guevara quien ya había advertido que el "partido único" se impondría cuando "las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educados para el comunismo"[413].

Es por ello que, a modo de antesala, se crearon en 1961 las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) y seguidamente se impuso el "Partido Único" en la Constitución Nacional de Cuba que la tiranía de Castro confeccionó para sí misma. Vale decir que se oficializó la fusión del Partido con el Estado, y cualquier creación de un partido político distinto resultaría ilegal, y cabe a su vez aclarar que la pena por tamaña herejía (la de incurrir en el disenso), actualmente sigue previendo una sanción mínima de 20 años de cárcel, delito eufemísticamente tipificado en la legislación castrista como "propaganda oral enemiga".

Luego, Guevara pensaba que combinando el adoctrinamiento por un lado con el terror represivo por el otro, a modo de tenazas, sostenidamente en el tiempo, se podría lograr un perfecto control y sometimiento social, que a la postre iría transformando la naturaleza humana y por fin, fabricar ese delirio ideológico al que se le llamaba el hombre nuevo. El sistema funcionaría de esta manera: al aplicar medidas represivas brutales, se iría forjando un temperamento sumiso en la población. Adicionalmente, se le incorporaría el acoso ideológico para plasmar una mentalidad uniforme.

Tanta fe tenía Guevara en las resultas de esta maquinaria hegemónica, que en 1960 publicó un texto que se dio en llamar *Notas para el Estudio de la Ideología de la Revolución Cubana*, en cuyos fragmentos, además de precisar detalladamente el modo a través del cual se instituirían los mecanismos totalitarios, se pueden apreciar afirmaciones disparatadas que comparan la superstición marxista con las ciencias físicas y biológicas: “Cuando se nos pregunta si somos marxistas o no, nuestra posición es la que tendría un físico al que se le preguntara si es newtoniano o a un biólogo si es pasteuriano. Hay verdades tan evidentes, tan incorporadas al conocimiento de los pueblos, que ya es inútil discutirlas. Se debe ser marxista con la misma naturalidad con que se es newtoniano en física o pasteuriano en biología, considerando que si nuevos hechos determinan nuevos conceptos, no se quitará nunca su parte de verdad a aquellos otros que hayan pasado. Tal es el caso, por ejemplo, de la relatividad einsteniana o de la teoría de los quanta de Planck…Nosotros, revolucionarios prácticos, iniciando nuestra lucha, simplemente cumplíamos leyes previstas por Marx el científico y… al tener como base de nuestra lucha la felicidad de ese pueblo, estamos simplemente ajustándonos a las predicciones del científico Marx…las leyes del marxismo están presentes en los acontecimientos de la Revolución Cubana, independientemente de que sus líderes profesen o conozcan cabalmente, desde un punto de vista teórico, esas leyes”[414].

Acto seguido, entusiasmado con su apetencia de "pensador", en otro panfleto suyo titulado *El Socialismo y el Hombre en Cuba*, Guevara anotó que el cubano común, de ahora en adelante, tenía que dejar de ser un ciudadano con vida propia y pasar a transformarse en una simple marioneta estatal: "En nuestro caso, la educación directa adquiere una importancia mucho mayor. La explicación es convincente porque es verdadera" (nótese el fundamentalismo). Y agrega: "No precisa subterfugios. Se ejerce a través del aparato educativo del Estado…La educación prende en las masas y la nueva actitud preconizada tiende a convertirse en hábito; la masa la va haciendo suya y presiona a quienes no se han educado todavía. Esta es la forma indirecta de educar a las masas, tan poderosa como aquella otra…el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. Bajo el influjo de la presión que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación…se autoeduca. En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo". Y añade que a partir de ahora los hombres "ya no marchan completamente solos por veredas (caminos) extraviadas" (es decir, por veredas no sometidas a la voluntad del Estado socialista), sino que "Siguen a su vanguardia, constituida por el Partido…El grupo de vanguardia (los conductores del proceso de ideologización) es ideológicamente más avanzado que la masa; ésta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente: Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo…; los segundos sólo ven a medias y deben ser sometidos a estímulos y presiones de cierta intensidad; es la dictadura del proletariado ejerciéndose no sólo sobre la clase derrotada sino también, individualmente, sobre la clase vencedora". Pero aquí no concluyen las "teorías científicas" del improvisado aforista, sino que el hombre nuevo imaginado por Guevara tenía además que brindar un obsesivo culto a la personalidad del dictador, a quien el Che pareciera adjudicarle una serie de poderes telepáticos capaces de saber, por obra y gracia de la magia, el sentir de la voluntad popular (aunque tal voluntad jamás se haya expresado verbalmente ni emitido un solo voto desde la Revolución de 1959):

“La iniciativa parte en general de Fidel o del alto mando de la Revolución y es explicada al pueblo, que la toma como suya” (y si no “la toma como suya”, tiene como alternativa la cárcel, le faltó agregar). Y prosigue: “Utilizamos por el momento el método casi intuitivo de auscultar las reacciones generales frente a los problemas planteados. Maestro en ello es Fidel…Fidel y el pueblo comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax”. O sea, que los extensos monólogos de varias horas con los que Castro atormentaba a la amaestrada y sometida muchedumbre que debía escucharlo, eran para el Che “un diálogo de intensidad” en donde el dictador “adivina” el sentir de la multitud con un método “casi intuitivo”. Este disparate, el de suponer la existencia de un “diálogo entre Fidel y las masas”, obedeció a que el Che no advertía que las preguntas retóricas que hacía el orador al público eran un recurso trillado y usado por los grandes sofistas y manipuladores de masas, tal como lo habían sido Benito Mussolini, Juan Perón y otros charlatanes de la primera mitad del Siglo XX, o como lo fue en el Siglo siguiente el estridente Hugo Chávez en Venezuela, demagogo en el que Fidel tanto supo influir.

No contento con lo expuesto, en el texto que estamos repasando, el Che prosigue su divague con una primitiva arenga en la que abreva a la violencia y, como no podía ser de otro modo, a la muerte: “en un final abrupto coronado por nuestro grito de lucha y victoria…Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos, somos más plenos por ser más libres…¡Nuestra libertad y nuestro sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio!”. Y con una psicología propia del fundamentalista de manual, prohíbe a sus pares y súbditos tener vida de familia, amistades o cualquier actividad ajena a la revolución: “Los dirigentes de la revolución tienen hijos, que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre, mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de revolución” y, preste atención el lector al siguiente remate: “No hay vida fuera de ella…El revolucionario…se consume en esta tarea

ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte”. ¿No tiene más fin que la muerte? ¿Acaso la finalidad de todo hombre de acción política (revolucionario o no) no debiera ser justamente vivir para procurar mejorar la calidad de vida de sus gobernados o semejantes?

Y para alcanzar tamaño propósito, Ernesto Guevara presenta una serie de mecanismos llamados “instituciones revolucionarias”, que no son ni más ni menos que brutales maquinarias represivas, tal como él mismo lo explicita: “En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el de un conjunto armónico de canales…de aparatos bien aceitados que permitan esa marcha, que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplan o atenten contra la sociedad en construcción”. Luego, con ortodoxo verticalismo social (que dicho sea de paso es contrario al igualitarismo marxista), alega: “Así vamos marchando. A la cabeza de la inmensa columna -no nos avergüenza ni nos intimida decirlo va Fidel, después, los mejores cuadros del Partido e, inmediatamente, tan cerca que se siente su enorme fuerza, va el pueblo en su conjunto”[415].

Pero aquí no termina el divague, dado que una vez puesto en marcha este coercitivo andamiaje, el Che nos aseguraba que con el socialismo “los hombres tendrán características distintas” puesto que “las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original”[416], la juventud será entonces “la arcilla maleable con que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores” y sostenía además, que la revolución era capaz de corregir las debilidades humanas: “Tengo el carácter explosivo y eso es un defecto que se va corrigiendo con la Revolución”[417] , aconsejando que “si cada uno es el arquitecto propio de ese nuevo tipo humano, mucho más fácil será para todos el crearlo”[418].

Salvo apologistas ridículamente enceguecidos como el caso de Paco Ignacio Taibo II, los desatinos “científicos” expuestos por

Guevara no han sido tomados en serio ni por sus más panegiristas más encumbrados: "el Che Guevara nunca lo quiso reconocer. El ´Hombre Nuevo´ que él proclamaba era un ser ambivalente. Una cabeza con una psicología en la que convivían cualidades secundarias tradicionales, típicas de sociedades autoritarias y una sensibilidad social, un ejemplar hecho a partir de un patrón, un ser artificial, creado artificialmente, con una imagen abstracta de sí mismo, que además iba a fracasar en la realidad"[419] matizaba Frank Niess. Pero mucho más acertado aun nos parece el lapidario juicio de Díaz Araujo, quien como no es cercano al Che en lo ideológico ni en lo afectivo, en sus trabajos se permite disparar críticas sin la menor amabilidad ni corrección política: "Guevara creía, literalmente, en las bondades de la ´ciencia´ marxista y por eso fue de traspié en traspié…decía que una revolución se puede hacer aun sin conocer la teoría marxista; pero ´es claro –añadía que el conocimiento adecuado de ésta simplifica la tarea e impide caer en peligrosos errores, siempre que esa teoría enunciada corresponda a la verdad´. ¡Ahí estaba el problema! ´ ¡Siempre que corresponda a la verdad! ´… Como esto era algo que él daba por sentado, por haberlo aprendido de su madre, y por haberse movido toda su vida dentro de la órbita intelectual del marxismo, no se le ocurrió nunca pensar que esa teoría podía no corresponderse con la realidad.

Por eso confió en los rusos, en los chinos, en los africanos, en Castro… Por eso creyó que los campesinos bolivianos se iban a plegar a su empresa al primer llamado. Por olvidarse de la naturaleza humana, por querer ver las cosas a través del deformado prisma del marxismo, las cosas se vengaron de él y, como decía Pascal, le saltaron al cuello" rematando que el Che "no era, en manera alguna, un gran pensador; era sólo un lector apurado por hacer realidad sus teorías. Pero, como es sabido, ese es un problema del marxismo. A partir de la Tesis XI de Marx sobre Feuerbach, todos los marxistas que se sienten filósofos quieren transformar al mundo. Y, normalmente, no tienen tiempo ni para filosofar ni para transformar nada. Pero (y esto es más grave) se quedan siempre con la obsesión

por teorizar todos sus actos y, viceversa, por llevar a la práctica sus semi-elaborados pensamientos”[420]: terminantemente cierto el juicio de éste biógrafo argentino, cuyas múltiples obras sobre asuntos políticos no gozan de la notoriedad que merecerían tener, puesto que el avezado autor que hemos citado, incurrió desde siempre en el error comercial de no ser de izquierda.

## La Educación del Hombre Nuevo

El 2 de enero de 1961 en una soleada Plaza de la Revolución abarrotada de súbditos, el dictador Fidel Castro arengó: “Una revolución es algo así como destruir un viejo edificio para construir un edificio nuevo, y el nuevo edificio no se construye sobre los cimientos del edificio viejo. Por eso, un proceso revolucionario tiene que destruir para poder construir. Y eso hemos venido haciendo durante dos años: destruir los cimientos de ese edificio”[421]. Efectivamente, destruir el viejo edificio implicaba, entre otras cosas, erradicar la cultura, la tradición y la educación vigente en Cuba hasta enero de 1959 e imponer a brazo de hierro otro paradigma, acorde con las órdenes teledirigidas desde Moscú.

Luego, el publicitado “sistema educativo” de la revolución cubana no solo comenzó a “educar” en consonancia con los principios marxistas, sino que además impuso el culto a la personalidad en la escuela primaria conteste la siguiente pleitesía pedagógica: R se escribe como Revolución, F como Fidel y la CH se pronuncia Che[422], enseñaban los textos escolares. Y andando los años, dichas enseñanzas no sólo no cambiaron en Cuba sino que en las aulas de segundo grado se enseñó: “Mi CDR…El Comité de Defensa de la Revolución de mi cuadra lleva el nombre de Camilo Cienfuegos y a él pertenecen todos en mi casa. Yo, aunque soy pequeño, coopero también en muchas tareas del CDR”[423].

¿Qué son, a todo esto, los “Comités de Defensa de la

Revolución”? Dejemos que nos lo defina Manuel Sánchez Pérez, el ex viceministro de Fidel Castro: “Existen formas de represión en Cuba que son mucho más crueles y eficientes que la típicamente policial. Es el caso de las funciones cumplidas por los Comités de Defensa de la Revolución”[424], los cuales son organismos de espionaje conformado por agentes del régimen, quienes controlan la vida de los vecinos y cuya jurisdicción de vigilancia se halla divida por barrios o manzanas. Entre otras actividades, los espías de cada “CDR” obligaban a los vecinos a completar el siguiente cuestionario delator:

“Planilla de Comprobación. Informante:

¿Mantiene relaciones con personas desafectadas a la revolución? Explique:

¿Sabe usted si tiene creencias religiosas? Explique:

¿Mantiene relaciones con personas en el extranjero? ¿De qué país?

¿Tiene familiares presos o sancionados? Tipo de delito, parentesco.

¿Cómo son sus relaciones con los vecinos de la cuadra? Explique:

¿Mantiene relaciones con elementos antisociales? Explique:

El espacio final del formulario está reservado para dejar constancia de los nombres de CDR, del informante y del verificador”[425].

El precitado texto infantil, invitando simpáticamente al niño de siete años a colaborar con un órgano del espionaje comunista, sirve de antesala para que al llegar al cuarto grado, la criatura lea y se adoctrine de este modo: “Yo quiero ser militar…Yo quiero ser militar como mi papá…Mi papá peleó en el Ejército Rebelde cuando era muy joven. Quería ser barbudo, pero como era tan joven, todavía no tenía barba. Sus compañeros le decían: ¡Qué importa, chico! ¡Lo importante es que sepas pelear!…Cuando triunfó la Revolución, papá siguió de militar…Una vez, papá se fue a otro país que luchaba contra el imperialismo. Cuando regresó se veía muy contento…Yo

quiero ser militar como mi papá. Tendré un traje verde olivo y un fusil”[426].

Y con esta didáctica lectura de tono marcial estudiada, los alumnos se presumen aclimatados para cursar el quinto grado y aprender en el texto escolar estatal que “Vladimir Ilich Lenin siempre dedicaba a los niños una especial atención. Conversaba con ellos con gran cariño. Así se ganaba la confianza de los pequeños”[427]: pedagógicamente enternecedor.

Sin embargo, en la educación superior (máxime en los primeros tiempos de la revolución), el alumnado no era tan fácil de manipular y domesticar puesto que venían de otra tradición y además, por su avanzada edad, ya arrastraban consigo un criterio propio. Se empezó entonces interviniendo la universidad, en donde los docentes sospechados de no ser comunistas fueron expulsados y confinados: los profesores tradicionales y de criterio independiente se vieron obligados a abandonar el país y las cátedras fueron intervenidas por comisarios políticos del Partido Comunista[428].

El descontento entre los estudiantes universitarios no se hizo esperar, puesto que no sólo se prohibió la libertad de cátedra sino también la libertad de estudio y cada cubano podía cursar únicamente la carrera que el Estado le ordenaba. Por ejemplo, quien tenía grandes habilidades y pasiones por la literatura, sin más trámite podía ser designado a estudiar química (porque “la revolución así lo exige”) o quién tenía vocación de Ingeniero podía ser conminado a estudiar música, farmacología o peluquería indistintamente. Este disparate obviamente derivó en un masivo descontento estudiantil: “Es un hecho fatal que las universidades se conviertan en factores de atraso, casi en focos de contrarrevolución”[429] lamentó el Che. Llegando además a mantener roces públicos no sólo con los universitarios cubanos sino con estudiantes negros de Estados Unidos, que fueron invitados a Cuba para las festividades del 26 de julio de 1963: “¿Por qué no se enseña en Cuba la historia de las culturas y la civilización africanas

en las escuelas? ¿Por qué hay tan pocos negros en las universidades?” cuestionaron los visitantes. Pero la respuesta del Comandante Guevara no se hizo esperar. “¿Qué quieren decir con historia africana? ¡La historia africana no existe!” y sentenció: “Lo que los negros de Cuba deben estudiar es marxismo-leninismo”[430].

Y en el fragor del descontento, el Che se apersonó en la Universidad de Santiago de Cuba, donde brindó un patético discurso a raíz del cual el enojo del auditorio se desmadró (la revolución apenas tenía meses y todavía estaba permitido manifestar algún enfado público). Fue entonces cuando Guevara salió al cruce, arengando de modo autorreferencial: “¿Acaso no tenemos el derecho de decir que sólo diez abogados se deben graduar por año y que en cambio deben hacerlo cien químicos industriales?…Algunos dirán que eso es dictadura y, si ustedes están de acuerdo, yo también lo estaré: es una dictadura. Pero eso es lo que es bueno para Cuba…Si yo que soy médico pude convertirme en guerrillero y después ocuparme de la industria porque así lo exige la revolución, ¿por qué ustedes no van a poder?”[431].

Es cierto, Guevara ofició de diletante esporádico en sucesivas circunstancias de su vida: mochilero, arqueólogo, médico, fotógrafo, guerrillero, banquero, planificador de industria, embajador itinerante, obrero voluntario, ajedrecista, poeta, cuentista, y también se quiso hacer el filósofo. Eso sí, al Che le faltó aclarar a los estudiantes que él obró de agente multiuso por su propio gusto, pasión y voluntad. El mismo gusto, pasión y voluntad que él le cercenaba al estudiantado cubano. Y que para atemorizarlos y amansarlos seguidamente la dictadura secuestró al líder estudiantil opositor Pedro Luis Boitel: condenado a 10 años de encierro que no cumplió, porque en el ínterin se murió sobrellevando en la cárcel una angustiosa huelga de hambre[432].

De más está decir que en las cuatro “profesiones” principales de las que Guevara se jactó ante los estudiantes haber incurrido (médico, guerrillero, banquero y ministro), obtuvo un desempeño notoriamente

desastroso. Era un improvisador vocacional que encaraba cualquier emprendimiento sin tomar recaudo alguno y, por ende, en casi todo hubo que lamentar las consecuencias. Excepto como padre de familia, ámbito en el que el Che cometía muy pocos errores, porque nunca estaba en su casa y jamás veía a sus hijos. Sólo se comunicaba con ellos cuando deambulaba por el mundo a través de esporádicas cartas. Él mismo reconocía su deserción como marido y padre al confesar: “No tengo casa, ni mujer, ni hijos”[433].

En rigor de verdad, su ausentismo como esposo, es un problema de adultos. Empero, en el caso de los hijos (a la sazón todos muy pequeños), el alejamiento o abandono paterno puede ocasionar trastornos psicoafectivos irreparables. Hilda Guevara, primera hija que el Che tuvo con la menospreciada peruana, acabó alcohólica y depresiva por la marginación padecida, a la vez que uno de los varios hijos naturales no reconocidos de Guevara, terminó prisionero en un campo de concentración. Y del resto de sus hijos (los cuatro que tuvo con su segunda esposa Aleida March[434]), ninguno tuvo mayor destaque personal excepto brindar algún reportaje esporádico para hablar bien sobre su padre, al cual apenas conocen por anécdotas que les fueron contadas por su madre o por terceros, antes que por recuerdos personales, ya que su popular progenitor los abandonó desde siempre anteponiendo su tiempo en viajes promovidos por ensoñaciones ideológicas.

Retomando el conflicto de Guevara con los estudiantes universitarios, cabe reflexionar que, paradojalmente, en el mundo contemporáneo suelen ser estos últimos quienes, engañados por la propaganda y la ingenuidad, lo levantan como estandarte. Justamente, acostumbran ser los militantes estudiantiles quienes enarbolan el banderín de quien censuraba la libertad y el confort del que hoy sus desinformados acólitos disfrutan. La ignorancia acerca de quién fue el Che Guevara en Argentina (país natal del personaje en cuestión) es casi absoluta. En el resto del mundo también. Y probablemente en el lugar del planeta en donde menos se sepa sobre el Che sea precisamente en

Cuba, puesto que la propaganda estatal ha construido una sacrosanta y artificial imagen cuyo cuestionamiento es motivo de sanción y represión.

Pero más allá de la alterada lupa con que los adolescentes miran al abnegado "combatiente internacional", vale destacar que éste sí se encargó de entregar diferentes enseñanzas a los jóvenes, tal el caso de su ilustrativo discurso ofrecido en el Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes (28 de julio de 1960), en donde los instruyó con la siguiente erudición a imitar:

"mucho más fuerte y positivo que la más fuerte y positiva de las manifestaciones pacíficas, es un tiro bien dado a quien se le debe dar"[435].

## La Cultura del Hombre Nuevo

Pero con imponer el partido único, controlar la educación y estatizar los cerebros no bastaba. Como corolario había que dirigir la más estricta vigilancia a la cultura y la prensa libre, que dejó de ser libre enseguida. A los pocos meses de la revolución, bajo la consigna pronunciada por Guevara "Nosotros, los miembros de la Revolución Cubana, que somos el pueblo de Cuba, no admitimos términos medios: o se es amigo, o se es enemigo"[436], se identificó que dentro del bando "enemigo" se encontraba la prensa no complaciente. Quevedo, amigo de Castro y director de *Bohemia*, el más importante semanario de Cuba, se vio obligado a refugiarse en una embajada: "Hay que acabar con los periódicos, pues no se puede hacer una revolución con libertad de prensa"[437] le dijo el Che al periodista José Pardo Llada (quien más tarde tuvo que huir al exterior). Otros directores que también intentaron resistir la censura debieron emprender el camino del exilio: las próximas víctimas serían los hermanos Abel y Goar Mestre (dueños del canal *CMQ*), constreñidos a escapar al extranjero. Luego le tocó el turno a Jorge Zayas (director del diario antibatistiano *Avance*), quien marchó al

exilio el 20 de enero de 1960[438]. Desaparecieron seguidamente las publicaciones *Prensa Libre*, *El País*, la revista *Carteles*, el suplemento literario *Lunes de Revolución* (dirigido por Carlos Franqui) y muchos otros diarios y periódicos. En cuanto al *Diario de la Marina*, de tendencia conservadora (herejía indisculpable), fue intervenido por orden de Guevara (se designó a René Depestre como comisario político) y desde estos talleres gráficos comenzaron a imprimirse ediciones de Marx, Engels, Lenin, Mao y Kim Il Sung[439].

Cada vez era más difícil para el cubano medio leer algo ajeno a la propaganda diseñada por el régimen. Y mientras esta represión y censura ocurría a la orden del día, el 15 de julio de 1960 en acto público el dictador Fidel Castro celebraba con fanfarria revolucionaria y discursos altisonantes el Día de la Libertad de Prensa.

Una vez cerrados todos los diarios de Cuba, se creó la agencia *Prensa Latina*, órgano primigeniamente capitaneado por el castrista Gabriel García Márquez y el conocido escritor colombiano Plinio Apuleyo Mendoza. Éste último le comentó al que suscribe que a poco de formada la agencia, tuvo que renunciar porque activistas del Partido Comunista de inmediato la coparon, imponiendo punto y coma de cada nota o información que se debía publicar: “La existencia de autoridad en el reino cultural no significa que haya motivo para preocuparse respecto al abuso de esta autoridad”[440] señaló Castro con proverbial cinismo ante el Consejo Nacional de Cultura el 30 de junio de 1961.

Se llevó entonces una drástica razzia contra los intelectuales que no adulaban lo suficiente a quienes detentaban el poder y un caso paradigmático de ello lo constituyó el director de fotografía cinematográfica Néstor Almendros, destacado cubano galardonado con el *Oscar* en 1978, quien fuera autor del filme *Lunes*, el cual ha sido prohibido por osar mostrar la vida nocturna en los bares populares de La Habana, en vez de poner el foco en exaltar los

virtuosos e inmaculados "valores de la revolución".

Pero a pesar de las múltiples prohibiciones en ciernes, entre 1959 y 1960 el totalitarismo estaba recién en etapa de construcción y por ende aún existían algunos espacios de disenso relativamente permitidos. Es por ello que la reacción del ambiente intelectual cubano ante la censura de *Lunes*, se hizo notar. No obstante, el filme fue prohibido y uno de los fundamentos para legitimar la persecución a los emprendimientos culturales lo brindó con mayor precisión el Che Guevara: "La culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original: no son auténticamente revolucionarios…Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas"[441]. Y para determinar los parámetros de la libertad de expresión, Fidel Castro pronunció un extenso discurso dirigido justamente a los hombres de la cultura, en el que impuso el siguiente criterio: "Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada"[442].

Resultará bochornoso que desde 1959 y hasta la fecha, el grueso de los intelectuales contemporáneos de América latina o Europa que pregonan el "espíritu crítico", suelan ser precisamente los más férreos defensores del Che y de la revolución en Cuba, país en dónde jamás se irían a vivir ni podrían ejercer tal "espíritu crítico".

## La Moral del Hombre Nuevo

En cuanto a los usos y costumbres, para elevar la "moral revolucionaria", en 1961 se hicieron célebres las razzias conocidas como "Las noches de las tres P" (pederastas, prostitutas, proxenetas), en donde se detenía y posteriormente trasladaba a campos de concentración a los acusados. El Che defendía estas persecuciones alegando: "Cualquier revolución comporta, lo quiera o no, guste o no, una inevitable porción de estalinismo"[443]: José Stalin, tirano de la

Unión Soviética que promediando los años 20 se constituyó en sucesor de Lenin, fue el criminal más grande del siglo XX (después del líder comunista chino Mao Tse Tung), en cuyo currículum ostenta el revolucionario mérito de haber masacrado unos 25 millones de campesinos.

En la nueva sociedad que estaban creando Castro y su pandilla no cabía margen para la menor discrepancia. Los disidentes eran exterminados y los “desviados” tendrían la oportunidad de “rehabilitarse” a través de largas estadas en los campos de concentración: es el Che quien crea el hacinamiento de castigo en Cuba, situado en la Península de Guanahacabibes, para internar disidentes, religiosos y por sobre todo, homosexuales. Guevara justificaba la creación del degradante predio alegando: “A Guanahacabibes se manda a la gente que no debe ir a la cárcel, la gente que ha cometido faltas a la moral revolucionaria de mayor o menor grado de sanciones simultáneas…como un tipo de reeducación mediante el trabajo”[444] y minimiza el asunto sosteniendo que “Es trabajo duro, no es trabajo bestial” dado que “Yo a la gente que he visto no sale amargada”[445].

Vale aclarar que la praxis de confinamiento a homosexuales y la rigidez en cuanto a las políticas de moral pública, no fueron algo privativo de la Cuba castroguevarista sino que era un mecanismo represivo inherente al mundo socialista de entonces. En la URSS y a medida que Stalin eclipsaba el poder de Lenin hasta adueñarse por completo de la revolución[446], la sodomía pasó a ser no sólo despreciada por la doctrina sino combatida por la legislación: “En la sociedad soviética, con sus costumbres sanas, la homosexualidad es vista como una perversión sexual y es considerada vergonzosa y criminal. La legislación penal soviética considera la homosexualidad castigable, con excepción de aquellos casos en los que sea manifestación de un profundo desorden psíquico” sentenciaba la Gran Enciclopedia Soviética[447], en consonancia con el Código Penal Soviético, el cual penó la homosexualidad en su

artículo 121 con al menos cinco años de confinamiento en los Gulags: entre 1934 y 1980 fueron condenados cerca de cincuenta mil homosexuales.

Una de las biografías modernas más completas que se hayan publicado sobre el déspota soviético nos la ofrece el historiador italiano Álvaro Lozano, en cuya obra *Stalin, el tirano rojo* brinda no pocos detalles acerca del hombre "virtuoso y viril" que el Estado socialista se proponía construir a la fuerza: "Los campesinos, considerados ignorantes y sucios, fueron objeto de campañas para convertirlos en 'cultos'. Se les enseñó a lavarse y a vestir elegantemente a la manera soviética, e incluso se realizó una campaña para que los hombres se afeitasen la barba. Una instrucción del Komsomol[448] señalaba: 'lavarse los dientes es un acto revolucionario'. Fumar era considerado perjudicial para el 'cuerpo soviético'. Un profesor, Nikolai Gredeskul, anunció la creación de hombres nuevos: serían 'el hombre hermoso del futuro', en parte obrero y en parte pensador (…). La orden de Stalin de que veintiocho millones de hombres bebiesen un vaso de vodka diario durante cuatro años para elevar la moral garantizó que la siguiente generación de rusos tuviese un claro referente alcohólico. (...) El régimen impuso un nuevo rigorismo moral, como expresión de la ética proletaria del trabajo, y se prohibió la homosexualidad"[449]. Dentro de esta última persecución, hubo un caso particularmente publicitado —en la medida en que ese sistema totalitario permitía difundirlo—, en el cual se encarceló al director de cine Sergio Paradjanov —condenado en 1974 y recién liberado tras purgar varios años de castigo en los campos de concentración. Debido a su calvario, el diputado italiano Angelo Pezzana, organizó en su defensa una conferencia de prensa el 29 de noviembre de 1977 en Moscú, con el fin de protestar contra el despiadado trato que se les infligía a los sodomitas[450]. Esta normativa represiva se mantuvo vigente por décadas y recién fue levantada en Rusia en 1993, durante los ablandados tiempos de Boris Yelstin, cuando la URSS, presa de su fracaso, ya había sido formalmente desarticulada el año

anterior.

En cuanto al otro gran aparato del totalitarismo comunista, el nacido en 1949 en la autodenominada República Popular China tras la revolución del dictador Mao Tse Tung (otro energúmeno admirado por el Che Guevara), la homosexualidad tampoco fue privada de persecución y castigo: los sodomitas eran condenados no sólo a penas de prisión y castración, sino a pena de muerte en los casos en los que ésta praxis había sido reiterada. Recién en 1997 se despenalizó en China, cuando ante la escasez y las hambrunas ocasionadas por el colectivismo, el asiático país comenzó a hacer méritos para "occidentalizarse" y así abrirse paso a la economía de mercado.

## El Hombre Nuevo no necesita peluqueros

Retomando a Cuba, bajo el difundido lema "la revolución no necesita peluqueros" [451], fue Fidel Castro quien dio la venia a su solícito fusilador subalterno, para que además de La Cabaña, comandara y diseñara un campo de concentración para castigo de desviados sexuales en Guanahacabibes, antesala de lo que poco después el propio castrismo masificó en la isla mediante numerosos asentamientos bajo el programa de la UMAP[452], aquella política de represión estatal consistente en secuestrar homosexuales, hacinarlos y someterlos a todo tipo de vejámenes y servidumbre procurando con ello su rehabilitación: "Nunca hemos creído que un homosexual pueda personificar las condiciones y requisitos de conducta que nos permita considerarlo un verdadero revolucionario, un verdadero comunista. Una desviación de esa naturaleza choca con el concepto que tenemos de lo que debe ser un militante comunista (…) seré sincero y diré que los homosexuales no deben ser permitidos en cargos donde puedan influenciar a los jóvenes"[453] declaró Castro, quien además en 1968 dictó la siguiente disposición en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura en La Habana: "Los

medios culturales no pueden servir de marco a la proliferación de falsos intelectuales, que pretenden convertir el snobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones en manifestaciones de arte revolucionario, alejado de las masas y del espíritu de nuestra revolución"[454].

Fue así como en 1965 y bajo el aludido nombre de UMAP ("Unidades de Ayuda a la Producción"), se forjaron de manera institucionalizada y organizada numerosos establecimientos afines, que tenían el propósito de encerrar y someter a extenuante trabajo por el lapso no menor de un año a todo el que se apartase de los estereotipos impuestos por la Revolución.

Para tal fin, el régimen contó con el asesoramiento de especialistas soviéticos y se crearon junto al "Departamento de Lacras Sociales del Ministerio del Interior" (MININT), numerosos campos de concentración, la mayoría en la provincia de Camagüey[455]. Esta necesidad de perfeccionar y agrandar la praxis creada por Guevara surgió cuando Raúl Castro, siendo ministro de las Fuerzas Armadas, se percató con suma preocupación de la presencia en las calles de jóvenes que por hábitos o apariencia no estaban "incorporados al proceso revolucionario". ¿Qué hacer con estos desviados? La respuesta la zanjó Fidel: "Estos jóvenes…para que no se pierdan, deben ingresar en una institución que además de instruirlos los fuerce a colaborar con la producción"[456].

En los primeros días de 1965 llegó a La Habana el primer grupo de agentes soviéticos encargados de instruir a los cubanos acerca de las formas de controlar la creciente ola de prostitución, homosexualismo y otros desórdenes: "Nuestra sociedad no puede dar cabida a esa degeneración"[457] ordenó castro. Luego, el contingente ruso encargado de corregir estos vicios y debilidades lo componían doce asesores encabezados por el coronel Iván Micharov, quienes permanecieron más de 3 años en Cuba dirigiendo y transmitiendo la experiencia aplicada desde la URSS. El periódico *Revolución*, del jueves 11 de marzo de 1965, celebraba el impulso del programa de la UMAP de este modo:

"El plan de Reeducación, bautizado por el Ministerio del Interior y directamente orientado por Fidel, puede agregarse a los grandes logros humanos de la Revolución"[458]. Las bondades de esta política revolucionaria también eran difundidas por el diario *Granma*, el cual en su ejemplar del 14 de abril de 1966 transcribió las siguientes declaraciones del dictador: "La misión fundamental de la UMAP es hacer que estos jóvenes cambien su actitud, educándose, formándose, salvándose"[459].

El primer llamado se produce el 19 de noviembre de 1965. Comenzaron las brutales razzias y por caso, el entonces joven Emilio Izquierdo fue confinado al campo de concentración con los siguientes cargos transcritos en su legajo: "Es católico activo, por consiguiente es negativo al proceso revolucionario… el mencionado sujeto se reúne con elementos negativos y de su misma clase, visitando con mucha frecuencia la iglesia después que termina su trabajo"[460].

Las detenciones se daban por escaladas cronológicas y eran manejadas por el citado Departamento de Lacras Sociales del Ministerio del Interior (MININT), en donde los elementos que debían rehabilitarse eran sometidos a trabajo esclavo cuyo lapso oscilaba entre las 12 y las 14 horas diarias. Dentro del grupo de "lacras sociales" (así calificadas oficialmente por el Estado socialista), el sector que llevaba la delantera era el de los homosexuales.

Los campos de castigo quedaron armados para la posteridad y trascendieron a Guevara. Ya en marzo de 1971 cuatrocientos mil jóvenes habían sido condenados a "internación"[461]. Varias decenas de ellos murieron con motivo del esfuerzo desmedido al que fueron sometidos, sin contar con atención médica alguna, y 507 fueron hospitalizados para recibir tratamientos psiquiátricos[462]. Recuerda Jorge Ronet (encarcelado el 29 de noviembre de 1965 en el Cinódromo de Marianao) su siguiente experiencia: "Una vez llenados unos cincuenta camiones, partimos rumbo a la Estación Central de Trenes de La Habana, cada camión escoltado por una perseguidora y

algunos jeeps llenos de militares que portaban metralletas rusas, en posición de tirar…Nos bajaron a punta de metralletas de los vagones. De allí nos llevaron a un estadio deportivo cercano, perteneciente al central Lugareño. A esa hora, inmensos reflectores alumbraban la oscuridad y las caras de cansancio y fatiga resaltaban monstruosamente al ser iluminadas por la intensa luz. Comienzan las ofensas, los insultos, los improperios: ´Maricones, se acabaron los paseítos y la mariconería por el Prado´. Comenzaron a pasar el reflector por las caras de todo el mundo: ´Este parece maricón, y es, y éste y aquél otro de más allá´, decían los cabos y sargentos distribuidos por todo el estadio"[463].

Los testimonios se recogen por millares pero más contundente es rescatar la argumentación brindada por el mismísimo Fidel: "Cuba necesitaba la UMAP para absorber hombres en la edad militar que, políticamente, no encajaban en el servicio militar regular por un número apreciable de deficiencias políticas: falta de integración en la Revolución, antigua membresía en alguna religión, holgazanería, homosexualidad o mantenían o mantienen un record criminal". Y el objetivo, según el dictador, no era necesariamente brindar castigo sino "un proceso de rehabilitación ideológica"[464]. Luego, en reportaje concedido por Castro al periodista Luis Báez (publicado en el periódico *Granma* el 14 de abril de 1966), agrega que "la Umap no es un lugar de castigo. Allí los jóvenes que ingresan no son mirados con desprecio; al contrario, son bien recibidos…se procura la manera de ayudarlos a que superen su actitud. A que cambien, a que aprendan; se trata de convertirlos en hombres útiles a la sociedad"[465].

La propaganda revolucionaria para consumo cubano acerca de las actividades y funciones de la UMAP no estaba exenta de aspectos ridículos: la revista *Bohemia* (ejemplar del 27 de noviembre de 1965) brinda un cuadro de situación tragicómico, al relatar de modo alegre, amoroso y jubiloso el traslado compulsivo en tren de cientos de jóvenes a los campos de concentración: "Los viajeros visten de uniforme gris y cargan pesadas mochilas…De pronto, algo así como

una corriente eléctrica llegó a todos los vagones, despierta a los pasajeros y los hace vibrar en tensión emotiva: ¿Qué ocurre? ¡Fidel está en el tren! Montó en Santo Domingo. Viene de vagón en vagón… va regalando sonrisas, chistes, palabras de aliento, habla del viaje y se preocupa por el ánimo de todos. No repuesto aún de esta gran emoción, Miguel Martín, secretario general de la Unión de Jóvenes Comunistas, se alegra con la presencia de su dulce madre que había entrado a hurtadillas y le había traído una botella de café caliente, el cual distribuye, con bondad comunista, entre sus compañeros más inmediatos"[466].

Algunos pasajes meramente ilustrativos sobre lo que durante décadas ocurrió con la sodomía en la Cuba castrista (el paraíso humanitario del buen progresista occidental), pueden apreciarse en la película basada en hechos verídicos "*Antes que anochezca*"[467], la cual relata la vida del escritor homosexual Reinaldo Arenas, brutalmente encerrado y torturado durante años por el castrismo. El propio escritor recordó que, a poco de llegar Castro al poder, "comenzó la persecución y se abrieron campos de concentración [...] el acto sexual se convirtió en tabú, mientras que el 'nuevo hombre' era proclamado y la masculinidad exaltada"[468].

Reinaldo Arenas padeció encierro y tortura hasta 1980, año en que pudo recuperar su libertad al permitírsele emigrar hacia los Estados Unidos, país donde finalmente el sufriente escritor pasó sus últimos días. Padeciendo el virus del HIV-SIDA, murió en 1990. Otro filme ilustrativo (que incluso puede consultarse y verse en internet) es "*Conducta Impropia*", documental de Néstor Almendros y Orlando Jiménez Leal rodado en 1983, el cual trata sobre la persecución de homosexuales en Cuba desde los inicios de la Revolución hasta los primeros años 80; además de contar con un sinfín de testimonios de víctimas, éste audiovisual refiere sobre el funcionamiento de los campos de concentración[469].

Y si bien no son pocos los hagiógrafos de Castro o del Che que

intentan justificar esta insensible desconsideración para con los homosexuales alegando la existencia de un concepto “machista” o de “prejuicios” propios de una época, la realidad es que por entonces en el resto de los países latinos no existieron en absoluto campos de hacinamiento ni penalidad similar para invertidos. En efecto, la única referencia histórica en todo el continente americano de tan exagerado destrato no fue otra más que la Cuba castrista y su forzada instauración del “hombre nuevo socialista”, arquetipo humano sólo existente en la dogmática fantasía de los implacables burócratas de un régimen que, por ceguera ideológica, eran incapaces de tolerar la falibilidad de la naturaleza humana y entonces la sancionaban mediante brutales palizas y encierros prolongados.

Es de suponerse que en los últimos años el trato a los homosexuales en Cuba no conserva los mismos decibeles de crueldad de otrora: Fidel Castro poco antes de morir y en tono con la nueva pirueta estratégica de la izquierda (hoy reconvertida a la nociva farsa de la ideología de género), en el año 2010 (51 años después de la revolución) reconoció su error por haber perseguido y castigado homosexuales y explayó: “Si alguien es responsable, soy yo”[470]. Nunca se caracterizó el eterno dictador por ser muy rápido para la autocrítica.

El marketing castrocomunista no tiene límites a la hora de generar confusión: en la actualidad de occidente no hay “Marcha del Orgullo Gay” que no cuente, entre su habitual cotillón, con infaltables carteles del Che Guevara. Vale decir que la flexibilidad en cuanto al uso del fotogénico fusilador argentino da para todo, incluso para ser reivindicado por quienes serían humillados o encarcelados por él.

## La Religión del Hombre Nuevo

Los regímenes autoritarios se diferencian de los totalitarios, entre otras cosas, en que aquellos buscan de la comunidad la obediencia,

mientras que estos últimos, además de la obediencia, buscan su adhesión. Guevara y otros verdugos manejaban sus respectivos campos de exterminio para disciplinar a la población y conjuntamente reducir la cantidad de disidentes. Pero esta matanza no acabaría nunca si no se atacaba de lleno a la idiosincrasia cubana, cuya tradición cristiana y occidental estaba en las antípodas del materialismo marxista que el nuevo régimen pretendía imponer. Además, Cuba contaba con una sociedad cuya religiosidad estaba mucho más enraizada que en el grueso de los países de la América Española. Luego, la Fé Católica o la adherencia a otras religiones de inspiración cristiana se constituían, según advertía Guevara, en obstáculos graves para poder fabricar el anhelado Hombre Nuevo: “Créelo o no, el pueblo cubano es religioso. Ésta es una fuerza que no podemos destruir en veinticuatro horas”[471] le advirtió Fidel al Che el 8 de enero de 1959.

Pero la implacable persecución religiosa en ciernes no solo obedeció a que los principios cristianos, por definición, están en las antípodas del comunismo, sino a que la comunidad cristiana comenzaba a reaccionar ante el peligroso giro del régimen. Tanto fue así, que el 9 de noviembre de 1959 la Iglesia Católica consiguió reunir un millón de personas en La Habana (el equivalente a la población de la ciudad) para pedir respeto a las libertades y a la propiedad[472] y el 7 de agosto de 1960, con la firma de todo el Episcopado, se denunciaba: “el creciente avance del comunismo en nuestra nación”[473]. Más aun, para octubre de ese año, la flamante tiranía ya había prohibido las procesiones y el uso de los campanarios de las iglesias. Meses más tarde, el periódico católico La Quincena fue clausurado, las escuelas y universidades católicas nacionalizadas y un centenar de sacerdotes expulsados[474]. El 4 de diciembre se dio a conocer una “Carta Abierta del Episcopado Cubano al Primer Ministro Dr. Fidel Castro”, la cual denunciaba que “el mismo día que fue publicada (la Circular Colectiva), se detuvo a varios sacerdotes, por el delito de haberle dado lectura en las Iglesias, y se amenazó a otros con represalias populares si se atrevían a leerla”

agregando que "Han sido clausuradas casi todas las horas católicas de radio y televisión" siendo que además "Se ha injuriado y calumniado a los obispos y a prestigiosas instituciones católicas por medio de los periódicos y de las estaciones de radio, hoy casi totalmente bajo el control del gobierno, y al mismo tiempo se ha impedido la publicación o difusión de los documentos que en defensa de la Iglesia han suscrito las organizaciones seglares católicas"[475].

El conflicto levantaba temperatura a tal punto que Carlos Franqui cuenta que en 1961 "Fidel Castro expulsó de Cuba a la casi totalidad de los sacerdotes católicos, monjas, cerró la Universidad Católica y los colegios religiosos y la mayoría de las iglesias"[476]. En suma, cerca de seiscientos eclesiásticos, sobre un total de ochocientos, dejaron la isla por entonces[477].

La persecución religiosa del régimen fue coherente con la tradición castrista, consistente en castigar a quienes los ayudaron a tomar el poder en 1959 (cuando nadie sospechaba que Fidel escondía un plan comunista). Recuerda Huber Matos que durante la lucha contra Batista, los sacerdotes eran "muy atentos con todos y, de manera especial, afectuosos con Fidel"[478]. Afecto que el propio Castro agradeció y reconoció: "los católicos de Cuba han prestado la cooperación más decidida a la causa de la libertad"[479].

Precisamente, muchos sacerdotes obraron de tesoreros del Movimiento 26 de Julio y no fueron pocos los laicos católicos que saludaron con agrado la revolución de 1959. La Iglesia no sospechaba que Fidel, educado desde niño por los padres jesuitas y de cuyo cuello indefectiblemente colgaba una cadena con la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre (Patrona de Cuba), fuera marxista y ateo y que una vez en el poder llevaría adelante una feroz represión religiosa. Anota Jon Lee Anderson que "Fidel lucía ese medallón como forma de guardar las apariencias"[480], pero agrega que tras la llegada de éste al poder "los tribunales revolucionarios horrorizaban al clero -

encargado de administrar la extremaunción a muchos condenados y el giro a la izquierda de la revolución preocupaba a los militantes católicos que habían apoyado activamente el derrocamiento de Batista”[481].

A partir de entonces, dentro de las masivas purgas a disidentes, uno de los sectores a los que se les impartiría mayor saña serían justamente los católicos, quienes diariamente eran fusilados a raudales. Huber Matos, durante sus interminables jornadas detenido en los campos de concentración, recuerda: “Casi todas las noches, entre las nueve y las diez, nos toca vivir una experiencia difícil: es la hora de los fusilamientos…Es la mejor gente de nuestro país…En la lucha contra Batista nunca tuvimos tanta gente así…No podemos ver los fusilamientos desde nuestros calabozos, pero seguimos momento a momento el macabro ritual, a partir de los sonidos que lo acompañan. La cercanía nos obliga a escuchar las órdenes, los intentos que hacen los presos por decir algo, la descarga de los fusiles, el ruido de los cuerpos cuando los tiran sobre una gran bandeja de lata. Los envuelven en una bolsa plástica para que la sangre no se riegue en el camino y los meten en un carro, como si fueran mercancía…Fusilan a jóvenes cristianos que en el paredón, antes de la descarga de los fusiles, gritan: ¡Viva Cristo Rey!”[482].

Testimonio conteste con lo expresado por el poeta Armando Valladares (quien cumplió 22 años de prisión, 8 de los cuales permaneció en silla de ruedas con motivo de la ausencia total de asistencia médica), al narrar que cuando estuvo detenido en La Cabaña en 1961: “todas las noches había fusilamientos. Los gritos de los patriotas de ´Viva Cristo Rey!´, ´Abajo el comunismo´, estremecían los fosos centenarios de aquella fortaleza”. Y agrega: “Ya en 1963 los condenados a muerte bajaban al paredón amordazados. Los carceleros temían a esos gritos. No toleraban en los que iban a morir ni siquiera una última exclamación viril”[483].

Si alguna característica adicional debería tener impresa entonces el Hombre Nuevo, esa era abrazar el comunismo como sucedáneo

secular de su religión tradicional. Como dato tendencial, vale anotar que antes de la llegada de Castro al poder había en Cuba 1.000 sacerdotes y 2.700 monjas. En 1970 había menos de 125 sacerdotes y apenas 100 monjas[484].

# CAPÍTULO IX: EL HUMOR NEGRO DE LA REPRESIÓN COMUNISTA

## Purgando a los propios

Las purgas no terminaban con los disidentes. Aunque parezca un contrasentido (y este es otro de los elementos "impuros" y silenciados por la historieta oficial de la revolución), muchos ex batistianos se sumaron a las nuevas autoridades y, en sentido contrario, muchos miembros del Ejército Rebelde, ante el sorpresivo y jamás anunciado giro comunista del nuevo gobierno que ellos ayudaron a crear, comenzaron a tomar distancia y por esta razón fueron agujereados por las balas, encarcelados por décadas o en el más amable de los casos, forzados al ostracismo y al exilio.

Con solo repasar a los castro-guevaristas más conspicuos de la primera hora que cayeron en desgracia, encontramos en orden cronológico los siguientes episodios: renuncia de José Miró Cardona (13-2-1959) a la presidencia del Consejo de Ministros (reemplazado por Fidel Castro); 17 de mayo, el ministro de Agricultura, Humberto Sori Marín, autor de la ley de Reforma Agraria promulgada por Castro en la Sierra Maestra, renuncia y fue al paredón en marzo de 1961 acusado de anticomunista; 30 de junio, dimisión y huida del mayor Pedro Díaz Lanz, Jefe de la Fuerza Aérea Cubana del nuevo gobierno; 17 de Julio, el Presidente Manuel Urrutia, que había denunciado el peligro comunista, es obligado a renunciar y se refugia en la embajada de Venezuela (reemplazado por el antiguo secretario del ministro de Batista, jefe del PC, Juan Martinello, el Dr. Osvaldo Dorticós Torrado); Huber Matos, comandante de la columna del 26 de Julio que tomó la provincia de Santiago, dimitió en octubre por no aceptar la influencia comunista en el Ejército Rebelde y permaneció encarcelado 20 años. Al mismo tiempo, el 28 de octubre "desapareció" el avión en que viajaba Camilo Cienfuegos, sin que nunca se

encuentren sus restos. En noviembre son eliminados los líderes antibatistianos José Pellón, Octavio Louit y Reinol González. El secretario general, David Salvador, permaneció en el cargo hasta el 5 de abril de 1960, fecha en que fue detenido y encarcelado. El 26 de noviembre se sustituyó a Felipe Pazos en la presidencia del Banco Nacional de Cuba por el Che Guevara. 11 de marzo de 1961, el comandante William A. Morgan, que había dirigido la expedición castrista contra Santo Domingo, fue ejecutado en La Cabaña, porque según anotó en su carta de despedida: “soy el último anticomunista con el grado de comandante del Ejército Rebelde”. Solo ese año (1961), las ejecuciones de “ex amigos” alcanzarían la cifra de 995 casos[485].

Como ironía, nos encontramos entonces con que una enorme cantidad de hombres que acompañaron, arriesgando sus vidas, a Fidel Castro y al Che Guevara en la aventura que los llevó a tomar el poder absoluto, fueron luego asesinados y/o encarcelados por orden de esos últimos, mientras que, paradojalmente, el nuevo gobierno colocó en lugares importantes como funcionarios a muchos de los enemigos de ayer, quienes tras la revolución adulaban y halagaban a los hombres de la flamante conducción para gozar de algunas migajas de un poder que ellos no ayudaron a conquistar.

Pero los fusilamientos a guerrilleros del Ejército Rebelde no se produjeron solo por el distanciamiento acaecido tras advertir la estafa comunista de sus antiguos jefes, sino que a veces el patrón utilizado por ejemplo por Guevara para ultimar a sus ex camaradas de lucha, también obedeció a la relación mantenida con ellos durante las andanzas en la Sierra. Es decir, respecto de aquellos compañeros con los cuales el Che había tenido roces verbales o de intereses (algo absolutamente normal en medio de tanta tensión y convivencia prolongada en los campamentos). Cuenta al respecto el capitán del Ejército Rebelde Elías Nazario que, en el fragor de la lucha por la revolución, en la provincia de Las Villas se produjo una discrepancia acalorada entre Guevara y el comandante rebelde Jesús Carreras: “al entrar el Che Guevara a la provincia de Las Villas, nos

encontramos con él allá, que estaba acampando con el Directorio Revolucionario, con el comandante Cubelas…él y el comandante tuvieron una buena discusión por la zona que se estaban disputando… Y la discusión fue fuerte… porque Jesús Carreras, le dijo: ´tu zona es la tuya y la mía es la mía, y si brincas a mi zona vamos a tener problemas´. Guevara nunca le contestó, agachó su cabeza”[486]. La venganza no se hizo esperar: una vez producida la revolución Jesús Carreras fue fusilado por orden del Che en La Cabaña.

En resumidas cuentas, la nueva oligarquía gobernante en Cuba quedó reducida a la gavilla conformada por Fidel, Raúl y el Che, secundados por arribistas de turno (mayormente ex batistianos) y los viejos líderes comunistas (del PSP) que no solo no lucharon contra Batista, sino que lo llevaron en su boleta en las elecciones, ocupando secretarías y ministerios del demonizado gobierno depuesto.

A modo de muestra de lo afirmado más arriba, basta con mencionar que absolutamente todos los guerrilleros que se jugaron la vida viajando en el *Granma* apoyando a Castro y que lograron quedar en pie tras el combate inmediatamente posterior al desembarco (en el cual murieron unos 70 guerrilleros y sólo 12 sobrevivieron), de esa docena supérstite, descontando a Raúl, el Che, el domesticado Juan Almeida (que luego sería ViceDictador de Cuba hasta su muerte en el año 2009) y, obviamente, Fidel, los ocho restantes fueron galardonados con las siguientes “condecoraciones”:

Chanes, Mario. Guardó prisión desde 1965 hasta 1985 (es decir 20 años de cárcel).

Díaz Torres, Raúl. Comandante del Ejército Revolucionario. Se asiló en la embajada de Ecuador en La Habana en marzo de 1962.

Gómez Calzadilla, Jesús. Comandante del Ejército Revolucionario. Se asiló en octubre de 1963.

Gómez Hernández, César. Subsecretario del Trabajo en el Gobierno Revolucionario. Se asiló en la embajada de Venezuela en La Habana en 1961.

Rodríguez Moya, Armando. Se asiló cuando se hallaba en

México en una misión oficial.

Sánchez Amaya, Fernando. Funcionario del Ministerio del Trabajo del Gobierno Revolucionario. Delegado en 1959 a la Conferencia Internacional de la OIT. Fue encarcelado a fines de 1959.

Santaya Reyes, Rolando. Encargado de negocios del Gobierno Revolucionario en Varsovia en 1960 y en Montevideo en 1963. Se asiló en 1963[487].

Como vemos, en esa lista son siete los caídos en desgracia y, por ende, nos falta uno. Claro, falta el sobreviviente del *Granma* Camilo Cienfuegos, "accidentado" en 1959, tras cuestionar el arresto a Huber Matos.

## La guerrilla anticastrista de los ex castristas

No eran pocos los cubanos que comenzaron a añorar los tiempos de Batista, y no era para menos. Además del bienestar económico del que hasta hacía poco se gozaba y que ahora se había desplomado, en los tiempos del anterior gobierno algunas libertades se hallaban restringidas, lo cual no era un tema menor, pero en los tiempos de Castro todas las libertades, directamente fueron anuladas: en solo un año de régimen castro-guevarista, se dio muerte a más del doble de personas que durante los diecisiete en los que Batista influyó sobre el poder[488].

Pero una vez más, la leyenda revolucionaria difundió el mito del "oligarca" Batista desplazado por el "proletariado triunfante": Fidel Castro era hijo de un rico terrateniente, educado por los jesuitas, y con formación universitaria. En cambio Fulgencio Batista, era un mulato descendiente de campesinos modestos que encima le permitía a los comunistas controlar Ministerios y sindicatos: "Esta complejidad de la sociedad cubana vuelve impropia la explicación de la revolución castrista desde el punto de vista estrictamente clasista del marxismo-

leninismo, como se pretendería hacer años después”[489] notifica Sebreli.

Poco a poco, los desatinos de Batista quedaron reducidos a la categoría de picardías subalternas si los parangonamos con el empobrecido y represivo Estado-policíaco impuesto por Castro a partir de 1959. Un botón de muestra nos insiste recordar que Fidel y los suyos, al ser encarcelados tras intentar tomar un cuartel en 1953 con el fin de derrocar al gobierno, fueron indultados por Batista y estuvieron encarcelados apenas unos meses. Castro en el poder, al contrario, no solo fusiló a miles de campesinos, simples disidentes, balseros desnutridos o imaginarios “enemigos”, sino que encarceló o ejecutó a sus propios camaradas del Ejército Rebelde cuando éstos ya no le sirvieron.

A modo de respuesta desesperada ante el adverso clima imperante, tanto sea por motivos políticos, económicos, religiosos o en muchos otros casos por rebelarse ante la pérdida de las libertades fundamentales, se generó en la Cuba de Fidel un notable fenómeno obrante a partir de 1960, el cual fue una brava guerrilla anticastrista compuesta por cubanos que, tras haber apoyado a Castro desde sus inicios, reaccionó ante la estafa marxista, presentando batalla y enarbolando los mismos ideales por los cuales habían peleado junto a Castro pero contra Batista.

Vale decir: numerosos cubanos de todas las clases sociales reaccionaron a partir de marzo de 1960 y aparecieron en escena nucleados en organizaciones guerrilleras que cuestionaron al nuevo gobierno. Ellas, aunque sin coordinación, actuaron en diversos frentes tomando como refugio la Sierra del Escambray. Según la inteligencia que informaba a Fidel Castro, los grupos insumisos eran un total de 179 y su hermano Raúl agregaba que el número total de “bandidos” alzados, sumaban al menos a tres mil quinientos hombres[490].

Serán necesarios varios años para que las "operaciones de limpieza", logren aplastar aquella resistencia. Por entonces, además de grupos rebeldes como el "*30 de Noviembre*", el "*Directorio Estudiantil Revolucionario*", "*Alpha 66*", "*Agrupación Montecristi*" o el "*Movimiento de Recuperación Revolucionaria*", el grueso de la insurrección anticastrista se caracterizaba por contar con un fuerte contenido religioso, ya que de las organizaciones que operaban, dos de las más destacadas eran de raigambre Católica: el *MRR* (Movimiento de Recuperación Revolucionaria) y la *ACU* (Agrupación Católica Universitaria).

Según el politólogo y escritor cubano Carlos Montaner, este arrojado impulso insurgente "viene dado por el carácter apostólico que ciertos grupos orientados por los jesuitas quisieron darle a la conspiración…en las luchas internas cubanas, se moría al grito un tanto exótico de ´Viva Cristo Rey´…aquellos jóvenes católicos dieron muestras de un enorme valor, enfrentándose con total integridad a la muerte o a la cárcel"[491].

Presos de la desesperación y la inferioridad de condiciones ante el inmisericorde enemigo común, las rebeliones anticastristas decidieron en 1960 unirse conformando un cuerpo de combate conjunto que se conoció como "Frente Revolucionario Democrático" (FRD). La nota distintiva de esta resistencia es que se hallaba mayormente dirigida y conformada por ex castristas estafados. Sus líderes más conocidos fueron Tony Varona (ex primer ministro de Prío); Manuel Artime (líder del grupo de sabotaje MRR, católico tradicionalista); y Justo Carrillo, primer presidente del Banco de Desarrollo bajo la incipiente dictadura de Fidel. Y a ellos se unió en noviembre Manuel Ray, antiguo líder de la resistencia urbana contra Batista.

Esta reacción tuvo por contrapartida una feroz represión comunista, ejecutada a través de grupos de tareas que se encargaban de secuestrar y exterminar a los insumisos, los cuales fueron

conocidos como la LCB (Lucha Contra Bandidos), que operó eficazmente durante cinco años: sólo en la cárcel La Loma de los Coches fueron fusilados 1000 “contrarrevolucionarios” del Escambray[492]. Asimismo, la categórica represalia marxista fue maquillada bajo la fachada jurídica sancionada en julio de 1959 con la ley 425 (aún vigente), la cual condena de “contrarrevolucionario a todo aquel que combata al partido comunista o disienta con un acto de gobierno”, y la ley 988 (también vigente) del 26 de noviembre de 1961, que impuso la pena de muerte y cuya elástica penalidad, fue extendida a situaciones disímiles, como ser la norma que se aplicó con el fusilamiento de 3 balseros que intentaron huir de Cuba a fines de 2003[493], noticia que en pleno auge de la comunicaciones conmovió al mundo libre en tanto que el establishment derecho-humanista trasnacional miraba para el costado.

Recuerda Huber Matos que “los alzamientos *de campesinos contra el comunismo, en los primeros años de la década, particularmente en el área montañosa de El Escambray, fueron persistentes y numerosos. El régimen los dominó de manera implacable, a base de operaciones en las que participaban miles de soldados, peinando metro a metro, montañas y bosques. Llevaban a cabo fusilamientos masivos. Aplicaron altas condenas de cárcel a los sospechosos y desalojaron a poblaciones enteras.*…Miles de familias campesinas de la provincia central de Las Villas fueron desarraigadas y hasta disueltas, siguiendo los patrones de barbarie del estalinismo…Ricardo Olmedo, quien, tras ser arrestado por sus actividades contra el régimen fue amenazado de ser llevado al paredón a menos que compareciera ante las cámaras de televisión incitando a los cubanos a abandonar la resistencia contra el régimen. Él contestó: ´No soy artista´. Prefirió la muerte a prestarse a un show televisivo. Olmedo era veterano del asalto al palacio presidencial durante la lucha contra Batista”[494]. Jorge Gutiérrez Izaguirre, integrante de los grupos anticastristas del MRR en Matanzas y que luego fuera confinado a 30 años de prisión, cuenta que: “las tropas antiguerrilleras ejercieron una represión despiadada sobre los campesinos de la zona. Por una información valiosa

asesinaban a toda una familia”[495].

El aludido poeta Armando Valladares (quien padeció 22 años de tortura y encierro) por su parte recuerda que para la represión “Se utilizaron helicópteros traídos de Rusia y perros de Alemania Oriental. Los alzados capturados eran fusilados rápidamente (…) Procurando su exterminio, fusilaban no sólo a los guerrilleros, sino también a los campesinos que servían como guías, correos y contactos (…) Todas las familias asentadas en el Escambray y sus estribaciones fueron desalojadas (…) Las mujeres y los niños fueron separados de los hombres y trasladados a La Habana… Esa situación duró años y en todo ese tiempo jamás vieron a sus esposas, a sus hermanos. Los niños de edad escolar fueron separados de las madres y ´becados´ en escuelas del Gobierno para ´reeducarlos´ y anular así la influencia ´dañina´ de los mayores” en tanto que “Los hombres fueron llevados hasta la península de Guanahacabibes”[496].

La guerrilla anticastrista quizás hubiera tenido más éxito de no ser por el pertinaz rumor de que pronto vendrían contingentes armados de cubanos exiliados de Miami, el cual distendió o detuvo gran parte de las acciones previstas: “la consigna era esperar. Que serían apoyados por una invasión. Que muy pronto llegaría el momento. Paralizaron así buena parte de las guerrillas. Y los llevaron a la derrota, prisión y muerte. Guerrilla que no se mueva, foguee, combata, adquiera experiencia y extienda su campo de acción, perece. Y eso fue lo que ocurrió”[497] señaló Franqui.

A la postre, tras prolongadas campañas de exterminio, la rebelión fue liquidada por 1965. El periódico *Granma* (órgano oficial del Partido Comunista) publicó en el mes de mayo de 1970 un balance efectuado por Raúl Castro en torno a lo sucedido en aquellos años, en el cual admitió que “las pérdidas en vidas del ejército habían pasado de 500 y que costó unos 800 millones de pesos”[498]. Y en cuanto a la cantidad de organizaciones guerrilleras existentes, se ratificó que estas ascendían a 179.

Respecto a los autores intelectuales de la represión comunista, ésta estuvo bajo conducción soviética y se diseñó un mega-plan de construcción de unidades carcelarias[499], la cual estaba diagramada para albergar exactamente a 79.850 detenidos[500], aunque la represión encerrara y hacinara disidentes en cantidades muy superiores.

## El Spa De La Revolución

Desde 1959, lo que más se ha desarrollado en Cuba no ha sido el sector industrial sino el sistema carcelario. En una comunidad muy pequeña como la cubana, en 1980, entre cárceles y campos de concentración, la cifra de establecimientos ascendía a 93, cuyos reclusos eran sometidos a trabajo forzado: "Los presos constituyen la principal fuerza de trabajo en la isla"[501] exclamó orgulloso Papito Struch[502] en 1974. Vale agregar que, dado el tenor de las razzias y secuestros, estos establecimientos resultaron escasos. Por ejemplo, el Reclusorio Nacional de la Cárcel Modelo de la isla de Pino, que estaba previsto para alojar 2.000 personas, mantuvo en cautiverio de manera simultánea una cifra que oscilaba entre los 6.000 y los 8.000 disidentes[503]. Y entre los organismos de espionaje y represión que coordinaban tareas de control, castigo y fusilamientos, sumaban un total de 17 las instituciones estatales que operaban en red[504].

La represión obviamente no se limitó al ámbito rural y transitó pasajes tan drásticos como desbordantes, tal el caso de las jornadas obrantes entre el 15 y 17 de abril de 1961, en las cuales más de cien mil personas fueron detenidas en La Habana: el Teatro Blanquita, La Cabaña, el parque de béisbol de Matanzas y el Castillo del Príncipe se colmaron de disidentes reales o presuntos. Decenas de dirigentes insumisos fueron fusilados en esos días, extremos que fueron chequeados y señalados no por "la propaganda de la CIA" sino por el apologista de Guevara Jorge Castañeda[505]. Entre los fusilados más

emblemáticos de aquellos dramáticos sucesos se recuerda a muchos leales a Castro de la primera hora, tal el caso del comandante William Morgan (declarado meses antes por el propio Fidel como "Héroe de la Revolución Cubana") o el ex ministro de agricultura castrista, Sorí Marín: "los fusilados fueron tantos, que no alcanzaron los ataúdes y se los enterró en sacos de nailon"[506] rememora Valladares. En tanto, los tribunales revolucionarios, inexorablemente compuestos por comunistas adictos y confesos, debían dictar sentencia dentro de las setenta y dos horas del comienzo de la vista[507].

Sólo en los años 60´y según estimaciones efectuadas por socialdemócratas franceses que documentaron esa exhaustiva obra titulada *El Libro Negro del Comunismo*, unas 10.000 personas fueron pasadas por las armas y otras 30 mil condenadas a prisión[508] por disidencia política. Con un agravante más. En Cuba la responsabilidad se considera colectiva y el castigo también: los familiares del detenido pagaban socialmente el "desvío" de su pariente: sus hijos no podían acceder a la universidad y su cónyuge perdía su trabajo[509].

## La Revolución en Cifras

### Los muertos de Castro:

La cifra total de muertos víctimas del régimen castrista nos resulta imposible de conocer con exactitud, como consecuencia de que Cuba no sólo nunca brindó datos oficiales, sino que además el régimen impidió la entrada de comisiones de derechos humanos o de la Cruz Roja para que lleven adelante informes pertinentes: convengamos en que los organismos de la comunidad internacional tampoco han puesto mucho esfuerzo en desnudar dichos crímenes, puesto que al ser ejecuciones provenientes no de una dictadura de derecha sino de izquierda, entonces gozan de la disculpa, negación o connivencia de la hipocresía global.

Por lo tanto, sólo podemos remitirnos a las diferentes fuentes y trabajos de investigación que se han elaborado de modo independiente, aunque notamos que entre ellas existe disparidad de criterios en cuanto a las cifras arrojadas. Por ejemplo hacia 1970, los números totales elevados por la embajada española, que se consideraban los más confiables (puesto que tenía acceso a las estadísticas de los cementerios), calculó más tarde que 22.000 cubanos habían sido matados o habían muerto en la cárcel y 2.000 se habían ahogado al intentar escapar[510].

Mucho más adelante en el tiempo, en 1997, el meticuloso trabajo francés ya citado (*El Libro Negro del Comunismo)*, en el capítulo dedicado a Cuba señaló que hasta esa fecha unos 17 mil cubanos habían sido pasado por las armas desde 1959 y más de cien mil por los campos de concentración[511]. Cifra luego completada o ampliada en otro informe posterior elaborado en un audiovisual, cuyo detalle fuera además publicado el 23 de abril del año 2006 en el diario *Miami Herald*, el cual detalló una lista discriminada por categorías (fusilamientos con sentencia, fusilamientos sin sentencia, desaparecidos, etc.), cuyo guarismo arribaría a 31.173 muertos[512].

También se han difundido en su momento las cifras elaboradas por el “Archivo Cubano”[513], paciente trabajo dirigido por el profesor Armando Lago[514] (economista doctorado en la Universidad de Harvard), quien junto a la analista política María Werlau[515], identificaron 41.695 homicidios por causas políticas desde 1959, aunque sin embargo, dicho informe elevaría drásticamente el número si se incluyera a los balseros desaparecidos o asesinados en el mar al intentar huir. Dentro de este último rubro, el número de emigrantes caídos en desgracia arribaría a las 77.879 víctimas. Si sumáramos éstas a las diferentes cifras de ejecutados antedichas, el coeficiente final de muertos sería de proporciones industriales. Algún día, cuando la cruel dinastía de los Castro caiga, quizás tengamos acceso a una cifra definitiva y materialmente comprobable.

Por lo pronto, vale comentar que mientras este feroz sistema se imprimía en la isla, la URSS le otorgaba a Fidel Castro el “Premio Lenin de la Paz”: el comunismo internacional no perdía la crueldad ni el humor (negro).

# CAPÍTULO X: EL BANQUERO GUEVARA

## De fusilador a burócrata

El 29 de noviembre de 1959 el Che Guevara es ascendido: de fusilador en *La Cabaña* a presidente del Banco Nacional de Cuba. Jamás había tenido una cuenta bancaria, desconocía lo que era un cheque y no poseía el más rudimentario conocimiento sobre asuntos financieros. Más adelante, Fidel contaría la difundida anécdota (quizás exagerada), de que en una reunión de la dirección revolucionaria cubana, él había preguntado al auditorio si había un economista entre los presentes y el Che, que estaba dormitando, alzó la mano. De inmediato, Fidel lo nombró presidente del Banco Nacional de Cuba. Luego, en privado, Guevara le aclararía a Fidel: "Creí que habías dicho comunista, no economista".

El padre del Che, al enterarse del nuevo cargo que presidía su primogénito, no podía salir de su asombro: "¿Mi hijo Ernesto manejando los fondos de la República de Cuba? Fidel está loco. Cada vez que un Guevara abre un negocio, quiebra"[516]. No fue sólo el padre del Che quien se sorprendió ante el impensable nombramiento: "Ernesto Guevara tiene un mínimo conocimiento de economía"[517] reportó un resumen interno de la CIA ni bien supo de la desconcertante designación.

En un país cada vez más recostado sobre el bloque soviético, el banquero Guevara, en su nuevo rol, no dejaba singularidad por practicar. Disfrazado de guerrillero rural (¿contra quién peleaba en su oficina?), recibía a la gente en su despacho tirado en su sillón y colocando sus malolientes pies descalzos sobre la mesa.

Su desconocimiento en asuntos financieros lo hacía caer en ridículo impartiendo a profesionales en la materia órdenes absurdas,

las que ocasionaron un éxodo de especialistas que renunciaban ante el desatino de que se les asignara directivas en desacuerdo con la sensatez. El primero en renunciar fue Ernesto Betancourt, subdirector del banco, quien huyó despavorido a las tres semanas: “Encontré en el Che una ignorancia absoluta *de los* principios más elementales de la economía”[518] alegó.

¿Cuál fue la reacción del Che ante el éxodo de expertos? Su respuesta no tiene desperdicio: “A mí no me importa, que se vayan; traeremos estibadores o cortadores de caña aquí para hacer el trabajo”[519].

En el fondo, para Guevara, dejar de ser un temido fusilador y pasar a convertirse en un aburrido oficinista, en cierto modo, le era un tormento. El Che no quería perder su porte intimidante y ello explicaría probablemente la sobreactuación estética que él se encargaba de conservar: “¿Se ha visto alguna vez un banquero con semejante pinta? El señor presidente del Banco Nacional de Cuba… llega en uniforme verde olivo, con la camisa abierta, la pistola al cinto y las botas de paracaidista mal atadas, como de costumbre. Va rodeado de escoltas armados, que se le parecen como dos gotas de agua, capaces de asustar a cualquier visitante”[520] retrata Kalfon. Los antiguos funcionarios no daban crédito a las órdenes que recibían ni al espectáculo que veían: “en la antesala del despacho del presidente está lleno de pelotudos armados con armas largas”[521] era el comentario prevaleciente en el edificio. El entonces Vice Ministro de Hacienda José Illán González detalla que “La mayor parte de los funcionarios de diferentes niveles que ocuparon posiciones claves en los primeros 18 meses de la revolución habían abandonado sus cargos. ¿Por qué pasó esto? Porque en el fondo eran una pandilla, no un equipo de trabajo, un grupo de individuos que se formó y se desarrolló en un ambiente de guerrilla paramilitar”[522].

Recuerda Nicolás Quintana, arquitecto, designado para diseñar el edificio del Banco Nacional de Cuba: “Yo conocí a Ernesto

Guevara en el año 1959…Cuando Ernesto Guevara sustituye a Pasos (Felipe) en el Banco Nacional, lo primero que hace es invitarnos a los arquitectos del edificio, a mi socio Miguel Ángel Moite y a mí. Yo me encuentro con este señor en el despacho. Estaba con los pies en la mesa, una bota se la había quitado, las medias estaban rotas y me acuerdo como si fuera hoy con los dedos que se meneaban. A mí aquello me pareció una cosa kafkiana, porque me parecía increíble que el presidente del Banco Nacional de Cuba fuera ese personaje que estaba sentado ahí. Entonces, su primera frase fue -´Usted es burgués´, (no sé por qué se la jodió conmigo). Yo le respondo: ´no, comandante, yo no soy burgués´. -´ ¡Ah! ¡Ahora usted es revolucionario!´, -´ ¡No, no, yo no soy revolucionario!, burgués era mi bodeguero, yo soy un gran burgués, nací con una cuchara de plata en la boca y me he pasado la mitad de mi vida trabajando para ayudar a los que nacieron sin ella. Por lo tanto, tengo la moral para poder hablar´. La respuesta fue: ´Usted tiene tres alternativas: una alternativa es que usted se va de Cuba. La segunda son treinta años de cárcel (fíjate con la facilidad que este hombre disponía de la vida de la gente) y la tercera, como usted es un gran burgués, es el paredón de fusilamientos´"[523].

En el contrariado papel de ser un guerrillero sin guerrilla y un banquero con revólver, a fines de mayo de 1960 el Che se dirigió a las tres compañías petroleras instaladas en Cuba: Standard Oil y Texaco (Estados Unidos) y Shell (anglo-holandesa). Se les informó que, en adelante, deberán refinar petróleo bruto soviético y no el que ellas extraían e importaban del subsuelo venezolano. Además, en su calidad de presidente del Banco Nacional, comunicó que el Estado cubano no estaba en condiciones de pagar una anterior deuda de cincuenta millones de dólares. Las compañías se negaron a aceptar la arbitrariedad y el 29 de junio Castro ordenó su intervención mientras llegaba el primer buque-tanque soviético. Las empresas injuriadas impugnaron la medida y ante el desacato, el régimen sin más las confiscó: estaban valoradas en unos 140 millones de dólares. Posteriormente, Fidel anticipó que despojaría de sus bienes a todos los

norteamericanos “hasta el último clavo de sus zapatos”[524].

Legítimamente, Estados Unidos, en defensa de sus empresas ultrajadas y robadas (entre ellas la Texaco, que había financiado a las tropas castristas cuando estas peleaban en Sierra Maestra y que ahora la dictadura triunfante la pirateaba), el 6 de julio anunció la suspensión de las compras de azúcar a Cuba para el año en curso y no descartó que se suspendieran para años futuros. Tres días después, la URSS brindó el siguiente anuncio, prometiendo a Cuba proporcionar petróleo a cambio de azúcar durante varios años; los países socialistas en su conjunto se dispusieron a comprar de inmediato cuatro millones de toneladas del principal producto cubano, a cuatro centavos la libra, es decir, a un precio artificialmente más alto que el acordado con las dos grandes bolsas de Nueva York y de Londres[525].

Acto seguido, el gobierno cubano confiscó prácticamente la totalidad de las empresas en manos del empresariado cubano (el 13 de octubre arrebató 376 empresas) y obviamente también aquellas con capitales estadounidenses (el 24 de octubre, adueñándose de 166 propiedades)[526]. Como vemos, una cuarta parte de lo robado por el Estado fue contra empresas norteamericanas y el 75% del saqueo se dio contra los mismos cubanos.

¿Y quién administraría esas casi 400 empresas que de arrebato acababan de pasar a manos estatales? El Che reclutó varios cientos de jóvenes que habitaban en la Sierra Maestra junto a oficiales del Ejército Rebelde, cuya edad oscilaba entre los 15 y 20 años: los escogidos tenían un promedio de escolaridad de sexto grado[527].

Con alegría, Guevara de la Serna en ampuloso gesto de guapeza, manifestó: “las trescientas mil hectáreas que les expropiamos a los yanquis no se las vamos a devolver”[528]. La represalia norteamericana ante el despojo de sus empresas no se hizo esperar. Estados Unidos dictaminó un embargo a Cuba prohibiendo el

intercambio comercial con la isla. Entiéndase que fue un legítimo embargo y no un bloqueo (tal como se suele presentar falazmente ante la opinión pública). ¿Qué diferencia hay? Pues, el embargo es la prohibición a los norteamericanos de comerciar con Cuba. El bloqueo, en cambio, sería rodear la isla de barcos e impedir a Cuba comerciar con el mundo entero.

Vale agregar que el embargo norteamericano no afectó en modo alguno a Cuba, siendo que de ahora en adelante y por 30 años consecutivos gozaría de magníficos subsidios soviéticos que ascenderían a cien mil millones de dólares: cuatro veces lo que fue el Plan Marshall para toda Europa y más de tres veces la suma dedicada por Washington a la Alianza para el Progreso para toda América Latina[529], encima para abastecer a una población numéricamente insignificante y una extensión geográfica de tan solo 110.860 km$^2$.

Y mientras los contumaces defensores de la tiranía castrista justificaron con posterioridad el rotundo fracaso de la eterna revolución en la isla al inexistente "bloqueo", Fidel, en ese momento calificó al embargo como una "bendición que convertiría a Cuba en el amo incontestable del "mercado azucarero mundial". Y el otro genio de las finanzas, Ernesto Guevara (quien hacía meses que aguardaba esta medida desafiando a los Estados Unidos a que se atreviera a adoptarla), espetó un festivo: "Cuanto antes, mejor"[530]. En efecto, al Che no se le escuchó jamás decir ni escribir maledicencia alguna contra el "bloqueo", puesto que este pretexto no ha sido más que un eslogan panfletario promovido años después por sus devotos. Cabe repetir también que lo que en concreto impidió el embargo es el libre comercio entre Cuba y los Estados Unidos (no así el de Cuba con el resto del mundo). Luego, si tenemos en cuenta que el comunismo está en contra del libre comercio (máxime si se trata de comercializar con el "imperialismo norteamericano") preguntamos: ¿resulta que luego el castro-comunismo se quejaba por no poder mantener un mercado libre con los Estados Unidos?

Más aun, finalizando 1960, el exaltado régimen castro-comunista ya había confiscado más de 25.000 millones de dólares en bienes privados cubanos y casi 1.000 millones de dólares en propiedades norteamericanas[531]. Notables guarismos que nos demuestran una vez más, que los principales perjudicados por las estatizaciones fueron los mismos cubanos y no "el imperialismo": por cada dólar robado por el Estado castrista a inversores estadounidenses, se le robaban 25 dólares a los propios: "Podrá parecerles muy extraño que (el presidente del Banco Nacional) venga a romper lanzas contra la propiedad…Pero todavía soy mucho más guerrillero que presidente del banco"[532] se justificó el Che.

En medio del júbilo confiscador, Guevara, por más títulos jerárquicos de "banquero oficial" que le fueran otorgados, no dejaba de añorar su vida peregrina. Aprovechando su disposición turística y en el afán de mantenerlo alejado del Banco Nacional para evitar que prosiga haciendo desastres, Fidel le otorgó al Che otro viaje diplomático de tono amateur, y éste emprendió entonces un largo tránsito el 21 de octubre de 1960, paseando por Checoslovaquia, la Unión Soviética, China continental, República "Democrática" Alemana, Hungría y República Popular de Corea. De la gira por la URSS, el Che regresó eufórico: única sorpresa desagradable le resultaron la costumbre de dar besos en la boca entre hombres al ser recibido. Ingrato momento que supo evadir manteniendo su habano entre los dientes al momento de los saludos.

Al regreso, un encandilado Guevara se encargó de destacar la "enorme libertad individual" y la "enorme libertad de pensamiento"[533] que se respiraba en el bloque soviético: "en su primer viaje a la Unión Soviética debió ser disuadido cuando pretendió depositar una ofrenda floral en la tumba de Stalin…por primera vez en su vida entró en una fábrica, quedó encandilado por los supuestos avances técnicos. Se enteró demasiado tarde de que la industria rusa era ineficiente y obsoleta cuando Cuba padeció las deficiencias tanto de la maquinaria de mala calidad que le vendían

como de los calamitosos planes de sus expertos. Además, evidenció en ese viaje la ingenuidad típica de los turistas de izquierda…Actitudes como ésta mostraban que su habitual aire de escepticismo irónico era una pose que ocultaba a un idiota político”[534] resumió Sebreli.

En cuanto al mencionado énfasis que Guevara puso en la URSS para homenajear a Stalin (en pleno revisionismo ruso), esta fue una pretensión congruente con la devoción que sentía por él, puesto que el Che llegó a firmar sus cartas personales con el pseudónimo “Stalin II”[535] en reverente cortesía epistolar: “Quien no haya leído los catorce tomos de Stalin no puede considerarse del todo comunista”[536] anotó.

Tan encantado quedó el Che con la URSS, que con pretensiones de “pensador” marxista escribió en la revista *Verde Olivo* un pequeño (y pobrísimo) ensayo titulado *Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana*, el cual intentaba explicar la revolución en la isla en supuesta concordancia con el marxismo clásico: “Con entusiasmo de neófito, retomó sus estudios de marxismo (…) bajo la influencia directa de los manuales (…) con complejos de inferioridad con los cuadros teóricos del viejo PSP stalinista y más que nada con el espejismo de la URSS como patria del socialismo”[537] comentó el filósofo marxista Roberto Massari.

Hechizado por el mundo moscovita, tras regresar a la isla Guevara conoció a su nueva hija, llamada Aleida (como su madre), nacida el 24 de noviembre de 1960. Pero su por su flamante “sovietismo”, el Che la haría apodar con el mismo nombre pero en versión rusa: “Aliosha”.

Finalizaba el año, y la primera Navidad castro-guevarista ya tenía impuesto su sello: se habían denominado “Navidades Revolucionarias”. Santa Claus, había sido proscripto por “imperialista”. Ante el hotel Habana Libre (ex Habana Hilton), ahora en manos del Estado, se erigió una enorme valla que representaba el nacimiento del Redentor en un bohío cubano. Los tres Reyes Magos

se parecían a Castro, Guevara y Juan Almeida. Los regalos que llevaban eran la Reforma Agraria, la Reforma Urbana y el Año de la Educación. El otro sello menos atractivo de la “Navidad revolucionaria” fue la absoluta escasez: ausencia total de peras, nueces, dátiles y otros frutos tradicionales en las fiestas cubanas. La gente se disputaba celosamente en colas interminables los pocos alimentos que quedaban a disposición.

# CAPÍTULO XI: CUBA EN LA LUPA DEL MUNDO

## Abandonados en Playa Girón

El 10 de julio de 1960, en La Habana, el Che Guevara arengó a una multitud artificialmente convocada del siguiente modo: “Cuba es, además, hoy, una isla gloriosa en el centro del Caribe, defendida por los cohetes de la más grande potencia militar de la historia”[538]. La bravuconada tenía alguna cuota de razón. Si bien el realineamiento con el bloque soviético en 1960 aún no era oficialmente reconocido, lo cierto es que entre el 1º de agosto y los últimos días de octubre, mientras Castro se jactaba de disponer de 250 mil milicianos equipados con armas soviéticas, llegaron a Cuba unas 22.000 toneladas de armamento[539]. Desde entonces, la indiscriminada militarización rusa no cesó y tan solo un año después de la revolución, el dos de enero de 1961 Castro mostró por primera vez su flamante Estado policíaco en construcción: se llevó a cabo un desfile que duró desde las once de la mañana hasta el anochecer. Había tanques soviéticos pesados y medios, artillería de campaña propulsada por camiones, lanzacohetes, cañones antiaéreos y antitanques. Los soldados del nuevo totalitarismo comunista portaban ametralladoras, lanzacohetes y arrastraban morteros de fabricación rusa.

Y mientras Cuba se erotizaba con su incremento militarista, el 12 de septiembre de 1960, en Estados Unidos se estaba en plena campaña electoral presidencial y el liberal John F. (candidato por el Partido Demócrata), se esforzaba por denunciar el peligro castro-comunista y denostar la falta de resolución en la materia del entonces presidente conservador Dwight D. Eisenhower. Es por ello que en acto proselitista en Texas, Kennedy pronunció un encendido discurso señalando que el tema más crítico que había que tratar era “la difusión de la influencia comunista, cuya ponzoña se encuentra

ahora a solo 90 millas de la costa de la Florida, la forma humillante en que han sido tratados nuestro presidente y vicepresidente por parte de quienes ya no respetan nuestro poder”[540]. Vigorosa soflama proselitista que contrastaría de medio a medio con la pusilanimidad demostrada por el propio Kennedy ante el citado problema, cuando semanas después se consagrara Presidente.

Ocurrió que a principios de enero de 1961, con el guiño de la flamante administración estadounidense, cubanos exiliados residentes en EE.UU., que pudieron fugarse a tiempo, planeaban desde el año anterior invadir la isla con el fin de derrocar la dictadura de Castro y recuperar a sus familiares, virtualmente secuestrados en Cuba.

Para tal fin, se creó en Miami la “Junta Revolucionaria Cubana”, presidida por el ex primer ministro de Castro, José Miró Cardona. Los preparativos eran absolutamente artesanales y caseros: un guatemalteco, Roberto Alejo, cedió una plantación de café en Helvetia de Retalhuleu, sobre la costa del Pacífico, con el objeto de que allí se entrenara la recién formada Brigada de Asalto 2506 cubana. Milicia que encabezaría la operación[541].

Según la biógrafa de Fidel Castro, Georgie Anne Geyer: “A fines de 1959, los exiliados cubanos estaban siendo reclutados para ser entrenados por la CIA en campos establecidos en Guatemala y Nicaragua. Esta estructura amateur era, por demás, insuficiente para dar batalla al sovietizado ejército castrista, compuesto por veinticinco mil hombres bien entrenados y fortalecido por otros doscientos mil milicianos de apoyo”[542].

Como es sabido, para todo enfrentamiento bélico (independientemente de la envergadura que éste tenga), uno de los pilares fundamentales es el secreto, a efectos de no brindar información al enemigo. Sin embargo, en octubre de 1960 (seis meses antes de la invasión) la *Hispanic-American Report*, revista publicada

por la Universidad de Stanford, en California, dio cuenta de que los cubanos recibían adiestramiento militar en campamentos de Guatemala. Aparecieron artículos similares en *La Hora* (un periódico guatemalteco), y en noviembre de aquel mismo año se informó lo propio en *The Nation*. El 22 de diciembre de 1960, el *Mirror* de Los Angeles también detalló a sus lectores las actividades que tenían lugar en Guatemala. Un representante del *Post-Dispatch*, de San Luis, Missouri, visitó Guatemala y confirmó la existencia de los "campamentos secretos".

Finalmente, el 10 de enero de 1961, tres meses antes de la invasión, *The New York Times* prestó otro lamentable servicio a la causa castro-comunista. Publicó una crónica fechada en Guatemala en la cual se afirmaba que un contingente anticastrista estaba siendo adiestrado en un campo de aviación parcialmente oculto al pie de la cordillera y a pocos kilómetros del Pacífico: difícilmente en aquellos momentos habrían podido brindar a Castro un oficio mayor[543].

De modo que Fidel y la inteligencia cubana no necesitaban trabajar demasiado para conocer las actividades de los cubanos exiliados, sino que les bastaba con revisar el *The New York Times* y otras publicaciones de consumo masivo, para estar al tanto de todos los detalles y novedades de sus enemigos. La nota de marras no solo salió en la tapa del citado diario sino que fue graficada con un mapa, ¡indicando el lugar en donde se entrenaban los cubanos y la ruta que trazarían! Así de torpe y distendida funcionaba la inteligencia norteamericana durante la guerra fría, bajo la administración del gobierno demócrata: "¡No puedo creer lo que estoy leyendo! Castro puede prescindir de espías en este país. Le basta con leer nuestros diarios. ¡En ellos se expone todo!"[544] Reprochó un furioso Kennedy a su asesor y confidente Pierre Salinger.

Para colmo, el Presidente norteamericano, el 12 de abril (tres días antes de la invasión) afirmó en su conferencia de prensa que "en ningún caso habrá intervención en Cuba por parte de las fuerzas

armadas de los Estados Unidos”[545]. Traición que cumplió a pie juntillas, al dejar a los 1.400 expedicionarios cubanos semi-desarmados que invadirían la isla en situación de total abandono y desamparo.

Finalmente, un 15 de abril de 1961 Fidel Castro despertó al amanecer con el sonido de los bombarderos B-26 que sobrevolaban La Habana. Fue entonces cuando llegó el nuevo mensaje oficial que Castro tenía preparado para exhibir en la oportuna ocasión. “Lo que los imperialistas no pueden perdonarnos, es haber realizado una revolución socialista en las narices mismas de los Estados Unidos”. El ayudante de Castro, Norberto Fuentes, recuerda que pensó: “Bien, magnífico, ahora ya sabemos lo que somos”[546]. Efectivamente, fue la primera vez que Fidel reconocía su marxismo-leninismo, luego ratificado sin eufemismos el 1º de diciembre de 1961: “Soy marxista-leninista; siempre lo he sido, y lo seré toda mi vida”[547].

Guevara se encargó de dirigir las operaciones en la parte occidental de la isla y se encontraba exultante porque suponía que ese clima de guerra generaría una mayor productividad ante la pereza y apatía social que él venía denunciando: “cuando el país ponía en tensión sus fuerzas para resistir el embate enemigo, la producción industrial no caía, el ausentismo desaparecía, los problemas se resolvían con una insospechada velocidad” sostuvo y añadió: “El motor ideológico se lograba por el estímulo de la agresión extranjera”[548]. La parte oriental de la defensa de Cuba fue confiada a Raúl Castro y la región central a Juan Almeida. En tanto Fidel dirigía el escenario desde su cuartel general, Punto Uno, en La Habana.

Pero además, como se temía que los expedicionarios fueran recibidos en Cuba con gran apoyo de la población, Castro, quien ya había montado un drástico sistema de espionaje, se dedicó a realizar detenciones en masa de cubanos sospechosos de no simpatizar con el gobierno. Los días 15 y 16 de abril fue intensísima la participación de “Los Comités de Defensa de la Revolución”, quienes casa por

casa y con gran tarea de delación, facilitaron la detención de cien mil personas: “Las cárceles se llenaron. Cualquier cosa servía de prisión…Represión total…Una histeria colectiva. Simple denuncia, sospecha, todo el mundo preso…Una operación de terror ciega y total…Los detenidos de antes, los que se consideraban peligrosos, de aquellos días, son fusilados…Las condenas masivas no bajan de veinte años…No menos de veinte mil son condenados…El paredón en marcha…el terror rojo…Terror colectivo”[549] recuerda acongojado Carlos Franqui.

Finalmente, el día 17, los anticastristas pudieron desembarcar en la bahía de Cochinos. Precisa Jon Lee Anderson que horas después “Fidel movilizó sus fuerzas para atacar a los invasores. En lugar de avanzar tierra adentro, éstos se atrincheraron en la playa a la espera de refuerzos. No los hubo. A media mañana comenzaron los combates. Pero el alba del día siguiente, Dulles[550] informó a Kennedy de que los exiliados estaban empantanados; sin la intervención de Estados Unidos, los aniquilarían. Kennedy se negó a dar la orden y sólo autorizó el apoyo aéreo reducido”[551].

Poco le costó al ya consolidado Ejército cubano repeler la invasión con el potente armamento recibido de la Unión Soviética y Checoslovaquia. Asimismo, el dubitativo Kennedy neutralizó a todo vapor a los cubanos que buscaban la libertad y de los 48 vuelos que éstos habían programado para invadir al castrismo y que saldrían de Nicaragua, el presidente norteamericano dio la tajante orden a ese gobierno de que no salieran más de ocho (¡les cercenó 40 vuelos!)[552]. Como si la traición de Kennedy no bastara, la escuadrilla aérea de los cubanos anticastristas estaba compuesta por naves remanentes de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea; a los B-26 se les habían desmontado los cañones de cola para permitirles llevar el combustible necesario para el vuelo de ida y vuelta entre Nicaragua y Cuba[553].

Tan precaria era la situación de los contrarrevolucionarios que los

navíos para el desembarco (bombarderos lentos y poco maniobrables) ni siquiera portaban cañones antiaéreos, y encima la tropa destinada a desembarcar estaba compuesta sólo por cubanos que eran mayormente civiles (ni siquiera tenían formación militar). En sentido contrario, Castro contaba con la aviación heredada de Batista, a la que se añadirán unos "Migs" rusos, los cuales bombardearon los barcos cargueros (que carecían de armas antiaéreas) y hundieron al Houston y al Río Escondido (que guardaban el grueso del armamento). Este hecho constituyó el primer gran impacto de las fuerzas castristas a expensas de los cubanos disidentes. El siguiente golpe del castrismo constituyó el envío de 80 tanques a las playas. A todo esto, se sumó que la densa niebla le impidió a los pilotos de los B-26 invasores advertir la columna de tanques en la costa. Y como si estos contratiempos no bastaran, la inferioridad numérica que padecían las fuerzas anticomunistas era desoladora: lucharon en proporción de uno contra veinte[554].

Ante el angustioso escenario y la inacción del irresoluto Kennedy, en el seno del gobierno americano estallaron internismos y hasta hubo quienes le perdieron el respeto a la propia investidura presidencial: el subdirector de la CIA Richard Bissell increpó al Presidente solicitándole la intervención americana y el Almirante Arleigh Burke (Comandante en Jefe de la Armada norteamericana) exigió enviar de urgencia dos aviones de última generación y un destructor para "enviar al infierno los tanques de Castro". Pero Kennedy frenó la petición respondiendo con una cautelosa negativa: "Burke, no quiero a Estados Unidos involucrado en esto". Fue entonces cuando el jefe naval perdió los estribos y disparó: "Presidente, ya estamos involucrados. Carajo, señor presidente, no podemos permitir que degüellen a nuestros muchachos"[555].

Tras mucho vacilar, finalmente Kennedy decidió limitar la participación norteamericana para fines "humanitarios". Es decir que accedió a que varios aviones de la Armada, con sus emblemas norteamericanos borrados, hicieran vuelos de reconocimiento sobre

las playas. Pero no debían participar en el combate y sólo podrían volar una hora, de las 6:30 a las 7:30 de la mañana[556].

¿Entonces en qué consistía dicho apoyo? Pues acabó siendo un "respaldo" simbólico o meramente testimonial. Vale decir que Kennedy estaba "dispuesto a correr más riesgos para sacar a los hombres de las playas cubanas que para ponerlos en ellas"[557] anotó Anne Geyer.

No sin indignación, recuerda el abogado y ex combatiente de la expedición Juan Antonio Figueras que "El régimen cubano necesitó movilizar más de 50 mil efectivos militares, su aviación de guerra y su artillería pesada para silenciar las armas ligeras de algo más de mil cubanos abandonados a su suerte"[558].

Tras los acontecimientos, la propaganda castro-comunista vendió estos sucesos como "Un triunfo de Cuba contra las Fuerzas Armadas Americanas", lo cual constituye otro de los inacabables mitos existentes en torno: de los 1.180 prisioneros que tomaron los castristas ni uno solo era norteamericano. Absolutamente todos los expedicionarios eran cubanos y como fuera dicho, estos eran civiles y apenas el 10% tenían formación militar de carrera. Luego, los números objetivos que arrojó el combate demuestran que el triunfalismo castrista tenía mucho más de auto-propaganda que de realidad: las brigadas de cubanos exiliados tuvieron una pérdida de 40 hombres y 80 heridos y los castristas tuvieron 1.250 muertos, más otros 400 que murieron a consecuencia de las heridas (1.650 muertos en total) y 2.000 heridos[559]. Con un agravante más: según la doctrina militar, el que ataca (en este caso los expedicionarios) suele tener tres bajas por cada baja del bando que se defiende, con lo cual el triunfo militar de Cuba queda reducido, sin exagerar, al más puro teatro caribeño, ámbito en el que Castro siempre se manejó con destreza.

Los 1.180 expedicionarios cubanos que cayeron presos fueron hacinados en el Palacio de los Deportes, en La Habana. Allí

permanecieron varias semanas sometidos a un régimen muy estricto: Durante veintiún horas al día se les obligó a estar sentados en pequeñas sillas y sólo desde las 3 hasta las 6 de la mañana se les permitía acostarse en el suelo[560].

Conociendo a Castro, podría pensarse que los presos serían fusilados sin mayores trámites. Pero aunque fuese con tibieza, detrás de los presos estaba el gobierno de Kennedy y entonces Castro aprovechó la ocasión para ofrecer la venta dineraria de los presos a cambio de ser entregados con vida. Al menos por un rato, Castro creyó en la propiedad privada (de seres humanos) y le puso a cada expedicionario un precio "de mercado" distinto, según el grado de jerarquía: 500 mil dólares por cada uno de los tres jefes. El resto de la Brigada quedaba dividido en tres grupos; en el primero, la libertad de cada hombre podría comprarse por 25 mil dólares; en el segundo, por 50 mil, y en el tercero, por 100 mil. El precio total del rescate era de 62 millones de dólares[561].

Para conseguir el dinero, los exiliados habían organizado un "Comité de Familias Cubanas" encargada de las colectas. Finalmente, tras más de un año y medio de múltiples negociaciones y sacrificios para juntar el monto, en diciembre de 1962 los prisioneros fueron canjeados al precio indicado.

El encargado de las negociaciones por la liberación de los presos fue el abogado James Brito Donovan, descendiente de irlandeses, quien relata que aquello "fue como la venta de esclavos…Todo lo que faltaba era que estuvieran encadenados". Recuerda Donovan que cuando el último prisionero fue puesto a bordo en el último avión, se dirigió a Fidel Castro y le dijo: "¿Sabe usted, señor primer ministro? He estado pensando en todo el bien que he estado haciendo al pueblo de Cuba durante estas últimas semanas. Lo he liberado de la carga de casi 1.200 hombres a los que mantener. He estado ayudando también a los niños, enfermos pobres y ancianos del pueblo cubano. Creo que cuando se hagan las próximas elecciones, volveré para presentarme

como el opositor de usted. Creo que podría ganar. Castro sonrió… ¿Sabe, doctor? Creo que tal vez tenga usted razón, contestó con una media sonrisa, así que no habrá elecciones”[562].

## El Che en Punta del Este

En agosto de 1961, en la elegante ciudad balnearia de Punta del Este, Uruguay, se llevó adelante la Conferencia Interamericana de Ministros de Economía, en la cual se analizaría una ayuda norteamericana a países emergentes, conocida como Alianza para el Progreso. En representación de Cuba, asistió el habitual turista Ernesto Guevara. Había gran expectativa por su discurso, no solo por la curiosidad que despertaba el selvático look del personaje, sino porque la tertulia se llevaría a cabo tras los episodios de Bahía Cochinos.

Cuando llegó su turno de tomar la palabra, el Che emitió un discurso desopilante, pronosticando para Cuba un porvenir tan rosado como ficcionario: “La tasa de crecimiento, que se da como una cosa bellísima para toda América, es de 2,5 por ciento de crecimiento neto. Nosotros hablamos de diez por ciento de desarrollo sin medio alguno. Esto es lo que prevé Cuba para los años venideros. ¿Qué piensa tener Cuba en 1980? Pues un ingreso neto per cápita de tres mil dólares, más que Estados Unidos”[563]. Tengamos en cuenta que se trataba de un congreso de economistas, materia en la que Guevara no tenía la más pálida idea. Pero su discurso no se detuvo en su optimismo mágico, sino que agregó que Cuba deseaba alcanzar una convivencia pacífica con Washington, y para ello estaría dispuesta a dar una serie de pasos tales como pagar los activos expropiados a ciudadanos norteamericanos, no establecer alianzas militares o políticas con el bloque socialista y celebrar elecciones libres en Cuba en un plazo próximo. Finalmente agregó: “Lo que sí damos es garantía de que no se moverá un fusil de Cuba, de que no se moverá una sola arma de Cuba para ir a luchar a ningún otro país de América”[564].

Sin contar la posterior intervención personal del Che en Bolivia (en 1966), a solo dos años de este discurso, Guevara comandó un contingente guerrillero cubano en la provincia argentina de Salta, con el fin de dar un golpe de Estado contra el gobierno constitucional del Dr. Arturo Illia (episodios a los que luego nos referiremos).

Además, es de público conocimiento que Cuba fue el cuartel general de entrenamiento para todas las guerrillas de América Latina de los años 70´ y fueron más de 20 los campos de entrenamiento diseminados allí para preparar la invasión guerrillera continental: "En el único lugar (de América Latina) donde no intentamos promover la revolución fue en México. En el resto, sin excepción, lo intentamos"[565] reconoció Fidel Castro el 3 de julio de 1998 en La Habana, discurso dado ante la Asociación de Economistas de América Latina y el Caribe.

En síntesis: todo lo que el Che dijo que se iba a hacer no se hizo y lo que dijo que no se iba a hacer sí se hizo.

Más distendida y menos delirante fue otra manifestación suya durante su estada en Uruguay, en la ciudad de Montevideo, cuando el 8 de agosto ofreció una conferencia de prensa y contestó un salpicado de preguntas sobre asuntos frívolos y personales: "Dejaría de ser hombre si no me gustaran las mujeres". "Yo trabajo 16, 18 horas diarias, duermo seis horas". "No tomo y sí fumo. No voy a ninguna diversión de ninguna clase y soy un convencido de que tengo una misión en el mundo, y que en aras de esa misión tengo que sacrificar el hogar" además de "todos los placeres de la vida". Menos cómodo se sintió cuando un reportero le preguntó sobre las elecciones en Cuba y el Che dibujó la respuesta en el aire como un populista profesional: "Cuando el pueblo las pida en una asamblea popular"[566].

Aprovechando la cercanía geográfica de Uruguay con la Argentina (y tomando en cuenta la nacionalidad del Che), el presidente Kennedy

se comunicó con su entonces par argentino, Arturo Frondizi, a efectos de pedirle que él en persona se reuniera con Guevara, obrando Frondizi de nexo (entre Guevara y Kennedy), para limar asperezas y mejorar las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba, máxime cuando el vínculo había quedado más desdibujado que de costumbre tras el fallido desembarco de cubanos anticastristas en playa Girón.

Frondizi accede a obrar de interlocutor y Guevara, a su vez, acepta la invitación a dialogar con el Presidente argentino. De Uruguay fue trasladado a su país natal, a la residencia presidencial de Olivos, en estricto secreto y de manera muy fugaz. Recuerda Frondizi que en la tertulia "yo le propuse que Cuba no insistiera en querer exportar su revolución a otras naciones del hemisferio. Sin embargo, me dio su opinión sobre América latina afirmando que, aun sin influencia o injerencia cubana, la revolución era inevitable, pues estaban cerrados los caminos de la evolución pacífica. Guevara me dijo que él no era un teórico marxista, que tenía lecturas fragmentarias del marxismo, pero que se resolvía en la práctica… Guevara me impresionó como un temperamento idealista, decidido y apasionado, pero profundamente equivocado en su análisis de la situación latinoamericana. Su tesis de la violencia correspondía a un estado primitivo del pensamiento revolucionario y no obedecía a la actual situación mundial"[567].

Las informaciones no tardaron en filtrarse en la Argentina. La reunión secreta del presidente Frondizi con un reconocido agente del comunismo internacional despertó la legítima alarma de gran parte de la clase política y naturalmente de las FF.AA., que vieron de pésimo modo el encuentro. No solo por la entidad del personaje entrevistado sino por el carácter oculto de la velada.

Cuando, abarrotado de presiones, Frondizi tuvo que renunciar a la presidencia en marzo de 1962 (siendo reemplazado por el Dr. José María Guido, a la sazón presidente del Senado), entre los reproches y acusaciones que pesaron contra el mandatario caído en desgracia[568],

sin duda, estuvo la citada reunión "clandestina" con el iconográfico fusilador.

## El portaaviones del Caribe

Mientras la simbiosis Cuba/URSS afianzaba sus vínculos, Raúl Castro, ministro de Guerra de Cuba, comenzó a realizar frecuentes viajes a los países del Bloque Oriental y a Moscú. Ello le permitió ganarse la confianza y la amistad de Nikita Krushchev, quien en reunión de confidencia en julio de 1962 se animó y en tono prometedor le dijo a Raúl: "voy a darles armas ofensivas"[569].

Tanto Raúl como el Che eran entusiastas impulsores de la idea de convertir a Cuba en una sucursal del imperio soviético. El proyecto de que la URSS proveyera a Cuba de armas ofensivas contra los Estados Unidos fascinaba al radicalizado dúo. ¿Y por qué razón Krushchev incentivaba el traslado a Cuba de misiles amenazantes a Washington? Esta embestida radicaba en que la URSS no podía, ni remotamente, competir militarmente con Estados Unidos. Las diferencias tecnológicas eran tan abismales que los Estados Unidos tenían en sus depósitos 25.000 armas nucleares y la URSS 2.500 (diez veces menos); EEUU conservaba una flota de 1.500 bombarderos de largo alcance en tanto que la URSS apenas tenía 192 y encima, los Estados Unidos contaba con 45 misiles intercontinentales y la URSS sólo con 4[570]. En suma, los Estados Unidos podían, desde su ubicación, bombardear a la URSS. En cambio, la URSS no tenía tecnología para enviar cohetes desde su posición geográfica. Ergo, necesitaba un país limítrofe para tal cosa y Cuba era la pieza exclusiva y excluyente capaz de compensar tamaña disparidad.

Krushchev se mostraba gustoso con su aventura armamentística en el trópico y ordenó la traslación e instalación de proyectiles (la cual iría acompañada de 53.000 militares rusos que se afincarían en la isla), en la pretensión de multiplicar la capacidad soviética de

nivelar fuerzas con sus enemigos. Ahora bien, ¿cuál fue el disparador que le otorgó al jerarca soviético la temeraria decisión de establecer cohetes nucleares en Cuba?: Nikita Krushchev había tomado nota sobre el desteñido y vergonzoso papel de Kennedy durante los acontecimientos en playa Girón y llegó a la conclusión de que el Presidente estadounidense era tal como lo había definido el periodista James Reston en el *New York Times*: “un líder joven e inexperto al que se podía intimidar y extorsionar”[571].

A fines de agosto, los barcos soviéticos que llevaban su carga mortal comenzaron a zarpar desde ensenadas secretas del Mar Negro. Se trataba de misiles R-12 y R-14, cuyo alcance era de mil cincuenta millas, para los primeros, y de casi el doble, en el caso de los segundos ¿Esto qué significaba en términos de daño? Para ponerlo en perspectiva basta con recordar que Hiroshima fue devastada con el equivalente a catorce mil toneladas de TNT. Y ahora una sola cabeza nuclear de un misil R-12 representaba un millón de toneladas de TNT[572].

El 26 de julio en la Habana, durante el acto del noveno aniversario del asalto al Cuartel Moncada, Fidel Castro en extenso discurso suyo comenzó a justificar lo que se avecinaba: “¿Qué peligro queda a nuestra Revolución? Una invasión directa. Tenemos que prepararnos contra esa invasión directa, tenemos que organizar las defensas necesarias para rechazar una invasión directa de los imperialistas”[573].

Lo cierto es que a mediados de septiembre comenzaban a llegar a Washington informes sobre inexplicables movimientos en Cuba, más específicamente en el área montañosa de la provincia de Pinar del Río: “Castro se había convertido en un hombre sumido en un éxtasis militar digno de Napoleón. El mundo de las superpotencias estaba a sus pies. Él estaba planeando los movimientos de los grandes países, no éstos por sí mismos”[574] anota su biógrafa Anne Geyer.

Mientras tanto, el grupo de consejeros del presidente Kennedy mantuvo acalorados debates, de los que surgió una divisoria en las tomas de posiciones. Por un lado se encontraban “halcones” (el ala dura y belicista) y por el otro las “palomas” (el sector moderado o dialoguista). A medida que las conversaciones se desarrollaban en sucesivas e intensivas reuniones, aparecieron cinco planes principales, cada uno con diversas variantes. El primero consistía en la eliminación de los proyectiles mediante un rápido ataque aéreo; el segundo contemplaba la invasión por mar y aire; el tercero, el bloqueo militar; el cuarto, la realización de gestiones por conductos diplomáticos y políticos, preferentemente por medio de las Naciones Unidas. El quinto consistía en no hacer absolutamente nada[575].

Durante la noche del jueves 18 de octubre, al fin se llegó a una decisión a favor de armar un bloqueo militar en Cuba. Es decir, rodear la isla de barcos y controlar el tráfico. Una solución bien a lo Kennedy, o sea, a mitad de camino, insuficiente, a medias tintas: de esta manera se podía evitar el ingreso a Cuba de nuevas armas nucleares, pero… ¿y las que ya estaban efectivamente en la isla? Se sabía que 42 proyectiles de alcance medio estaban siendo aprestados para emplazarlos en posición de tiro y que se estaban montando bombarderos soviéticos IL-28[576].

Para llevar adelante el bloqueo, se designó al almirante George W. Anderson, jefe de Operaciones Navales, quien señaló como línea de bloqueo un gran arco que se extendía a 800 millas de las costas de Cuba, situado fuera del alcance de los cazas Mig y de los citados bombarderos estacionados en la isla. Ordenó el cierre de los cinco canales navegables a través de los cuales los barcos podían acercarse a Cuba desde el Atlántico y asignó una fuerza táctica de diecinueve cruceros y destructores para esta misión.

El 22 de octubre, para asombro de propios y extraños, Kennedy se animó a brindar un enérgico discurso por cadena nacional

redactado por su colaborador, Ted Sorensen: “Conciudadanos, buenas noches. El gobierno, de acuerdo con lo que había prometido, ha mantenido una estrecha vigilancia sobre las actividades militares soviéticas en la isla de Cuba. Durante la última semana se han mantenido pruebas inequívocas del hecho de que se están instalando una serie de bases de cohetes ofensivos en aquella isla esclavizada. El objeto de estas bases no puede ser otro que el de montar una fuerza de ataque nuclear contra el hemisferio occidental” y tras anunciar la cuarentena militar, Kennedy agregó: “Por último, quiero decir unas pocas palabras al pueblo cautivo de Cuba (…) Os hablo como amigo (…) yo observé, y el pueblo americano observó, con profundo dolor, la manera en que vuestra revolución nacionalista fue traicionada y en que vuestra patria cayó bajo el dominio extranjero. Ahora, vuestros líderes no son ya líderes cubanos que se inspiran en los ideales de Cuba. Son marionetas y agentes de una conspiración internacional que ha hecho que Cuba se vuelva contra sus amigos y vecinos de América, y se convierta en el primer país latinoamericano que puede ser blanco de una guerra nuclear”[577].

Pero el escándalo saltó al paroxismo cinco días después, pues mientras Washington era un hervidero, sucedió un episodio que radicalizó la situación de manera inimaginable. El sábado 27 de octubre de 1962, el avión americano U2, piloteado por el mayor Rudolph Anderson, que había tomado y llevado a su país las fotografías originales de las instalaciones de los misiles, se vino abajo: estalló así la crisis de los misiles y en la Casa Blanca se empezaron dramáticamente los preparativos para lo que probablemente derivaría en la tercera guerra mundial. ¿Y quién había disparado el proyectil que echó abajo el avión U2? Los mitos y leyendas en torno a este episodio tomaron con los años ribetes hollywoodenses. Según Carlos Franqui, fue el propio Fidel Castro quien disparó y derribó el avión para llevar al mundo al borde de la destrucción, dado que él sentía que la disputa se había hegemonizado entre Kennedy y Krushév y que entonces su figura había quedado marginada en el protagonismo, cuando en suma él era quien se

adjudicaba el haber creado o inspirado tamaña crisis internacional.

Insiste Franqui en sostener que ese sábado Castro se dirigió a una de las bases de cohetes rusos, donde los generales soviéticos lo llevaron a hacer un recorrido de sus instalaciones. Justo en ese momento, el avión americano U2 apareció en una pantalla de radar. Fidel preguntó cómo se protegerían los soviéticos en la guerra si ése hubiera sido un avión de ataque en lugar de un avión de reconocimiento. Los rusos le mostraron los proyectiles de tierra a aire y dijeron que todo lo que tenían que hacer era apretar un botón y el avión estallaría.

"-¿Qué botón? -preguntó Fidel.

-Éste, indicó uno de los rusos.

-Fidel lo apretó y el cohete echó abajo el U2…Los rusos estaban consternados, pero Fidel dijo simplemente: ´Bueno ahora veremos si hay guerra o no´"[578].

Lo cierto es que, con o sin el dedo de Castro, el avión U2 fue efectivamente derribado. La novedad cayó como un balde agua fría en los Estados Unidos: el grupo de consejeros presidenciales conocido como Excom había decidido que si algún U2 era abatido sobre Cuba, la respuesta norteamericana sería la destrucción de la base SAM, responsable del derribo. Si se derribara un segundo U2, todas las instalaciones SAM existentes en Cuba serían destruidas[579]. Sin embargo, a la hora de tomar decisiones tajantes, Kennedy no era la persona indicada. Luego, tal como muchos previeron, el Presidente, se retractó de lo decidido por el comité ejecutivo (Excom) y ordenó no responder: "Krushev parecía disfrutar del enfrentamiento y aprovechaba su ventaja dondequiera que podía, mientras se burlaba del inexperto joven ocupante de la Casa Blanca"[580] destaca Jon Lee Anderson.

Los titubeos de Kennedy ante la amenaza comunista ya se tornaban inaceptables. No solo la antecesora gestión norteamericana había financiado al castrismo en los tiempos de la lucha

antibatistiana, sino que una vez cometido el grave error, ya con Kennedy a la cabeza, se abandonó a los cubanos que fueron a liberar a su país en playa Girón, cuando podría pensarse que los EE.UU. tenían -como mínimo- la obligación moral de apoyarlos para reparar el error de haber amparado al castrismo financiera, política y militarmente, a la vez que tumbaron a Batista deliberadamente. No conforme con este renovado desplante, Kennedy permitía que la URSS instalara en Cuba misiles que apuntaban a Washington e incluso toleró que derribaran un avión de reconocimiento de su Fuerza Aérea. ¿Qué más se necesitaba para reaccionar?

Mientras tanto, los aviones de reconocimiento norteamericanos habían descubierto veintiocho barcos soviéticos que navegaban con rumbo a Cuba. La posición y velocidad de cada uno de ellos, fueron marcadas en un gran mapa colgado de la pared del centro de mando de la armada en el Pentágono y la Casa Blanca fue informada continuamente. En aquellos días había seis submarinos rusos en el Atlántico, los cuales también habían sido localizados por la armada. El Servicio de Información Naval norteamericano sabía el momento en que cada submarino soviético zarpaba de un puerto del Báltico o el Mar Negro, y sabía cuándo pasaba por el Mediterráneo rumbo al Atlántico. La armada conocía además la posición aproximada de cada sumergible soviético en el Atlántico. Las fuerzas antisubmarinas norteamericanas estaban en condiciones de rastrearles y hacerles emerger en caso necesario y, puesto que ningún submarino soviético tenía proyectiles nucleares, no significaban amenaza alguna para los centros de población norteamericanos.

En tanto, el embajador británico hizo una recomendación de modificar el plan de bloqueo táctico de la armada norteamericana: que el arco tendido se acercase mucho más a Cuba. Kennedy aceptó y ordenó el acercamiento. En cuanto a Nikita Kruschev, señala Mario Lazo en su formidable ensayo dedicado al efecto que “su habitual jactancia desapareció para dar paso a síntomas inconfundibles de miedo”. Sin embargo, agrega Lazo que el pánico de Kruschev era ciertamente infundado, porque el indulgente Kennedy “no quería

poner a Kruschev entre la espada y la pared, y, por lo tanto, no deseaba que ningún ruso resultase muerto; tampoco quería humillarles. El propósito del bloqueo era persuadir a Kruschev de que retirase los cohetes sin tomar represalias”[581].

O sea, el “palomo” Kennedy no quería “ofender” al mandatario de la principal potencia enemiga que acababa de trasladar armas nucleares a Cuba para eventualmente destrozar a la población civil de los Estados Unidos.

De todos modos, el bloqueo permanecía inconmovible a la par que el temor se acrecentaba en la URSS: hacia el jueves 25 de octubre, doce de los veinticinco barcos rusos habían dado media vuelta en su camino a Cuba (los buques que regresaban eran probablemente los que transportaban cohetes).

El balance de la cuarentena tras haber estado en vigor durante veintisiete días fue el siguiente: 57 buques habían sido autorizados a penetrar en el perímetro del bloqueo. De ellos, 19 eran navíos mercantes soviéticos; 6, barcos de otros países del bloque comunista; 23 estaban registrados en otros países, pero navegaban por cuenta de naciones del bloque comunista; y 7 pertenecían a países amigos de los Estados Unidos.

Todo muy controlado y el retroceso soviético era manifiesto, pero había un enigma no resuelto: ¿y los cohetes ya instalados en Cuba? Interesa la pregunta porque los soviéticos seguían avanzando en las instalaciones de los que ya se encontraban en la isla. Dato confirmado por la minuciosa vigilancia aérea americana. El ala dura del grupo asesor de Kennedy clamaba con urgencia por un ataque aéreo, dado que los proyectiles podían estar en condiciones de ser lanzados en cuestión de horas y urgía eliminarlos antes de que pudieran ser disparados contra territorio norteamericano o que ofreciesen al Kremlin la posibilidad de extorsionar con la amenaza de un ataque.

Y mientras la política de Kennedy proseguía oscilando entre la inacción o medidas de simple control, Kruschev le ofreció a Kennedy el quite efectivo de los misiles, pero dentro del marco de un “acuerdo bilateral”. Entonces propuso desarmar la munición de cohetes en la isla a cambio del compromiso de Kennedy de que a su vez Estados Unidos desmantele su base de cohetes en Turquía y de que también asumiera la promesa de jamás invadir Cuba: algo que además no estaba en los planes del timorato mandatario.

¿Y en qué andaba Fidel mientras evolucionaba la solución del conflicto? Pues la alegría de Castro fue de corta duración: su ego estaba herido al advertir que una vez precipitada la crisis, se subieron al ring side solo Washington y Moscú, y su persona casi nunca volvió a mencionarse ni consultarse en las discusiones. Fidel había entrado al juego con pretensiones de actor protagónico y ni siquiera alcanzó el lugar de actor de repartos: acabó siendo un espectador.

En tanto, los días habían transcurrido y el gobierno de Kennedy ofreció abundantes muestras de zozobra e indecisión. Esto hizo bajar los decibeles de temor en Kruschev y los suyos; empero, el 27 de octubre tuvo lugar un incidente que elevó la temperatura en Moscú y le indujo a poner fin a la crisis. Pero este episodio fue accidental y pareció asustar a la Casa Blanca en la misma medida que al Kremlin: Un U2 norteamericano, en un vuelo regular de muestreo atmosférico desde Alaska al Polo Norte, escogió una estrella equivocada para orientarse en su camino de retorno y sobrevoló la península de Chokut[582], en la URSS. Los aviones soviéticos salieron a su encuentro y los norteamericanos despegaron de Alaska para escoltarle de regreso. El avión extraviado estaba solicitando instrucciones y no hubo enfrentamiento, pero todo indica que el Presidente soviético pensó que el misterioso vuelo podía ser el reconocimiento final previo a un ataque nuclear: “Algunos de sus asesores, sin embargo, pensaron que el incidente había sido beneficioso, porque indujo a creer a los soviéticos que el presidente de los Estados Unidos debía ser tomado en serio”[583] ironizó Georgie Anne Geyer.

¿Fin de la historia? Kruschev retiró el armamento y Kennedy suscribió "el compromiso". Fidel, entre atónito e irascible observó cómo los mismos soldados soviéticos que habían traído los proyectiles a Cuba, ahora los desmantelaban para embarcarlos de regreso. Encima, el dictador cubano no había sido nunca anoticiado ni consultado de nada: se enteró de esta retirada por un despacho de la Associated Press el domingo 28 de octubre de 1962.

El jerarca soviético justificó el retiro de los misiles reconociendo y alegando que la permanencia de los mismos en Cuba "supondría la guerra mundial termonuclear"[584]. Castro por su parte declaró que "No ignorábamos que íbamos a ser exterminados en caso de guerra nuclear…Numerosos cubanos y soviéticos derramaron lágrimas al saber la decisión sorprendente, inesperada y prácticamente incondicional de retirar las armas"[585]. ¿Castro quería ir a la guerra mundial entonces? Muy probablemente la ira de Castro no haya sido la retracción de la guerra en ciernes sino la marginación a la que él fue sometido durante las negociaciones. Sin embargo, Nikita Kruschev en el tercer volumen de sus memorias aparecidas en el otoño de 1990 anotó: "¡Castro quería un ataque arrasador contra los Estados Unidos!"[586].

Respecto del indecoroso papel de Kennedy durante la pugna, dispara Lazo un durísimo análisis, sosteniendo que "el poder de los Estados Unidos era incomparablemente superior al de la URSS y que los gobernantes de ambas naciones sabían que esto era así. Los Estados Unidos… podían haber aplastado en dos o tres horas todas las instalaciones de alguna importancia y centros de población en Rusia, mientras que la capacidad de ataque de la URSS era insignificante. Aunque Kennedy tenía en sus manos todos los naipes del triunfo, facilitó al imperio comunista un refugio privilegiado en Cuba mediante el compromiso de no invasión…Bajo las banderas de un farisaico liberalismo, el gobierno norteamericano tomó una serie de opciones políticas que podrían muy bien haberse denominado

decisiones para el desastre”[587]. Sin embargo, por bien parecido, farandulero, no ser de derecha y haber muerto joven tras un irresuelto asesinato, muchos recuerdan hoy a John F. Kennedy como un “gran estadista”.

¿Y en qué andaba Guevara en el marco de tamaño conflicto? Pues, deprimido y envuelto en una gran desilusión porque los cubanos, en particular, y la humanidad, en general, no estallaron en mil pedazos. Según el máximo jefe de inteligencia castrista, Manuel Piñeyro (nombre de guerra: Barbarroja), el Che “se encontraba terriblemente decepcionado por la decisión soviética de retirar los misiles de Cuba”[588].

Lo dicho por Piñeyro es aceptado por el propio Guevara, quien horrorizado con el “pacifismo” de Kruschev, escribió: “Es el ejemplo escalofriante de un pueblo (el de Cuba) que está dispuesto a inmolarse atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a sociedades nuevas, y que cuando se hace, sin consultarlo, un pacto por el cual se retiran cohetes atómicos, no suspira de alivio, no da gracias por la tregua; salta a la palestra para dar su voz propia y única, su posición combatiente propia y única, y más lejos su decisión de luchar aunque fuera solo”[589] y agregó: “tenemos que caminar por el sendero de la iluminación, aun cuando cueste millones de víctimas atómicas”[590]. Resulta evidente que Guevara ante la posibilidad de una guerra atómica mostraba su fervor belicista y su despreocupación por el destino del pueblo cubano y según Sam Russell, quien tras el conflicto entrevistó al Che, en calidad de corresponsal del diario socialista británico *Daily Worker*: “Guevara dijo que, de haber controlado los misiles, Cuba los hubiera disparado” y agrega que el Che era “un personaje cordial que desde el principio me cayó muy bien...evidentemente un hombre de gran inteligencia, pero con sus desvaríos sobre los misiles me pareció que estaba chiflado”[591].

En el afán de apaciguar los ánimos, el 5 de noviembre, el Che mantuvo una reunión con el alto jerarca soviético Anastás

Mikoyán[592], y en el tenso encuentro, el enfadado argentino increpó: “Creo que la política soviética tiene dos lados débiles. Ustedes no comprendieron el significado del factor psicológico para las condiciones cubanas. Fidel Castro lo dijo en forma original: ´Estados Unidos nos quería destruir físicamente, pero la Unión Soviética, con la carta de Krushev, nos destruyó jurídicamente”.

No saliendo de su asombro, Mikoyán respondió: “¡Pero nosotros creíamos que ustedes estarían contentos con nuestra decisión! Hicimos todo lo necesario para que Cuba no fuera destruida. Vemos la disposición de ustedes a morir bellamente, pero nosotros creemos que no vale la pena una hermosa muerte” y agregó: “Sí, que mueran nuestros enemigos. Nosotros debemos vivir, vivir como comunistas. Estamos convencidos de nuestra victoria. Una maniobra no es lo mismo que una derrota” y en tono altanero remató: “Estudien a Lenin. Morir heroicamente no basta”[593].

En ese interregno en La Habana, ante la frustración de la guerra atómica tras el anuncio de la retirada de los cohetes, una muchedumbre teledirigida invadió las calles repitiendo un cántico poco grato para el premier soviético: “¡Nikita, mariquita, lo que se da no se quita!”[594], pero resulta que el “mariquita” ruso les acababa de salvar la vida a los habitantes de la isla al evitar que se desate el conflicto.

Resulta evidente que el gran problema que aquejó a los cubanos, era que hasta entonces ellos creían que en aras de la “solidaridad comunista”, Cuba y la URSS eran socios, cuando aquellos en verdad eran súbditos de éstos. Vale decir, entre la URSS y Cuba no había una relación de horizontalidad sino de verticalidad.

Finalmente, en busca de zanjar la tensión generada entre ambos países, Krushev se reunió con Carlos Rafael Rodríguez, delegado de Castro y titular del INRA:

“NK: Y bien ¿ya ha pasado el shock?

CRR: El shock no ha pasado completamente…todos deseamos que este asunto de las discrepancias originadas entre nosotros no se repitan en distintas medidas (…)

NK: Nosotros también hemos sentido mucha amargura. Jamás hemos declarado que los cohetes van a servir para convertir a Cuba en una plaza de armas contra el imperialismo. Solo los tontos pueden sostener que emplazamos los cohetes allí con el propósito de mantenerlos. Consideramos que hemos obtenido una victoria para Cuba y para la Unión Soviética, que los objetivos que nos proponíamos al llevar los cohetes allí se han obtenido” y en su reto agregó: “Cuando Fidel declaró que estaba en contra de la medida, nos hemos preguntado: ‘¿Qué diablos nos ha empujado a llevar los cohetes a Cuba ¿Por qué hemos hecho esto, arriesgando tantas cosas?´. Y siempre nos hemos tenido que contestar: ´lo hicimos pensando en Cuba, y ahora nos contestan de esta manera´. ´Nosotros estamos convencidos de que si no hubiéramos situado cohetes en Cuba ya Cuba estaría aplastada´. Kennedy hubiera emprendido ese ataque antes de las elecciones.

Claro que ustedes son orgullosos, pueden ´morir como héroes´, están dispuestos a hacerlo, pero eso no resuelve los problemas” y en su duro sermón el líder ruso reprendió: “Hay que pensar en eso. La gente no quiere morir, la gente quiere vivir. No se le puede dar un programa para morir”. Y tras fundamentar las ventajas ganadas con lo sucedido argumentó que “Ahora existe el compromiso de no agredir a Cuba, ahora existe Cuba” y el líder ruso concluyó su vapuleo con una sentencia tan paternal como humillante: “Hemos encontrado más dificultades con ustedes que con Kennedy”[595].

## El Che contra la Argentina

Guevara tuvo desde siempre el sueño de llevar la revolución a su país natal. Esta pretensión data de 1963, año en que se prepararon contingentes cubanos dirigidos por el Che y secundados por el argentino Jorge Ricardo Masetti (quien ya antes había operado como

periodista en el órgano castrista *Prensa Latina*, junto al colombiano Gabriel García Márquez). El objetivo de Guevara era implantar un campamento guerrillero en el norte argentino, en el monte de Orán, situado en la provincia montañosa de Salta, con el fin de consolidar el foco y una vez afianzado, el Che llegaría personalmente para encabezar una guerrilla contra el gobierno, a la sazón liderado por el presidente constitucional Arturo Humberto Illia.

Guevara tenía previsto acudir a Salta y en consecuencia envió una expedición liderada por hombres de su más entera confianza. Asimismo, Jorge Masetti, jefe de la expedición, tenía por nombre de guerra "Comandante Segundo". ¿Quién era el primero?, obviamente, el Che, quien estaba esperando que el grupo se consolidase para luego aterrizar: "Yo voy pronto. Te vas a esperar ahí, vos vas a hacer el grupo de la gente y están ahí hasta que yo llegue"[596] le ordenó Guevara a Masseti según testimonia Alberto Castellanos, uno de los expedicionarios. El guerrillero Ciro Bustos (quien integró la expedición en Salta y luego también participó junto al Che de la guerrilla en Bolivia), recuerda que estando en Cuba en el marco de los preparativos para Salta apareció el Che y le dijo a la tropa: "el objetivo estratégico es la toma del poder político en Argentina, porque el plan no es Bolivia sino Argentina, yo quiero entrar con una o dos columnas de 100 o 200 argentinos, y tu trabajo es mandarme la gente, ¿estás de acuerdo? –sí.

La primera conversación él dio un esbozo de lo que se planteaba: quería iniciar un foco en Argentina para iniciar un proceso que desencadenara una guerra revolucionaria allí, que era una tarea larga, difícil e improbable en la que seguramente no íbamos a llegar ninguno de nosotros vivos, ¿están dispuestos? Sí- desde este momento hagan de cuenta que están muertos y lo que vivan de ahora en adelante es prestado"[597].

Lo cierto es que Masetti primero debía hacer pie en Bolivia y desde allí cruzar hacia la Argentina. Un experto en asuntos relativos

al terrorismo y la subversión como lo fue el periodista argentino Carlos Manuel Acuña, señaló en sus macizos volúmenes publicados al efecto, que una vez afianzada la guerrilla de Masetti en Salta "él mismo, el Che en persona, vendría a dirigir la nueva fase de las operaciones para instalar luego en la Argentina el foco principal que provocaría el gran incendio y permitiría alcanzar a Buenos Aires en medio de los vítores y los fusilamientos justicieros"[598].

El grupo invasor tomaría el nombre de Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) y además del nombrado Masetti (Comandante Segundo), estaba constituido por el cubano Hermes Peña (Capitán Hermes), Federico Evaristo Méndez (Basilio), Ciro Roberto Bustos (Laureano) y una persona no identificada (Fabián)[599]. Seguidamente, sumarían diversas incorporaciones y contingentes de otras provincias argentinas ya contactadas por el agente castrista John William Cooke, un argentino que en sus orígenes supo ser un renombrado dirigente peronista. El principal objetivo del comando instalado en las proximidades del monte de Orán era crear las condiciones que permitieran acelerar el reclutamiento entre zafreros y campesinos que regularmente alcanzaban unas veinticinco mil almas, lo cual se consideraba un interesante caldo de cultivo potencial para seducir y reclutar a favor de la causa revolucionaria.

El núcleo duro del grupo terrorista se entrenó en Cuba y antes de viajar a la Argentina llevó a cabo un periplo para despejar sospechas o despistar eventuales enemigos, el cual los llevó a pasar unos días de mayo de 1963 en Argelia, país en donde obviamente tenían contactos locales con buena logística. Fue en esa breve estancia donde se produjo un altercado en el seno de la secta con un tal "Miguel", que era un miembro del contingente pero que por aparente indisciplina fue considerado un elemento riesgoso para el plan revolucionario, y entonces Masetti y sus secuaces decidieron matarlo: un pelotón de fusilamiento acabó con el desobediente "Martín"[600] y el grupo partió desde Argel a la Argentina[601] (previo paso por Bolivia) con una baja antes de empezar a combatir.

Una vez arribados a la Provincia de Salta y afincado el incipiente campamento, el 9 de julio (dos días después de los comicios democráticos que consagraron Presidente de Argentina al Dr. Arturo Illia), Masetti se dio el lujo de desconocer los resultados de las urnas (como si fuese un sujeto conocido o tenido en cuenta por alguien) y emitió una proclama dedicada al mandatario electo en estos términos: "Subimos a las montañas, armados y organizados, y no bajaremos de allí, sino para dar batalla. Somos los únicos hombres libres en esta oprimida República y ya jamás dejaremos de serlo" y como si el dicente fuese una autoridad con peso político y afán republicano disparó: "Usted, doctor Illia, aún puede rectificar y hacer un gran bien a nuestra Nación. Renuncie a ser Presidente fraudulento, denuncie el fraude por su nombre y exija elecciones verdaderas"[602]: tras la difusión de la misiva ni un solo campesino se sumó a la guerrilla y absolutamente nadie en el país comentó ni le prestó la menor atención a la "intimidante" perorata.

A la llamativa falta de realismo prevaleciente en el grupo guerrillero, se le sumó un obstáculo infranqueable que, para variar, no previó el Che: el total apoyo del campesinado argentino a las fuerzas del orden y la instintiva desconfianza hacia las ideas comunistas. Hasta tal punto esto fue así, que la Gendarmería local ya había sido alertada por medio de las denuncias de los lugareños que advirtieron la presencia de elementos foráneos y movimientos anormales. Incluso, los nativos obraron voluntariamente de guías y rastreadores para los gendarmes.

Masetti no estaba a la altura de las circunstancias, no tenía personalidad para el mando, y las diferentes células guerrilleras que se habían apersonado convivían en crispación y con permanentes problemas internos. Para hacerse de una impostada autoridad (que su personalidad, *per se*, no tenía), Masetti ordenó fusilar a dos de sus subordinados más problemáticos, acusados de indisciplina (se los ejecutó porque habrían sido descubiertos practicando el onanismo)[603].

Otra versión esbozada por Jon Lee Anderson, no descarta que estas ejecuciones se produjeran además de lo dicho, por el hecho de que los fusilados fueran de origen judío dado que el propio Masetti tenía una militancia antisemita en su pasado[604]. El periodista y biógrafo cubano Enrique Ros, entrevistó años después al hijo de Masetti (llamado Jorge al igual que su padre) y sobre este episodio le preguntó "¿Cómo es posible que tu padre asesinara a dos jóvenes que él mismo había incorporado a la guerrilla?" y Masseti (h) contestó: "Es que mi padre estaba embebido de la mentalidad guevarista de que había que eliminar a los más débiles"[605].

Algunos aprendices de guerrilleros recién llegados, horrorizados por las drásticas medidas, de inmediato lograron desertar. No obstante el descalabro, el sábado 18 de abril de 1964 se produjo el primer enfrentamiento con las fuerzas legales en el que murieron varios guerrilleros y también el suboficial de Gendarmería Juan Adolfo Romero. Las escaramuzas no se detienen y, mientras los improvisados guevaristas van cayendo sucesivamente, poco después el EGP asesina a Pascual Bailón Vázquez, un civil, hachero de la zona, ajeno a la contienda, pero a quien el cubano Hermes Peña acusaba de "informante". Horas después, el comando terrorista también asesinó a un niño de 6 años llamado Froilán Vázquez[606] (presunto hijo del hachero matado), que había sido tomado como rehén.

La embestida final de las fuerzas legales no se hizo esperar: "Semanas más tarde, patrullajes destinados a encontrar a Masetti y a su ayudante Atilio descubrieron varias tumbas con los cuerpos de guerrilleros caídos y de los dos fusilados por sus propios compañeros…Durante mucho tiempo el final del Comandante Segundo y de su colaborador inmediato, permaneció en el misterio.

Se tejieron varias novelas y versiones, como la que sostuvo durante meses que en las estribaciones de la Sierra Morada se había encontrado un esqueleto que descansaba en una hamaca paraguaya y

que presuntamente pertenecía al malogrado periodista.

En realidad era el de César, en tanto se presume que Masetti y Atilio habrían caído al fondo de uno de los innumerables barrancos o habrían sido arrastrados por la corriente de algún río al intentar, débiles y enfermos, vadear cursos de agua en busca de una salida”[607] detalla Carlos Manuel Acuña.

El balance final de esta desventura nos arroja que además de las bajas guerrilleras caídas en combate, la suerte del resto del contingente no fue nada feliz: catorce fueron procesados y sentenciados. Cinco se fugaron. Tres desertaron y dos desaparecieron[608]. La intentona golpista del Che contra un gobierno democrático en su país natal se constituyó en otro de sus contundentes papelones.

El aludido hijo del periodista y guerrillero caído en desgracia, Jorge Masetti (llamado igual que su padre), quien nació en Cuba, actuó como integrante de organizaciones subversivas en Argentina y Nicaragua y se desempeñó además como agente castrista en México entre 1980 y 1983, brindó una histórica entrevista periodística en 1998, de la que extraemos algunos fragmentos imperdibles:

“P: dada la estrecha conexión de tu padre con el Che Guevara, tanto profesional como íntima, hay una pregunta que se hace obligada: ¿Conociste al Che cuando eras muchacho? ¿Qué impresión tienes de él?

Masetti: Bueno, cuando él murió yo todavía era muy pequeño, o sea, que una opinión fuerte sobre él no la tenía. Por supuesto, la suya es una imagen que me llega después durante la adolescencia de una manera muy fuerte, porque la guerrilla argentina, en la que muere mi padre, es la primera que dirige el Che por control remoto… desde Cuba. Esa fue la primera guerrilla que implanta el Che en Latinoamérica. Pero, con toda honestidad, quizá por mi espíritu anárquico de siempre, nunca he idealizado a los hombres, siempre les he huido a santos laicos… Siempre he tenido un claro rechazo a la

idealización de los hombres. Por lo tanto el Che no me seducía como personalidad…

P: Hay muy poca gente que duda que un factor fundamental del poder es el culto a la personalidad de Fidel Castro, ¿cómo se relaciona esta circunstancia con tu desdén por los personalismos?

Masetti: Con toda honestidad, yo me divertía mucho con eso en Cuba, me parecía bastante ridículo. Me acuerdo de una vez que mientras lo escuchaba hablar, pensaba: bueno, este tipo en la Argentina no llegaría ni a dirigente estudiantil, porque con la cantidad de estupideces que dice…

P: ¿No crees que habla bien?

M: Creo que habla bien hacia un sector muy particular de la población cubana. O al menos así era, porque creo que ya el discurso es tan vacío, que no es suficiente para atraer la atención. Pero en cualquier caso, el discurso del Fidel Castro en un medio intelectual o estudiantil es francamente pobre…Si de algo yo estaba convencido era que el modelo político para América latina no era el cubano. A esa conclusión llego en el año 1986, cuando voy a Cuba a curarme de un accidente y vuelvo a encontrar antiguos amigos. Lo que encontré fue una colección de frustrados, castrados por el sistema…justamente, mi odio hacia Fidel Castro se debe fundamentalmente a que yo lo considero un estafador, un ladrón de ilusiones”[609].

# CAPÍTULO XII: EL MINISTRO GUEVARA

## El industrialismo mágico

Castro confiaba en poca gente y tampoco contaba con muchos cuadros presentables en su entorno. Y si bien Guevara había sido un lamentable presidente del Banco Nacional, Fidel lo sacó de allí pero le creó un Ministerio, el de Industria, nombrándolo titular de esa cartera el 23 de febrero de 1961.

El flamante Ministro de Industrias Dr. Ernesto Guevara de la Serna, se instaló en el edificio A en la Plaza de la Revolución, en un despacho que según el periodista Luis Pavón "tenía aire de campamento"[610]. Fue desde esta insospechada jerarquía ministerial donde el Che, con su habitual voluntarismo le vaticinó lo siguiente al diario *Revolución* en febrero de 1961: "El próximo quinquenio será el de la industrialización de Cuba…Queremos montar, en forma paralela, una industria ligera y una industria pesada. La primera será producto de nuestro esfuerzo; la segunda, la crearemos gracias a los créditos y las ayudas de los países socialistas…minas, siderurgia, petróleo y altos hornos…la industrialización es uno de los grandes objetivos del gobierno revolucionario"[611].

Guevara tenía a su disposición el manejo de un aparato burocrático de dimensiones fabulosas dada la composición socialista de planificación centralizada de la economía: toda la industria azucarera, las compañías telefónicas y eléctricas, la minería, la industria ligera; más de ciento cincuenta mil personas y 287 empresas en total, fábricas de chocolate y de bebidas alcohólicas, imprentas y constructoras estaban bajo su incumbencia[612].

¿Cuál fue el equipo de "profesionales" designados por el Che

para administrar tamaña estructura? Por su composición mental, a Guevara le era incómodo comandar un ministerio con subordinados o asistentes que supieran más que él, peligrosa costumbre por cierto, dado que el propio Ministro no estaba en absoluto familiarizado con la materia que le había sido asignada. A esta irresponsable renuencia, le cabe agregar el inconveniente del gran éxodo de gente capacitada que emigraba al exterior ante el avance totalitario del sistema: en febrero del 61, más del 60 por ciento de los ingenieros de la industria petrolera se habían ido. Otro tanto sucedía en la industria azucarera y respecto de los ingenieros químicos y mecánicos, ya se habían escapado de Cuba el 75 por ciento del total. En cuanto a la medicina, de 6 mil médicos que había en 1959, dos años después apenas quedaban 3 mil[613].

En consecuencia, la primera medida de Guevara fue nombrar a 200 jóvenes inexpertos de entre 15 y 20 años al frente de cada industria estatal. El colaborador más confidente durante los casi cinco años en que el improvisado argentino capitaneó el Ministerio, Enrique Oltuski, recuerda: "No te quieras imaginar, cuando llegué al Departamento de Industrialización, con el caos que me encontré, en medio de un grupo de jóvenes inexpertos que administraban desde un ingenio azucarero a una fábrica de zapatos"[614]. Anota John Lee Anderson que la mayoría eran "semiletrados o con algunos rudimentos de educación; muchos apenas salían de la adolescencia. Por eso era inevitable que sus primeras armas como administradores de fábricas provocaran caos y desastre"[615].

Esta praxis, la de rodearse de ignorantes y gente descalificada, ya había sido adoptada por el Che cuando comandaba el Banco Nacional. Pero la baja calidad de su staff ministerial sería compensada, según siempre creía el Che, con la voluntad que él suponía que tendrían sus hombres, a lo que debía agregarse la ayuda material ofrecida por los soviéticos, quienes en diciembre de 1960 anunciaron la instalación en Cuba de más de cien fábricas, las cuales prometían incrementar la producción de acero de cuarenta mil a doscientas mil toneladas

anuales, además de invertir en la búsqueda de yacimientos de petróleo y de hierro[616]. Desde entonces, y más allá de algunas oscilaciones con la URSS, la “liberación” de Cuba tras la revolución de 1959 no hizo más que transformarla en un país sometido político, cultural, militar y económicamente al imperialismo ruso.

Si bien la prioridad de máxima del Ministro Guevara tenía como meta fabricar al “hombre nuevo socialista”, éste advirtió que antes debía resolver otros asuntos no tan ambiciosos: “Es bueno decirlo honestamente: ha habido escaseces y en los próximos meses va a haber otras” confesó el 23 de marzo de 1961 a los obreros del azúcar, desesperanzador vaticinio que intentó minimizar con la siguiente abstracción colectivista: “Todo lo que haya se va a repartir entre todos los que somos”[617], consuelo poco convincente de inequívoca inspiración socialista, al proclamar repartir la riqueza que no existe.

Efectivamente, el Che empezó a sentir preocupación por los magros resultados que ya arrojaba la incipiente gestión revolucionaria y en las jornadas del 26 y 27 de agosto de 1961, en el gran teatro Chaplin de La Habana, tres mil quinientos responsables se reunieron para analizar el estado de la producción cuya ineficiencia era la connatural al sistema ideológico implementado. Fue allí cuando el Che lamentó: “En cuanto a la calidad de lo que se fabrica a ´la cubana´, deja mucho que desear. El dentífrico endurece tan de prisa, que debe utilizarse inmediatamente; la Coca-Cola se parece a jarabe para la tos y, cuando hay con qué llenarlas, faltan botellas para la cerveza y las gaseosas, que tienen además un sabor muy extraño”[618], a la vez que “el fósforo es una de las vergüenzas más grandes que tenemos en el Ministerio de Industria, no hay persona que no se acuerde del Ministerio de Industria varias veces al día al rayar un fósforo” añadiendo que “Hay empresas que identifican la calidad con la contrarrevolución y que consideran que la calidad es un vicio capitalista y que en esta época socialista no hay que ocuparse de la calidad”, aclarando entonces que “la belleza no está reñida con la revolución. Hacer un artefacto de uso común que sea feo cuando se

puede hacer uno bonito es una falta” y finalmente disparó contra el favoritismo: “No es bueno que haya jabón en La Habana si no hay jabón en el campo, si no hay jabón en el campo no debe haber en La Habana”[619].

¿Fusilamientos a borbotones, subsidios soviéticos, armas nucleares y tamaña propaganda trasnacional para una revolución que no servía para abastecer jabones ni producir fósforos? Sobre este último producto (los malditos fósforos), recuerda su colaborador Ángel Arcos Bergnes que “el Che dice con sorna:

´- Pues yo creo que la solución está en rayarlos en sentido contrario, es decir, hacia afuera.

-´Bueno, comandante, así sueltan chispas igual.

´- Sí, compañero, pero de esta forma no te quemas tú. Sino el que se quema es el de enfrente”[620].

Las preocupaciones de Guevara no eran vanas. No había área industrial que no haya sido afectada negativamente por el sistema socialista: Entre 1961 y 1963 disminuyó 14% la superficie cosechada, 42% la molienda y 33% el rendimiento por hectárea. En 1961, debido a la inercia y al corte prematuro, la zafra alcanzó la cifra récord de 6,8 millones de toneladas; en 1962, cayó a 4,8 millones y en 1963 a 3,8 millones. Entre 1961 y 1962, según estimaciones de agrónomos favorables al régimen, la mitad de la cosecha de frutas y verduras se quedó en rama o sin levantar. Para marzo de 1962, Fidel Castro se vio obligado a decretar el racionamiento de una gran variedad de productos de primera necesidad: arroz, frijoles, huevos, leche, pescado, pollo, carne de res, aceite, pasta de dientes y detergentes[621].

El Che tardó en comprender que el voluntarismo y el arrebato manufacturero no eran las mejores recetas para industrializar un país: “Tomamos el Anuario de Comercio Exterior y dijimos, aquí se importan palas…Vamos a hacer una fábrica de palas. Se importan tantos machetes, vamos a hacer una fábrica de machetes. Se

importan tantos cepillo…vamos a hacer una fábrica de cepillos… bicicletas, alambres de cobre…No nos dimos cuenta de una cosa elemental, para que un país se desarrolle por chiquito que sea, tiene que tener una base de materias primas propias” sostuvo el Ministro con asombro tardío y agregó: “Nosotros hicimos una política de sustitución de importaciones…Y la política a largo plazo era más torpe…Hicimos cálculos alegres de que las fábricas se hacían en los tiempos programados”[622].

Recuerda su estrecho colaborador Jorge Sanguinetty: “La tecnología vendida por los burócratas checoslovacos en la fábrica de utensillos domésticos (INPUD) era obsoleta”, puntualizando que “la fábrica de lápices se había comprado bajo la hipótesis” de que “la madera vendría de los muchos almácigos que poblaban los campos de Cuba, hasta que se supo que dicho árbol (…) no era idóneo para los lápices”[623].

Por otra parte, la maquinaria obtenida del imperialismo soviético no estaba preparada para operar en un ambiente tropical y salitroso, ni tampoco existía en Cuba infraestructura para hacerlas funcionar, ante lo cual quedaban arrumbadas en depósitos al aire libre: “Hace más de un año pasé por Nuevitas, había unas máquinas a la intemperie a un kilómetro del mar, echándose a perder. Tremenda descarga. Se cambió al administrador. No la había metido porque no había grúa” se quejó el Che y reprendió: “Con unos rodillos se podía meter. Los egipcios hicieron las pirámides con ese sistema y son piedras inmensas que las movieron quién sabe cuántos kilómetros. Y resulta que ahora Cuba, construyendo el socialismo, no es capaz de mover una piedra que no pesa ni una tonelada”[624] (reunión directiva en el Ministerio de Industrias, 28 de septiembre de 1962).

Pero además no había técnicos que supieran hacer funcionar las maquinarias y el personal enviado desde Checoslovaquia no se sabía comunicar idiomáticamente con los cubanos, ni tampoco ponía mucho empeño en hacerlo: “Fue un disparate apurarse tanto con la

industrialización” le reconoció el Che al escritor uruguayo Eduardo Galeano: “no vimos las complicaciones enormes que trae la importación de productos intermedios”[625] refunfuñó. Justamente, por momentos el Che parecía tener intervalos de sinceridad al verse superado por los hechos. Abatido ante el fracaso, en marzo de 1962 efectuó una primera autocrítica en televisión, reconociendo que había elaborado “un plan absurdo, desconectado de la realidad, con metas absurdas y con recursos que eran de sueño”[626]. Y en octubre volvió a confesar su total desapego a la realidad, añadiendo: “no sé cómo vive el pueblo de Cuba, solamente sé cifras, números o esquemas, pero llegar a lo que es el individuo y a sus problemas no lo he hecho nunca…He considerado a la gente como soldados de una guerra encarnizada que había que ganar”[627].

Y ante este tipo de autocríticas fugaces, a modo de ensayo provisorio de vez en cuando Guevara incurría en prácticas de tono simpático, tal el caso de la medida que ordenaba que cada vez que el obrero cubano producía un peso de género, recibía por término medio dos pesos como salario[628]. Sin duda, una paga muy amable, pero totalmente antieconómica: Los cubanos terminaron haciendo fastidiosas y largas colas desde muy temprano para poder obtener un puñado de centímetros de género como consecuencia de la escasez[629].

Pero más allá de la improvisación permanente y el amateurismo administrativo que prevalecía tras la revolución, ya había algo que Guevara veía en el sistema soviético que le daba luces de alarma, puesto que la carencia de productos básicos y esenciales (ni hablar de los demás) no era sólo un drama cubano sino también de los países sponsors y tutores que operaban con sede en Moscú, quienes estaban padeciendo una hambruna generalizada tras la caída estrepitosa de la producción agrícola: “No se entiende que tras 45 años de vida de la revolución se siguen produciendo esas fallas. Algo anda muy mal”[630] alertó el Che respecto de la URSS., cuya admiración se le estaba empequeñeciendo día a día: “¿Por qué la misma fábrica de levadura,

para producir la misma cantidad, ocupa en Francia veintisiete obreros, mientras que en Polonia necesita doscientos?…Recuerdo que cuando el camarada Abello, me parece, me dijo que la fábrica embotelladora de los alemanes era una porquería, yo lo tomé como una manifestación de anticomunismo. Pero la triste realidad es que la fábrica alemana era muy mala…La fábrica norteamericana…era mejor, más adelantada, más técnica, con mayor productividad… Entonces nosotros hemos comprado esa otra fabriquita y realmente es una mala inversión"[631] exclamó públicamente. Y Raúl Maldonado (por entonces Vice-Ministro de Comercio Exterior) recuerda que en Guevara "Comenzaba a notarse una cierta desesperación por la calidad de los productos y las maquinarias que recibíamos de Europa oriental, era un reflejo de lo que podía pasar en Cuba"[632]. Pero fue en 1962 en Checoslovaquia cuando el Che sinceró que "Cuba, respecto de cuestiones técnicas, estaba mucho mejor en el pasado" agregando con incómoda frontalidad para él y (sobre todo) para los anfitriones que "La técnica ofrecida por parte de los países del campo socialista está atrasada en comparación con el promedio mundial"[633].

Pero la lucidez tardía no perdona. La isla se encontraba totalmente desabastecida y los "adelantos tecnológicos" de la subsidiada revolución cubana eran incapaces de producir un precario sacapuntas: "En Cuba, nada menos, escaseaban hasta el arroz y el café. Sobre éste último, a Fidel se le ocurrió que esas semillas eran más rendidoras en el llano y no en la montaña, y el habanero se quedó sin su habitual café. El comandante ignoraba que el valioso *commodity* necesitaba para desarrollarse el microclima que solo prima en las alturas"[634], anécdota desopilante que destaca Juan Bautista Yofre en su documentado libro *Fue Cuba.*

Pero el asunto no terminó allí. La caída de la zafra siguió su curso y los datos de 1963 se convirtieron en los más bajos de los últimos 30 años[635]. Muy lejos de lo que se esperaba de "el hombre nuevo", bajo la administración del Che la productividad por obrero industrial (como consecuencia del desincentivo y la falta de

competencia) se redujo en un 23 por ciento en apenas un solo año[636]. En otros rubros, como la fabricación de calzado, Carlos Franqui recuerda que el plan trazado arrojó resultados tan calamitosos, que fue “preciso enviar los zapatos gastados a la capital provincial para cambiarles las suelas, y tardan un mes en volver si no se pierden por el camino”[637].

Las colas para conseguir lo más elemental empezaban a formarse ante las tiendas de comestibles a las 4 de la madrugada, horas antes de la apertura, y el stock solía agotarse mucho antes de la hora de cerrar, a las seis de la tarde[638]. Y de la brutal carestía no se salvaba siquiera la jerarquía burocrática y así lo recuerda el economista argentino Néstor Lavergne (quien colaboró con Guevara como funcionario): “La catástrofe…era cuando el Che nos invitaba a una comida de trabajo en el ministerio, pues el menú era de extrema austeridad. Invariablemente, arroz y pastas hervidas. Sin ningún condimento…Sin embargo, en una ocasión llegó con una botella de vino francés, pero se la bebió solo. ´Lo siento -nos dijo burlón-, acabo de robársela a alguien que se la habían regalado. Hubieran hecho lo mismo´…No era muy democrático”[639].

Otro drama de la economía cubana (en consonancia con la economía socialista global) es que no se tenía dimensión de cuáles deberían ser los precios de los productos del mercado. Como en los sistemas de planificación centralizada los precios no se rigen por la oferta y la demanda sino por los arbitrarios designios de la burocracia, el caos y los despropósitos estaban a la orden del día: “Cuando todo el mundo se vuelva comunista hay que mantener Andorra como capitalista para así saber el valor real de las mercancías”[640] le dijo, medio en serio y medio en broma, Guevara a su confidente Enrique Oltuski.

Un asunto de antología del que Guevara se entera tarde, es que en la Cuba de Batista, aun con sus muchos defectos, se vivía infinitamente mucho mejor que en los países socialistas. Refiere el

teólogo comunista Ernesto Cardenal[641] que “Cuando el Che dijo en Rusia que Cuba estaba careciendo de ciertas materias primas que se utilizaba para la fabricación de desodorantes, los rusos le dijeron: ´¿Desodorantes? Ustedes están acostumbrados a demasiadas comodidades´”. Realidad que el Che tuvo que reconocer por televisión el 6 de enero de 1961 tras informar en Cuba sobre los alcances comerciales de su viaje a Rusia: “Naturalmente que para un cubano, viviendo en el Siglo XX, con todas las comodidades con las que el imperialismo (refiriéndose a EE.UU) nos ha acostumbrado a rodearnos en las ciudades (…) Nosotros teníamos que plantear algunos problemas que nos daban algo de vergüenza”[642]. ¿En qué quedamos? ¿El “imperialismo” norteamericano explotaba al pueblo cubano o le brindaba “todas las comodidades”?

Ya el 9 de mayo de 1964, un gastado y desbordado Guevara, en tertulia con sus funcionarios, volvió a reconocer que los productos que se producían en Cuba eran una ordinariez. Cuenta Pierre Kalfon que en la reunión el Che “interpreta entonces un número que mereciera ser filmado. Para que la concurrencia lo contemple, blande una serie de artículos que sólo son porquerías: cierres de cremallera llamados Camilo y que no funcionan -cada vez que se encallan, el usuario maldice al tal Camilo-, un triciclo que es pura quincalla, un par de zapatos cuyo tacón fijado con dos clavos salta apenas moverlo, un champú que no hace espuma, tapones que no tapan, polvos de maquillaje demasiado rojos, muñecas que parecen brujas…Todo eso injuria a la revolución. En resumen, es inadmisible”[643]. Pero lo francamente inadmisible era que Guevara siguiera al frente del Ministerio de la Producción tras un quinquenio de fracasos consecutivos y vergonzosos.

Y lo grave del caso, es que en el marco de un sistema tan piramidal y hegemónico como el que se había impuesto, ni siquiera podría disculparse a Guevara de su frustración alegando que “no tenía el suficiente margen de acción” o que no pudo actuar por “camarillas internas” (tal como muchas veces suelen justificarse

gestiones infructuosas). El mismo Che reconoció los beneficios de poder administrar un ministerio en un sistema totalitario: “Nosotros somos un país pequeño, centralizado, con buenas comunicaciones, con un solo idioma, con una unidad ideológica que cada vez se va acentuando más, con una unidad de dirección, con un respeto absoluto por el dirigente máximo de la Revolución, donde no hay discusiones, con una unidad de dirección donde nadie disputa la más mínima cosa de poder”[644].

En la última etapa de la gestión de Guevara, la economía hacía agua por todos lados. No había rubro de la producción que no hubiese quedado reducido a su mínima expresión. La incapacidad ministerial del Che fue tan notable, que no le quedó más remedio que admitir lo siguiente: “Durante el año transcurrido, la producción de la industria azucarera ha sido muy baja. La cosecha de 1962 ha sido más débil que la de 1961 y la de 1963 será más débil todavía…Ciertas deficiencias fueron el resultado de nuestra propia gestión deficiente…La producción por obrero, que era de 11.200 dólares en 1962, ha caído en 1963 a 9.500-9.600 dólares; ha bajado, por consiguiente del 23%”[645].

En 1965, el desastre ya era tan indisimulable, que hasta su biógrafo y devoto alemán Frank Niess anotó: “el hecho de que los economistas amateurs que colaboraban con el Che Guevara actuaran según el principio de ´prueba y error´, empeoró aún más muchas carencias y déficit que existían en el país…Muy pronto se agotaron las reservas. El paro laboral se convirtió en un fenómeno de subempleo crónico. Los planes no habían arrojado el resultado deseado…en un contraste abrupto con las soluciones revolucionarias que prodigaban un impulso económico inmediato, la producción en la ´isla roja´ quedó por detrás de la que se había registrado en la época de Batista”[646].

Al terminar Guevara su administración ministerial en Cuba, ya no había mantequilla disponible y siquiera podían adquirirse pollos o

pescado con facilidad. Excepto para los niños y ancianos, la leche solamente podía comprarse con receta médica. El café estaba restringido a 50 gramos por semana y el arroz, que siempre abundó en la dieta cubana, a 1.200 gramos (doce tazas) por mes. La carne se asignaba con extremada parquedad: 100 gramos a la semana (equivalente a una de esas hamburguesas que cualquier cubano exiliado en Miami comía a diario). La ración semanal de frijoles fue de 200 gramos y cada persona recibía medio kilo de papas a la semana.

Finalmente, cabe destacar que el único combate que al parecer pudo ganar Guevara como Ministro de Industrias fue contra la vilipendiada “sociedad de consumo”: tras su gestión el consumo quedó reducido a la indigencia más desesperante. Y respecto a su otro gran anhelo, el de forjar la construcción del Hombre Nuevo, si bien dicha meta no se logró en los términos tal como fueron previstos, sí debe reconocérsele al Che que en ese lapso pudo crear un nuevo arquetipo humano: el desnutrido.

## El Trabajo Voluntario

¿Qué hacer ante tamaño desastre? Una medida sensata hubiese sido rectificar el rumbo a tiempo, pero esa decisión resultaría impensable en la personalidad de quien por naturaleza era un intransigente presuntuoso. Es por ello que Guevara culpaba por la penosa situación imperante no a la ineficacia inherente del sistema socialista o a su carencia personal en cuanto a la preparación para manejar un Ministerio de esa envergadura, sino a los cubanos, acusándolos de tener falta de voluntad y propensión a la pereza.

Y para combatir tales debilidades humanas (que obviamente no encajaban en la concepción del “hombre nuevo”), el Che incurrió en un durísimo régimen disciplinario de connotaciones esclavizantes, pretendiendo que sus inexpertos funcionarios del ministerio se convirtieran en regulados apéndices del rígido mecanismo al cual servían.

El Ministro sostenía entonces que se debía llevar adelante una reconversión psicológica del ser humano. Y en frenéticas arengas exhortaba a sus subordinados a "ser un buen comunista", instándolos a trabajar "horas suplementarias, servir de ejemplo, pasar su tiempo libre estudiando, realizar el domingo trabajos voluntarios, olvidar cualquier vanidad, pensar sólo en trabajar, participar en todos los movimientos de masas, etc."[647]. En síntesis, a anularse a sí mismos y a todo proyecto de vida individual para devenir en una anónima pieza de la impersonal logística estatal: "No somos hombres sino máquinas de trabajo"[648] anotó Guevara en carta navideña a sus padres.

Esta falta de "estímulo revolucionario" que primaba en los operarios sería, según desatinaba el Che, la causa del fracaso: "Relacionado con el problema del entusiasmo, de la falta de entusiasmo, de la necesidad de avivar el entusiasmo revolucionario, existe el campo de la emulación. Nosotros hemos dejado caer totalmente la emulación. Se ha dormido totalmente, hay que despertarla abruptamente. La emulación tiene que ser la base que mueva constantemente a la masa y debe de haber gente que esté pensando constantemente en la forma de avivarla" y lamentaba: "Cuba es el primer país socialista de América, la vanguardia de América, y no hay malanga, no hay yuca y no hay lo demás; y aquí (en La Habana) el racionamiento es más o menos, pero vaya usted a Santiago y la carne son cuatro onzas por semana; que todo falta y que hay plátanos nada más y que la manteca es la mitad; que todo en La Habana es el doble. Todas esas cosas son difíciles de explicar y lo tenemos que explicar mediante una política de sacrificio"[649].

En suma, para Guevara la explicación se reducía entonces a la existencia de "problemas morales" y a la "falta de inquietudes revolucionarias", apatía que para mal de males primaba en los ambientes obreros y campesinos, en donde existía una mayor resistencia a las ideas comunistas. Luego, la Confederación de los Trabajadores Cubanos (CTC) fue intervenida por comisarios

políticos y arreció el descontento a lo grande, cuando tras las estatizaciones se produjo un desplome en el salario: las compañías norteamericanas pagaban con mucha mayor generosidad a sus obreros, y entonces éstos llegaron a manifestar el disgusto en insumisas marchas (que hubo que reprimir a palazos) en las que se coreaba un atronador: “¡Cuba sí, Rusia no!”[650]. El Secretario General de la mencionada Confederación obrera, el dirigente socialista David Salvador, fue responsabilizado por tamaña irreverencia y se lo sancionó con 12 años de cárcel[651] .

Una vez más, la realidad demostraba que el reclamado “hombre nuevo”, no era más que otra de las tantas ilusiones del Che, fundadas en la superstición de que el socialismo iba a construir por añadidura ciudadanos de acero, imperturbables, desprovistos de toda pasión, sin debilidades, incorruptibles y que trabajarían de sol a sol con alegría, sin necesitar ni merecer descanso ni recompensa alguna. En reiterado apoyo de este espejismo, Guevara ensayó la siguiente disquisición: “La Revolución es sacrificio, lucha, confianza en el futuro. (…) Por eso es necesario condenar la rentabilidad, la ganancia individual, para conseguir una conciencia socialista…Es necesario cambiar la mentalidad para obtener un hombre nuevo”[652].

Pero nuevamente, más allá de sus fantasías altruistas y desprendidas, en la realidad cotidiana al Ministro Guevara las cuentas no le cerraban por ningún lado. Entonces con desesperación incurrió en una nuevo invento, una suerte de amuleto de la “bondad comunista” consistente en obligar a los pobres cubanos a trabajar (sin estipendio alguno) de manera forzosa y extenuante los fines de semana en tareas alternativas al trabajo habitual. Vale decir, a quien por medio de la revolución socialista se lo pretendía salvar de la “plusvalía”, se lo terminaba mandando a trabajar compulsivamente de lunes a lunes sin siquiera paga adicional. Insólitamente, estas jornadas fueron bautizadas bajo el nombre de “Trabajo Voluntario”, aunque luego en lenguaje doméstico los cubanos designaran a estas jornadas como “volungatorio”, neologismo burlón para calificar el

carácter obligatorio de estas fatídicas horas impagas.

Para Guevara y su quimérico mundo, el “trabajo voluntario” era una festiva actividad que se realizaba con júbilo y camaradería socialista al son de cánticos revolucionarios. Pero como los honorarios de dicha labor eran nulos y nadie acudía gozoso ni motivado a la zafra a transpirar dominicalmente bajo el despiadado sol de la América Central, el Che apelaba entonces a los “estímulos morales”, otro de sus fetiches discursivos más característicos. ¿De qué se trataban tales “estímulos”? Eran diplomas, banderitas, aplausos o elogios pronunciados en asambleas a los trabajadores más esforzados. Advierte Sebreli que dichas palmadas “no eran sino una cobertura para no pagar el trabajo de los domingos y días feriados o aumentar indiscriminadamente las horas laborales; en fin, un revival del estajanovismo ruso de los más duros tiempos de Stalin. Además, el trabajo voluntario, como ya se había comprobado en la Unión Soviética y en China, era ineficiente y quitaba tiempo a técnicos y profesionales que podían ser útiles en otro tipo de tareas. La contrariedad que provocaba el trabajo gratuito y el ritmo agotador que se exigía llevó inevitablemente a la disconformidad. El Che no encontró respuesta sino en la represión y el terrorismo de Estado”[653].

En suma, el nuevo antojo de Guevara sería muy noble, de no haber sido por el hecho de que si quien tras haber trabajado toda la semana en su quehacer (encima por una paga miserable), no tenía luego la “voluntad” de acudir sábados y domingos a pelar caña gratis o someterse a cualquier actividad agotadora bajo el sofocante clima cubano, era pasible de sanciones que iban desde el ostracismo hasta la denuncia por “contrarrevolucionario”. Y por este último “delito”, se contemplaba la posibilidad de la cárcel o la “rehabilitación” en un campo de concentración. Y en rigor, resultaba más aconsejable tener “la voluntad” de acudir, a efectos de no poner en riesgo la libertad ambulatoria dentro de la isla: que era una de las únicas libertades relativamente vigentes que quedaban.

## La explotación del Hombre por el Estado

En 1960, otro obsequio del amable régimen fue imponer a punta de pistola a los trabajadores un 4 por ciento de sus jornales para financiar un "programa de industrialización" y ante la bronca obrera contenida, el Che salió a disfrazar el asunto respondiendo que "frente a la imputación de que el gobierno pretende obligar a todos los trabajadores a vivir en un estado de esclavitud", en verdad no hay tal cosa ya que "son los trabajadores libres, reunidos en un congreso sindical los que resuelven, por unanimidad, descontarse el 4% de sus salarios para contribuir a la industrialización del país"[654] arguyó con insuperable desfachatez. Para colmo, de un solo plumazo el régimen le arrebató además al obrero el derecho a la huelga, derecho que sí existía en los tiempos de Batista: "Los trabajadores cubanos deben acostumbrarse poco a poco a un régimen de colectivismo. De ninguna manera los trabajadores tienen derecho a huelga"[655] ordenó el Che en octubre de 1961.

Va de suyo que todas estas modificaciones en nombre de la "liberación proletaria" que ofrecía el castro-guevarismo de inmediato ocasionó que los beneficios de los que gozaban los trabajadores cubanos en los gobiernos anteriores (Batista incluido) fueran anulados: se derogaron los 30 días al año de vacaciones pagadas, los 9 días al año de licencia por enfermedad, los 26 días al año de salario extra, el aguinaldo de Navidad, los 26 días anuales de suplemento de fin de semana en verano y los 4 días al año de fiestas nacionales. En total, esta merma significó una disminución del 45 por ciento en las ganancias anuales de los trabajadores.

Seguidamente, el monotemático congreso comunista regaló (en noviembre de 1961) dos horas extras de trabajo al día, sin pago ninguno[656]. Y en este contexto revolucionario en el que irónicamente se pretendía "liberar al trabajador de la explotación", el Che exhortó a los cubanos a "trabajar todos los días del año"[657], anhelo que el Estado

socialista iba imponiendo progresivamente y a brazo de hierro. Y tanto fue así que Guevara propuso incluso reemplazar las vacaciones por su insistente "trabajo voluntario" en jornadas corridas y continuas, en este caso para entremezclar y fomentar entre el personal jerárquico y subalterno la camaradería socialista: "La idea es, por eso, que todos los que desempeñen cargos directivos, ministros, subsecretarios, directores, deberán trabajar un mes de vacaciones en la actividad manual" puesto que con este novedoso sistema "se crean relaciones nuevas con los trabajadores"[658] sacudió.

Pero como las bondades del comunismo son inclusivas y a nadie se pretendía dejar afuera, la revolución no solo pensó en inventar el "hombre nuevo", sino que, para no afectar cuestiones de género, otra de sus nobilísimas hazañas fue la de "liberar" a la mujer de la explotación capitalista: 196 mil damas fueron entonces confinadas al trabajo pesado a la intemperie, incorporando ahora el uso del machete bajo el sol abrasador y las repentinas lluvias torrenciales que convertían los cañaverales en insanos pantanos de barro[659]. A lo dicho, cabe mencionar el avance igualitario que nos revela que desde 1.959 y hasta 1.994, más de 1.100 mujeres fueron condenadas y encarceladas por el delito de opinión[660] en condiciones inhumanas: "Mi celda medía seis metros por cinco. Éramos 22 y dormíamos en literas de dos o tres pisos"[661] recuerda la ex amiga de Castro y representante de Cuba ante la Unesco Martha Frayde. Notable equiparación de situación entre el hombre y la mujer que sin dudas tenemos que considerar como otro de los grandes logros de la revolución humanitaria, tan enaltecida por las bulliciosas militantes feministas que pululan callejeramente por el mundo libre en pleno Siglo XXI, en cuyas marchas entremezclan el emblema del puño feminista con el afiche del "Comandante Heroico" como estandarte liberador.

Pero a pesar del incremento desaforado de las horas de trabajo esclavo al que se sometía a la población, los problemas no sólo no se resolvían sino que se acentuaban, incontrastable realidad que el 6 de

octubre (1961) el Che tuvo que reconocer, al confesar que el nuevo régimen había impuesto una explotación del hombre por el Estado en clave militarista: “hay un trabajo que es abrumador” y compromisos que “consumen el día entero y se está presionando incluso en las horas de sueño; no se hace otra cosa que estar pensando en el trabajo. Todo esto va llevando poco a poco a una abstracción de la realidad y del hombre como individuo” (¿no venía el marxismo a poner coto a la “alienación”[662] capitalista?). Sigue el Che diciendo que “ya no se considera a la gente como gente, como problema personal, sino que se la considera como soldado, como número en una guerra que hay que ganar (…) Yo puedo decir que no conozco un cabaret, ni un cine, ni una playa, es que no conozco una casa de La Habana, no sé cómo vive el pueblo de Cuba”[663].

Pero la política del látigo no fue por generación espontánea, sino que se fue consolidando, afianzando y endureciendo de manera progresiva. Por ejemplo, el 13 de octubre de 1963, el Ministro Guevara impulsó una nueva ley radicalizando la reforma agraria. Las víctimas esta vez serían los pequeños agricultores a los que todavía se les seguían respetando ciertas parcelas de propiedad privada. El Che defendió el nuevo saqueo alegando: “Es verdad que el pequeño campesino ha sido un puntal de la Revolución, Fidel lo dijo una vez, pero por pobrecito que sea es un claro generador de capitalismo…se transforma poco a poco en un explotador que retarda el desarrollo de la sociedad. Entonces, hay que liquidarlo”[664].

Fuera de la estricta órbita del Ministerio capitaneado por el argentino emprendedor, no se la pasaba mucho mejor. También por iniciativa del Che, el 3 de octubre de 1964 se publicó la ley de justicia laboral: los delitos susceptibles de castigo comprendían falta de puntualidad, ausentismo, delincuencia, falta de respeto a los superiores, fraude y daños al material. Las penas iban desde deducciones en los salarios, hasta la privación permanente del derecho a todo empleo remunerado. Se establecieron consejos laborales. Para ser candidato al cargo era preciso mostrar “una buena

actitud socialista con respecto al trabajo". Seis días después de la elección de los consejos laborales, el Ministro de Trabajo atentó contra su propia vida[665]: la tensión y presión reinante podían desbordar o quitarle el quicio a cualquier integrante de la estructura totalitaria.

Se vivía en una atmósfera hostil signada por el desasosiego y el temor intenso. José Pekín Pujols (miembro del Movimiento 26 de Julio), quien fuera llamado por Guevara a colaborar como supervisor de la planta de níquel y cobalto de Moa y práctico de puerto, recuerda el pánico existente en el ministerio: "Yo estuve involucrado en la lucha contra Batista y durante esa lucha conocí al Che Guevara… Entonces él, que ya nos conocíamos, me encomienda ir a Moa para preparar el puerto para recibir los petroleros, todos los barcos. Y en una de las reuniones que tuvimos en La Habana entró un ayudante del Che con un montón de papeles y se quedó parado. Entonces le dijo: ´ ¿qué quieres? ´… y los papeles eran los fusilamientos del día siguiente. Él cogió los papeles y los firmó sin mirarlos. Porque no importaba a quién fusilaban, había que fusilar para sembrar el terror… Entonces, muchos de los ingenieros jóvenes hablaban con él bajo la intimidación que tenían, por esa arrogancia del Che de decirte: ´la revolución no tiene a menos fusilar al mejor de los comandantes, así que no es nada fusilar al mejor de los ingenieros´. Todo el mundo trabajaba bajo esa presión de no equivocarte…todo el mundo comienza a trabajar con temor"[666] y agrega "El resultado de vivir constantemente bajo una amenaza, determinó que no estuviésemos dispuestos a correr riesgos. Por ejemplo, en mi condición de práctico de puerto, suspendí la entrada de barcos en la noche, no fondeaba de noche, sólo de día. El temor a un error en la navegación que resultase en un perjuicio en el barco o en las instalaciones me podía llevar al paredón, así que tomé esa decisión, que por supuesto afectaba la economía, la rentabilidad de la empresa. El barco se tenía que quedar esperando mar afuera, eso incrementaba el costo por las demoras"[667]. Vale decir que si algún funcionario desatento cometía un error, no se le llamaba la atención ni se le imponía alguna amonestación

administrativa (tal como sucede en un país civilizado), sino que directamente se lo enviaba a los campos de concentración: "Si se cumplía un error administrativo, había castigos. Los más graves mandaban al culpable a Guanahacabibes, un campo de trabajo al extremo oeste de la isla"[668] cuenta el mismísimo Viceministro de Industrias del Che, Enrique Ostulki.

De nada servía que, pronto a finalizar su gestión ministerial, en diciembre de 1964 con tibia cuota de remordimiento Guevara confesara: "los defectos de nuestro sistema tienden a transformar al hombre en una máquina"[669]. Estos sinceramientos esporádicos, en rigor de verdad, no reflejaban un verdadero acto de contrición ni tampoco un cambio interior, pues el ocho de octubre de 1965, el Che efectuó un discurso insistiendo con los mismos conceptos que lo habían llevado al desastre: "El socialismo económico sin la moral marxista, no me interesa…Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es hacer desaparecer el interés, el factor interés individual y el lucro…Si el comunismo se despreocupa de los hechos de conciencia, puede ser un método de reparto, pero nunca una moral revolucionaria"[670]. Se le atribuye a Albert Einstein la frase que dice que "la locura consiste en hacer lo mismo una y otra vez esperando obtener resultados diferentes": el Che Guevara parecía empecinarse en darle la razón a toda costa al físico alemán.

No dejaba de ser muy conmovedora la insistente abstracción guevarista pretensora de que sus súbditos trabajasen 18 horas diarias sin interés monetario alguno. Pero ocurría que los cubanos, que también pertenecían a la condición humana, no se encontraban muy a gusto con la idea padecer compulsivamente un sistema de explotación a cambio de una reglamentaria taza de arroz. Conclusión: desánimo, desinterés, desmotivación y, por ende, escasez pavorosa como consecuencia de la improductividad generalizada. Exactamente, esto es lo que ha sucedido en todos, absolutamente todos los países en donde el experimento comunista (en sus diferentes variables y metástasis) fuera aplicado.

Señala el escritor cubano Carlos Alberto Montaner con punzante pluma que Guevara fracasó como ministro, por sobre todas las cosas, por su fe en el ensueño del hombre nuevo: "Convirtió su tipo en arquetipo…Casi nadie notaba entonces el atropello de los hombres viejos. De todos aquellos bípedos que no podían ni querían parecerse a Guevara. De toda esa gente que entiende que trabajar es un incordio, para quienes el ´futuro de la humanidad´ es una abstracción mucho más frágil que el futuro de la familia. Guevara era un héroe y quería poner una fábrica de héroes. La verdad es que el hombre nuevo no producía bastante. El Che ha sido uno de los peores funcionarios en la historia de la administración pública de Cuba. Si un ministro de Industria o un director del Banco Nacional de cualquier país civilizado comete los disparates que cometió Guevara, tendría que suicidarse"[671].

Más o menos lo que hizo luego en Bolivia...

## El "compañero" Che: el más igual entre los iguales

Pero no todos los habitantes de la isla ni todos los trabajadores del Ministerio eran sancionados si dedicaban o incumplían algún espacio de su tiempo laboral al disfrute o la distracción. El jefe de los escoltas del Che, Dariel Alarcón, ascendido más tarde a coronel, recordó como algo habitual que "el comandante Guevara mandara a buscar a una de las dos amiguitas que tenía en La Habana -una era mulata-. Entonces, se encerraba en su despacho y daba órdenes de que no lo molestaran bajo ningún concepto"[672]. Parafraseando a George Orwell, en la Cuba castrista "somos todos iguales pero había algunos que eran más iguales que otros".

Como consecuencia de dichos intervalos de recreo contrarrevolucionario, en el medio de tantas malas noticias para el Che, el 19 de febrero de 1964 nacería en La Habana uno de sus tantos hijos no reconocidos. En este caso, el vástago se llamará

Oscar Pérez[673]. Y otro hijo extramatrimonial no reconocido de Guevara llevará por nombre Mirko[674]. Parece que dentro del empecinamiento del Che en crear una sucesión de “hombres nuevos”, una de sus tandas estuvo desprovista de todo reconocimiento paterno.

# CAPÍTULO XIII: EL CONGO: LA FUGA HACIA ADELANTE

## La relectura de Salgari

Desde hacía tiempo Fidel Castro ya no sabía qué hacer con Guevara. Cuando éste hablaba, lo comprometía políticamente; y cuando operaba como Ministro, comprometía los intereses económicos de la isla. Sin más, Fidel comenzó a recortarle poder al Che, a efectos de que tuviera menor espacio para hacer destrozos: durante el verano cubano de 1964, al Ministerio de Industria le arrebataron todo el sector azucarero. Sesenta mil trabajadores de los ciento cincuenta mil que controlaba. Más de un tercio. Se creó así el Ministerio del Azúcar[675].

La carencia y la hambruna existentes en Cuba fueron tales, que en 1964 a la dictadura ya no le quedaba más remedio que resignar sus afanes "industrialistas", limitarse al monocultivo del azúcar y recostarse definitivamente sobre el bloque soviético, operando ya sin mayores pretensiones como un país satélite del imperialismo moscovita.

Ante la crisis, la desesperación de la *nomenklatura* castrista por recibir mayor financiación de la URSS la forzó a buscar congraciarse con ésta en todo momento, a la vez que tuvo que distanciarse de China: "los camaradas cubanos observan que recientemente hay muy poco material sobre Cuba en la prensa China y no se menciona el nombre de Fidel Castro" informaba la Embajada soviética en Cuba, y agregaba que a su vez en la prensa cubana "están reduciendo la publicación de material sobre China y dedican más atención a la URSS". Era el peor momento para el Che Guevara. Su arrogante voluntarismo ministerial había terminado en un bochorno y ya sin

poder y en medio del descrédito, el comandante (que prácticamente ya no comandaba a nadie), fue también obligado a sonreírle a los rusos, a quienes en verdad detestaba: “Él es más amable con nosotros que antes”[676] se agregó en el citado informe diplomático.

Pero a fines de 1964, el impredecible Guevara viajó a Nueva York en representación de Cuba para disertar ante la Asamblea General de la ONU, y fue allí el 11 de diciembre, cuando desafiando las directrices de Moscú expresó: “El camino de la liberación, que es el del socialismo, se logrará con balas en casi todas partes” dado que “la coexistencia pacífica no puede significar coexistencia entre explotadores y explotados; entre opresores y oprimidos” y en tenebrosa vanagloria que quedó para la historia, confesó: “Fusilamientos, sí, hemos fusilado, fusilamos y seguiremos fusilando”[677].

Guevara “estaba de vuelta” como funcionario cubano. Advertía que se le acortaban las perspectivas de vida en el Ministerio y quizás eso explique el tenor de lo vociferado en la ONU, probablemente buscando apurar su salida. Pero un vanidoso de su calibre no iba aceptar ser expulsado por la puerta de servicio ni tampoco iba a dimitir en el marco de un fracaso tan evidente. Tenía que ser una retirada romántica, novelesca, heroica, bien a su estilo: “Yo no nací para dirigir ministerios ni para morir de abuelo”[678] se jactó el todavía ministro Guevara a su amigo Alberto Granado. El Che buscaba con impaciencia escapar de sí mismo, huir del fracaso y encontrar otros escenarios para aterrizar y reinventarse. Nada mejor que vagar por el mundo en busca de una nueva aventura guerrillera en cualquier lugar que se pudiera: el escenario más propicio para sus desempolvadas ocurrencias parecería ser el Congo.

Fue entonces cuando el 25 de diciembre de 1964, Guevara emprendió otra de sus extensas giras vacacionales con disfraz de diplomático, en este caso por países africanos, a efectos de encontrar un hueco en donde lanzarse a una nueva expedición. En esta

excursión, el Che consiguió la bendición del presidente de Tanzania, Julius Nyerere para montar una retaguardia en ese país, que limitaba con el ex Congo Belga y solo se hallaba separado por el extenso lago Tanganica. Guevara avizoró así la posibilidad de montar su guerrilla en apoyo a las fuerzas rebeldes que estaban peleando en el Congo.

En el periplo, el Che también se reunió con el mandatario egipcio Gamal Abdel Nasser, con el propósito de entusiasmarlo con su emprendimiento y arrancarle también algún apoyo. En la reunión se produjo un desopilante diálogo, en el cual Guevara disparó con su monotemático discurso suicida: “pero Perón se portó como un cobarde. No tuvo el coraje de afrontar la muerte y huyó…el momento crítico de la vida de un hombre es aquél en que toma la decisión de afrontar la muerte. Si decide afrontarla, es un héroe, termine en éxito o fracaso su empresa. Puede ser un buen o mal político, pero si no es capaz de afrontar la muerte, nunca será más que un político”. Fue entonces cuando Nasser le reprochó diplomáticamente el tener “la muerte en la boca” de manera constante. “¿Por qué hablar siempre de la muerte? Es usted un hombre joven. Si es necesario, moriremos por la revolución, pero es preferible que vivamos para ella”[679].

Nasser encontró a Guevara con una “profunda angustia personal” y el Che le cuenta que había resuelto partir al Congo a encabezar él mismo la ayuda cubana a los luchadores congoleños: “Creo que iré al Congo porque es el lugar más caliente en el mundo hoy. Con la asistencia de los africanos, a través del Comité en Tanzania, y con dos batallones de cubanos, creo que podemos golpear a los imperialistas en el corazón de sus intereses en Katanga”. Nasser le manifiesta su asombro y procura disuadirlo. Le insiste que un dirigente blanco y extranjero que mandara a negros en el África era algo que sólo podía verse en las películas de Tarzán[680].

Seguidamente, Guevara participó en la conferencia de Argel el 27 de febrero de 1965, en la que lanzó una intolerable arenga contra

los soviéticos: “los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperialista”[681]. Esta definición causó no poca indignación en la jerarquía de la URSS, quienes a su vez pidieron explicaciones a Castro ante tamaño pronunciamiento. Fidel estaba furioso y saturado del Che Guevara y sus declaraciones intranquilizadas, las cuales no sólo eran innecesarias sino también rayanas al infantilismo político. Y Cuba, cuya economía desde 1959 no había hecho más que retroceder, dependía imperiosamente del dinero ruso para continuar con la subsistencia de su caricatura revolucionaria y por ende, exabruptos como el esgrimido por el impredecible Guevara no podían ni debían dejarse pasar. Aparejadamente, el PSP cubano (el ala comunista pro soviética capitaneada por Aníbal Escalante) presionaba bravamente para que Fidel Castro terminara de quitarse de encima todo atisbo maoísta en su gobierno.

Y como si las provocaciones de Guevara no abundasen, su itinerario incluyó un paso por China para reunirse con Mao Tse Tung y solicitarle apoyo en sus futuras correrías trasnacionales. Pero no sólo no logró interesar a Mao de su proyecto en el África, sino que éste le pidió que se quede en Cuba: “Lo necesitamos allí. Usted es el hombre indicado para defender nuestra posición revolucionaria frente al revisionismo soviético”[682] le rogó el genocida chino.

Mientras tanto, en la isla, Castro seguía recortándole el poder político a su díscolo ladero. El presidente del Banco Nacional, Salvador Vilaseca (hombre de Guevara) fue removido de su cargo y fueron separados tres Ministros del Comité Central: Luis Álvarez Rom (leal a Guevara), Orlando Borrego (amigo personal de Guevara) y Arturo Guzmán (también leal a Guevara).

Al regresar en el avión, el Che se encontró con un impaciente Fidel que lo estaba esperando en el aeropuerto de la Habana junto a su hermano Raúl. Ni bien bajó Guevara, los hermanos Castro lo llevaron, con prepotencia, a una reunión reservada de la que nunca se

supo con exactitud su contenido; empero, sí trascendió fehacientemente que estalló una larga discusión como jamás antes habían tenido y se cuenta que el áspero encuentro duró 40 horas continuas.

Guevara ya no tenía sitio en ningún lado. Si bien los chinos lo miraban con simpatía, no lo apoyaron en su idea de exportar la revolución al Congo; los soviéticos lo detestaban por su coqueteo con los chinos y por sus agraviantes declaraciones; y, en Cuba, Castro lo acababa virtualmente de expulsar del ministerio, recortándole todo poder político y de decisión. El Che, desdibujado y preso de sus acumuladas torpezas, debía apurar sus nuevos lances cuanto antes, a modo de "fuga hacia adelante". Un intenso ciclo de fracasos sucesivos había terminado para el polifacético andarín argentino.

A raíz de todo esto, se produjo otro fraude deliberado de los apologistas guevarianos, quienes presentaron la estampida del Che en el Ministerio y su consiguiente retorno a la guerrilla como una natural prolongación de su "abnegada y justiciera lucha universal", cual héroe trasnacional que se relanza afanosamente por el mundo a "liberar a los desposeídos de la tierra". Como broma marketinera, ha sido exitosa, pero no se corresponde con la realidad.

¿A qué renunció Guevara? Cuando él Che decidió marchar al Congo promediando 1965 ya no le quedaba nada en su haber excepto su colección de fracasos. Ya no contaba con el respaldo de Fidel y se exiliaba en secreto al mismo tiempo que sus camaradas lo expatriaban. Él había cambiado a Emilio Salgari por la revolución comunista, pero ahora los comunistas lo obligaban a releer novelas de aventuras.

## El renunciamiento

"Siempre estamos contra la guerra, pero cuando la hemos hecho no podemos vivir sin la guerra. En todo instante queremos volver a

ella”[683] le había expresado Guevara en carta dirigida a otro desvergonzado admirador de Stalin, el escritor chileno Pablo Neruda.

Dicho y hecho, tras fracasar como Ministro el Che escribió una epístola de despedida a Fidel, renunciando a todos sus cargos, títulos y honores. La carta debería ser dada a conocer públicamente si el Che moría en su próxima guerrilla. La nota, entre otras cosas, decía: “Hago formal renuncia de mis cargos en la dirección del partido, de mi puesto de ministro, de mi grado de comandante, de mi condición de cubano…mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario…Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos…Hasta la victoria, siempre. Patria o muerte. Te abraza con todo fervor revolucionario: Che”[684].

Ernesto Guevara fue reemplazado en el ministerio por Arturo Guzmán y fue llamado a cuarteles de invierno en absoluto secreto de Estado por varios meses, preparando discretamente su nueva guerrilla en el África.

Poco antes de partir, en el mes de marzo de 1965, le escribió otra reciclada carta de despedida a sus padres, en la que siempre rondaba la idea de esa búsqueda permanente de la muerte: “Queridos Viejos:… Hace de esto casi diez años, les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico; lo segundo ya no me interesa, soldado no soy tan malo… Puede ser que ésta sea la definitiva. No lo busco, pero está dentro del cálculo lógico de probabilidades. Si es así, va un último abrazo”[685].

El paradero de Guevara fue durante meses un secreto y en el plano internacional se montaron las conjeturas más variadas: desde que estaba haciendo la guerrilla en países disímiles hasta la especulación

de que Castro había mandado matarlo. Cuenta Díaz Araujo, que el Che Guevara "el 14 de marzo de 1965 estaba de retorno en La Habana. Desde ese momento hasta fines de julio de 1965 se ignora el lugar en que, dentro de Cuba, pudo haber estado recluido por orden de Fidel Castro; pero sí se sabe que no contestó los apremiantes llamados de su madre moribunda (que falleció el 19 de mayo) ni de sus amigos argentinos". Y enfatiza que "la única mujer que contó de veras en su vida fue su madre. Pero aun en esto hay una nota de relatividad. Ella está en la falta de respuesta a los llamados telefónicos y telegráficos que Celia, o sus familiares y amigos, le hicieron cuando el cáncer consumía aceleradamente a la madre de Guevara. Ricardo Rojo, que fue uno de los que urgió por cable, supone que el Che no contestó por estar autorrecluido, con reglas tan rígidas, al extremo que no fueron vulneradas por un motivo tan digno de atención como la muerte de la madre. Desde el punto de vista marxista revolucionario podrá o no justificarse esto que llaman un acto de disciplina política o sesión de autocrítica; pero desde un ángulo meramente humano, es absolutamente indisculpable"[686].

En ese lapso, Guevara se encargó de dejarle a sus hijos (los reconocidos) una nota, condicionándoles y manipulándoles el futuro: "A mis hijos Hildita, Aleidita, Camilo, Celia y Ernesto: Crezcan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la técnica que permite dominar la naturaleza. Acuérdense que la revolución es lo importante"[687].

Su amigo, Alberto Granado, recuerda que "en agosto de 1964, el Che quiso despedirse de mí; yo creí que se trataba de uno de esos viajes en que representaba a Cuba en asambleas internacionales, pero después me enteré de que se había ido a combatir al Congo. En ese encuentro yo le comenté que de todos los vicios capitalistas había dos que no lograba quitarme, uno era viajar y el otro era el trago. Él me respondió: ´Mirá, petiso vos sabés que el trago nunca me interesó y viajar, si no es con una metralleta, tampoco me atrae´"[688]. A su amigo también le dejó una carta, en donde nuevamente aparece

su obsesión suicida y su retorcida excitación por la pólvora: “No sé qué dejarte como recuerdo…mi casa rodante tendrá de nuevo dos patas y mis sueños no tendrán frontera, hasta que las balas digan, al menos…Te esperaré, gitano sedentario, hasta que el olor de la pólvora disminuya”[689].

Fiel al estilo Guevara, la empresa en el Congo carecía de todo realismo político. Castro hacía rato que no tomaba en serio al Che: “Se fue para el África. El Che piensa que el África es una tierra de nadie donde ni Europa ni la Unión Soviética ni Estados Unidos tienen hegemonía”[690] satirizó el dictador.

## El Che Guevara o el Tarzán frustrado

Promediando 1965, partió de Cuba un irreconocible Ernesto Guevara, con pelo corto, bien peinado, ropaje solemne, afeitado; y además se había bañado. El transformado Che llevaba pasaporte falso y no viajaba solo. Fue escoltado por dos lugartenientes, también vestidos con impronta formal, Víctor Dreke y José María Tamayo: “Dejaba atrás casi 11 años de trabajo para la revolución cubana al lado de Fidel, un hogar feliz, hasta donde puede llamarse hogar la vivienda de un revolucionario consagrado a su tarea, y un montón de hijos que apenas sabían de mi cariño”[691] anotó el ex cubano con evidente melancolía.

El avión partió hacia Moscú, para, tras varias escalas desorientadoras, arribar por fin a destino, en donde Guevara, utilizando como nombre de guerra el apodo afro “Tatú”, comandaría a más de cien guerrilleros cubanos que irían llegando paulatinamente. En Dar Es Salam[692] la presencia del Che debía permanecer en un secreto extremo: ni siquiera Julius Nyerere (Presidente de Tanzania), favorable a la cooperación cubana, debía enterarse aun de la aparición de tan controversial visitante en el asunto.

A poco de llegar, el Che pudo constatar los malos hábitos vigentes de los guerrilleros locales, los cuales reñían con la “moral revolucionaria” que debían tener los combatientes: cruzaban el lago de manera constante para acudir a burdeles, borracherías y casinos. El embajador cubano en Dar Es Salam, Rivalta, ratificó luego las preocupaciones de Guevara: “Mis valoraciones eran muy malas. Esta gente se dedicaba a beber, a andar con mujeres. Siempre fuera del Congo, metidos en Kigoma, y en Dar Es Salam…No eran gente realmente decidida a luchar por la liberación. A mí, el gobierno de Tanzania me enseñó la lista de gastos de esta gente, de todo el movimiento de liberación. La cifra era alta, en bebidas, en burdeles”[693].

El 23 de abril, en una modesta embarcación, el Che y sus adláteres zarparon desde Kigoma (puerto ubicado en Tanzania, en el litoral este del lago Tanganica), en un viaje muy accidentado. A las seis de la mañana, tras haber llovido toda la noche, desembarcan en la orilla congoleña, del lado de Kibamba. Salvo Guevara y alguna excepción, todos los guerrilleros cubanos escogidos eran de color, a efectos de no despertar sospechas en el continente negro. El Che no iba en calidad de comandante (excepto del grupo cubano), sino en apoyo de insurgentes locales, que estaban al mando del líder congoleño rebelde Laurent Désiré Kabila, quien rara vez se encontraba en los campamentos y dirigía a sus hombres desde lejos. Kabila aceptaba el apoyo de Guevara y su tropa, pero no permitía que el Che peleara personalmente, para impedir que fuera divisado por el enemigo y levantara alarmas. Pero el Che, que era un peleador impaciente, se fastidiaba notablemente con el papel pasivo y marginal que se le había designado.

A la mañana siguiente de su llegada, Guevara decidió revelarle su identidad al responsable congoleño que los había acompañado y que le inspiraba confianza: “La reacción fue de aniquilamiento” -escribe Guevara-. Repetía las frases: “Escándalo internacional” y “que nadie se entere, que nadie se entere”. El congoleño se apresuró a regresar a Tanzania para comunicar la inaudita noticia a su jefe Kabila.

A la espera de que la revelación produzca efecto, el Che organizó su campamento junto al poblado de Kibamba, a orillas del lago. Los reclutas autóctonos no sólo eran indisciplinados sino que de manera constante se convertían en turistas transitorios al cruzar el lago Tanganica y visitar en Kigoma, del lado tanzano, a las meretrices que allí pululaban: "Desde el primer momento tomábamos contacto con una realidad que nos persiguió durante la lucha, la falta de organización" anotó el Che, reconociendo que "No sólo la organización congolesa era mala, la nuestra también"[694].

Entre enfermedades venéreas y excesos por parte de los guerrilleros vernáculos, Guevara retomó fugazmente su rol de médico amateur, ayudando a curar otra plaga: la intoxicación alcohólica provocada por un brebaje conocido como "el pombe", bebida fabricada con harinas fermentadas y destiladas de modo rudimentario, la cual ocasionaba un daño estomacal, al que había que sumar las heridas de bala que aparecían entre los guerrilleros no como consecuencia de la lucha revolucionaria sino de las peleas que se daban entre sí en cada borrachera. A lo dicho, se le anexaron otras dolencias que se apoderaron de los hombres del Che: la fiebre, el paludismo y otros flagelos propios de tan extraño ambiente selvático.

Las tropas revolucionarias estaban compuestas por tres contingentes: cubanos, ruandeses y congoleños. Y si bien el Che hacía varios días que había llegado a destino, no lograba aclimatarse ni salir de su asombro por los usos y costumbres oriundos. Pero el shock mayúsculo se dio al producirse un diálogo despampanante entre Guevara y el jefe de la expedición congoleña: el Che fue informado de que la defensa antiaérea estaba asegurada, lo que lo sorprendió porque no había visto cañones apuntando al cielo. El teniente coronel Lambert (jefe congoleño) le explicó que el Ejército de Liberación no tenía problema con la aviación enemiga, ya que poseía como defensa el "dawa".

-"¿Qué es eso?" -preguntó, extrañado Guevara.

-"Un medicamento natural preparado con el jugo de ciertas

hierbas que, untado sobre la piel de los combatientes, los hace inmunes a las balas enemigas”-le explicó Lambert-, y a continuación aclaró: “Pero a todas las balas, no sólo a las de los aviones”.

En un principio el Che creyó que se trataba de una broma y sonrió para agradar a su interlocutor, pero enseguida advirtió con espanto que el “dawa” era tomado en serio por la guerrilla local: “El dawa hizo bastante daño a la preparación militar. El principio es el siguiente: un líquido, donde están disueltos jugos de hierbas y otras sustancias mágicas, se echa sobre el combatiente, al que se le hacen algunos signos cabalísticos y, casi siempre, una mancha con carbón en la frente; de esa manera, el combatiente ya se encuentra protegido contra toda clase de armas del enemigo, aunque esto también depende del poder del brujo que lo prepara. El soldado, para que el efecto dawa no se pierda, debe cumplir con tres condiciones ineludibles: no tocar objeto alguno que no le pertenezca, no estar en contacto con una mujer y tampoco sentir miedo. Cuando un hombre muere bajo el fuego enemigo es porque tuvo miedo o robó o se acostó con una mujer”[695] detalló el Che en su cuaderno.

El cúmulo de supersticiones, dialectos y costumbres incomprensibles, provocaron que Guevara no pudiera congeniar jamás con los africanos. Una de las prácticas locales que más los impresionaron a él y al contingente cubano fue el banquete que se daban los africanos con los enemigos: le comían el hígado o el corazón a sus prisioneros.

Asimismo, los habitantes de la zona contaban con un sistema de propiedad de la tierra más parecido al colectivismo primitivo que a un sistema de tipo feudal. Eso los hará totalmente indiferentes a las prédicas en favor de la “reforma agraria” con la que Guevara pretendía entusiasmar a los pobladores: idéntico error cometerá en su posterior correría en Bolivia.

Freddy Yunga, un congoleño que durante la experiencia guerrillera obraba de traductor entre los cubanos y los africanos, confesará: “No me cayó bien el Che; yo tenía la orden de estar permanentemente junto con él. No entendía qué estaba haciendo allí, tampoco me gustaba su mirada irónica. ¿Por qué tenía que soportar yo a ese blanco? No me gustaba para nada”[696]. En el mismo sentido, Alexis Salemani, otro integrante de las fuerzas guerrilleras congoleñas, recuerda que la cuestión no era clara para ellos: “Yo no podía entender que un blanco viniera a ayudarnos a nosotros, los negros, porque nuestra lucha era contra los blancos. Eso lo hacía irremediablemente desconfiable. Para nosotros, luchar por nuestra libertad era luchar contra los blancos y el Che era un blanco”[697].

Nadie obedecía ni tomaba en serio al Che y él mismo se encargó de hacerlo saber en sus anotaciones: “Les hablé francés, enfurecido; les espetaba las cosas más terribles que podía encontrar en mi pobre vocabulario y, en el colmo de la furia, les dije que había que ponerles faldas y hacerles cargar yuca en una canasta (ocupación femenina), porque no servían para nada, que eran peor que mujeres, prefería formar un ejército de mujeres antes que con individuos de esa categoría...todos los hombres me miraban y se reían a carcajadas con ingenuidad desconcertante”[698].

Las advertencias de Nasser a Guevara, ironizando acerca de que se convirtiera en un Tarzán frustrado, no fueron vanas, aunque inocuas ante un Che que, ensimismado en sus despropósitos, hacía oídos sordos de las sugerencias de los que sabían más que él.

Las relaciones entre los congoleses y los cubanos se deterioraban día a día. Los primeros se negaban a llevar mochilas de peso, alegando: “yo no soy un camión” o “¿me ves cara de cubano?”. Y como punto álgido, se sumó una extraña pérdida, al morir ahogado el guerrillero Mitudidi, en circunstancias extravagantes: cruzando en bote hacia Ruanda, Mitudidi cayó al agua y sus dos lugartenientes, que se arrojaron para salvarlo, también murieron, a pesar de que era

un día de aguas mansas. La explicación que se le transmitió al Che no tiene desperdicio: “Cuando Mitudidi cayó, paramos el motor para subirlo, pero una fuerza mágica nos impedía acercarnos a salvarlo”[699]. Un desconcertado Guevara anotó en su diario: “suceden cosas extrañas, que uno no sabe si atribuir directamente a la imbecilidad, a la extraordinaria superstición (ya que el lago está poblado de toda clase de espíritus) o a algo más serio”[700].

Para mal de males, Kabila no aparecía, los guerrilleros locales eran indisciplinados, lo miraban con desconfianza, incurrían en brujerías, practicaban ritos tribales y, además, el Che tenía grandes dificultades para comunicarse, dado su desconocimiento de los dialectos autóctonos. A todo esto, ante un clima hostil y antihigiénico, Guevara mantuvo su habitual rutina de no bañarse: a poco andar, se desplomó víctima de un feroz ataque de paludismo.

En medio de tantas rarezas e infortunios, el incansable turista argentino devenido en revolucionario en el exilio seguía sin permiso para intervenir en combate y distraía su abundante tiempo libre jugando al ajedrez: “teníamos que hacer algo para evitar un ocio absoluto”[701] anotó el Che. En tanto que Kabila seguía sin aparecer y ni siquiera le contestaba sus cartas o lo hacía de manera dilatoria e imprecisa: “Todos los días teníamos el mismo canto matinal… Kabila no llegó hoy, pero mañana sin falta, o pasado mañana…Ha anunciado su ingreso en reiteradas oportunidades y nunca lo ha hecho; la desorganización es total” anotó Guevara y sobre la persona de Kabila agregó: “deja pasar los días sin interesarse por otra cosa que las discusiones políticas. Además, todo apunta a que es un adicto al alcohol y a las mujeres”[702].

Preso de la impaciencia y la confusión, el Che se había vuelto más intransigente que nunca. En una de las tantas partidas de ajedrez que usaba para matar el extenso tiempo disponible, fue vencido por el camarada Dogna y cuando éste último se negó a concederle la revancha, Guevara amenazó con matarlo[703]. ¿Había viajado tantos

kilómetros tan solo para disputar juegos de mesa?

El estado anímico del Che se advertía en cada una de sus anotaciones: "La característica del Ejército Popular de Liberación era la de un ejército parásito, no trabajaba, no se entrenaba, no luchaba, exigía de la población abastecimiento y trabajo, a veces con dureza extrema…De no cambiar el orden de cosas existente, la revolución congoleña estaba irremisiblemente condenada al fracaso"[704]. No había sincronización alguna y la falta de simpatía entre el Che y los africanos era absoluta: "no solamente se podía percibir en él una cierta arrogancia, sino también trazos de racismo"[705] anotó Frank Niess.

Finalmente, el Che y Kabila convinieron (por vía epistolar, porque este último seguía sin apersonarse) efectuar un ataque a la planta hidroeléctrica Front de Force, protegida por centenares de soldados y situada a unos 40 km del campamento cubano. El ataque se programó para fines de junio. Ya habían sobrados indicios de que la operación iba a malograr. Días antes, el sargento Torres, alias Nane, llevó consigo algunos expedicionarios autóctonos para espiar el lugar donde se llevaría a cabo el atentado. A dos días de marcha, recuerda Nane: "Los congoleños estaban muertos de miedo cuando descubrieron a los centinelas. Huyeron corriendo, repitiendo ´ ¡Askari Tshombé!´ (los soldados de Tshombé)"[706].

Finalmente, la operación se llevó adelante con 40 guerrilleros cubanos y 160 ruandeses: el ataque a Front de Force fue la más importante de las pocas operaciones militares en la que a los cubanos se les permitirán participar.

Como saldo, las tropas rebeldes padecieron veintidós muertos (cuatro de ellos cubanos) y unos sesenta heridos. El Che resume el episodio como una "desbandada completa" y anota en su diario que "de los ciento sesenta congoleños, sesenta habían desertado antes de comenzar el combate y muchos no llegaron a disparar tiro alguno a

la hora convenida. Abrieron fuego contra el cuartel tirando al aire casi siempre, pues la mayoría de los combatientes cerraban los ojos y oprimían el disparador del arma automática hasta que se acababa el parque. El enemigo respondió con un fuego certero de mortero 60, causando varias bajas y provocando la desbandada instantánea. En el primer momento fue atribuida la derrota a que el brujo era ineficiente y había dado un dawa malo…el brujo se las vio negras y fue sustituido; el mayor trabajo del comandante Calixto, jefe de esa agrupación, fue buscar un nuevo ´mubanda´ (brujo)”[707].

Ante tantas malas noticias, Guevara padeció además el clamor de varios miembros de su tropa que le planteaban formalmente su deseo de volver a Cuba. El Che fue perdiendo paulatinamente los estribos y su severidad en el mando fue tornándose cada vez más áspera y exigente de altas dosis de sacrificio. Pero además de la paliza militar acontecida, a partir de ese combate se dio a conocer la presencia cubana en África.

No obstante, Guevara siempre se las rebuscaba para escapar de la realidad y proseguía con su fantasía del “hombre nuevo”, y la falta de tales especímenes fue el argumento que utilizó como excusa para justificarse ante Fidel mediante una carta sobre este otro fracaso suyo: “Puedo asegurarte que si no fuera por mí, este bello sueño se desintegraría en medio de la catástrofe general…hay que tener realmente el espíritu bien templado para aguantar las cosas que suceden aquí; no se trata de hombres buenos, aquí hacen falta superhombres”[708].

Esta apelación obsesiva al hombre de acero, según el agudo prisma de Díaz Araujo, obedecía a que “Guevara era aristócrata, antes que aristocratizante. Y, por más marxista que hubiera sido, nunca se apeó de su rango social. Nobleza obliga. Él, descendiente de virreyes, se sentía más obligado a emprender la aventura (ahora denominada internacionalismo proletario) que cualquier patán del común. Ahí está la clave de las exigencias y rigorismos con su propia

persona (hombre nuevo), cuya interpretación desvela a los especialistas. Él trasvasó dos de sus categorías vitales: el aristócrata lo transformó en el hombre nuevo y el aventurero en el internacionalista”[709].

La cuestión es que el “hombre nuevo” nunca apareció, pero el que sí se apersonó fue el escurridizo Kabila, quien el 7 de julio, acompañado por sus lugartenientes, varias cajas de whisky y una grotesca escolta de mulatas guineanas, al fin mostró su rostro. Al llegar el esperado cabecilla, Guevara no dejó de anotar su asombro ante el manejo político de Kabila y la sumisa actitud de los africanos: “Hizo hablar a los campesinos, dando respuestas rápidas y que satisfacían a la gente. Todo acabó con una pequeña pachanga bailada por los mismos participantes al son de una música cuyo estribillo cantado era ´Kabila va, Kabila eh´”[710].

Para levantar la alicaída moral de las tropas, el Che propuso lanzarse a operaciones de menor tenor en lugar de efectuar ataques rimbombantes: “Los informes indicaban que por la ruta hacia Albertville pasaba sin custodia un camión cada dos días y se fijó ese objetivo sencillo como parte del entrenamiento. Cincuenta hombres atacaron al camión. Con un bazucazo se abrió el fuego, paralizando el vehículo y luego durante varios minutos dispararon acribillando a balazos a los dos conductores, de los que sólo uno portaba armas. Se trataba de un transporte de alimentos y bebidas. Al iniciarse el fuego contra el indefenso camión, los guerrilleros ruandeses disparaban retrocediendo y por ese descontrol una bala perdida hirió a un cubano en la mano, arrancándole un dedo” anotó Guevara en su diario, agregando que “el capitán Zacarías, cuando se enteró de la herida provocada por la ráfaga de un FM, la examinó y dictaminó que se perderían dos dedos, resolviendo aplicarle al culpable la ley del Talión; allí mismo sacó un cuchillo y le hubiera cortado la extremidad al pobre diablo si no fuera por la intervención de Mbili, quien con mucho tacto logró que se lo perdonara”[711]. Pero “La tragicomedia de esta emboscada no acaba aquí” escribe el Che y agrega: “En el

camión había cerveza y whisky. Martínez Tamayo trató de hacer cargar los comestibles y destruir la bebida, pero imposible; a las pocas horas todos los combatientes ruandeses estaban borrachos ante la mirada de los cubanos, a los que no se les permitía beber”[712].

Es verdad que el Che estaba en un ambiente exótico, primitivo, supersticioso, con usos y costumbres totalmente ajenos a la cultura occidental. ¿Acaso no se ocupó Guevara de averiguar estos “detalles domésticos” antes de lanzarse a su aventura en tan singular paisaje? ¿Tan ligeramente decidía ir a hacer la guerra a cualquier lugar del planeta sin tomar el más mínimo recaudo ni conocimiento del estado de situación? Esto ratifica nuevamente su condición de trotamundos aficionado y de pésimo estratega militar. Hasta Frank Niess da cuenta de que Guevara “no había calculado las consecuencias y no había tenido en cuenta las circunstancias étnicas, culturales y políticas, que eran muy diferentes a las que él conocía”[713].

En medio de las pujas y desinteligencias entre cubanos, ruandeses y congoleños, llegó otro grupo de estudiantes congoleños entrenados en China y Bulgaria, quienes comenzaron su valiente “bautismo de fuego” reclamando quince días de vacaciones[714]. El Che escribirá en su cuaderno: “El trabajo organizativo es casi nulo, debido a que los cuadros medios no trabajan; no saben hacerlo, además. La indisciplina y la falta de espíritu de sacrificio son las características predominantes de todas estas tropas guerrilleras. Naturalmente, con esas tropas, no se gana una guerra”[715] y en carta escrita a Fidel resumirá: “no podemos liberar solos a un país que no quiere luchar”[716].

Todo era un caos, a lo que se sumó un paludismo desgastante y la gastroenteritis de la que ni Guevara ni sus hombres se libraron. Las diarreas duraron más de un mes, provocando pérdidas de peso y fuerzas: “más de treinta defecaciones en veinticuatro horas”[717] contabilizó meticulosamente Guevara en su diario.

Y si el Dawa no servía para amortiguar las balas enemigas, tampoco eran de mucha utilidad las trincheras: “por algún temor supersticioso, los soldados congoleses rehúyen meterse en huecos cavados por ellos mismos y no fabrican ninguna defensa sólida para resistir los ataques”[718] volvió a lamentar un Ernesto Guevara de la Serna que no terminaba de perder la capacidad de asombro. Pero el Che no era el único cubano desorientado: “Nosotros no entendíamos que cojones estábamos haciendo allí”[719] confesó el guerrillero Emilio Aragonés.

Para mal de males, Fidel Castro le asestó a Guevara un golpe fulminante. El día tres de octubre de 1965, desde la Habana el dictador dio a conocer públicamente el texto completo de la citada misiva de despedida que el Che oportunamente le entregara a su jefe, pero para que fuera leída en caso de su muerte (en la cual el Che renunciaba a todo, incluso a la ciudadanía cubana). Muchos alegaron que esta lectura apurada fue una jugada de Fidel para deslindar a Cuba de toda responsabilidad en cuanto a las aventuras del Che en el Congo y de paso, sacárselo definitivamente de encima.

Guevara, al enterarse, no pudo ocultar su pesar contra Fidel y anotó: “Esta carta debía ser leída después de mi muerte. No es divertido que te entierren vivo”[720] y remató: “Intencionalmente o no, (Fidel) me desapareció del ámbito internacional”[721]. Dariel Alarcón (Benigno) recuerda: “yo estaba con Guevara en el Congo cuando Fidel hizo pública una carta en la que el Che renunciaba a cualquier puesto y a la nacionalidad cubana. El Che comenzó a dar patadas a la radio mientras gritaba: ´ ¡mirad a dónde lleva el culto a la personalidad!´”[722].

Según el Che, la lectura de la carta trajo graves consecuencias en las relaciones de él mismo con sus subordinados: “provocó que los compañeros vieran en mí, como hace muchos años, cuando empecé en la sierra, un extranjero en contacto con cubanos; en aquel momento, el que estaba de llegada; ahora el que estaba de

despedida. La carta que provocó tantos comentarios gloriosos en Cuba, y fuera de Cuba, me separaba de los combatientes”[723]. El descrédito en el que cayó Guevara tras conocerse la misiva potenció las deserciones y las ansias de los cubanos por abandonar la lucha y regresar: “Quedaba atrás la época romántica en que se amenazaba a los indisciplinados con enviarlos de vuelta a Cuba; si lo hubiera hecho ahora quedaba reducido a la mitad de los actuales efectivos, con buena suerte…había rumores de que varios iban a plantear formalmente abandonar el Congo”[724] escribió un aturdido Che, cuyo liderazgo quedaba reducido a la mínima expresión.

Aparejadamente, Castro anunciaba la composición del Partido Comunista sin que el Che tuviera parte, ni influencia, ni opinión en su composición, ni tampoco pudiendo colocar en sus cargos a gente de su entorno.

En tanto, en el Congo se produjeron algunas escaramuzas que siguieron provocando sucesivas bajas en las tropas rebeldes y acabaron por agotar la paciencia de los expedicionarios. Ya nadie quería pelear y los cubanos incrementaban sus deseos y reclamos de retirarse: “La actitud de nuestros hombres fue más que mala” escribió el Che, y sumó “estaban pensando simplemente en salvar la vida, igual que los congoleses”[725].

Llovía todos los días, la aviación los acechaba, la moral de la tropa estaba por el subsuelo y en las sucesivas desbandadas habían perdido armamento y estaban cercados. El escritor cubano Enrique Ros, uno de los biógrafos más críticos del Che, resume que en el Congo “A Guevara le había fallado Castro; le había fallado Kaliba; le habían fallado los congoleses que los rodeaban. Sólo le quedaba, como remota esperanza Mulele, el poco confiable insurgente que respondía a los intereses de la China de Mao. Fue una vana ilusión. No tenía Guevara posibilidad alguna de hacer contacto con el distante Mulele”[726] (quien además tenía su base de operaciones en la otra punta del exótico y peligroso país).

En medio de la desesperación, Guevara lanzó uno de sus últimos disparates, el cual consistía en recorrer el Congo de cabo a rabo, de Este a Oeste, para intentar llegar a la zona donde el citado dirigente Pierre Mulele (antiguo ministro del ex mandatario del Congo Patrice Lumumba, asesinado en 1961) mantenía a un grupo de insurgentes y a algunos refuerzos en la región del Kasai, en torno a la ciudad de Leopoldville (capital del Congo).

La empresa comprendía atravesar más de mil quinientos kilómetros a pie, por territorio desconocido y en el corazón de la selva ecuatorial. Pero ante tamaño desvarío "casi nadie estaba dispuesto a seguir luchando"[727] escribió un deslucido Ernesto Guevara, quien a la vez reflexionaba: "¿quién era yo ahora? Me daba la impresión de que, después de mi carta de despedida a Fidel, los compañeros empezaban a verme como un hombre de otras latitudes" y remató: "pasé las últimas horas, solitario y perplejo"[728].

Salvo los cansados cubanos, nadie reparaba en Guevara y así lo recuerda Mafú, teniente del ejército cubano: "Ya los ruandeses habían abandonado la lucha, nos quedaban sólo los congoleños y el Che me dice: ´Si no podemos cruzar el lago Tanganica, tú con tu grupo (que estaba compuesto por trece compañeros cubanos más diez o doce congoleños) te vas a alzar en las montañas y tratas de subsistir; igual vamos a hacer nosotros. Te alzas, organizas una guerrilla, empiezas a golpear al enemigo como tú sabes; posteriormente, si eso da éxito, vamos a hacer la revolución en el Congo´. Esto fue como a las cinco de la tarde y ya a las siete de la noche me mandó a buscar y me dijo: ´No hay tal guerrilla; el Movimiento de Liberación decidió que los cubanos abandonen la lucha y se dirijan a Tanzania, porque esto no da más´"[729].

La verdad era que no existió nunca el menor ímpetu revolucionario en el Congo (otro "detalle" que el Che no advirtió antes de emprender su quijotada), pues él mismo anotó: "Nosotros no podemos liberar

con nuestro propio esfuerzo a un país que no está dispuesto a luchar”[730] y puso de manifiesto la total indiferencia de los africanos para con él: “Las últimas horas que pasé en el Congo me sentí completamente solo, como nunca me había sentido”[731].

El Comandante Ernesto Che Guevara, superado otra vez por la realidad, decidió entonces emprender la retirada.

## La Historia de un Fracaso

Para huir, Guevara y los suyos debían cruzar el lago Tanganica, que los conduciría hasta Tanzania. En el barco llevó a los cubanos pero dejó “plantados” a los soldados rebeldes congoleños que, aunque de modo deficiente, habían decidido pelear a su lado. Recuerda el guerrillero Dreke el indecoroso episodio: “La evacuación había que hacerla en medio de una gran cantidad de congoleses guerrilleros y de una gran cantidad de civiles, que se habían concentrado allí, huyendo ante el avance de los belgas, que venían arrasando. Era un espectáculo impresionante, porque en toda aquella multitud había heridos, enfermos, mujeres y niños, gente que huía. Hacían falta unos cuantos barcos para sacar a todos, pero esos barcos no existían”[732]. Entonces para distraer la situación, Guevara envió a los congoleños a “patrullar zonas”, mientras él preparaba la fuga con su gente: “Nuestra retirada era una simple huida y, peor, éramos cómplices del engaño con que se dejaba a la gente en tierra”[733]. Pero algunos de los congoleños advirtieron la treta y se apersonaron para intentar ser parte de esa tripulación que huía de manera tan deshonrosa: “un espectáculo doloroso, plañidero y sin gloria: debía rechazar a hombres que pedían con acento suplicante que los llevaran; no hubo un solo rasgo de grandeza en esa retirada”[734] sinceró Guevara.

Pero no sólo la retirada como tal tuvo aspectos tan poco elogiables; además, el tránsito por el lago en ese mes de noviembre encerró otros

atributos bastante impresentables: en varias ocasiones, al deambular por las pistas que comunicaban a un pueblo con otro, el Che recibió amenazas de flotas aéreas, sin jamás correr peligro. El contingente cubano pudo huir indemne cuando estaban cercados. Y no son pocas las voces que confirman que los aviones de la CIA *ex profeso* hicieron la vista gorda para no hundir a Guevara y los suyos. ¿El motivo?, pues en ese mismo momento se estaba llevando a cabo entre Estados Unidos y Cuba un acuerdo migratorio (negociado a través del embajador suizo en La Habana), el cual previó la salida, durante varios meses, de decenas de miles de cubanos deseosos de abandonar la isla. A lo largo del primer año de vigencia, más de 45 mil cubanos se acogieron a sus disposiciones emigrando a Florida.

¿Cómo y por qué salió el Che del Congo?: "eran muchos los aspectos negociables en las relaciones entre Cuba y los EEUU, y uno de ellos pudo haber sido la supervivencia del Che a cambio de alguna pretensión de Washington, como pudo haber sucedido en la sorprendente huida de Guevara y sus cubanos en el Congo, cuando los aviones y las cañoneras enemigas no dispararon probablemente para no perturbar el acuerdo por el que Castro permitiría la salida de la isla a muchos de los que desearan hacerlo"[735] sostiene O'Donnell, en su apología dedicada al Che.

De manera tal que todo indica que Guevara, en el fracaso del Congo, sobrevivió por voluntad de sus adversarios y no por mérito propio: "Se veían las luces de las lanchas (enemigas). La travesía duró mucho, hasta aclarando el día. Todo el mundo con los fusiles en las manos. Se levantó la neblina como a las seis de la mañana. Vimos una primera avioneta. Vimos las lanchas abriéndose como en una envoltura. Yo pensaba que nos iban a joder en el lago. No se acercaron. Nos fueron custodiando hasta Kigona"[736] detalla el guerrillero Dreke.

Toda la estrategia del Che en el Congo no dejó desastre por practicar. Ni siquiera en la retirada, en la que abandonó

deliberadamente a camaradas de armas y luego habría salvado su vida por designio de la CIA tras un acuerdo ajeno a su incumbencia. El Che era consciente de su acumulado repertorio de fiascos y aseveró en su diario: “Personalmente, tenía la moral terriblemente deprimida; me sentía culpable de aquel desastre por imprevisión y debilidad”[737].

Un derrotado y cabizbajo Ernesto Guevara se dirigió a Dar-Es-Salaam y se encerró en la embajada de Cuba, en donde el embajador Rivalta dispuso de uno de los ambientes de la legación para que se recluyera y recuperara. Se instaló allí unos tres meses, anotando reflexiones que ponían de manifiesto su crisis personal: “Quise aplicar coerciones morales y fracasé. Traté de que mi tropa tuviera el mismo punto de vista que yo sobre la situación, y fracasé…No me animé a exigir el sacrificio máximo en el momento decisivo. Fue una traba interior, psíquica” y terminantemente concluyó: “Habíamos ido a cubanizar a los congoleños y, en cambio son los congoleños los que nos han congolizado”[738].

En verdad, la angustia de Guevara no se reducía solo a la frustración en el Congo, sino que era el prolegómeno de un cúmulo de quebrantos personales que comenzaron en el momento mismo en el que se produjo la revolución de 1959 en Cuba. Y motivos no le faltaban al Che para sentir tamaña congoja anímica. Fracasó en su primer matrimonio. Su segundo matrimonio se había caracterizado por su ausencia y él mismo había confesado que sus hijos casi ni le conocían. Tanto como presidente del Banco Nacional de Cuba como capitaneando el Ministerio de Industrias, llevó adelante gestiones vergonzosas. También fue un fiasco su proyecto de derrocar al presidente Illia en Argentina. Pujó para recostar a Cuba sobre la URSS, para finalmente acabar peleándose con los soviéticos. Tardíamente, pretendió seducir a los chinos en su aventura africana y estos le negaron apoyo militar. Castro, en Cuba, terminaba de confinarlo tras leer anticipadamente su carta de despedida. La única mujer importante en su vida, Celia, su madre, acababa de morir sin que él hubiese podido expresar el menor gesto afectivo; y, como

corolario, se sumaba su frustración en África: esta aventura en el continente negro que fue prevista para durar cinco años y acabó siendo un papelón de siete meses, en cuyo lapso la actividad central del Che fue jugar al ajedrez.

En el diario del viaje al Congo, Ernesto Guevara comienza su relato diciendo: “Esta es la historia de un fracaso”. ¿Acaso no era esa la historia de su vida?

# CAPÍTULO XIV: SUICIDIO EN BOLIVIA

## Regreso sin gloria

Harto de tener por paradero un Estado tribal, un Guevara con los rasgos disfrazados (sin barba, pelo corto, prótesis maxilar para deformar fisonomías bucales y pasaporte a nombre de "Raúl Vázquez Rojas"), logró ser trasladado el 28 de diciembre de 1965 y alojado en una suntuosa casa en Praga, capital de Checoslovaquia, país en el que imperaba el sistema comunista, pero cuya civilización era poseedora de costumbres europeas y mejores comodidades.

En ese momento Ernesto Guevara era la representación más acabada del no ser: se lo conocía como el "Che" pero se lo llamaba "Tatú". Había sido nacionalizado cubano pero acababa de ser renunciado por Fidel a dicha nacionalidad. Su nombre real era Ernesto Guevara de la Serna y su lugar de nacimiento la Argentina, pero según su próximo pasaporte se llamaría "Ramón Benítez" y sería uruguayo. Se lo suponía un comandante guerrillero pero no tenía guerrilla que comandar. Se identificaba con su combativo look agreste y ahora lucía como un intrascendente oficinista.

El ensayista argentino Juan Bautista Yofre, quien además de periodista avezado en menesteres como los que estamos desarrollando es un conocido melómano, rescata la anécdota de que Guevara ocupaba parte de su tiempo en Praga descubriendo y escuchando continuamente a *The Beatles* (que estaban prohibidos en Cuba)[739], puntualmente el disco *Rubber Soul*, álbum que contiene justamente la emblemática canción *Nowhere Man* (hombre de ningún lugar) cuya letra, teniendo en cuenta el momento personal que él estaba atravesando, tiene un contenido digno para que un buen psicólogo se haga una panzada:

“Él es un hombre de verdad en ninguna parte,
Sentado en su tierra de ninguna parte,
Haciendo todos sus planes de ninguna parte
Para nadie. No tiene un punto de vista,
No sabe adónde va,
¿No es un poco como tú y yo?
Tómate tu tiempo, no te apresures,
Deja todo hasta que alguien
Te dé una mano”

Cuatro meses más pasará el Che en Praga haciendo catarsis y tratando de recomponerse de su enorme agujero interior. Y para sumar desencantos, el contrariado huésped pudo comprobar lo muy poco atractivo de la vida cotidiana del socialismo avanzado en Europa del Este: “Todo aquí es aburrido, gris y sin vida. Esto no es un socialismo sino su fracaso. Praga entera es como una sala del Titanic”[740] rezongó.

Pero por angustia que lo afligiera y depresión que lo aquejara, con su connatural voluntarismo irreflexivo, el Che Guevara desde Praga comenzó a pergeñar un remozado intento de turismo-aventura, consistente en instalar otro foco guerrillero, ahora en Bolivia…

Sus espejismos no tenían limitaciones: declarándose virtualmente expulsado de Cuba, el Che pretendía, sin moverse de Checoslovaquia, preparar a una guerrilla que se entrenaría en Cuba, para posteriormente encontrarse con ella en Bolivia.

Y si bien Castro ya había destruido políticamente a su “amigo”, al enterarse de que éste trotamundos incurable buscaba dar curso a tamaña empresa, intentó convencerlo de que al menos regresara a Cuba, para desde allí preparar las milicias que eventualmente irían a combatir a Bolivia. Fidel intentaría de este modo, darle a su “camarada” un salvavidas más (¿salvavidas de plomo?) y para tal fin, envió emisarios a Praga en el afán de persuadir al Che de que preparar una expedición guerrillera a distancia era un disparate y se

le ofrecía regresar a Cuba para organizarla desde allí. Incluso, el texto de la siguiente carta escrita por Fidel y dirigida al Che clamando su regreso, habría sido el elemento persuasivo más determinante: “Tengo muy en cuenta que tú eres particularmente renuente a considerar cualquier alternativa que incluye poner ahora un pie en Cuba (…) Eso, sin embargo, analizado fría y objetivamente, obstaculiza tus propósitos; algo peor, los pone en riesgo (…) Tu estancia en el llamado punto intermedio (Praga) aumenta los riesgos; dificulta extraordinariamente las tareas prácticas a realizar; lejos de acelerar, retrasa la realización de los planes y te somete, además, a una espera innecesariamente angustiosa, incierta, impaciente. Y todo eso, ¿por qué y para qué? No media ninguna cuestión de principios, de honor o de moral revolucionaria que te impida hacer un uso eficaz y cabal de las facilidades con que realmente puedes contar para cumplir tus objetivos”[741] (3 de junio de 1966).

Además, con el Che en Cuba, Fidel se garantizaba conocer y controlar un poco más de cerca los alcances de este alocado experimento. Entre comisionados que iban y venían, mensajes, contra-mensajes y vacilaciones, Guevara al fin accede y retorna a Cuba, es decir a su ex patria.

Para el silencioso regreso, el Che viajó e ingresó en la isla con el rostro y fisonomías totalmente transformadas y pasaporte a nombre del precitado “Ramón Benítez”, hipotético hombre de negocios del Uruguay. Su mutación y camuflaje estaban tan bien logrados, que Guevara hasta se dio el lujo de portar una profusa calvicie artificial, escoltada por un pelo entrecano y llamativos anteojos, los cuales le brindaban una apariencia física que lo hacía pasar por un hombre 20 años mayor que su edad real. Esto le permitió al infatigable trashumante desfilar inadvertido en los distintos aeropuertos recorridos para su retorno.

Una vez de regreso en la tierra de José Martí, comenzó a preparar su desventura final.

## El apoyo que no fue

¿Por qué Castro, definitivamente enrolado con los soviéticos, aprobaría una misión guerrillera en Bolivia? Interesa rescatar la reflexión de Kalfon: "Sea cual fuere el final de la operación boliviana, supondría pocos riesgos para Castro. Si tiene éxito, ¡estupendo!, le correspondía la mayor parte de la gloria y algunas Cubas más en el continente americano…Si es un fracaso, le bastará lamentarlo con vehemencia, recalcando que su responsabilidad nunca estuvo realmente comprometida en esa aventura personal del camarada Guevara que, como se sabe, rompió todo vínculo oficial con Cuba"[742].

Con el mencionado camuflaje y en el más estricto secreto de Estado, el Che destinó tres meses (entre julio y octubre de 1966) a llevar una hermética vida de riguroso entrenamiento junto a una quincena de guerrilleros meticulosamente seleccionados. El régimen de entrenamiento impuesto por Guevara será demoledor para la tropa: madrugar a las 5 de la mañana, de 6 a 11, ejercicios de tiro y desde el mediodía hasta las 6 de la tarde, agotadoras caminatas con mochilas de más de veinte kilos de peso a la espalda.

¿Con 15 guerrilleros pensaba el Che hacerle un golpe de Estado en Bolivia al carismático presidente René Barrientos, que acababa de ser elegido por voto popular en julio de 1966 con el 66% de los sufragios?

Pero el Che suponía que en Bolivia iba a contar con un consistente apoyo local y aquí comienza uno de los melodramas y enredos más turbios de esta infeliz historia: Castro le dice al Che que en Bolivia se contaba con el apoyo del Partido Comunista de Bolivia (PCB), a la sazón, capitaneado por el dirigente Mario Monje. Pero, como se sabe, los partidos comunistas de América Latina dependían de la URSS y tenían por política no apoyar a los movimientos

guerrilleros marxistas en la región (mucho menos si los encabezaba Guevara).

Sin embargo, Castro le dio a entender a Monje que Guevara no pretendía quedarse en Bolivia, sino ir a pelear a la Argentina y que Bolivia sería tan solo una zona de tránsito para arribar a su país de origen. Lo que se le pidió a Monje, entonces, fue apoyo o facilidades para llevar adelante el traspaso de Guevara y su guerrilla de un país al otro. En estos términos, Monje aceptó facilitar ese camino, con lo cual no estaba violando de manera abierta las directivas soviéticas y al mismo tiempo conservaba buenas relaciones con Castro. Vale decir, Monje no fue informado de que el verdadero objetivo del Che era instalarse en Bolivia y afianzar su guerrilla allí mismo. Aquí se le tendió una trampa a Monje. Pero la trampa fue extendida por Castro al propio Guevara, puesto que el Che (quien no sabía que a Monje se le habían dicho las cosas a medias) "tenía entendido" que contaba con la retaguardia provista por el PCB, a la vez que se le sumarían combatientes de ese partido. El gran titiritero de este engañoso esquema, naturalmente, fue el astuto dictador cubano.

Lo que sí le constaba a Guevara fehacientemente, es que contaría con la ayuda de un puñado de marxistas bolivianos que no simpatizaban con el PCB. Entre estos últimos, los más destacados fueron los hermanos Guido Inti y Roberto Coco Peredo, anexándose también algunos sectores "pro chinos" de la izquierda boliviana. Aun con esta insuficiente estructura, el Che creía que podía dar un golpe de Estado al presidente Barrientos, puesto que fantaseaba con sumar el apoyo de todo el campesinado mediante el contagio de puebladas sucesivas.

Como sabemos, Guevara creía en el foquismo guerrillero a rajatabla y, por entonces, esta tesis era apoyada por los influyentes escritos del joven intelectual francés Régis Debray, quien gozaba de prestigio en vastos ambientes comunistas de la época. Por entonces, Debray había publicado un cuadernillo titulado *¿Revolución en la Revolución?*, el cual sostenía, en consonancia con el Che, que

bastaba abrir un foco guerrillero para que la multitud desposeída, por generación espontánea, se sumara y lo acompañara. Por ende, la revolución comunista sería inexorable. Una teoría irracional, sin dudas, pero en la cual mucha gente creía en aquellos tiempos, merced al mito exportado por Cuba respecto de su propia revolución de 1959. Incluso, el teórico parisino participó fugazmente de la guerrilla boliviana junto al Che a partir de marzo de 1967 y pudo comprobar en persona los verdaderos alcances de su absurda conjetura.

Es en este contexto en el cual Ernesto Guevara arribará a la capital de Bolivia por segunda vez: 13 años atrás lo había hecho en calidad de ignoto mochilero, pero ahora regresaba con su fama mundial a cuestas, aunque de manera clandestina, silenciosa, camuflada, con intensa experiencia de vida y utilizando por nombre de guerra “Ramón”.

El lugar escogido para instalarse en la selva boliviana sería una extensa granja de 220 hectáreas en la zona de Ñancahuazú, al sur del país, casi limitando con el norte argentino. El guerrillero Coco Peredo fue el encargado de comprar el predio y preparar el aterrizaje de los contingentes entrenados en Cuba.

Pero Ñancahuazú era una zona inhabitada y con características geográficas pésimas para alcanzar los fines propuestos: casi no había población, faltaban comunicaciones, no abundaba la vegetación, ni la fauna y ni tampoco el agua, recursos imprescindibles para que una guerrilla tenga ciertas expectativas de supervivencia. Pero Guevara, siempre marchando paralelo a la realidad, de manera exultante se entusiasmó con el lugar debido a la cercanía existente con la frontera de su país natal, que era en suma el objetivo al cual él fantaseaba trasladar la guerrilla luego de triunfar en Bolivia.

Los invasores comenzaron a llegar en grupos de dos o tres personas, con pasaporte y documentos falsos y haciendo escala en diferentes países.

Tras avizorar algunos movimientos extraños (como la llegada de colaboradores del Che) y al tomar nota de que seguidamente arribó a Bolivia Régis Debray con tres amigos, a Mario Monje se le prendió la luz de alarma y olfateando el engaño al que estaba siendo sometido interpeló a dos guerrilleros del contingente: "¿Qué está haciendo Régis Debray en Bolivia? Ustedes lo conocen, pero nosotros no tenemos ningún contacto con él. Él ha venido a que ustedes comiencen la lucha guerrillera…ustedes están queriendo desarrollar la lucha guerrillera aquí y el compromiso no lo están cumpliendo"[743].

Tal como era previsible, cuando ya estaban todos instalados, el primer obstáculo con el que el Che se encontró fue con la resistencia de Monje y el PCB. En principio, Monje intentó mantener una postura acrobática, obedeciendo por un lado los lineamientos moscovitas y al mismo tiempo manifestando su solidaridad con quienes utilizaban las armas para alentar la revolución. Pero tamaño contorsionismo político no podía sostenerse mucho tiempo.

El encuentro entre Monje y Guevara se produjo el 31 de diciembre de 1966 y se desarrolló en términos nada amistosos. Allí, Monje puso sobre la mesa tres exigencias concretas: 1) Él, en persona, estaría dispuesto a dimitir a su cargo de secretario del Partido Comunista de Bolivia para unirse a la guerrilla. 2) Que la guerrilla debía estar bajo el mando de Monje, puesto que se desarrollaría en territorio boliviano y era inaceptable que la dirigiera un extranjero. 3) Que, en este marco, se ofrecería para convencer a los demás partidos comunistas para que se unieran y apoyaran el foco insurreccional. Guevara contesta que acepta los puntos 1 y 3, pero el punto 2 no es negociable y él será el conductor de la guerrilla, a lo cual arremete: "Bueno, Monje, ha llegado la hora que tanto esperábamos y a ti te toca jugar un gran papel en esta historia: serás el segundo jefe de la guerrilla y el jefe político; siempre aparecerás ante tu pueblo como el jefe. Firmarás todos los comunicados en nombre de nosotros, pero siempre cumpliendo instrucciones mías".

Monje: "Mira, Che, yo no permito que ningún extranjero mande

la lucha armada en mi patria, si fuera en otro país nomás iría contigo para aunque sea cargarte la mochila”.

El Che: “Monje, tú sabes que yo considero a Fidel mi maestro y si yo me encontrara en la Argentina y Fidel llegara, inmediatamente me subordinaría a él porque sé que sabe más que yo. En esas condiciones tú te encuentras hoy aquí. Tú sabes que la revolución cubana me ha dado a mí unos conocimientos que tú no tienes. Cuando esta noticia salga al extranjero y digan que aquí están el Che Guevara y Mario Monje, nadie va a creer que Mario Monje está conduciendo al Che Guevara”[744].

Monje concluyó con una sentencia demoledora muy similar a la que Nasser le hizo a Guevara antes de su partida hacia el Congo: “Cuando el pueblo sepa que esta guerrilla está dirigida por un extranjero, le volverá la espalda, le negará su apoyo. Estoy seguro de que fracasará porque no la dirigirá un boliviano sino un extranjero. Ustedes morirán muy heroicamente, pero no tienen perspectiva de triunfo”[745]. Guevara sostendrá luego que Monje exigió tamaños requisitos para no arribar a ningún acuerdo concreto: “Mi impresión es que…se aferró a ese punto para forzar la ruptura” anotó, aunque el Che no se enfadó con Monje, pues reconoció: “Sí, en cierto modo, le hemos engañado”[746].

¿A qué se redujo el apoyo de Monje y su partido hacia el Che y sus expedicionarios? Esta respuesta la contesta el guerrillero Pombo (que peleó con Guevara en Bolivia), en entrevista concedida al *Inter Press Service*, efectuada en 1968 en Chile, a poco de escapar de Bolivia:

“-¿No tenían ustedes el apoyo del PCB?

-Teníamos su apoyo moral.

-¿Dé qué les servía?

-De nada”[747].

Entre otras cosas, Monje no quería verse enredado con Guevara y su aventura golpista, pues temía que su partido fuese declarado ilegal

ante eventuales sospechas de vinculaciones del PCB con la insurgencia en la selva (cosa que finalmente ocurrió, como medida precautoria, el 14 de abril de 1967).

Para paliar esta falta de apoyo, Guevara ya había intentado conseguir refuerzos de contactos provenientes de su país natal y el 2 de enero le había encomendado a la guerrillera argentina Tamara Bunke (agente comunista adiestrada en Alemania oriental), cuyo nombre de guerra era Tania, viajar a Buenos Aires para convocar a los argentinos Roberto Ciro Bustos (quien ya había luchado junto a Masetti en Salta) y a Eduardo Jozami, un joven activista que acababa de romper con el Partido Comunista de Argentina.

El plan de Guevara consistía en que una vez que Ñancahuazú estuviese bien aprovisionada, los guerrilleros se dirigirían hacia el norte, cruzando el río Grande, y dominando la zona de Samaipata y Vallegrande, para amenazar desde allí a las ciudades de Cochabamba (al oeste) y Santa Cruz (al este). Instalados en ese lugar, al que llegarían escondiendo armas por todo el camino, se iba a establecer la segunda base, junto a las laderas orientales. Inexorablemente, fantaseaba Guevara, se irían incorporando a la guerrilla sectores campesinos y mineros, seducidos por los continuos éxitos militares que obtendría el contingente mediante combates sucesivos. El Che sostenía que, a mediados de 1969, las condiciones ya estarían dadas para poder ingresar al fin en territorio argentino[748].

Pero ocurrió que además del drama que significaba el paupérrimo apoyo local, recién a poco de recorrer la zona apreció Guevara que las condiciones geográficas eran mucho peores a lo imaginado: el periplo que inicialmente había sido previsto para durar 25 días, se prolongó por 50 jornadas desgastantes. Vegetación espinosa; mosquitos e insectos varios; fauna infértil; lluvias y ríos crecidos, conformaron un escenario negativamente distinto al que el Che había conocido en Sierra Maestra. Los guerrilleros se vieron obligados a abrirse paso

con machete; las botas se tornaron no aptas para el terreno; el hambre y la sed agobiaban; la moral de la tropa no tardó en resentirse y afloraron los internismos y tensiones en el seno mismo del pequeño contingente: “Los hombres están agotados. Leonardo Tamayo fiebre, Alarcón con hinchazón en los ganglios. Y no puedo comer”[749] anotó el guerrillero Pacho (Alberto Fernández Montes de Oca) en su diario, dando la impresión de que se trataba de un grupúsculo que estaba derrotado antes de lanzar una sola bala contra nadie.

Además de las mencionadas dificultades, existía una condición objetiva fatal: a diferencia de otras latitudes en donde los cubanos fueron en apoyo de guerrillas ya existentes y afianzadas, en Bolivia no existía ningún movimiento insurreccional. O sea, Guevara y los suyos constituían la vanguardia, no una fuerza de apoyo, puesto que la supuesta disposición del PCB de lanzarse a la guerrilla (cosa que además no ocurrió) no equivalía a un foco preexistente. Vale decir, el Che y su tropa no llegaron a Bolivia a respaldar una insurrección ya instalada sino a detonar ellos mismos en calidad de extranjeros la explosión subversiva. Pero, además, el hecho de que no hubiera ninguna guerrilla local demostraba que en Bolivia se advertía una adhesión, o por lo menos cierta conformidad, de los bolivianos para con las autoridades constituidas.

## La última guerrilla

En el mes de marzo ya todo era fatiga, paludismo, pestes, indiferencia campesina y, como si al desaliento le faltasen adversidades: “Benjamín, un boliviano agotado físicamente, resbala por una pendiente que franquea el río Grande, cae al agua y se ahoga: ¡no sabía nadar! Rolando, que se ha arrojado enseguida al agua, es arrastrado por la corriente y sólo consigue hacer pie seiscientos metros más abajo” anota el Che y remata: “Tenemos ahora nuestro bautismo de muerte a orillas del río Grande, de un modo absurdo”[750].

Los días siguientes fueron peores aún. Llovió sin parar y el alicaído estado espiritual de Guevara seguía reflejándose cabalmente en sus anotaciones: “El ánimo de la gente está bajo y el físico se deteriora día a día” (4 de marzo). “La gente está cada vez más desanimada, viendo llegar el fin de las provisiones” (7 de marzo). “Tenía (tengo) un cansancio como si me hubiera caído una peña encima” (14 de marzo). “Decidimos comernos el caballo, pues ya era alarmante la hinchazón. Miguel, Inti, Urbano y Alejandro presentaban diversos síntomas; yo, una debilidad extrema” (16 de marzo). “Otra vez la tragedia antes de probar combate…No pudieron dominar la balsa y esta siguió Ñancahuazú abajo, hasta que les tomó un remolino que la tumbó…El resultado final fue la pérdida de varias mochilas, casi todas las balas, seis fusiles y un hombre: Carlos”[751] (17 de marzo).

Tres días después, el 20 de marzo, Guevara regresó al campamento. Lo aguardaban desde hacía quince días Debray, el pintor argentino Ciro Bustos, “el Chino” (el peruano Juan Pablo Chang), Tania (la precitada agente de Alemania oriental) y Moisés Guevara, un minero comunista embaucador, que había prometido un contingente de 20 hombres y apenas reclutó ocho campesinos acobardados, de los cuales cuatro no tardaron en desertar. El Che, al advertir el nivel de improvisación del cuarteto supérstite, no tardó en llamar al grupo de Moisés como “la resaca”. Cuenta Coco Peredo que los reclutados por Moisés Guevara “fueron extraídos de burdeles y chicherías en busca de salarios”. Uno de ellos, José Cantilo comentó años más tarde : “Pero de pronto estábamos en la selva. Estaba con extraños, comandados por el Che Guevara. No teníamos entrenamiento y nos cansábamos rápidamente”[752]. Pero más allá de “la resaca”, en verdad, casi nadie de los que acompañaban al Che se salvó del trato desvalorizado o despectivo del Comandante: Orlando Pantoja, “deficiente, poca iniciativa”; Antonio Sánchez Díaz (Marcos Pinares), “indisciplinado…con poca autoridad”; Vásquez-Viaña, “irresponsable”; Saldaña “deficiente”; Camba “de una

cobardía manifiesta”; Walter “demostró muy poco valor” anotaba sucesiva y minuciosamente en su cuaderno. El menosprecio del Che para con sus hombres resultó ser una constante reflejada en sus propios diarios: “El Che centralizó todo el mando en su persona de una forma extraordinaria. Nos siguió viendo, en mi opinión, uno de sus grandes errores, como los campesinos de la Sierra Maestra donde nos habíamos conocido. No se daba cuenta que la mayoría del pequeño grupo de cubanos que estábamos allí, habíamos pasado academias militares y qué estábamos preparados militarmente. Yo que era uno de los más brutos podía dirigir una división (…) Pinares era un comandante que mandaba ejércitos, Gustavo Mahín otro comandante, Vilo Acuña, otro comandante, pero todos éramos para él simples reclutas. Ninguno podía tomar decisiones por su cuenta, ni aun para situar una posta. Éramos nulos ¿Por qué no aprovechó nuestra capacidad militar?”[753] Se pregunta y lamenta el guerrillero Dariel Alarcón (Benigno).

La escena de la llegada del Che y sus compañeros al campamento es descrita por Régis Debray con un tono lastimoso: “A lo lejos. Una procesión de pordioseros jorobados emerge poco a poco de la oscuridad, con rígida lentitud de ciegos…Diríanse sonámbulos en fila india, enjaezados o, mejor, albardados, tambaleantes, harapientos, muy inclinados por el peso de las mochilas (treinta kilos por lo menos)”.

Esta percepción tan negativa de Debray no es un detalle menor, pues el escritor francés comenzó a advertir de inmediato que sus sofisticadas teorías sobre las bondades del foquismo no se correspondían con la realidad, y fijó también que el mítico “Comandante” Ernesto Che Guevara, lejos de ser un arquetipo magnánimo (tal como lo vendía el socialismo de exportación) no era más que un trastornado que con patológico sadismo se empeñaba en maltratar a su tropa: “El Che sentía un maligno placer haciendo llorar (de rabia, de humillación, de enojo) al comandante Pinares…Pinares me pidió que le dijera que él no podía más, que aquello era insoportable. El Che no tenía conciencia de ello. Era más bien una

cosa de neurótico…para conseguir que reventaran hombres como aquéllos, duros entre los duros, tipos que lo habían dado todo!…el Che no tenía ninguna psicología entendida como compresión del otro, como entrar un poco en los problemas del otro…El mecanismo clásico: ´soy altruista para la humanidad pero no para el otro´. Ahí tenemos, realmente, la estructura del sectario perfecto”[754] detalló con desencantado el ideólogo parisino.

En cuanto a Ciro Bustos, al encontrarse con Guevara en Bolivia, éste lo recibió con un discurso plagado de proyectos faraónicos y delirios de grandeza: “Mi meta estratégica es alcanzar el poder político en la Argentina. Por esta razón pretendo formar en este territorio a un grupo de argentinos, quiero instruir a un par de columnas y templarlas aquí en la guerra uno o dos años, para después enviarlos a Argentina. Esta es precisamente la misión de la que tú te vas a encargar”[755].

Tanto Debray como Bustos estaban aturdidos. Ambos intentaron persuadir al Che para que les permitiera salir del contingente. Debray, por su parte, temblando de miedo y abdicando de su librito, comenzó a buscar todo tipo de argumentos para instigar al Che de que lo dejara ir: no era lo mismo para ese aristócrata europeo teorizar sobre la revolución en su oficina urbana, que vivir personalmente las incomodidades, riesgos y ascéticas privaciones del foco guerrillero en el medio de la nada. Anotará Guevara en su diario: “El francés planteó con demasiada vehemencia lo útil que podría ser afuera”[756].

Andando los días, se produjeron las primeras escaramuzas con el ejército local, apenas ciertos tiroteos aislados y esporádicos sin importancia y sin bajas. Pero el 23 de marzo se causó el primer combate serio, con un balance positivo para Guevara y sus hombres, pues en él no solo no tuvieron bajas sino que el enemigo padeció seis muertos, cuatro heridos y catorce prisioneros: una buena noticia para el Che, tras tantos contratiempos.

A partir de entonces, la presencia guerrillera se tornó una noticia de alto impacto en Bolivia y hasta el Presidente tuvo que dar una conferencia de prensa al respecto.

El 10 de abril se produjo otro enfrentamiento, en el que murió el primer guerrillero. Horas más tarde, en una emboscada tendida por los insurgentes, asestaron otro durísimo golpe a las fuerzas legales asesinando a siete soldados, ocasionando 5 heridos y tomando 22 prisioneros. El ánimo guerrillero se había recuperado positivamente. Pero estos triunfos primigenios no aplacaron las insistentes peticiones de Debray y Ciro Bustos, consistentes en “ayudar desde afuera”.

Finalmente, Guevara autorizó al atemorizado dúo a salir del contingente: el escriba francés y el pintor argentino no tardaron en caer detenidos por las fuerzas locales (ni tampoco tardaron en confesarles la presencia del Che): “Debray y Bustos cayeron víctimas de su apuro, casi desesperación, por salir y de mi falta de energía para impedírselo”[757] anotó el Che.

Volviendo a los exitosos combates antedichos, en verdad no fueron más que una suerte de alivio o motivación pasajera, pues Guevara empezó a olfatear que el panorama no era nada alentador. La prédica revolucionaria no sólo no entusiasmaba a ningún lugareño sino que además les era hostil: “Son campesinos pobres y están atemorizados por nuestra presencia aquí” anotó el 16 de abril.

En sus constantes escritos de campaña apareció nuevamente la muerte a modo de suicidio, pero no ya de una manera abstracta como en otras ocasiones, sino concreta e inminente: “En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea”[758]. Y razones para el pesimismo no faltaban. Porque en el mes de abril un afligido Guevara escribió: “No se nos ha unido todavía ni un solo campesino”[759]. A fin de mes insistió: “Nuestro aislamiento sigue siendo total. La base campesina no se mueve”[760]. Justamente, el fracaso del Che en el reclutamiento boliviano fue tan contundente, que durante toda la

expedición sólo pudo reclutar a un agricultor que encima resultó ser un traidor. No será casualidad que ante una atmósfera tan negativa Guevara comenzara a dejar a un lado su prepotente voluntarismo y empezara a dudar de sí mismo: “He llegado a los 39 y se acerca inexorablemente una edad que da qué pensar sobre mi futuro guerrillero; por ahora estoy entero”[761].

Fue en esos días de abril, concretamente el 17, cuando en la Habana el diario *Granma* publicó una extensa nota del Che titulada “*Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental*” (texto que se especula que Guevara redactó en octubre de 1966 para que se diera a conocer varios meses después, con motivo justamente de la Conferencia Tricontinental[762] que allí se estaba desarrollando), la cual fue noticia mundial y cuyo texto rescatamos no tanto por la riqueza de su contenido, sino por las manifestaciones de odio explícito, las cuales hicieron de esta exhortación una notable pieza sintética del pensamiento guevarista: “El odio, como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de los límites naturales del ser humano y lo convierte en una eficaz, violenta, selectiva y fría máquina de matar… nuestros soldados tienen que ser así”, agregando que “un pueblo sin odio no puede triunfar” y entonces “Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre; hacerlo sentir una fiera acosada por cada lugar que transite” y tras enseñar que “Cada gota derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido es experiencia que recoge quien sobrevive” , el Che definió a los Estados Unidos como “el gran enemigo del género humano”, para culminar su arenga abrevando por milésima vez a la muerte: “En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de

victoria”[763].

Mientras el pomposo mensaje recorría la tapa de los diarios, en Bolivia el cansancio no sólo era moral sino fundamentalmente físico: “Sólo nos queda la manteca como alimento, me sentía desfallecer y debí dormir dos horas para poder seguir a paso vacilante” confesó el Che en los primeros día de mayo. Y no sólo se padecerá la mala alimentación y la fatiga extrema, sino también una descompostura general: “Casi todos estábamos enfermos” escribió Pacho[764].

A pesar de las anotaciones poco prometedoras, a fin de mes Guevara efectuará un balance con alta dosis de optimismo: “Desde el punto de vista militar, tres nuevos combates, causándoles bajas al ejército y sin sufrir ninguna” y se alegra de que la guerrilla “va adquiriendo una moral prepotente y segura que, bien administrada, es una garantía de éxito”, mientas que subestima al enemigo: “el ejército sigue sin organizarse y su técnica no mejora substancialmente”[765].

Pero las prácticas de Guevara consistentes en tomar pueblos y arengar a los campesinos a efectos de incorporarlos, o que al menos adhirieran o simpatizaran con él, eran un verdadero fiasco. Cuando el 6 de julio el Che ocupó las localidades de Fortaleza y Lima Mansa, predicó sin éxito alguno a los indiferentes lugareños que lo miraban con rareza: “Son tan impenetrables como las rocas. Cuando uno les habla, parece que en el fondo de sus ojos se están burlando de uno”[766], añadiendo que ante cada arenga, la respuesta de los habitantes era de “un absoluto silencio, como si nos encontráramos en otro mundo”[767].

Entre otras causas, las razones del desinterés campesino por el Che y su quimera revolucionaria radicaban en que los habitantes de la zona ya eran dueños de sus tierras, las cuales les habían sido otorgadas en los años 50´ durante la reforma agraria en los tiempos de Víctor Paz Estenssoro[768]. Además, Guevara pretendía derrocar a un presidente que acababa de ser elegido con el consenso y el voto de los campesinos. Vale decir: el Presidente Barrientos, de origen humilde,

hablaba quechua con fluidez y gozaba de una verdadera simpatía entre los lugareños, que lo veían como a un par. Incluso, poco después de asumir en 1966, el Presidente firmó el Pacto Militar-Campesino, el cual estipulaba que las Fuerzas Armadas asegurarían que fueran aceptadas las conquistas obtenidas por los sectores populares, tales como la reforma agraria, la educación básica y el derecho a la sindicalización. Y los campesinos, por su parte veían en el militar a un aliado que iba a proteger su propiedad privada ante el bandidaje o el comunismo. Más aun, los autóctonos veían a los guerrilleros cubanos no como seres amigables sino como extraños invasores, de piel más blanca que la pigmentación aceitunada de los descendientes de collas, aymaras o guaraníes. ¿No estudió Guevara estos "detalles" político-ambientales antes de lanzar la subversión por esos lares? Lo dicho pone de manifiesto, una vez más, la ligereza y la improvisación con la que el arrebatado revolucionario de la nada manejaba sus antojadizos campamentos agrestes. Y en el caso que estamos tratando (la expedición a Bolivia), el Che prometía al campesinado estatizar tierras que éstos ya habían obtenido y que no eran propiedad colectiva sino privada ¿Qué negocio hacía un campesino apoyando una rebelión encabezada por forajidos extranjeros que a su vez le ofrecían quitarle su parcela de tierra para que esta le sea entregada al Estado?

Guevara pretendía liberar a los campesinos de Barrientos y los campesinos querían defender a Barrientos de Guevara. El vaticinio de Monje (al igual que el de Nasser respecto a la ventura en el Congo) se estaba cumpliendo de cabo a rabo. Anotará el Che con preocupación: "Ahora sí el ejército está mostrando más efectividad en su acción y la masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores"[769]. Algo que volverá a comentar en julio: "Sigue la falta total de contactos. Sigue sintiéndose la falta de incorporación campesina"[770].

Los campesinos bolivianos se identificaban con Barrientos, entre muchas otras cosas, porque el Presidente hablaba fluidamente el quechua y Guevara, haciendo uso del ridículo, pretendía ganarse la

simpatía de los pobladores brindando ¡clases gratuitas de francés![771] No existiendo en el campesinado local mayor interés en perfeccionar la conjugación verbal del *passé composé*, el Che cambió de idea y pretendió animar a sus guerrilleros a que aprendieran el idioma quechua para poder comunicarse mejor con el pueblo. Craso error: en esa zona de Bolivia en la cual la guerrilla estaba afianzada no se hablaba quechua sino guaraní.

En medio de las ensaladas lingüísticas y la indiferencia campesina, Guevara aún fantaseaba con alcanzar el apoyo de las masas autóctonas y anotará en su diario: "El aislamiento sigue siendo total; las enfermedades han minado la salud de algunos compañeros, obligándonos a dividir fuerzas, lo que nos ha quitado mucha efectividad…La base campesina sigue sin desarrollarse; aunque parece que mediante el terror planificado lograremos la neutralidad de los más, el apoyo vendrá después"[772]. Efectivamente, el apoyo campesino vino después: pero a favor de las Fuerzas Armadas bolivianas y no de la foránea guerrilla comunista.

Iracundo ante la apatía aldeana, Guevara descargó nuevamente una desopilante consigna de presunta inspiración darwiniana el 19 de junio, describiendo a los bolivianos conforme la siguiente sentencia zoológica: "son como animalitos"[773].

El 26 de junio, en otro enfrentamiento, cae herido Pombo y el guerrillero Tuma muere de un disparo en el vientre. En julio, todo era adverso. Tensionado y hastiado, en una de sus innumerables marchas, el Che relata personalmente su frenética reacción: "Caminamos algo así como una hora efectiva, que para mí fueron dos por el cansancio de la yegüita; en una de ésas le metí un cuchillazo en el cuello, abriéndole una buena herida"[774]. La yegua murió en el acto. Sería interesante que la anécdota sea recogida por los bulliciosos guevaristas que militan en ese pasatiempo ecológico-empresarial conocido como *Greenpeace*.

Culmina junio y a Guevara se le suma otra mala noticia: “El asma me está amenazando seriamente y hay muy poca reserva de medicamentos”[775].

El 30 de julio se produjo otro combate en el que dos guerrilleros mueren. Las marchas sin rumbo fijo de los insurgentes se tornaban insoportables. Finalizando septiembre, una nueva escaramuza reduce a la deshilachada tropa de Guevara a tan solo 17 hombres. Ante esta desesperante situación, el Che tomó la decisión suicida de dividir el grupo en dos columnas, sin considerar que carecían de medios de comunicación para coordinar tareas: ambas columnas jamás se volverían a encontrar.

Diarreas, calambres, sed, hambre, somnolencia, todo era desfavorable. Pensar en un desenlace fatal no era derrotismo sino realismo: “El día transcurre en una desesperada búsqueda de salida, cuyo resultado no es claro todavía” escribió Guevara el 27 de agosto. Y al finalizar ese mes su balance no pudo ser más categórico: “el mes más malo que hemos tenido en lo que va de la guerra”[776].

El 10 de septiembre, Guevara, “genio y figura hasta la sepultura” como dice el refrán, revalidó su fama antihigiénica y anotó: “Se me olvidaba recalcar un hecho: hoy, después de algo más de seis meses, me bañé”[777]. Pero oler mejor no le permitió al Che ser más convincente ni ganar nuevos adeptos: “La gente tiene mucho miedo y trata de desaparecer de nuestra presencia” anotó el 19. Y al día siguiente, al llegar al poblado de Alto Seco pormenorizó que se los recibió “con una bien sazonada mezcla de miedo y curiosidad”[778].

¿Alguna mala noticia más? Sí. El único contacto cubano en La Paz, Renán Montero (nombre de guerra: Iván), regresó a Cuba y no será sustituido jamás. ¿Acaso Fidel dejó al Che incomunicado y librado a su suerte?

### La profecía autocumplida

El desenlace era inminente. La aventura suicida estaba llegando a su final. Las dos columnas en que se había dividido la tropa se hallaban incomunicadas, los guerrilleros estaban desprovistos de alimentos, agua y medicamentos. Se habían quedado sin contactos con el mundo exterior. El radiotransmisor estaba roto. Nadie los apoyaba desde la ciudad y el ejército boliviano los tenía arrinconados. En lugar de tratar de salvar a sus fieles y a sí mismo, el Che decidió exponerse y seguir adelante: a estas alturas ya no buscaba la victoria sino la inmolación. “No fue a Bolivia para vencer sino para perder. Así lo exigía su batalla espiritual contra el mundo y contra sí mismo. Cierto, no se mató, pero se dejó morir. Tenía esa vocación”[779] señaló su camarada Régis Debray.

A lo largo del presente trabajo hemos puesto de manifiesto el espíritu suicida de Guevara. O en palabras del biógrafo Enrique Ros, el Che tenía “un afán enfermizo por la posteridad, que le costó la vida a muchos de sus compañeros”[780]. Hipótesis que parece ser confirmada por el mismo Guevara cuando le dice a Carlos Rafael Rodríguez, antes de partir de Cuba: “Mi destino es morir como guerrillero y moriré como guerrillero”[781]. Si ese era su predeterminado final: ¿por qué no se suicidó en Bolivia en lugar de entregarse a sus enemigos?

El diario del guerrillero Pacho, una semana antes del final, cuenta: “[el Che] me pide un cigarro y que le arme un peine de la pistola. Tiene la pistola en la mano como si estuviera resolviendo matarse antes de caer prisionero”[782]. El guerrillero Benigno Alarcón reflexionará años más tarde: “Es obvio que por el fragor del combate, o por razón desconocida, el Che perdió ese peine que le había preparado Pacho y eso impidió que cumpliera la decisión de matarse para no caer en manos enemigas, que nadie duda hubiera cumplido conociendo su extraordinario valor tantas veces probado y su desprecio a la muerte”[783]. Incluso, es Fidel Castro quien se hará eco

de esta hipótesis: “La pistola que [el Che] portaba estaba sin balas. Estas increíbles circunstancias explican que lo hubiesen podido capturar vivo”[784].

El 7 de octubre, emboscado en la Quebrada del Yuro con su puñado de fanáticos exhaustos, el Che se sabía cercado. Escribe en su diario: “A las doce y media, una vieja paseando sus chivas entró en el cañón en que habíamos acampado y hubo que apurarla. La mujer no ha dado ninguna noticia fidedigna sobre los soldados, contestando a todo que no sabe. Le dimos cincuenta pesos y le pedimos que no hable, pero no nos hacemos muchas ilusiones”[785].

Según sostendrán algunos biógrafos, la “vieja” habría sido quien denunció la presencia de los invasores comunistas, aunque el militar boliviano que comandó la captura del Che, el General Gary Prado, nos dirá que la información provino de “un campesino que nos hizo saber en la madrugada del 8 de octubre que durante la noche habían pasado por su sembradío de papa un grupo de hombres armados, subiendo la quebrada. Con esa información, reuní unos 70 hombres y descendí del Abra del Picacho hasta las quebradas”[786].

Las fuerzas legales no tardaron en hacerse presentes. Según relato de sus captores, el desenlace se desarrolló de la siguiente manera: “Dos formas se movieron detrás de los arbustos que ocultaban a los rebeldes. Un hombre cayó y el otro lo arrastró a través de la vegetación, fuera del alcance de las armas rangers. Los dos se arrastraron a través de la cañada, mientras los otros guerrilleros mantenían a raya a los rangers. El hombre herido, ayudado por su compañero trató de llegar a uno de los pocos grupos de arbustos de las colinas circundantes, buscando refugio temporario o una vía de escape. Cuando estaban a punto de alcanzar la cumbre de una de las colinas, el capitán Prado y un soldado llamado Ortiz emergieron de los matorrales y les apuntaron con sus armas. El capitán se había instalado en el mismo estratégico grupo de arbustos para dirigir a sus tropas durante la operación. Cuando ellos aparecieron, el guerrillero

herido se puso en pie y gritó: ´Deténganse, no disparen. Soy el Che, y valgo más vivo que muerto!´”[787].

¿Qué quiso lograr Guevara con esta especulación de que “valgo más vivo que muerto?, ¿canjear su libertad por información?, ¿pretender conservarse con vida y ganar tiempo a efectos de que la presión comunista internacional clamase su liberación? Quizás su proclama haya sido un mero grito espontáneo, producto del natural instinto de conservación.

Gary Prado, quien por entonces ostentaba el grado de capitán y responsable de la operación, entre eufórico y ansioso por dar la noticia de tan preciado botín capturado, envió un mensaje por radio a la base de Pucará: “Tenemos a papá”.

## De fusilador a fusilado

De inmediato, Guevara y otro guerrillero (nombre de guerra: Willy) fueron enviados al cercano pueblo de La Higuera. Allí, el Che permaneció encerrado en un aula de escuela, provisoriamente convertida en celda para albergar a los invasores. Una vez alojados, a los reos se les dio de comer “un plato de pastas con un trozo de carne”, y según recordó Prado, mantuvo con Guevara este breve diálogo:

“Prado: ¿Qué ha venido a hacer a Bolivia? ¿No supo usted que habíamos tenido una revolución acá y ya hicimos la reforma agraria?

Che: Sí, lo supe. Ya había venido yo aquí…estuve en Bolivia en el 53. Pero había mucho que hacer.

Prado: Claro, pero déjenos hacer a nosotros. Una cosa que no nos gusta es que nos vengan a decir de afuera lo que tenemos que hacer.

Che: Sí, tal vez nos equivocamos

Prado: Bueno, pero ¿quién tomó la decisión de venir a Bolivia?

Che: No. No fui yo…otros niveles.

Prado: Pero, ¿qué otros niveles? ¿Fidel?

Che: otros niveles…”[788]

Pero el coronel Andrés Selich, quien fue uno de los militares bolivianos que más tiempo permaneció hablando junto al Che, sacó conclusiones lapidarias: “Era un verdadero patán. Un fanático como sólo se los encuentra entre los argentinos y entre los cubanos”[789].

Cuenta Félix Rodríguez, un cubano-americano de la Central de Inteligencia Americana que estaba en Bolivia apoyando la operación antiterrorista, que cuando Willy y Guevara se encontraban detenidos: “llega una llamada telefónica y piden por el oficial de más alto rango, yo tenía en ese entonces el grado de capitán y en la Higuera habían dos tenientes más bolivianos, por lo tanto me llamaron a mí. Contesté el teléfono y era del Alto Mando boliviano en Valle Grande. Eran instrucciones específicas del señor presidente, el señor Comandante de las FF.AA., que eran 500, 600. Era un código que teníamos que significaba: 500 el Che Guevara, 600 muerto, 700 vivo. Le pido que me lo repitan y me lo confirman: 500/600.

Cuando viene Centeno, lo llamo a un costado y le digo: ´mi coronel, hay órdenes de su gobierno de eliminar al prisionero´; y le doy los códigos, las órdenes de mi gobierno (el americano) son de mantenerlo vivo a toda costa, nosotros teníamos aviones, helicópteros para trasladarlo a Panamá para el interrogatorio. Entonces me mira y me dice: ´mira Félix, hemos trabajado empíricamente, te agradecemos mucho, pero estas son órdenes del señor presidente, el señor Comandante de las FFAA´…Miró su reloj y me dijo ´tienes hasta las dos de la tarde para interrogarlo´. Nuestro helicóptero va a venir varias veces, va a traer comida y municiones y para llevarse a nuestros heridos y nuestros muertos…Entré a la habitación, él estaba sentado en un banquito, yo le había quitado las amarras al principio de nuestra conversación”[790]. Y entre otros detalles agrega: “cuando vi a aquel ser humano tirado en el suelo (…) en la escuela destruido, hecho leña…Lo que parecía era un pordiosero no un soldado. No tenía siquiera botas, eran unos pedazos de cuero amarrados en los

pies. La ropa raída, sucia. No era un uniforme ni mucho menos. Era un desastre. Y sentí lástima hacia esa persona (…) Después él me dijo que ellos fusilaban en Cuba a todos los agentes extranjeros que invadían el país. Entones le dije: ´Comandante, es irónico que usted me lo diga, porque usted es extranjero y ha invadido Bolivia”[791]. Prosigue Félix Rodríguez recordando el aspecto más impactante del diálogo: “Me le paré en frente y le dije: ´Comandante, yo lo siento pero son órdenes superiores´. Se puso blanco como un papel, pensando que era yo el que le iba a tirar. Salí de la habitación y estaba lleno de soldados afuera escuchando la conversación. Estaba el teniente Pérez al lado del sargento Terán y le dije al sargento: ´no le tire de aquí para arriba, sino de aquí para abajo (señala el cuello hacia abajo), son órdenes de su gobierno´”[792].

Horas después, primero Willy y seguidamente Guevara, serían fusilados por disposición del gobierno de Bolivia. Ironías de la historia, un fusilador sistemático y vocacional como el Che Guevara tomaría de su propia medicina.

¿Qué pasó con el resto de los guerrilleros? Algunos fueron abatidos en emboscadas y otros cinco lograron escapar a Chile, para volver luego a Cuba: “atravesamos la selva y el altiplano y salimos a Chile desde el oriente boliviano, hubo días que tuvimos tres combates. Rompimos catorce cercos del ejército y perdí un solo hombre en cinco meses. Ahí le demostramos al Che destreza militar, capacidad militar y por eso digo que a él le faltó fe en nosotros, al extremo de que nunca nos reconoció el derecho a discutir las cosas internas de la guerrilla. Él lo pensaba, lo elaboraba todo y nos transmitía sus conclusiones. Lo que dijera era lo que había que hacer. Nosotros no teníamos ni voz ni voto. Ninguno. No importaba el grado”[793] sentenció Dariel Alarcón (Benigno). Y como saldo final de esta desventura golpista, Guevara y los suyos asesinaron a 49 bolivianos y si sumamos también las bajas guerrilleras, entre ambos bandos hubo 95 muertos en total.

El 11 de octubre de 1967, dos días después de la muerte de

Guevara, el Congreso boliviano en pleno felicitó al presidente de la República por haber defendido la soberanía nacional contra la agresión extranjera de inspiración comunista.

El cuerpo del Che fue lavado con agua y jabón por dos monjas alemanas antes de ser presentado a la prensa mundial, que lo bombardeó con fotografías, muchas de las cuales, curiosamente, presentaban una imagen crística. En efecto, un hombre de finos rasgos, pelo largo, ciertamente desgarbado, enflaquecido, yaciendo en una cama, y cuya historia de vida fue vendida por el progresismo internacional como la del caritativo peregrino que marchaba en una suerte de Vía Crucis, dio lugar a las comparaciones más ridículas.

“Morir acribillado por las balas”, “morir luchando”, “con testigos”, “de manera heroica”. En todos los escritos y poemas que escribió durante su adolescencia, Guevara ya iba anunciando el modo en el cual buscaba su muerte. Empero, cabe destacar el dato pintoresco de que el Che no terminó de morir exactamente como él quiso, puesto que, para su desdicha, su cuerpo fue bañado e higienizado por las monjitas: ultraje incompatible para quien hizo de la roña física un culto, un modo, una estética y un alarde.

## ¿Quién traicionó al Che?

Sobre este punto, existen múltiples teorías apoyadas en diferentes documentos, testimonios, experiencias y conclusiones. Primeramente, no resulta un atrevimiento aseverar que Guevara fue a Bolivia impulsado por sus instintos temerarios cuando no suicidas. Era prácticamente imposible que lograra salir con vida. Pero también es cierto que diversos personajes empujaron y aceleraron su muerte: La reticencia primero y la condena después de la empresa guerrillera por los principales dirigentes del PC boliviano, con Mario Monje a la cabeza. El abandono de Fidel Castro a la expedición, a la cual le quitó los enlaces en la ciudad y toda forma de comunicación. Las

declaraciones (delaciones) del escritor Regis Debray y del pintor argentino Ciro Bustos (éste último le confeccionó a las autoridades bolivianas identikits con los rostros de cada uno de los guerrilleros del campamento) tras ser capturados en Camiri. Estos y otros actores (algunos biógrafos sindican además a la guerrillera Tania[794] como posible responsable o traidora de develar el paradero de Guevara) contribuyeron con diferentes niveles de responsabilidad a que la suerte del Che terminara como terminó. Por supuesto que el principal responsable de este final fue el propio Ernesto Guevara, pero también es cierto que varios de sus "amigos" pusieron su cuota.

Especulaciones, delaciones y responsabilidades al margen, la realidad es que el grueso de los investigadores, testigos y biógrafos coinciden en apuntar la mayor carga acerca de la delación de la presencia y paradero de Guevara en Bolivia a una cabeza específica: Régis Debray. Entre los acusadores más enfáticos se encuentra Aleida Guevara (hija del Che), quien denuncia: "en el diario de mi padre puede leerse ´Debray habló más de la cuenta´… Además, coinciden algunos datos, ya que hasta entonces nadie sabía quién era el que comandaba la guerrilla y a partir de ese momento sí lo supieron"[795]. Acusación a la cual se suma el precitado agente de la CIA Félix Rodríguez: "Debray contó de buen grado a los bolivianos y a la CIA todo lo que sabía sobre las operaciones del Che. Es el testimonio de Debray el que convenció a la CIA de concentrar sus esfuerzos en la captura del revolucionario escurridizo…el francés pudo haber sido condenado a muerte. En cambio, por su cooperación, fue condenado a sólo treinta años, para luego ser perdonado en 1970"[796].Testimonio idéntico nos lo brindó el militar boliviano Gary Prado: "la confirmación de la presencia del Che se obtuvo con las declaraciones de Régis Debray al momento de su captura, cuando quiso encubrir su participación haciéndose pasar por periodista, pues dijo que había venido a Bolivia a hacerle una entrevista, cosa que había realizado en el campamento. Esa noticia fue mantenida en reserva hasta el mes de junio, cuando el abogado defensor de Debray la hizo pública como argumento de defensa, en el

juicio que se instauró en Camiri”[797].

No le aporta muchas flores al currículum de Debray, pensador marxista y abandónico guerrillero guevarista, el estigma que sobre él pesa, de ser nada más y nada menos que el delator del Che. Entonces el acusado se defiende generalizando culpas imprecisas y alega: “Ernesto Guevara murió ya antes del 8 de octubre, pues estaba vencido por la pavorosa naturaleza de aquella región, por la traición de algunos de los grupos pro soviéticos y pro chinos de Bolivia y también por la traición de otros que no eran bolivianos”[798]. ¿A quién acusa? ¿A quién se refiere? No suena nada convincente su abstracta y difusa imputación.

Pero más allá de Tania, Bustos o el incinerado Debray: ¿no sería también atinado detenernos a analizar un poco el papel del “amigo y camarada” Fidel Castro en esta tragicomedia?

La empresa de Guevara fue un fracaso desde el comienzo. No existían ni remotas posibilidades de triunfo. Fidel ya había traicionado a Guevara cuando éste se hallaba en el Congo, leyendo su carta anticipadamente y liquidándolo políticamente. Castro sabía (y se lo ocultó a Guevara) que el Partido Comunista boliviano no lo iba a apoyar. Y a sabiendas de que el Che estaba perdido y debilitado, ordenó volver a Cuba a su contacto urbano en Bolivia (sin enviar reemplazante) y no mandó a ninguna expedición de refuerzo ni de rescate al advertir que el Che estaba siendo cercado. Tampoco se registró gestión diplomática alguna para salvarlo. En suma, Fidel sabía que Guevara tenía los días contados y no solo no hizo nada para impedirlo, sino que, por acción u omisión, llevó adelante maniobras para asegurarse de que el fatal desenlace se consumara.

Dariel Alarcón (Benigno), en declaraciones al diario italiano Corriere della Sera, afirmó que la muerte del Che “se debió a una maquinación de la que son responsables Fidel Castro y la Unión Soviética…Los soviéticos consideraban a Guevara una personalidad

peligrosa para su estrategia imperialista y Fidel se plegó por razones de Estado, visto que la supervivencia de Cuba dependía de las ayudas de Moscú. Y eliminó a un compañero de lucha molesto…El Che fue al encuentro de la muerte sabiendo que había sido traicionado… descubrimos que el Partido Comunista boliviano no nos apoyaba tal vez por orden de Moscú”[799].

Otro dato, por demás sugestivo, que confirmaría la traición de Fidel Castro, es el pésimo equipamiento con que el Che Guevara fue enviado a Bolivia, tal como lo ratifica el citado agente de la CIA, Félix Rodríguez: “Cuba le había mandado al Che un equipo de transmisión de radio roto. Eso no existe; incluso, la comunicación es lo más importante que tiene una guerrilla; sin comunicación estás muerto. Al único agente de la inteligencia cubana asignado en La Paz, que era el único que le podía dar apoyo directo si no le funcionaban las comunicaciones, Cuba lo retira con el pretexto de que se le había vencido la visa. Y cuando chequeamos, el tipo era un ciudadano boliviano, no necesitaba visa. Lo retiran para dejarlo solo y prácticamente lo mandan a la muerte, porque a los soviéticos no les convenía que el Che triunfara en América latina. Sabían que era una revolución que se iba a desviar para el lado chino. Fidel lo mandó a Bolivia para eliminarlo, para sacárselo de encima definitivamente”[800].

A lo expuesto resulta por demás interesante sumar el testimonio de Humberto Vázquez Viaña (por entonces era el encargado de la estación de radio en La Paz), quien agrega: “En esa época ya existían en el mercado magníficas radios a transistores y con baterías; sin embargo, la guerrilla del Che, aunque parezca mentira, estaba equipada con radios anticuadas y en mal estado, con lámparas a corriente eléctrica. ¿Cómo pensarían hacerla funcionar en esas montañas que usted conoce? Con un motor eléctrico, claro. ¿Y éste? A gasolina. ¿Y de dónde obtendrían la gasolina? Nada de esto se previó y si se lo previó, se lo previó muy mal, demasiado mal”[801].

Sospechosamente mal, agregamos nosotros, ya que estos “descuidos” se tornan de una gravedad mucho más grande, siendo que el país escogido era el menos propenso de la región para hacer una revolución. Tanto es así, que la CIA, en un informe secreto de 1966, catalogaba a Bolivia como “el país en peligro menos susceptible de atestiguar un alzamiento revolucionario”[802]. Y en otro informe fechado en mayo de 1968, la CIA estimaba que los cubanos asignaron menos de 500 mil dólares, a toda la empresa boliviana; cifra absolutamente insuficiente para los fines pretendidos y los analistas de la inteligencia norteamericana consideraron que “el número de hombres y el financiamiento y planeación cubana fueron totalmente inadecuados para la envergadura y los objetivos de la operación cubana”[803].

¿De qué manera puede explicarse este cúmulo de desarreglos sino a través de la existencia de una traición?, ya que en el lugar más adverso para montar una guerrilla Fidel respaldó a Guevara no con estructura militar suficiente, ni financiación apropiada, ni logística profesional adecuada, sino con embaucadoras palmadas en la espalda: “La estructura del Che era insuficiente y sumamente precaria. En su mayor momento, los guerrilleros llegaron a 52 componentes, de los que luego varios desertaron. No tenían, fuera de los cubanos, la menor preparación militar y su motivación era limitada. Es evidente que el Che fue abandonado una vez que llegó a Bolivia…Castro se libró de un personaje que ya se había tornado incómodo para él”[804] detalló Gary Prado.

Como corolario y paradoja de esta parte final de la historia, nos encontramos con que el gobierno boliviano ordenó ejecutar al Che contrariando la postura de Washington, que lo quería con vida. ¿Cuál era el interés concreto de los Estados Unidos con su captura? Pues, precisamente, el agente de la CIA Félix Rodríguez explicó que “el Che tenía que saber que Fidel lo había traicionado y entonces pensaban que eventualmente podía cooperar”[805].

En suma, independientemente de otros factores coadyuvantes, la presencia de Guevara en Bolivia fue delatada por Debray. Pero, desde el inicio, resulta evidente que Castro enredó a Guevara a sabiendas de que no tenía posibilidades de regresar, mintiéndole en torno al apoyo del PCB, brindándole una estructura deficiente, enviándole comunicaciones rotas y ordenándole a su contacto urbano en Bolivia regresar a Cuba. Pero también es cierto que para que se concrete un engaño también tiene que existir quien tenga vocación de ser engañado. Guevara, dada su experiencia personal en las guerrillas, no podía dejar de advertir que se lanzaba a la deriva en condiciones lastimosas.

Fidel sabía que la aventura boliviana era una inmolación, y no sólo no hizo nada por disuadirlo sino que lo ayudó un poco, lo suficiente como para que se fuera, pero no lo necesario para que volviera.

# CAPÍTULO XV: EL MITO DEL CHE 50 AÑOS DESPUÉS

## Epílogo

Si bien tanto la representación de Fidel Castro como la del supérstite hermano Raúl son hoy cuestionadas incluso por personalidades provenientes del comunismo internacional, en sentido contrario y sin advertir la contradicción, Ernesto Guevara de la Serna, partícipe necesario, cómplice y arquitecto adjunto del totalitarismo aún vigente en Cuba, lejos de padecer críticas equivalentes a los dictadores mencionados, con los años se ha tornado en una suerte de santo laico, el cual es venerado con idéntico fervor tanto por la izquierda y sus derivados como por el centrismo bienpensante, y por figurones de la farándula, panelistas de TV, campeones del deporte y hasta por sedicentes defensores del capitalismo que, aunque "no necesariamente compartan sus ideas", admiran y "respetan" al hombre que, "equivocado o no", se jugó "por un mundo mejor". La corrección política en boga, siempre presta a congraciarse con cualquier manifestación de la agenda progresista, advirtió que el Che facilita mucho las cosas: es más cómodo rendirle culto a un extinto revolucionario joven y buenmozo antes que a un tirano octogenariamente reblandecido que expiró con los pañales sucios en el hospital, aunque Fidel y Ernesto hayan sido socios o cómplices en crueldades y felonías.

El Che Guevara es un mito, pero no es un mito más. Su figura ha llegado a tan alto grado de adhesión o aceptación, que logró traspasar todas las clases sociales y culturales sin mayores distinciones ni ambientaciones. Su efigie puede ser colgada tanto para adornar una pocilga periférica como la pared de un pub, discoteca o restaurante ubicado en el barrio más elegante de cualquier capital occidental. Su imagen es capaz de levantar deferencia tanto en el mundo universitario de la facultad de filosofía como en las banderas

futboleras de las hinchadas domingueras. Y en suma, su estampa puede servir para identificar tanto a un insurgente piquete en huelga como para promocionar una marca de latitas de gaseosas.

¿Cómo ha logrado Guevara constituirse en un mito de tamaña elasticidad e intensidad? Va de suyo que no existe una, sino múltiples causas que, azarosamente o no, confluyeron apuntando en una misma dirección. El Che no escapó a ninguno de los componentes que poseen los mitos pop del siglo pasado: murió joven, en medio de la fama, fue rebelde, aventurero y además era fisonómicamente atractivo. Su rostro eternamente juvenil no tuvo la desgracia de envejecer ni él tampoco pudo ver sus ideas pudrirse tras su aplicación sostenida en el tiempo.

Guevara entró en el podio mitológico junto a otros muertos transgresores y prematuros de su tiempo, tales como James Dean, Marilyn Monroe, Brian Jones, Jim Morrison, Janis Joplin o Eva Perón, aunque con la particularidad de que ninguno de sus “competidores” ni por asomo alcanzaron su celebridad. En efecto, de los nombrados, ninguno goza ni cercanamente del uso ni la vigencia que sí ostenta el Che Guevara en los días que corren. ¿Por qué razón? Entre otras cosas, porque al Che le asisten varios ingredientes adicionales respecto del resto de los íconos mencionados. Entre ellos, cabe anotar uno de inequívoca índole política: el rol de la Cuba castrista en la fabricación de la leyenda. No cualquier mito cuenta con la promoción oficial de un Estado. Al morir el Che, de inmediato Fidel Castro se encargó de usarlo y canonizarlo, elevando al difunto al pedestal de los comunistas imperecederos, con el valor agregado de que Guevara era joven, fotogénico y acorde con la estética desaliñada del rock and roll que tanto enfervoriza a las generaciones de las últimas décadas. Vale decir, Castro supo utilizar su figura para perpetuar la continuidad visual o comunicacional de un precámbrico régimen que ya no hace soñar a nadie. Ironías de la biografía del Che: quien en vida fuera un pésimo embajador, al morir se convirtió en el inmejorable representante planetario de la revolución cubana.

Y si de elementos míticos adicionales se trata, probablemente el que dio mayor vigor a la sacralización de Guevara fue el hecho de que haya muerto en el fragor de su aventura guerrillera. De esta manera, se impuso a fuego la máxima a la que permanentemente recurren sus justificadores: "el Che murió por un ideal". Frase que es recogida incluso hasta por aquellos que no comparten las ideas de Guevara, pero indulgentemente le reconocen "haber entregado su vida por ellas". Argumento pobre pero efectista, puesto que lo trascendente en Guevara no es que "haya muerto por sus ideas" sino que haya fusilado inmisericordemente por imponerlas, siendo además que los muchos hombres que él fusiló no han gozado de la misma gloria póstuma de la que sí usufructuó el endiosado homicida al que hoy se homenajea en remeras y banderines. Debería importar poco cómo murió Guevara. El Che no debería ser juzgado por cómo murió sino por cómo vivió. O en todo caso, por la cantidad de gente que él mató cuando vivió. Pero ocurre que a la izquierda y sus personeros se los juzga por sus objetivos (supuestamente nobles) y no por sus resultados (comprobadamente desastrosos), que en definitiva son lo único importante: todo lo demás es relato.

Y si bien tras los primeros años de su muerte Guevara obró de mito conducente de las guerrillas criminales de los años 70´ en América Latina (ERP y Montoneros en Argentina, Tupamaros en Uruguay, el MIR en Chile, Sendero Luminoso en Perú o las FARC colombianas), en el nuevo Siglo, en cambio, el Che ha dejado de ser un referente del terror revolucionario para convertirse en un fetiche estético del esnobismo progresista.

Justamente, la percepción visual es mucho más poderosa que la oral y el mito guevariano alcanzó tamaña envergadura en parte gracias a la repetición de su favorecido rostro, notablemente explotado a partir de la foto tomada en La Habana por el fotógrafo cubano Alberto Korda, en la cual se ve a un Guevara con casaca de cuero, boina transgresora, pelos al viento, gesto adusto y una mirada que sugiere apuntar a un horizonte prometedor. La contingencia quiso que esa

expresiva foto gustara y ella viene siendo reproducida hasta el paroxismo a través de una avalancha de posters, calcomanías, almanaques, camisetas, billetes, estampillas, grafittis, postales, banderas y ahora, en glamorosos flyers de Instagram o Facebook que intentan ofrecer rebeldía virtual en la web 2.0.

El típico poster de los años 80´ hoy ha sido aggiornado a los fondos de pantalla de los ordenadores, celulares, tablets y toda la parafernalia comunicacional de la sociedad de consumo por la que el Che mató y murió para impedir su avance. Ninguno de los jóvenes que fija la foto de Guevara como perfil en Twitter sueña con tener una libreta de racionamiento, ni con una sociedad en donde el pasaporte sea una prerrogativa otorgada a discreción por el comisario político de la *Nomenklatura*.

"El "Che Vive!" postean sus afectos en el #hashtag de la red. ¿Vive para quién? El Che Vive porque está muerto y lo que lo hace destacar en nuestra época es que no pertenece a ella. Y no existiendo en el haber de Guevara triunfo alguno, mueve a risa que la frase con la que más se identifique al marketinero comandante sea "hasta la victoria siempre".

El Guevara real e histórico nada tiene que ver con su amable y distorsionada versión actual. La multiplicidad en cuanto al uso que hoy se da a su figura ha ido asemejándose cada vez más a un logotipo del marketing antes que a una manifestación de extremismo ideológico. Su impronta y significancia es cada vez más parecida a la de un impertinente showman que interpreta nocturnas canciones de rhythm and blues antes que a la de un fusilador estalinista. La imagen despeinada del Che hoy puede cumplir un papel de rebeldía simbólica tan asimilable a la lengua de los Rolling Stones como a un afiche de The Doors.

La imagen mítica del Che actual es tan ajena a la fidedigna, que el polifacético guerrillero mutó de extremista marginal a estampilla *cool*.

De la sufrida selva boliviana a la remerita cafetera en el shopping. Del fusil revolucionario al pacifismo ecológico. Del marxista sectario al gurú multicultural. Del macho viril que arreglaba todo a los tiros a decorar la marcha por el "orgullo travesti". Del "odio intransigente al enemigo" al humanismo ecuménico. En suma, su cara pasó de identificar la reunión clandestina de una célula terrorista a decorar la pared de un spa de reiki. El marketing hace este tipo de milagro y la hipocresía social hace el resto. Y no deja de ser curioso que muchos de quienes lo exhiben tatuado en el brazo, por lo único que estuvieron a punto de arriesgar la vida fue por una dosis de cocaína: indisculpable vicio burgués que el Che hubiera corregido con su despiadado rifle sanitario. En suma, hoy el Che no significa nada concreto más allá de un vagaroso símbolo de disconformidad contra algo o contra alguien, sin saber muy bien qué es ese algo ni quién es ese alguien.

Le guste a no a sus feligreses, el Che Guevara ha quedado reducido a la categoría de bien de mercado en calidad de adorno doméstico, tentación consumista propia del buen socialdemócrata de manual. Jocosa mutación la de Guevara: de temible revolucionario a taquillero souvenir disponible en drugstores y regalerías. Y en el extremo del absurdo, el sitio web más famoso del mundo sobre el "combatiente internacional", no es otro que *The Che Store* (La Tienda del Che)[806], el cual nos ofrece todo tipo de accesorios de vestuario (remeras, gorros, botas, cinturones), a la vez que prendedores, postales, llaveros, tazas de café, calcomanías y oropoles de lo más imaginativos, todos ellos destinados a satisfacer "todas tus necesidades revolucionarias", lema central del portal, cuyo curioso eslogan cuenta no con el patrocinio del proletariado sufriente sino de Visa, Mastercard y American Express, tarjetas indefectibles para poder comprar el sinfín de chiches y baratijas que se allí se exhiben para alegría de todo cibernauta ávido de revolucionar su guardarropa: la gente no quiere cambiar el mundo sino el automóvil, aunque el rodado pueda verse decorado por un oportuno estampado guevarista en alguna de sus ventanillas, sediciosa manifestación ambulante asimilable a la de subir al tope el volumen del autoparlante con un

enojoso y prepotente hardcore-punk.

Atrás quedó la máquina de matar para dar paso a la de facturar, oficiando el Che Guevara de exitoso amuleto comercial sometido no a los dogmas de los “estímulos morales” sino de la rentable ley de la oferta y la demanda.

A cincuenta años de su muerte, la pintoresca figurita disconforme de Ernesto Guevara de la Serna mueve muchísimos millones en cualesquiera de los infinitos rubros del mercado capitalista global: “Valgo más vivo que muerto” gritó el Che cuando fue detenido en Bolivia. Pero el frustrado guerrillero se equivocó por millonésima vez. Esa desesperada frase suya esbozada *in artículo mortis*, fue la última de las innúmeras derrotas obrantes en su frenético e infecundo repertorio.

---

[1] Márquez, Nicolás. El Canalla, la verdadera historia del Che. Editorial Edivern, Buenos Aires, 2009, pág. 264.

[2] Márquez , Nicolás. La Historia De Un Fracaso. Biografía Del Che Guevara. Editorial Maye, Santiago de Chile, 2010, pág. 413.

[3] Juan Manuel de Rosas (Buenos Aires, 30 de marzo de 1793 – Southampton, Gran Bretaña, 14 de marzo de 1877) fue un militar y político argentino de enorme trascendencia. En 1829 se consagró gobernador de la provincia de Buenos Aires llegando a ser, entre 1835 y 1852, el principal caudillo de la Confederación Argentina. Su influencia en la historia argentina fue tal que hoy sigue suscitando debate entre acólitos y detractores

[4] Reportaje de Fernando Guevara Lynch concedido a Nicolás Márquez de esta obra (enero del 2009, ciudad de Chapadmalal, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Documentos en poder del autor.

[5] Tras la Batalla de Caseros en la Provincia de Buenos Aires.

[6] León Ezequiel del Corazón de Jesús de la Serna Gómez (Buenos Aires, 11 de abril de 1855 - La Plata, 15 de marzo de 1913) fue un militar y político argentino, que falleció en el año 1913 siendo Gobernador de la provincia de Buenos Aires.

[7] Díaz Araujo, Enrique. La rebelión de la nada o ideólogos de la subversión cultural; Cruz y Fierro Editores, 1983, pág. 271.

[8] Kalfon, Pierre. Che, Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro siglo;  Plaza& Janés Editores, 1997, pág. 21.

[9] Constenla, Julia. Celia, la madre del Che. 2ª edición. Sudamericana, Bs. As., 2005, pág. 21, citado en: Díaz Araujo, Enrique. Ernesto Guevara de la Serna, aristócrata, aventurero y comunista; Ediciones del Verbo Encarnado. San Rafael, Mendoza, 2008, pág. 16.

[10] Paco Ignacio Taibo II, Ernesto Guevara, también conocido como El Che. Ed. Planeta,1 edición 2010, pág. 36

[11] Castañeda, Jorge G. La vida en rojo, una biografía del Che Guevara, Espasa, 1997; pág. 25.

[12] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 24

[13] Gambini, Hugo. El Che Guevara. La biografía; Planeta, 19ª ed., 2007, pág. 32.

[14] Mi hijo, el Che, Ernesto Guevara Lynch, citado en: O'Donnell, Pacho. Che, la vida por un mundo mejor; Sudamericana, 2ª ed., 2005, pág. 15

[15] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 29

[16] Gambini, Hugo. Op.Cit. pág. 35.

[17] Reportaje a Fernando Guevara Lynch concedido a Nicolás Márquez (enero del 2009, ciudad de Chapadmalal, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Documentos en poder del autor.

[18] Gambini, Hugo. Op.Cit; pág. 38.

[19] Sebreli, Juan José. Comediantes y mártires; Debate, 2008, pág. 131.

[20] Niess, Frank. Che Guevara; EDAF, 2ª edición, marzo 2005, pág. 19.

[21] Revista Gente, ejemplar del 16 de octubre de 1967. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 273.

[22] Gambini, Hugo. Op.Cit; pág. 35.

[23] Che Guevara. Una biografía. México, Diana, 1973; págs. 266, 267 y 271. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); págs. 273, 274.

[24] López Das Eiras, Horacio. Ernestito Guevara antes de ser el Che; Cdba., Del Boulevard, 2006, p. 70. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. Ernesto Guevara de la Serna, aristócrata, aventurero y comunista; Ediciones del Verbo Encarnado. San Rafael, Mendoza, 2008; pág. 85.

[25] Kalfon, Pierre. Op. Cit; pág. 46

[26] [Largometraje-Documental] Altamira, Luis. (guión y edición). Che. Un argentino del siglo XX - Los años en Alta Gracia 1932-1943.

[27] Paco Ignacio Taibo II. Op.Cit; pág. 27

[28] [Largometraje-Documental] Altamira, Luis. (guión y edición). Che. Un argentino del siglo XX - Los años en Alta Gracia 1932-1943.

[29] Anderson, Jon Lee. Che, Una vida revolucionaria; Emecé, Bs. As., 1997, pág. 42.

[30] Constenla, Julia. Celia, la madre del Che; Sudamericana, 2ª ed., Bs. As., 2005, pág. 70, citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2008); pág. 41.

[31] Reportaje a Fernando Guevara Lynch concedido a Nicolás Márquez (enero del 2009, ciudad de Chapadmalal, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Documentos en poder del autor.

[32] Paco Ignacio Taibo II. Op.Cit; pág. 22.

[33] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 31.

[34] Anderson, Jon Lee. Op. Cit; pág. 54

[35] O'Donnell, Pacho. Op. Cit; pág. 18.

[36] Guevara Lynch, Ernesto. Mi hijo, el Che; Planeta, Barcelona, 1981, pág. 70. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 181.

[37] [Largometraje-Documental] Altamira, Luis. (guión y edición). Che. Un argentino del siglo XX - Los años en Alta Gracia 1932-1943.

[38] Castañeda, Jorge G. Op. Cit; pág. 43.

[39] Cupull, Adys y González, Froilán. Ernestito, vivo y presente. Iconografía testimoniada de la infancia y la juventud de Ernesto Che Guevara 1928-1953; Editora Política, La Habana, 1989, pág. 72. Citado en: Kalfon Pierre. (199); pág. 41.

[40] Citado en: Díaz Araujo, Enrique (2008); págs. 72/73.

[41] Reportaje a Fernando Guevara Lynch concedido a Nicolás Márquez (enero del 2009, ciudad de Chapadmalal, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Documentos en poder del autor.

[42] [Video] Che. Un argentino del siglo XX (Los años de Alta Gracia 1932-1943), La Habana, NTSC, 2001, cfr. Dante Vidosa, citado en: Díaz Araujo, Enrique (2008); pág. 115.

[43] Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 279.

[44] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 26.

[45] Constenla, Julia. Op. Cit; pág. 73. Citado en: Díaz Araujo, Enrique ( 2008); pág. 44

[46] Kalfon, Pierre. Op. Cit; pág. 56.

[47] Reportaje a Fernando Guevara Lynch concedido a Nicolás Márquez (enero del 2009, ciudad de Chapadmalal, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Documentos en poder del autor.

[48] Íd.

[49] Ib. Íd.

[50] Sebreli, Juan José. (2008) pág. 129.

[51] O'Donnell, Pacho. Che, la vida por un mundo mejor. Sudamericana; 2ª ed., 2005, pág. 29.

[52] O`Donnell, Pacho.(2005); pág. 31.

[53] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 53.

[54] Rojo, Ricardo. Mi amigo el Che. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 120.

[55] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 53

[56] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 41

[57] Reportaje a Fernando Guevara Lynch concedido a Nicolás Márquez (enero del 2009, ciudad de Chapadmalal, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Documentos en poder del autor.

[58] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 26.

[59] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 46.

[60] Íd.; pág. 58.

[61] "Como abrazado a un rencor". Canción argentina de tango, compuesta en 1930 por Antonio Podestá (letra) y por Rafael Rossi (música).

[62] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 25

[63] Reportaje a Fernando Guevara Lynch concedido a Nicolás Márquez (enero del 2009, ciudad de Chapadmalal, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Documentos en poder del

autor.

[64] Reportaje a Fernando Guevara Lynch concedido a Nicolás Márquez (enero del 2009, ciudad de Chapadmalal, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Documentos en poder del autor.

[65] Conforme el diccionario de la Lengua Española, vigésima segunda edición; R.A.E.

[66] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 27

[67] Íd.; pág. 28.

[68] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 29.

[69] James, Daniel. Che Guevara, una biografía, Diana, México, 1973. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 283.

[70] El filme se tituló "*Diarios de motocicleta*" y fue una película pretendidamente biográfica, sumamente aburrida y lenta, la cual que muestra al Che Guevara como un joven sensible y compasivo con los humildes. El largometraje fue dirigido por Walter Salles y protagonizado por Gael García Bernal y Rodrigo de la Serna.

[71] O'Donnell, Pacho (2005); pág. 40.

[72] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 53.

[73] Kalfon, Pierre. Op. Cit; pág. 91.

[74] Ernesto Che Guevara, Mi primer gran viaje: de la Argentina a Venezuela en motocicleta. Seix Barral, Buenos Aires, 1994; pág. 182. Citado en: Castañeda, Jorge G (1997); pág. 79.

[75] Guevara Lynch, Ernesto. Mi hijo, el Che. La Habana, Arte y Literatura, 1988, pág. 407. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 107.

[76] Citado en Niess, Frank. (2005); pág. 36.

[77] Ernesto Che Guevara. Diarios de motocicleta: Notas de un viaje por América Latina. Prólogo de Aleida March. Introducción de Cintio Vitíer. Ed Planeta, 2005; pág. 203. Puede leer además la versión digital en el siguiente enlace:
https://zoonpolitikonmx.files.wordpress.com/2013/10/guevara_ernesto_che_-_diarios_de_motocicleta.pdf

[78] Íd.

[79]Sebreli, Juan José. (2003); pág. 379.

[80] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 41.

[81] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 54.

[82] Guevara Lynch, Ernesto. Op. Cit; pág.148. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 54.

[83] Citado por Korol, Claudia, El Che y los argentinos. Diógenes, Bs. As., 1989, pág. 67. En: Díaz Araujo, Enrique. (2008); pág. 222.

[84] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 49.

[85] Niess, Frank. Op. Cit.; pág. 26.

[86] Anderson, Jon Lee.  Op. Cit.; pág. 48.

[87] Ros, Enrique. Ernesto Che Guevara: Mito y Realidad. Ediciones Universal, Miami, F; Primera Edición, 2002; pág. 430.

[88] Ernesto Guevara de la Serna a Chichina Ferreira, 5 de diciembre de 1951. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 61.

[89] Gabriel Glasman. Breve historia del Che Guevara, Nowtilus, Madrid, 2008, pág. 96.

[90] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 66.

[91] Ernesto Che Guevara. Diarios de motocicleta: Notas de un viaje por América Latina; Prólogo de Aleida March, Introducción de Cintio Vitíer. Ed Planeta, 2005; págs. 193, 137. Puede leer además la versión digital en el siguiente enlace: https://zoonpolitikonmx.files.wordpress.com/2013/10/guevara_ernesto_che_-_diarios_de_motocicleta.pdf

[92] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 66.

[93] O'Donnell. Pacho. (2005); pág. 73.

[94] Íd.; pág. 73.

[95] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 68.

[96] Del Ecuador, el carguero partió a Panamá, para luego ir a Costa Rica y finalmente arribar a Guatemala.

[97] Ros, Enrique. Ernesto Che Guevara: Mito y Realidad. Ediciones Universal, Miami, Primera Edición, 2002; pág. 56.

[98] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; págs. 70/71

[99] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 74.

[100] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 77.

[101] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 74.

[102] Íd.; pág. 78.

[103] Ib. Íd.; pág. 80.

[104] Ib. Íd.; pág. 81.

[105] Gott, Richard. Las guerrillas en América Latina. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1971; pág. 42. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2008); pág. 310.

[106] Lautaro Silva. La herida roja de América. Hándicap, Santiago de Chile, 1959; pág. 484. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2008); pág. 323.

[107] Ernesto Guevara de la Serna a Celia de la Serna de Guevara, 4 de julio, 1954. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 99.

[108] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 82.

[109] Kalfon, Pierre. Op. Cit; pág. 127.

[110] Silva, Lautaro. La herida roja de América. Handicap, Santiago de Chile, 1959; pág. 484. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2008); pág. 323.

[111] Niess, Frank. Op. Cit.; pág. 50.

[112] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 166.

[113] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 84.

[114] Enrique Ros, Ernesto Che Guevara: Mito y Realidad, Ediciones Universal, Miami, F; Primera Edición, 2002, pág. 76.

[115] Enrique Ros, Ernesto Che Guevara: Mito y Realidad, Ediciones Universal, Miami, F; Primera Edición, 2002, pág. 82.

[116] Kalfon, Pierre. (1997); pág. 134.

[117] Hilda Gadea, Años decisivos, México, Aguilar, 1972, p. 226, citado en: Kalfon, Pierre. (1997);

pág. 134.

[118] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 90.

[119] Íd.; pág. 91.

[120] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 92.

[121] Íd.; pág. 91.

[122] Ib. Íd.; pág. 93.

[123] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 84.

[124] Reportaje a Fernando Guevara Lynch concedido a Nicolás Márquez (enero del 2009, ciudad de Chapadmalal, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Documentos en poder del autor.

[125] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 95.

[126] Citado en: Pedro Corzo, Luis Guardia, Francisco Lorenzo. Guevara: Misionero de la Violencia. Ed. Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el totalitarismo. Miami, 2008; pág. 44.

[127] Kalfon, Pierre. (1997); pág. 145.

[128] Guevara, Ernesto. Obras Completas. Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 134.

[129] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 97

[130] Íd.; pág. 94.

[131] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 95.

[132] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 152.

[133] Se conoció como el Bogotazo a un episodio de violentas protestas, agitación y desórdenes en el centro de Bogotá, la capital de Colombia, el 9 de abril de 1948, que siguieron al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Dichos sucesos se consideraron como uno de los primeros actos violentos de la época y es uno de los hechos políticos más relevantes del siglo XX en la historia de Colombia.

[134] La casa de María Antonia González en la calle Emperán 49 de la colonia Tabacalera, se convirtió en cuartel desde donde futuros expedicionarios y exiliados cubanos, incluidos Fidel Castro y Che Guevara, prepararon la expedición revolucionaria para Cuba.

[135] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 85.

[136] Lázaro Guerra, militante en los movimientos revolucionarios en Cuba, estuvo exiliado en México, sobreviviente de la expedición del Corintia. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo, Guevara: Anatomía de un mito.

[137] José L. Rasco, abogado, compañero de Fidel Castro durante 11 años de la etapa estudiantil. Llamado por este a colaborar con la revolución en 1959. Caimán Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[138] Citado en: Machover, Jacobo. La cara oculta del Che, Desmitificación de un héroe romántico. Ed Planeta -Bronce, 2008; pág. 63.

[139] Ernesto Che Guevara, Pasajes de la guerra revolucionaria en Obras 1957-1967, pág. 193, citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 156.

[140] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 97.

[141] Íd.; pág. 98.

[142] Ib. Íd.; pág. 99.

[143]Ernesto Che Guevara. Pasajes de la Guerra Revolucionaria: Obras 1957-1967. pág. 193. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 156.

[144] Citado en Pedro Corzo, Luis Guardia, Francisco Lorenzo. Op. Cit.; págs. 42, 43, 44.

[145] Íd.; págs. 56, 57.

[146] Thomas Edward Lawrence, Seven Pillars of Wisdom. 1926 -hay trad. Cast: los siete pilares de la sabiduría. Sur. BS 1955. Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 128

[147] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 85.

[148] Citado en Pedro Corzo, Luis Guardia, Francisco Lorenzo. Op. Cit; pág. 64.

[149] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 89.

[150] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; págs. 116/17.

[151] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 165.

[152] Daily Worker, Nueva York, 5 y 10 de agosto de 1953, citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 111.

[153] Apuleyo Mendoza, Plinio; Montaner, Carlos Alberto; Vargas Llosa, Álvaro. Manual del perfecto idiota latinoamericano, Ed. Atlántida. Mendoza, 1996, pág. 150.

[154] Íd.; pág. 150.

[155] Ib. Íd.

[156] Castañeda, Jorge G., Op. Cit.; págs. 108, 109.

[157] Apuleyo Mendoza, Plinio; Montaner, Carlos Alberto; Vargas Llosa, Álvaro. Op. Cit.; pág. 150.

[158] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, Investment in Cuba - Washington, D.C.: Government Printing Office, 1956, pág. 184, citado en Daga en el corazón, Cuba traicionada. Mario Lazo, Minerva Books Ltd., 1972, pág. 86.

[159] Ernest Schwartz, "Some Observations on Labor Organization in the Caribbean", en The Caribbean: It's Economy (Gainesville, Florida: University of Florida Press, 1954), pág. 167., citado en Daga en el corazón, Cuba traicionada. Mario Lazo, Minerva Books, Ltd., 1972; pág. 87.

[160] Álvarez Díaz, José R. Trayectoria de Castro: encumbramiento y derrumbe, Editorial A.I.P., Miami, 1964, pág.11, Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, US. Investments in the Latin American Economy, Washington, DC. Government Printing Office, 1957 pág. 75, citado en Daga en el corazón, Cuba traicionada. Mario Lazo, Minerva Books, Ltd., 1972, pág. 88.

[161] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, Investment in Cuba p. 37, Theodore Draper, Castroism: Theory and Practice. NY: Frederick A. Praeger, 1965, pág. 109. Citado en: Daga en el corazón, Cuba traicionada. Mario Lazo, Minerva Books Ltd., 1972; pág. 89.

[162] Apuleyo Mendoza, Plinio; Montaner, Carlos Alberto; Vargas Llosa, Álvaro. Op. Cit.; pág. 152.

[163] MacGaffey y Barnett, Twentieth Century Cuba, p. 225, citado en Daga en el corazón, Cuba traicionada. Mario Lazo, Minerva Books, Ltd., 1972,

[164] Íd.; pág. 91.

[165] Apuleyo Mendoza, Plinio; Montaner, Carlos Alberto; Vargas Llosa, Álvaro. Op. Cit.; pág. 156.

[166] Últimas Noticias, 20 de marzo de 1990. p. 24. Citado en: Prof. Torres Mega, Alexander. En las puertas del infierno cubano. Ediciones Flashes Culturales, Uruguay, 1990; pág. 59.

[167] Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, Investment in Cuba, pág. 183.Citado en: Mario Lazo. Op Cit.; pág. 97.

[168] Apuleyo Mendoza, Plinio; Montaner, Carlos Alberto; Vargas Llosa, Álvaro. Op. Cit.; pág. 150.

[169] Citado en: Prof. Alexander Torres Mega. (1990); págs. 42-44.

[170] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 100.

[171] Íd.; págs. 97- 100.

[172] Conforme con el Atlas de Guinsburg. Citado en: Apuleyo Mendoza, Plinio; Mendoza, Carlos Alberto Montaner, Álvaro Vargas Llosa. Op. Cit.; pág. 150.

[173] Ver Tendencias políticas de la Población Mundial de la ONU 1977. Vol. 1, tabla 75. Citado en: Prof. Torres Mega, Alexander. Op. Cit; pág. 60.

[174] Luxemburg 2-3. Citado en: Torres Mega, Alexander. Op. Cit.; pág. 60.

[175] Conjuntura Económica, Fundação Getulio Vargas, diciembre de 1987, pág. 128. Citado en: Torres Mega, Alexander. Op. Cit.; pág. 60.

[176] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 158.

[177] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 116.

[178] Kalfon, Pierre. Op.Cit.; pág. 163.

[179] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 125.

[180] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 168.

[181] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 126.

[182] Orlando de Cárdenas, periodista, fue amigo de Fidel Castro y uno de los principales colaboradores del movimiento 26 de Julio en México. Caimán Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[183] Intelligence Digest, marzo 1959, cit por Weyl, N. Citado a su vez en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 301.

[184] Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 337.

[185] O’Donnell, Pacho. (2005); pág. 91.

[186] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 178.

[187] Ernesto Che Guevara. Obras 1957-1967; pág. 194. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 177.

[188] Citado en: Pedro Corzo, Luis Guardia, Francisco Lorenzo. Op. Cit.; pág. 66, 67.

[189] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 137.

[190] O’Donnell, Pacho. (2005); pág. 96.

[191] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 101.

[192] O’Donnell , Pacho. (2005); pág. 95.

[193] Ver: Matos, Huber. Cómo llegó la noche. Fábula, Tusquets Editores, 5ª ed., 2004; pág. 54.

[194] Guevara, Ernesto. Pasajes de la Guerra Revolucionaria. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985. Digitalización: Koba. Pág. 6.

[195] Íd.; pág. 5.

[196] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 183.

[197] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 152/53.

[198] Íd.; pág. 159.

[199] Otras biografías y documentos sostienen por su parte que eran 16 los sobrevivientes.

[200] Gambini, Hugo. Op. Cit.; págs. 112/113.

[201] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit; pág. 159.

[202] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 116.

[203] Citado en: Machover, Jacobo. Op. Cit.; pág. 28.

[204] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 141.

[205] Miguel Sánchez *El Coreano*, Luchó juntó a las tropas estadounidenses en la Guerra de Corea. Fidel lo recluta como instructor militar del grupo de guerrilleros que estaban en México. Caimán Productions, Instituto de la memoria histórica cubana contra el totalitarismo, *Guevara: Anatomía de un mito.*

[206] Francisco Rodríguez, citado en Marvin Resnick, The Black Beret: The Life and Meaning of Che Guevara, Ballantine Books, Nueva York, 1969, p. 88. Citado en: Castañeda, Jorge G.(1997); pág. 137.

[207] [Artículo] "Raúl Castro nunca quiso que el Che lo atendiera": diario La Nación, Buenos Aires, sección política, publicado en edición impresa, lunes 9 de febrero de 2009.

[208] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 228.

[209] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 162.

[210] Guevara, Ernesto .Op. Cit; pág. 10.

[211] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 101.

[212] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; págs. 37/38.

[213] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 91.

[214] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 210.

[215] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 228.

[216] Guevara, Ernesto. La guerra de guerrillas. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985; y Guevara, Ernesto. Obras Completas. Casa de las Américas, La Habana, 1970. Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 131.

[217] Citado por Korol, Claudia. Op. Cit. En: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 131.

[218] March, Aleida. Evocación: Mi vida al lado del Che. Espasa, Bs. As., 2008. En: Sebreli, Juan José (2008); pág. 132.

[219] Sebreli, Juan José. (2008); pág.131.

[220] Anderson, Jon Lee. Op. Cit; pág. 228.

[221] Guevara, Ernesto. Op. Cit.; pág. 11.

[222] Jaime Costa, asaltante del Cuartel Moncada, expedicionario del yate Granma, comandante del Ejército Rebelde. Enviado por Castro a reagrupar a los miembros del 26 de Julio en Centroamérica. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[223] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 172.

[224] O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 106.

[225] Íd.; pág. 106.

[226] O'Donnell, Pacho. Che, la vida por un mundo mejor. Sudamericana, 2ª ed., 2005, pág. 109.

[227] Guissani, Pablo. Montoneros, la soberbia armada. Sudamericana, 2003, pág. 113.

[228] Matos, Huber. Cómo llegó la noche, Fábula, Tusquets Editores, 5ª ed., 2004, pág. 77.

[229] Íd.; pág. 75.

[230] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 121.

[231] Íd.; pág. 121.

[232] Lazo, Mario. Op. Cit.;  pág. 131.

[233] Citado en: Paco Ignacio Taibo II; (2010), pág. 198.

[234] Íd.; pág. 179.

[235] Citado en: Paco Ignacio Taibo II; (2010); pág. 194.

[236] Íd.; pág. 195.

[237] Archivo LAB. Citado en: Paco Ignacio Taibo II; (2010); pág. 250.

[238] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 229.

[239] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 58.

[240] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 72.

[241] Anderson, Jon Lee. Che Guevara, una vida revolucionaria. Ed. Anagrama, Segunda Edición; 2007, pág. 228.

[242] Íd.; pág. 353.

[243] Citado en: Paco Ignacio Taibo II; (2010); pág. 218.

[244] Massot, Vicente. El Cielo por asalto. ERP, Montoneros y las razones de la lucha armada.  Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 2013, págs. 31-51.

[245] Anthony De Palma. El hombre que inventó a Fidel. Castro, Cuba y Herbert Matthews del New York Times, 2007; pág. 132. Citado en: Massot, Vicente; (2013); pág. 45.

[246] Citado en: Paco Ignacio Taibo II; (2010); pág. 193.

[247] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; 1997, pág. 220.

[248] O’Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 115.

[249] Ernesto Che Guevara. Obras 1957-1967; pág. 340. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 220.

[250] O’Donnell, Pacho. (2005); pág. 122.

[251] Machover, Jacobo. La cara oculta del Che, Desmitificación de un héroe romántico. Ed. Planeta-Bronce; 2008, pág. 34.

[252] Sebreli, Juan José. (2008);  pág. 132.

[253] Roberto Bismarck. Capitán del Ejército Rebelde, miembro del Segundo Frente Nacional del Escambray, participó en el pacto o reunión de “El Pedrero”. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[254] Luciano Medina, capitán del Ejército Rebelde, hombre de confianza y correo de Fidel Castro. En la invasión de oriente a occidente estuvo bajo las órdenes de Camilo Cienfuegos. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[255] Citado en: Machover, Jacobo; (2008); págs. 34, 35.

[256] Citado en: Niess, Frank; (2005); pág. 94.

[257] Guevara, Ernesto. Notas para el estudio de la revolución comunista. 1960. Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 153.

[258] O'Donnell, Pacho. (2005);  pág. 120.

[259] Ernesto Che Guevara. Obras 1957-1967.  pág. 261. Citado en: Kalfon, Pierre ; ( 1997); pág. 212.

[260] O'Donnell, Pacho. Op. Cit;  pág. 123.

[261] Íd.; pág. 120/121.

[262] Ernesto Che Guevara. Pasajes… Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997);  pág.139.

[263] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); págs. 188, 189.

[264] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 221.

[265] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 129.

[266] Lucila Velásquez. *El Nacional*, Caracas, octubre 1967. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 114.

[267] Cfr.: Lazo, Mario. Daga en el corazón, Cuba traicionada. Minerva Books Ltd., 1972, págs. 138-140.

[268] Yofre, Juan B. Fue Cuba: La infiltración cubano-soviética que dio origen a la violencia subversiva en Latinoamérica. Ed. Sudamericana, Bs.As, Tercera Edición, 2014, pág. 178.

[269] Ernesto Guevara de la Serna a Celia de la Serna de Guevara, octubre de 1956. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997);  pág. 114.

[270] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 210.

[271] Sebreli, Juan José. (2008);  pág. 146.

[272] Carta fechada el 18 de diciembre de 1957. Citada por Carlos Franqui: fragmento reproducido en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 145.

[273] Kalfon, Pierre. Op. Cit.;  pág. 246.

[274] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 160.

[275] Así lo reconoció el comandante del Ejército Rebelde Huber Matos en el programa *Sin Fronteras* , transmitido en el canal *Política y Desarrollo* PyE -Buenos Aires, Argentina- conducido por el pensador Armando Ribas, acompañado por los periodistas José Benegas y Marina Calabró.

[276] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 239.

[277] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 190.

[278] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 131.

[279] Ros, Enrique. Ernesto Che Guevara: Mito y Realidad. Ediciones Universal, Miami, Primera Edición, 2002, página 161.

[280] Ros, Enrique. Op. Cit.; pág. 162.

[281] Dubois, Jules. Fidel Castro. Indianápolis, Bobbs-Cerril, 1959; págs. 261, 265. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); págs. 336, 337.

[282] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 195.

[283] The New York Times, 24 de febrero de 1957: primero de los tres artículos de Matthews.  Citado en: Lazo, Mario. (1972); pág. 121.

[284] De Palma, Anthony. El hombre que inventó a Fidel Castro, Cuba y Matthews, Herbert del New York Times. New York, Pinto Books Inc., 2007, pág 132. Citado en: Massot, Vicente. (2013); pág. 44.

[285] Senén González, Santiago. La sombra del Che y el secuestro de Juan Manuel Fangio en La Habana. 19 de febrero de 2017. En: http://www.telam.com.ar/notas/201702/180196-

la-sombra-del-che-y-el-secuestro-de-juan-manuel-fangio--en-la-habana.html

[286] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; págs. 240-241.

[287] O'Donnell. Pacho. (2005); pág. 132.

[288] Caimán Productions. Guevara: Anatomía de un mito. Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo.

[289] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 228.

[290] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 144.

[291] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 243.

[292] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 133.

[293] Stéphane Courtois, Nicolas Werth, Andrzej Paczkowski, Karel Bartosek, Jean-Louis Panne, Jean-Louis Margolin. El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión. Ediciones B (tercera edición), 2010, pág. 830.

[294] Franqui, Carlos. Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro. Barcelona, Planeta, 1988, pág.126. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997).

[295] Documento de la CIA del 13 de febrero de 1958, citado por García Lupo, Rogelio en Últimas noticias de Fidel Castro y el Che. Vergara, Buenos Aires, 2007. En: Sebreli, Juan José. (2008), pág. 128.

[296] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 246.

[297] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 254.

[298] Íd.; pág. 259.

[299] Citado en Paco Ignacio Taibo II Op. Cit.; pág. 270.

[300] Íd.; pág. 270.

[301] Ernesto Che Guevara. Pasajes. pág. 260. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 169.

[302] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 243.

[303]Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 169-170.

[304] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 171.

[305] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 242.

[306] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 165.

[307] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 228.

[308] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 248-250.

[309] Íd.; pág. 255.

[310] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 259.

[311] Íd.; pág. 260.

[312] Citado en: Paco Ignacio Taibo II (2010); pág. 294.

[313] Smith, Earl E. The Fourth Floor in Nueva York. Random House, 1962; págs. 169-171, citado en: Lazo, Mario. (1972); pág. 169-170.

[314] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 265.

[315] Smith, Earl E. T. Cómo Eisenhower entregó Cuba a Castro Ruz. The Fourth Floor. Maracaibo, Venezuela. Bolívar Siete, 2002. págs. 7, 224, 229, 225, 68, 91. Citado en: Díaz Araujo, Enrique (2008); págs. 376, 377, 378.

[316] Smith, Earl E. T., Cómo Eisenhower entregó Cuba a Castro Ruz. The Fourth Floor -el

Cuarto Piso-. Maracaibo, Venezuela. Bolívar Siete, 2002, pág. 123. Citado en: Díaz Araujo, Enrique (2008); pág. 378.

[317] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 269, 270.

[318] Íd.; pág. 273.

[319] Ib. Íd.; págs. 271, 272.

[320] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 269.

[321] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 314.

[322]Lázaro Asencio, abogado y periodista. Comandante del Ejército Rebelde. Miembro del Segundo Frente Nacional de Escambray. Caimán Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[323] Sylvester Stallone (Nueva York, 6 de julio de 1946), es una de las estrellas más trascendentes del la historia del cine de acción de Hollywood. Ha dado vida a dos icónicos personajes: Rocky Balboa, el boxeador de Filadelfia que contra todo pronóstico se convertía en campeón mundial; y John Rambo, el ex boina verde veterano de la guerra de Vietnam, especializado en guerrilla que se batía y ganaba él sólo contra ejércitos enteros.

[324] Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); págs. 172-173.

[325] Íd.; pág. 173.

[326] Jaime Costa, asaltante del Cuartel Moncada, expedicionario del yate Granma, comandante del Ejército Rebelde, enviado por Castro a reagrupar a los miembros del 26 de Julio en Centroamérica. Caiman Productions, Instituto de la memoria histórica cubana contra el totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[327] Ver cifras en: Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 175.

[328] Cifra citada en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 132.

[329] Citado en: Frank Niess. (2005); pág. 80.

[330] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 334.

[331] Citado en Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 338.

[332] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 280.

[333] Matos, Huber. Cómo llegó la noche, Fábula, Tusquets Editores, 5ª ed., pág. 281.

[334] Matos, Huber. Cómo llegó la noche, Fábula, Tusquets Editores, 5ª ed.,2004, pág. 283.

[335] The New York Times: La Habana y Washington. Publicada el 23 de enero de 1959. Ver: http://www.nytimes.com/1959/01/23/archives/havana-and-washington.html?_r=0

[336] O'Donnell. Pacho. Op. Cit.; pág. 158.

[337] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 211.

[338] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 268.

[339] "Cuba: ¿Caso excepcional o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?", publicado en la revista Verde Olivo, órgano del Ejército Revolucionario Cubano, el 9 de abril de 1961, transcrito en Guevara, Ernesto. Obras Completas. Andrómeda, 2002, págs. 203, 210, 215,216.

[340] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 184.

[341] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 144.

[342] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 350.

[343] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 368.

[344] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 178.

[345] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 228.

[346] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 271.

[347] Director of Central Intelligence, Special National Intelligence Estimate # 85-58, “The Situation in Cuba”, 24 de noviembre de 1958 secreto. Citado en: Geyer, Georgie Anne. Guerrilla Prince. Little, Brown, Boston, 1991, p.190. En Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 175.

[348] Schneider, Ronald M. Comunismo en Latinoamérica. El caso Guatemala. Libreros Mexicanos Unidos, Bs. As, 1964, págs. 136-137. Citado en: Díaz Araujo, Enrique (1983); pág. 300.

[349] William Bowdler, Embassy to Dep. of State, 20 de marzo, 1959, Comunist Penetration at La Cabaña Fortress confidential, US Department Files, vol. X, Despatch 1053. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 193.

[350] Foreign Service Despatch, Braddock Embassy to Dep. of State, 14 de abril, 1959, Growth of Comunism in Cuba Confidencial, Foreign Relations on the United States, 1958-1960, Department of State, Central Files, LBJ Library. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 193.

[351] Citado en: Gambini, Hugo. (2007); pág. 197.

[352] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 239.

[353] Herbert Matthews, Fidel Castro, París, 1970, p. 165. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 282.

[354] Theodore Draper, Castroism: Theory and Practice NY: Frederick Praeger. 1965, p. 17. Citado en: Lazo, Mario. (1972); pág. 240.

[355] Theodore Draper, Castroism: Theory and Practice NY: Frederick Praeger. 1965, p. 17, citado en Daga en el corazón, Cuba traicionada. En: Mario Lazo. (1972); pág. 240.

[356] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 44.

[357] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 287, 288.

[358] Carlos Ortiz de Rozas, Confidencias diplomáticas, Buenos Aires, Editorial Aguilar, 2011. Citado en: Yofre, Juan B. (2014); pág. 178.

[359] Citado en: Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 283.

[360] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 34.

[361] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 341.

[362] Citado en: Díaz Araujo, Enrique. , (2008); pág. 293.

[363] Citado en: O’Donnell. Pacho. (2005); pág. 165.

[364] Díaz Araujo, Enrique. Op. Cit.; págs. 334, 335.

[365] O’Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 165.

[366] Lenin, Vladimir. La enfermedad infantil del izquierdismo. Obras escogidas, Tomo IV; 1920, Problemas, Buenos Aires, 1946. Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 145.

[367] Jean-Paul Sartre, Les mains sales, 1948. Trad. Cast: Las manos sucias. Losada, Buenos Aires, 1948. Citado en: Sebreli, Juan José (2008); pág. 147.

[368] Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 210.

[369] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 390.

[370] Ros, Enrique. Op. Cit.; pág. 206.

[371] Salvador Villaseca, entrevista con el autor, La Habana, 23 de enero de 1996. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 205.

[372] Íd.; pág. 217.

[373] Citado en Lazo, Mario. (1972); pág. 197.

[374] Amenaza Comunista a los Estados Unidos en el Caribe, Anales del Subcomité de Seguridad Interna, Senado de los Estados Unidos, Parte III, Washington DC, Oficina Impresora del Gobierno, 1961.Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2008); pág. 386.

[375] Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. ¿Asesinaron a Camilo?

[376] Matos, Huber. Op. Cit.; págs. 344, 346, 359.

[377] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 299.

[378] Íd.; págs. 299, 300.

[379] Incluso con posterioridad el Che le puso a un hijo suyo el nombre Camilo, gesto que muchos dicen fue en honor a Cienfuegos.

[380] Citado en: Paco Ignacio Taibo II.(2010); pág. 172.

[381] Íd.; pág. 235.

[382] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 428.

[383] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; págs. 151, 152.

[384] Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2008); pág. 230.

[385] Díaz Araujo, Enrique. . Op. Cit.; pág. 232.

[386] Citado en Sebreli, Juan José. (2008); pág. 133.

[387] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 371.

[388] Citado en: O'Donnell. Pacho. (2005); pág. 166.

[389] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 266.

[390] Ernesto Che Guevara, "Hasta la Victoria Siempre". Cuba, La Habana, número especial, noviembre 1967; pág. 44. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 267.

[391] Citado en: Anderson, John Lee. (2007); pág. 359.

[392] Citado en: Machover, Jacobo. (2008); pág. 42.

[393] Del Barco, Óscar. Carta a la intemperie, diciembre de 2004. Y posterior polémica en: Sobre la responsabilidad. Cíclope, Córdoba, 2007. Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 133.

[394] Revolución. La Habana, 14 de enero de 1959. Citado en: Machover, Jacobo. (2008); pág. 29.

[395] BRAC: Buró para la Represión de las Actividades Comunistas. Institución policial creada por Fulgencio Batista luego de los sucesos ocurridos el 26 de julio de 1953 en las ciudades de Santiago de Cuba y Bayamo y en el contexto de la convulsa situación nacional que vivía el país.

[396] Napoleón Vilaboa, ex miembro del movimiento 26 de Julio. Comenzó a trabajar en enero de 1959 en la llamada "Comisión depuradora", en la fortaleza de La Cabaña, bajo las órdenes del Che Guevara. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[397] Rolando Castaño, hijo del teniente José de Jesús Castaño. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[398] Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2008); pág. 324.

[399] José Vilasuso, abogado. Comenzó a trabajar en enero de 1959 bajo las órdenes de Ernesto Guevara como instructor de expedientes de la llamada Comisión Depuradora, en la fortaleza de La Cabaña. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[400] Citado en: Anderson, Jon Lee: (2007); pág. 453.

[401] Citado en: Niess, Frank. (2005); pág. 84.

[402] Íd.; págs. 84, 85.

[403] Orlando "Olo" Pantoja fue hombre de confianza de Ernesto Guevara, capitán del Ejército Rebelde. Murió en Bolivia como miembro de la guerrilla guevarista. Testimonio de Eduardo Pérez, primer teniente del Ejército Rebelde, se incorporó en Las Villas a la columna 8 "Ciro Redondo", bajo las órdenes de Ernesto Guevara. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[404] Sergio García Muñiz, hermano de Rafael García, fusilado por Ernesto Guevara. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[405] Citado en: Machover, Jacobo. (2008); pág. 45.

[406] Roberto Martín Pérez, dirigente de la "Conspiración Trinidad", ex prisionero político, cumplió 28 años de cárcel. Amigo de la infancia de Aleida March, esposa de Ernesto Guevara. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[407] Proyecciones del Ejército Rebelde, cit. por Hugo Gambini. (2007); págs. 217, 218, reproducido en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 303.

[408] The Cuba Dilemma. Nueva York, 1962; págs. 62, 63. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); págs. 303-306.

[409] Entre 159 y 1965 Ernesto Guevara efectuó media docena de viajes con un promedio dos meses cada uno de estancia en el exterior.

[410] Cfr. Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 182.

[411] "El Che Guevara fusilaba sin conciencia". Juanita Castro -la hermana de Fidel- dijo que Guevara era un hombre sin corazón. Diario La Gaceta, 16, 11, 2009. Ver: http://www.lagaceta.com.ar/nota/352804/mundo/che-guevara-fusilaba-sin-conciencia.html

[412] "Nuestra lucha es una lucha a muerte", discurso de Ernesto Guevara, el 11 de diciembre de 1964, ante la Asamblea de la ONU, transcrito en Che Guevara, Ernesto. Obras Completas, Andrómeda, 2002.

[413] Cit. por Rojo, Ricardo. Extraído de: Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 350.

[414] Citado en: Gambini, Hugo. (2007); pág. 216.

[415] El Socialismo y el Hombre en Cuba, La educación directa. Citado en: Guevara, Ernesto. Obras Completas, Andrómeda, 2002; págs. 189-198.

[416] Guevara, Ernesto. El Socialismo y el Hombre Nuevo. Siglo XXI, América Nuestra, México 1977, pág. 14.

[417] El Che en la Revolución Cubana. Op. cit., T. VI, pág. 371. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 391.

[418] Citado en: Anderson, Jon Lee. (2007); pág. 455.

[419] Niess, Frank. Op. Cit.; pág. 98.

[420] Díaz Araujo, Enrique. Op. Cit.; págs. 333, 334, 335.

[421] Citado en: Yofre, Juan B. (2014); pág. 120.

[422] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 348.

[423] Egurrola, M. Mis lecturas de segundo grado. Edit. Pueblo y Educación, 1984, págs. 220 y 229. Citado en: Torres Mega, Alexander. Op. Cit.; pág. 32.

[424] Su declaración completa fue publicada, en exclusiva, por el escritor brasileño Luciano Bivar en su libro: Cuba, un retrato sin retoques. Citado en Torres Mega, Alexander (1990); pág. 45.

[425] Montaner, Carlos Alberto. Fidel Castro y la Revolución Cubana. 2ª ed. Playor, Madrid, 1983; pág. 240. Biblioteca cubana contemporánea. Citado en: Torres Mega, Alexander (1990); págs. 46, 47.

[426] Libro 4º de Lectura. Editorial Pueblo y Educación, 1984; pág. 154. Citado en: Torres Mega, Alexander. (1990); pág. 29.

[427] Lecturas para el quinto grado. Editorial Pueblo y Educación, 1987; págs. 146, 149. Citado en: Torres Mega, Alexander. (1990); pág. 33.

[428] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 224.

[429] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 400.

[430] Moore, Carlos. Le castrisme et l'Africa noire, 1959-1972; págs. 530-516. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 474.

[431] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 174.

[432] Stéphane Courtois , Nicolas Werth , Andrzej Paczkowski , Karel Bartosek , Jean-Louis Panne , Jean-Louis Margolin . El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión. Ediciones B (tercera edición), 2010; pág. 837.

[433] Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 138.

[434] Celia Guevara March, la hija del Che, se hizo ciudadana argentina. Diario Clarín, 12/08/2007. http://www.clarin.com/ediciones-anteriores/celia-guevara-march-hija-che-hizo-ciudadana-argentina_0_rJ_Ws-lk0Fl.html

[435] "Compañeros de América y el Mundo": Discurso pronunciado por Ernesto Guevara en el Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes., 28 de julio de 1960.

[436] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 321.

[437] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 56.

[438] Stéphane Courtois y otros. Op. Cit.; pág. 832.

[439] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 322/323.

[440] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 50.

[441] Kalfon, Pierre Op. Cit.; pág. 351.

[442] Íd.

[443] Farol, K.S. *Les guérrilleros au pouver* págs. 55, 56. Citado en: Kalfon, Pierre. *(*1997); pág. 353.

[444] Ernesto Che Guevara: Actas del Ministerio. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 224.

[445] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 535.

[446] Lenin muere en enero de 1924 y desde entonces Stalin no dejó de avanzar hasta controlar el poder de manera absoluta hasta su muerte en 1953.

[447] La Gran Enciclopedia Soviética es una de las más extensas publicadas alguna vez en ese idioma eslavo. La obra tenía un natural sesgo a favor del marxismo-leninismo, la ideología oficial del sistema soviético.

[448] El Komsomol fue la estructura juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

[449] Lozano, Álvaro. Stalin, el tirano rojo. España, Nowtilus, 2012; págs. 460-461.

[450] Stern, M y Stern, A. La vida sexual en la Unión Soviética. España, Brugera, 1980; pág. 259.

[451] Citado en: Gorbato, V. Montoneros de Menem. Soldados de Duhalde. Buenos Aires, Sudamericana, 1999; pág. 300.

[452] Las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP) fueron campos de castigo que existieron en Cuba entre 1965 y 1968. Allí estuvieron unos 25.000 hombres, básicamente jóvenes que por diversos motivos (homosexualismo, actividades religiosas o conductas “contrarrevolucionarias”) eran confinados y sólo tenían libres los días domingos.

[453] Entrevista concedida por Fidel Castro al periodista Lee Lockwood y publicada en Castro's Cuba, Cuba's Castro. Citado en: Zayas, M. Mapa de la homofobia. Cronología de la represión y censura a homosexuales, travestis y transexuales en la Isla, desde 1962 hasta la fecha. (2006). Ver enlace completo en: http://www.cubaencuentro.com/cuba/articulos/mapa-de-la-homofobia-10736

[454] Citado en: Bazán O. Historia de la Homosexualidad en la Argentina. De la conquista de América al Siglo XXI. Buenos Aires, Marea Editorial; 2010. pág. 330.

[455] Ros, Enrique. La Umap: el gulag castrista. Miami, Florida, Ediciones Universal, 2004; pág. 10.

[456] Ros, Enrique. Op. Cit.; pág.13.

[457] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág.299.

[458] Periódico Revolución, jueves 11 de marzo de 1965. Citado en: Ros, Enrique (2004); pág. 28.

[459] Ros, Enrique. Op. Cit.; pág. 14.

[460] Acta de la Sexta Jefatura Provincial de Pinar del Río, Sub-unidad Bahía Honda del Ministerio del Interior, Departamento de Orden Público. Expediente de Emilio Izquierdo. Cfr.: Ros, Enrique. (2004); pág. 15.

[461] Harrington, Michael. Socialism. N. York, Bantan Book, 1973; pág. 291. Citado en: Díaz Araujo, Enrique (1983); pág. 349.

[462] Ver cifras en Ros, Enrique (2004); pág. 33.

[463] Ronet, Jorge. La Mueca de la Paloma Negra. Biblioteca Cubana Contemporánea, España. Citado en: Ros, Enrique (2004); pág. 37.

[464] Citado en Ros, Enrique. (2004); pág. 44.

[465] Periódico Granma, jueves 14 de abril de 1966. Citado en Ros, Enrique. (2004); pág. 45.

[466] Revista Bohemia. Noviembre 27, 1965. Citado en: Ros, Enrique. (2004); pág. 60.

[467] Julian Schnabel (Dir)- Javier Bardem (Prot) “Antes que anochezca” [película], obtuvo la nominación al Premio Oscar al mejor actor por la interpretación de Javier Bardem del poeta cubano Reinaldo Arenas.

[468] Arenas, R. Before Night Falls. Canadá, Penguin Books, 1994.

[469] En él se entrevista a varios nombres homosexuales ligados a la vida cultural cubana (Lorenzo Monreal, Reinaldo Arenas, Jorge Ronet, Luis Lazo, Mireya Robles, Rafael de Palet, Jorge Lago), tiene 105 minutos de duración y hoy está disponible en la web en el siguiente enlace: https://www.youtube.com/watch?v=oATGXqa69TA

[470] Fidel Castro admite persiguió homosexuales; AOL Noticias, 1/09/10; ver nota completa en http://noticias.aol.com/2010/09/01/fidel-castro-admite-persiguio-homosexuales/)

[471] Fidel Castro a Ernesto Guevara, 8 de enero de 1959. En: James, Daniel. Cuba, el primer satélite soviético en América. Libreros Mexicanos Unidos, México DF, 1962; pág. 127. Citado en Díaz Araujo, Enrique. (2005); pág. 5.

[472] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 302.

[473] Hug, Thomas. Cuba. La lucha por la libertad 1762-1970, La República Socialista 1959/1970. Barcelona, Grijalbo, 1974; pág. 1641. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); pág. 45.

[474] Kalfon, Pierre. Che, Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro siglo. Plaza & Janés Editores, 1997; pág. 325.

[475] Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); págs. 45, 46.

[476] Íd.; pág. 41.

[477] Clerk, Jean Pierre. Las cuatro estaciones de Fidel Castro. Una biografía política, Aguilar, Bs. As., 1997, pág. 213. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); pág. 41.

[478] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 273.

[479] Hug, Thomas. (1974); págs. 1449, 1450, 1451. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); pág. 42.

[480] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 421.

[481] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 389/390.

[482] Matos, Huber. Op. Cit.; pág. 435, 436.

[483] Valladares, Armando. Contra Toda Esperanza. 22 años en el "Gulag de las Américas". Intermundo, Bs. As., 1985; págs., 18, 19. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); pág. 64.

[484] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 411, 412.

[485] Ver Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 307

[486] Elías Nazario, capitán del Ejército Rebelde, miembro del Segundo Frente Nacional del Escambray. Escolta del Che Guevara. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[487] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 410.

[488] Al referirse a los 17 años de poder de Batista, se suma tanto el poder militar que Batista tuvo como jefe de las Fuerzas Armadas de Cuba a partir de 1933 y el poder político como presidente en dos ocasiones: 1940-44 y 1952-1958. Lazo, Mario. (1972); pág. 210.

[489] Sebreli, Juan José. Op. Cit.; pág. 135.

[490] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 324.

[491] Montaner, Carlos Alberto. *Víspera del final: Fidel Castro y la Revolución Cubana*, Globos, Madrid, 1994; págs. 177, 178. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. *(*2005); págs. 9, 10.

[492] Courtois , Stéphane y otros. Op. Cit.; pág. 837.

[493] ABC, Madrid, 12/04/2003 " Castro fusila a tres cubanos que secuestraron un barco para huir ". http://www.abc.es/hemeroteca/historico-12-04-2003/abc/Internacional/castro-fusila-a-tres-cubanos-que-secuestraron-un-barco-para-huir_174111.html

[494] Matos, Huber. Op. Cit.; págs. 430, 431.

[495] Díaz Araujo, Enrique. Op. Cit.; pág. 19.

[496] Valladares, Armando. Contra toda esperanza. 22 años en el "Gulag de las Américas", Bs. As., Intermundo, 1985; págs. 67, 68, 69, 152. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); págs. 17, 19.

[497] Franqui, Carlos. Retrato de familia con Fidel. Barcelona, Seix Barral, 1981; págs. 223, 224, 225, 226. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); págs. 14, 15, 16.

[498] Díaz Araujo, Enrique. Op. Cit.; pág. 17.

[499] Entre otros campos de concentración se edificó o adaptó "Ciudad Sandino" de Pinar del Río, las prisiones de El Condado, en Trinidad y El Serrucho, en Camagüey. A lo cabe sumar las cárceles de Boniato, La Cabaña, El Príncipe y la Isla de Pinos.

[500] Vives, Juan. Los amos de Cuba. Bs. As., Emecé, 1982; págs. 99, 100. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); pág. 24.

[501] Courtois, Stéphane y ots. P. Cit.; pág. 846.

[502] Papito Struch fue el responsable de las cárceles en Oriente, al sur de la isla.

[503] Ver Díaz Araujo, Enrique. (2005); págs. 27, 28.

[504] Tanto la lista de establecimientos como de agentes represivos y disciplinarios que actuaban al efecto, se encuentra perfectamente detallada por provincia, nombre y función específica en Díaz Araujo, Enrique, (2005); págs. 26, 27, 30, 31, 32.

[505] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 250

[506] Valladares, Armando. Contra toda esperanza. 22 años en el "Gulag de las Américas", Bs. As., Intermundo, 1985, pág. 80. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); págs. 23, 68.

[507] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 414.

[508] Courtois, Stéphane y ots. Op. Cit.; pág. 839.

[509] Íd.; pág. 41.

[510] Hug, Thomas. (1974); págs. 1724, 1862. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); pág. 30.

[511] Courtois, Stéphane y ots. Op. Cit.; pág. 850.

[512] Además del informe reproducido en Miami Herald, edición del domingo, 23 de abril de 2006 puede verse el mismo detalle en el documental titulado *Los Muertos de Castro*, Dirigido por Eduardo Palmer, A Group 3 Productions, 2006. El video también consta en internet en el siguiente enlace: https://www.youtube.com/watch?v=33bc86Tuvp4

[513] www.cubaarchive.org

[514] Armando Lago además es internacionalmente reconocido por su libro The Politics of Psychiatry in Revolutionary Cuba (1991).

[515] En el marco del proyecto Archivo Cubano, principal programa de Free Society Project (FSP), institución presidida por la mismísima Werlau.

[516] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; págs. 176/177.

[517] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 406.

[518] Vargas Llosa, Álvaro. La máquina de matar: El Che Guevara, de agitador comunista a marca capitalista. The New Republic, 11/7/2005.

[519] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 215.

[520] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 303.

[521] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 408.

[522] Citado en: Corzo, Pedro; Guardia, Luis; Lorenzo, Francisco. Guevara: Misionero de la Violencia. Ed. Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el totalitarismo. Miami, 2008; pág. 227.

[523] Nicolás Quintana, arquitecto, designado para diseñar el edificio del Banco Nacional de Cuba, posteriormente transformado en el Hospital Hermanos Almejeiras. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[524] Hart, Phillips R. The Cuban Dilemma. Ivan Obolensky, Inc. Nueva York, 1962; pág. 223. Citado en: Lazo, Mario. (1972); págs. 222, 223.

[525] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 332.

[526] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág.  246.

[527] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 425.

[528] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 213.

[529] Apuleyo Mendoza, Plinio; Montaner, Carlos Alberto; Vargas Llosa, Álvaro. Manual del perfecto idiota latinoamericano. Atlántida, 1996; pág. 157.

[530] Bonsal, Phillip W. Cuba, Castro and the United States. Foreign Affairs, enero de 1967; pág. 273. Citado en: Lazo, Mario. (1972); pág. 223.

[531] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 237.

[532] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 410.

[533] Cfr.: Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 335.

[534] Sebreli, Juan José. (2008); págs. 134, 144.

[535] Un ejemplo de este tenebroso modo de firmar sus epístolas son las escritas por Guevara a su tía Beatriz.

[536] Carta dada a conocer por el padre del Che, Ernesto Guevara Lynch, en su obra *Aquí va un soldado de América*. Citada en: Manchover, Jacobo. (2008); pág. 50.

[537] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 424.

[538] Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 335.

[539] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 223.

[540] Citado en: Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 104.

[541] Díaz Araujo, Enrique. Cuadernos rojos, revolución marxista en América. Los nuevos cristeros, La Rosa Blanca, 2005, pág. 33.

[542] Geyer, Georgie Anne. El patriarca de las guerrillas. La historia oculta de Fidel Castro. Kosmos, 1991, pág. 230, 231.

[543] Lazo, Mario. Op. Cit.; págs. 235, 265.

[544] Pierre Salinger. With Kennedy. New York, Doubleday & Company, 1966. Citado en: Yofre, Juan B. (2014); pág. 132.

[545] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 285.

[546] Geyer, Georgie Anne. Op. Cit.; págs. 231, 232.

[547] Díaz Araujo, Enrique. (1983); págs. 298.

[548] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 450.

[549] Franqui, Carlos. Retrato de Familia con Fidel. Seix Barral, Barcelona, 1981; págs. 256, 257, 258, 259, 260. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); pág. 23.

[550] Allen Welsh Dulles (7 de abril de 1893 —29 de enero de 1969) fue el primer director civil de la CIA.

[551] Lee Anderson, Jon. Op. Cit.; pág. 480.

[552] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 269.

[553]Íd.; Íd.; pág. 270.

[554] Díaz Araujo, Enrique. (2005); págs. 34, 35.

[555] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 138.

[556] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 301.

[557] Geyer, Georgie Anne. Op. Cit.; pág. 234.

[558] Instituto Internacional de Cooperación y Solidaridad Cubana: El presidio político en Cuba comunista. Testimonio, ICOSOCV, Caracas, 1982; pág. 61. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); págs. 38, 39.

[559] Hug, Thomas. Cuba. La lucha por la libertad 1762-1970, III: La República Socialista 1959/1970. Grijalbo, Barcelona, 1974. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2005); pág. 40.

[560] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 322.

[561] Íd.; pág. 329.

[562] Geyer, Georgie Anne. Op. Cit.; pág. 240.

[563] Gambini, Hugo. (2007); pág. 239.

[564] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 255.

[565] Enrique Díaz Araujo. La guerrilla en sus libros - Tomo 1, Edivern, 2008, Buenos Aires; pág. 156, 157.

[566] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); págs. 468, 469.

[567] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 249.

[568] Entre los reproches que se le endilgaron a Frondizi también pesó el hecho de que la Argentina se haya abstenido de expulsar a la dictadura de Cuba de la OEA.

[569] Geyer, Georgie Anne. Op. Cit.; pág. 246.

[570] Balance de armas de Mc Namara citado en: Yofre, Juan B. (2014); pág. 125.

[571] Geyer, Georgie Anne. Op. Cit.; pág. 247.

[572] Massot, Vicente. Las Caras de la Historia. De la gran guerra al terrorismo internacional. Ed. El Ateneo, Bs.As, 2015; pág. 113-116.

[573] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 232.

[574] Geyer, Georgie Anne. Op. Cit.; pág. 248.

[575] Lazo, Mario. Op. Cit.; págs. 361, 362.

[576] El Ilyushin Il-28 es un bombardero mediano, originalmente construido para la Fuerza Aérea Soviética.

[577] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 248.

[578] Geyer, Georgie Anne. Op. Cit.; pág. 249.

[579] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 359.

[580] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 482.

[581] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 376.

[582] Es una península que constituye el extremo nororiental de Siberia (Rusia). La península está enfrentada a la americana península de Seward, siendo ambas los extremos del estrecho de Bering.

[583] Geyer, Georgie Anne. Op. Cit.; págs. 384, 385.

[584] Claude Julián en *Le Monde*, París, 22 y 23 de marzo 1963. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 382.

[585] Claude Julián en *Le Monde*, París, 22 y 23 de marzo 1963. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 382.

[586] Citado en: Geyer, Georgie Anne. (1991); pág. 250.

[587] Lazo, Mario. Op. Cit.; págs. 391, 392, 393, 399.

[588] Cfr.: Wolf, Marcus. Man without a FACE. Times Books, 1997; pág. 310. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 275.

[589] Citado en: O'Donnell. Pacho. (2005); pág. 207.

[590] Citado en: Niess, Frank. Op. Cit.; pág. 91.

[591] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 515.

[592] Fue Presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS tanto bajo la presidencia de Nikita Krushev (1964) como en la de Alekséi Kosygin (1964-1965).

[593] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 266.

[594] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 383.

[595] Yofre, Juan B. Op. Cit.; págs. 269, 271, 272.

[596] Alberto Castellanos, entrevista con el autor, La Habana, 23 de enero de 1996. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 305.

[597] [Documental de TV] Erik Gandini, Tarik Saleh (Dir.) Sacrificio. Quién traicionó al Che Guevara. Año: 2001. Suecia.

[598] Acuña, Carlos Manuel. Por amor al odio. La tragedia de la subversión en la Argentina. Ediciones del Pórtico. 3ª ed., 2003; pág. 36.

[599] Ver: Acuña, Carlos Manuel. (2003); pág. 37.

[600] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 347.

[601] Desde Argel el contingente pasó por Roma (Italia), San Pablo (Brasil), La Paz (Bolivia) y finalmente Salta (Argentina).

[602] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 328.

[603] Que la causa de la ejecución fue el onanismo fue confirmada por el guerrillero y ex comandante en jefe del ERP -Ejército Revolucionario del Pueblo-, Luis Mattini -banda terrorista de línea guevarista que operó coordinadamente con el MIR chileno en la Argentina en los años 70. Ver: Mattini, Luis. Los Perros. Memorias de un combatiente revolucionario. Continente, 2ª ed., 2006, pág. 218.

[604] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 556.

[605] Citado en: Corzo, Pedro; Guardia, Luis; Francisco Lorenzo. Guevara: Misionero de la Violencia. Ed. Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el totalitarismo. Miami, 2008; págs. 24, 25.

[606] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 359.

[607] Acuña, Carlos Manuel. Por amor al odio. La tragedia de la subversión en la Argentina. Ediciones del Pórtico. 3ª ed., 2003, pág. 73.

[608] Acuña, Carlos Manuel. Por amor al odio. La tragedia de la subversión en la Argentina. Ediciones del Pórtico. 3ª ed., 2003; pág. 73.

[609] Transcripta por el periodista Xavier Utset para la revista *Contacto Internacional*. Citado en: Acuña, Carlos Manuel. (2003); págs. 78 a 83.

[610] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 445.

[611] Diario *Revolución*, ejemplar del 27 de febrero de 1961. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 338.

[612] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 268.

[613] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 445.

[614] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 194.

[615] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 431.

[616] Ver: Gambini, Hugo. (2007); pág. 221.

[617] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 449.

[618] Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 360.

[619] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; págs. 478, 479.

[620] Íd.; pág. 493.

[621] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; págs. 266, 267, 268.

[622] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 325.

[623] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 442.

[624] Íd.; págs. 500, 501.

[625] Ib. Íd.; pág. 462.

[626] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 267.

[627] El Che en la Revolución cubana, T. III, Op. Cit.; pág. 465. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 365.

[628] René Dumont. Cuba, socialismo et développement. Op. Cit.; pág. 67. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 363.

[629] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 401.

[630] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 522.

[631] El Che en la Revolución Cubana. Op. cit. T. VI, págs. 288, 291. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 375.

[632] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; págs. 522, 523.

[633] Informe sobre la corta estadía de los camaradas Ernesto Guevara y Emilio Aragonés. Archivo Nacional, Fondo del Comité Central del PC de Checoslovaquia. Citado en: Yofre, Juan B. (2014); pág. 200.

[634] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 372.

[635] Cfr.: Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 395.

[636] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 405.

[637] Franqui, Carlos. Vida, aventura y desastres de un hombre llamado Castro. Op. Cit.; pág. 326. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 401.

[638] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 409.

[639] Conversaciones con el autor, Buenos Aires, 1994. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); págs. 368, 369.

[640] Citado en: Paco Ignacio Taibo II (2010); pág. 495.

[641] Ernesto Cardenal Martínez (Granada, Nicaragua, 20 de enero de 1925) fue un poeta, sacerdote y político nicaragüense de fama mundial, reconocido como uno de los más destacados defensores de la teología de la liberación en América Latina.

[642] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 439.

[643] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 415.

[644] Ernesto Che Guevara, Reunión Bimestral, 20 de enero de 1962. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 270.

[645] Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 314.

[646] Niess, Frank. Op. Cit.; pág. 119.

[647] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 404

[648] Citado en: Anderson, Jon Lee. (2007); pág. 425.

[649] Ernesto Che Guevara, Actas, Op. Cit.; págs. 177, 216. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 273.

[650] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; págs. 325, 326.

[651] Courtois, Stéphane y ots. Op. Cit.; pág. 832.

[652] Citado en: Gambini, Hugo. (2007); pág. 275.

[653] Sebreli, Juan José. (2008); pág. 152.

[654] Ros, Enrique. Op. Cit.; pág. 216.

[655] Citado en: Machover, Jacobo. (2008); pág. 83.

[656] Díaz Araujo, Enrique (1983); pág. 312.

[657] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 221.

[658] Discurso dado por Guevara ante comunistas chilenos en enero de 1962. Citado en: Paco Ignacio Taibo II. Ernesto Guevara, también conocido como El Che. Ed. Planeta, 1ª edición 2010; pág. 487.

[659] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 403.

[660] Courtois, Stéphane y ots.; Op. Cit.; pág. 843.

[661] Courtois, Stéphane y ots.; Op. Cit.; pág. 843.

[662] Karl Marx denominó *alienación* a las distorsiones que según él causaba la estructura capitalista en la naturaleza humana. Vale decir, para la teoría marxista, el trabajador, desde el punto de vista capitalista no era considerado una persona en sí misma sino una mercancía que podía representarse en su equivalente dinerario, y por ende el trabajador progresivamente se iba deshumanizando, aislando y anulándose a sí mismo y quedando reducido a un bien de mercado a merced de los detentadores de los medios de producción.

[663] Paco Ignacio Taibo II. Op. Cit.; pág. 480.

[664][editorial] En lengua francesa. Granma, edición del 29.10.1967; pág. 11. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 408.

[665] Lazo, Mario. Op. Cit.; pág. 411.

[666] José Pepín Pujols, miembro del movimiento 26 de Julio. Llamado por Ernesto Guevara a colaborar como supervisor de la planta de níquel y cobalto de Moa y práctico de puerto. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[667] Citado en: Corzo, Pedro y ots. Op. Cit.; pág. 243.

[668] Enrique Ostulki, entrevista con el autor, La Habana, 1992. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 370.

[669] El Che en la Revolución Cubana. Op. Cit., T. VI.; pág. 567. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 421.

[670]Marcha, 8 de octubre, 1965. En: Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 331

[671] Montaner, Carlos Alberto. Víspera del final: Fidel Castro y la Revolución Cubana. Globus, Madrid, 1994; págs. 101, 102. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (2008); págs. 390, 391.

[672] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 417.

[673] Íd.; pág. 416.

[674] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 324.
[675] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 418.
[676] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 382.
[677] "Nuestra lucha es una lucha a muerte", discurso de Ernesto Guevara pronunciado el 11 de diciembre de 1964, ante la Asamblea de la ONU, transcrito en: Che Guevara, Ernesto. Obras Completas, Andrómeda, 2002.
[678] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 403.
[679] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 439.
[680] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 345.
[681] Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 340.
[682] Gambini, Hugo. Op. Cit.; págs. 281, 282.
[683] Neruda, Pablo. Confieso que he vivido, Planeta, Buenos Aires, 1992, pág. 439. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 330.
[684] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 293.
[685] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 243.
[686] Díaz Araujo, Enrique. Op. Cit.; págs. 261, 285.
[687] Gambini, Hugo. Op. Cit.; pág. 295.
[688] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 67.
[689] Alberto Granado, entrevista con el autor, La Habana, 1992. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 450.
[690] Sebreli, Juan José. (2008); pág. 140.
[691] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 599.
[692] Dar es Salam es la ciudad más poblada de Tanzania. Se encuentra situada en la costa este de África junto al océano Índico. Fue la capital del país desde 1974 hasta 1996.
[693] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 464.
[694] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 603.
[695] Citado en: O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 249.
[696] Íd.; pág. 259.
[697] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 259.
[698] Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 619.
[699] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág.260.
[700]Anderson, Jon Lee. Op. Cit.; pág. 609.
[701] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 609.
[702] Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); págs. 472, 473.
[703] Citado en: Niess, Frank. (2005); pág. 143.
[704] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 474.
[705] Niess, Frank. Op. Cit.; pág. 144.
[706] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 469.
[707] Citado en: O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 262.
[708] Guevara, Ernesto Che. Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo, págs. 157, 158.

Citado en: Díaz Araujo, Enrique: (2008); pág. 364.
[709] Díaz Araujo, Enrique. (2008); pág. 365.
[710] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 481.
[711] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 265.
[712] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 635.
[713] Niess, Frank. Op. Cit.; pág. 141.
[714] Cfr.: Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 484.
[715] Citado en: Ros, Enrique (2002); Pág. 11.
[716] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 649.
[717] Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 487.
[718] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 645.
[719] Íd.; pág. 648.
[720] Daniel Alarcón Ramírez, Benigno, entrevista con el autor, París, 1996. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 487.
[721] Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 140.
[722] El ex guerrillero "Benigno" acusa a Castro de traicionar al Che por orden de Moscú, Corriere della Sera, 07/01/09.
[723] Citado en: Ros, Enrique. (2002); pág. 275.
[724] Ros, Enrique. Op. Cit.; págs. 267, 269.
[725] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 655.
[726] Ros, Enrique. Op. Cit.; pág. 271.
[727] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 664.
[728] Íd.; pág. 666.
[729] Citado en: O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 272.
[730] Íd.; pág. 273.
[731] Citado en: Niess, Frank. (2005); pág. 145.
[732] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 665.
[733] Citado en: Niess, Frank. (2005); pág. 146.
[734] Citado en: Anderson, Jon Lee. (2007); pág. 627.
[735] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág. 340.
[736] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 666.
[737] Citado en: Castañeda, Jorge G.(1997); pág. 385.
[738] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 502.
[739] Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág.505.
[740] Citado en: Yofre, Juan B. (2014); pág. 499.
[741] Citado en: Yofre, Juan B. Op. Cit.; pág. 504.
[742] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 512.
[743] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág. 412.
[744] O'Donnell, Pacho. Op. Cit.; pág.296.

[745] Castañeda, Jorge G. Op. Cit.; pág.429.

[746] El PCB antes, durante y después. pág. 207. Citado en: Kalfon, Pierre (1997); pág. 644.

[747] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág.534.

[748] Gambini, Hugo. Op. Cit.; págs. 302, 303.

[749] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 732.

[750] Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 542.

[751] Guevara, Ernesto. Obras Completas, Andrómeda, 2002; pág. 583-588.

[752] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 738.

[753] Citado en: Corzo, Pedro y Ots. Op. Cit.; pág.267.

[754] Debray, Régis. Entrevista con el autor, París, 1992. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); págs. 544, 547.

[755] Citado en: Niess, Frank. (2005); pág. 161.

[756] Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 549.

[757] Guevara, Ernesto. Op. Cit.; pág. 617.

[758] Citado en: Gambini, Hugo. (2007); pág. 311.

[759] Íd.; pág. 313.

[760] Ib. Íd.; pág. 317.

[761] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 771.

[762] Fue una conferencia de “solidaridad de los pueblos” de Asia, África e Iberoamérica celebrada en la capital de Cuba (3-15 de enero de 1966) a la que asistieron unos 500 agentes del comunismo internacional en representación de 70 países. La excusa fundamental del cónclave fue estudiar los medios para combatir al “imperialismo”.

[763] Ernesto Che Guevara. "Crear dos, tres…muchos Vietnam". Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental". Primera edición**:** En La Habana, Cuba, el 16 de abril de 1967, en forma de folleto como suplemento especial para la revista *Tricontinental*, órgano del Secretariado Ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL). El texto completo en versión digital puede consultarse en: https://www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm

[764] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); págs. 766, 767.

[765] Íd.; pág. 770.

[766] Citado en: Gambini, Hugo. (2007); pág. 319.

[767] Citado en: Niess, Frank. (2005); pág. 148.

[768] Ángel Víctor Paz Estenssoro (Bolivia, 2 de octubre de 1907 - 7 de junio de 2001). Fue un abogado y político boliviano, presidente de Bolivia en cuatro ocasiones (1952-1956; 1960-1964; 6 de agosto al 4 de noviembre de 1964 y 1985-1989).

[769] Citado en: O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 327.

[770] Íd.; pág. 330.

[771] Kalfon, Pierre. Op. Cit.; pág. 537.

[772] Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 557.

[773] Íd.; pág. 566.

[774] Citado en: O'Donnell. Pacho. (2005); pág. 332.

[775] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 773.

[776] Íd.; pág. 791.

[777] Guevara, Ernesto. Op. Cit.; pág. 680.

[778] Citado en: Paco Ignacio Taibo II. (2010); pág. 800.

[779] Entrevista a Régis Debray, Corriere della Sera. Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); pág. 157.

[780] Citado en: Corzo, Pedro y ots. (2008); pág. 39.

[781] Matthews, Herbert. Fidel Castro. Op. Cit.; pág. 305. Citado en: Kalfon, Pierre. (1997); pág. 580.

[782] Citado en: O'Donnell, Pacho. (2005); págs. 353, 354.

[783] Íd.; págs. 353, 354.

[784] Ib. Íd.; págs. 353, 354.

[785] Citado en: Sebreli, Juan José. (2008); págs. 156, 157.

[786] Ver: reportaje del autor al general Gary Prado, publicado por el diario *La Nueva Provincia*, el 14 de marzo de 2009.

[787] Citado en: Gambini, Hugo. (2007); pág. 324

[788] Israel Viana, "La última conversación del Che Guevara con su captor, antes de ser ejecutado", ABC, Madrid, 13 de junio, 2012. Citado en: Yofre, Juan B. (2014); pág. 533.

[789] Citado en: Gambini, Hugo. (2007); pág. 327.

[790] Félix Rodríguez, ex oficial de la central de inteligencia estadounidense, fue el oficial que recibió las órdenes de ajusticiar a Ernesto Guevara tras su captura en Bolivia. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[791] Citado en: Machover, Jacobo. (2008); pág. 115.

[792] Félix Rodríguez, ex oficial de la central de inteligencia estadounidense, fue el oficial que recibió las órdenes de ajusticiar a Ernesto Guevara tras su captura en Bolivia. Caiman Productions, Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Guevara: Anatomía de un mito.

[793] Citado en: Corzo, Pedro y Ots. (2008); pág. 267.

[794] El 5 de junio de 1967 Tania dejó abandonado un jeep Toyota en la pequeña localidad de Camiri, a la vista de la policía, quien encontró en su interior cuatro libretitas con nombres y direcciones de dirigentes y miembros de la organización urbana del Che y de los contactos comunistas de fuera de Bolivia. Este descuido fue visto por muchos como una entrega de Tania hacia Guevara. Sin embargo, muchos otros sostienen que se trató de negligencia grave pero en modo alguno de un actuar consciente con la expresa intención de arruinar los planes del Che.

[795] Citado en: O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 311.

[796] Íd.; pág. 312.

[797] Entrevista con el hombre que atrapó al Che Guevara. Reportaje efectuado por el autor al hoy general boliviano Gary Prado.

[798] Reportaje a Régis Debray, diario español Pueblo, el 23 de octubre de 1967. Citado en: Díaz Araujo, Enrique. (1983); pág. 351.

[799] El ex guerrillero Benigno acusa a Castro de traicionar al Che por orden de Moscú. Corriere della Sera, 07/01/09.

[800] El Observador, Perfil: "La cacería del Che", según el enviado de la CIA a Bolivia. Domingo 9 de noviembre de 2008, pág. 2.

[801] Citado en: O'Donnell, Pacho. (2005); pág. 323.

[802] Central Intelligence Agency, Directorate of Intelligence, "Instability in the Western Hemisphere", Memorando, December 9, 1996 secret., The Declassified Documents Catalogue, Research Publications, Woodbridge, Connecticut, vol. XXI, 2, marzo-abril 1995. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 424.

[803] Cuban Subersive Policy and the Bolivian Guerrilla Episode, Central Intelligence Agency, Directorate of Intelligence Report, p. 40, secreto. The Declassified Documents Catalogue, Carrolton Press, file serie number 2408. Citado en: Castañeda, Jorge G. (1997); pág. 456.

[804] Entrevista con el hombre que atrapó al Che Guevara, reportaje efectuado por el autor al general boliviano Gary Prado, publicado en La Nueva Provincia, ejemplar del 15/03/09.

[805] El Observador, Perfil. La cacería del Che, según el enviado de la CIA a Bolivia. Domingo 9 de noviembre de 2008, pág. 2.

[806] http://www.thechestore.com/